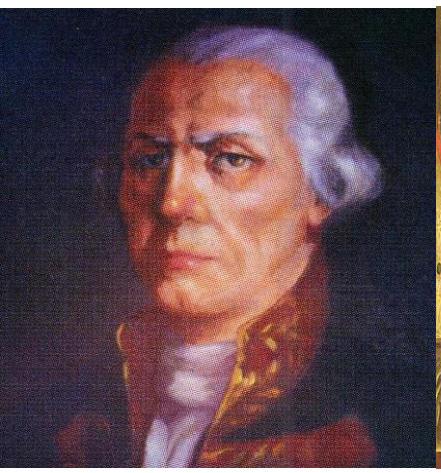
Los Virreyes de América del Sur II

(Nueva Granada y Río de la Plata)



Luis de Orueta

En el año 1717, Panamá, Colombia, Ecuador y Venezuela se independizaron de Perú y quedaron unidas en lo que se dio en llamar virreinato de Nueva Granada.

Más tarde, en 1777, parte de Chile, parte de Perú, Paraguay, Argentina y Uruguay siguieron el ejemplo de Nueva Granada, conformando un nuevo virreinato con el nombre de Río de La Plata. La vertiente atlántica cobraba protagonismo en detrimento de la hegemonía ejercida desde el Pacífico.

Los motivos, aparte del de simplificar las comunicaciones con Europa, eran de índole defensiva y de racionalidad económica.

En Nueva Granada la inminencia de una invasión inglesa con colonos oriundos de Georgia hacía indispensable una atención mayor a la costa de Tierra Firme. También se pretendía corregir el retraso de la agricultura y la minería en comparación con el nivel alcanzado en tierras de Perú y México.

En cuanto al Rio de la Plata, los portugueses de Brasil no cejaban en ampliar sus fronteras en territorio platense, aprovechando la lejanía de los llamados a defenderlas. Por otra parte, se deseaba una mayor presencia en el sur del hemisferio, impulsada desde Buenos Aires mejor que desde Lima…

(continúa en la Introducción).

Los Virreyes de América del Sur I

(Perú 1544-1825)

Luis de Orueta

Los Virreyes de América del Norte

(Nueva España 1535-1821)

Luis de Orueta

LOS VIRREYES DE AMÉRICA DEL SUR II

© Luis de Orueta

Depósito legal: M-3435-2018

ISBN obra completa: 978-84-697-9845-4

ISBN 978-84-697-9970-3

La Imprenta CG, Paterna, Valencia, 2018

Cubierta: *La bala de cañón, de Willem van de Velde (el Joven) 1700*. (Rjjks Museum)

Retratos de Virreyes en Cubierta:

Pedro de Cevallos, (*Óleo de Alonso de Celada, Museo Histórico Nacional, Buenos Aires)*

Antonio Caballero y Góngora, *(Museo de Arte Colonial, Bogotá)*

José Alfonso Pizarro, (*Museo de Arte Colonial, Bogotá)*

Santiago Liniers*, (Mueso Naval, Madrid)*

Mapas

Virreinato de Nueva Granada. *(Atlas geográfico e histórico de la República de Colombia)*

Virreinato del Rio de la Plata, (*John Pinkerton 1818, en mapas antiguos de Argentina. G. Prieto)*

Edición no venal

Los Virreyes de América del Sur II

Nueva Granada y Río de la Plata

❖

Madrid 2018

Luis de Orueta

Índice

Introducción I-V

Mapa de Nueva Granada 0

Antonio Pedrosa 1
Conde de La Cueva 9
Sebastián Eslava 19
José Alfonso Pizarro 33
José Solís 39
Marqués de la Vega de Armijo 43
Manuel Guirior 55
Manuel Flórez 61
Juan de Torrezar 73
Antonio Caballero y Góngora 81
José Manuel Ezpeleta 101
Pedro de Mendinueta 113
Antonio Amar 125
Benito Pérez de Brito 135
Francisco de Montalvo 141
Juan Sámano 157
Juan Cruz Mourgeon 169

Mapa del Rio de la Plata 177

Pedro de Cevallos 179
José Vértiz 181
Marqués de Loreto 199
Nicolás Arredondo 209
Pedro Melo de Portugal 219
Antonio Olaguer Feliú 223
Gabriel de Avilés 229
Joaquín del Pino 239
Rafael de Sobremonte 253
Santiago de Liniers 271
Baltasar Hidalgo de Cisneros 289
Francisco Javier Elío 299
Gaspar Vigodet 309

Bibliografía 319

Índice Onomástico 331

LOS VIRREYES DE AMÉRICA DEL SUR II

Introducción

En 1717 Panamá, Colombia, Ecuador y Venezuela se independizaron de Perú y quedaron unidas en lo que se dio en llamar virreinato de Nueva Granada. Bastantes años más tarde, en 1777, parte de Chile, parte de Perú, Paraguay, Argentina y Uruguay siguieron el ejemplo de Nueva Granada, conformando un nuevo virreinato con el nombre de Río de La Plata. La vertiente atlántica cobraba protagonismo en detrimento de la hegemonía ejercida desde el Pacífico.

Los motivos, aparte de simplificar las comunicaciones con Europa, eran de índole defensiva y también de racionalidad económica.

En Nueva Granada la inminencia de una invasión inglesa con colonos de Georgia hacía indispensable una atención mayor a la costa de Tierra Firme. También se pretendía corregir el retraso de la agricultura y la minería, si se comparaba con el nivel alcanzado en tierras peruanas.

En cuanto al Rio de la Plata, los portugueses de Brasil no cejaban en ampliar sus fronteras en territorio platense, aprovechando la lejanía de los llamados a defenderlas. Por otra parte, se precisaba un mayor esfuerzo colonizador en el sur del hemisferio, y se podía dar con más garantías desde Buenos Aires que desde Lima.

Puede decirse que los resultados no tardaron en mostrarse favorables, pero incapaces de lograr todo lo que se pretendía. El virrey Eslava, con la ayuda del marino Lezo, impidió la invasión de la potente armada del almirante Vernon. Los siguientes virreyes de Nueva Granada fueron marinos en su mayoría y mantuvieron la integridad territorial. En el plano económico y social, Nueva Granada fue escenario de numerosas exploraciones científicas, cuyos hallazgos fueron ampliamente difundidos en Europa. Donde menos se notaron las ventajas

de la autonomía virreinal fue en el desarrollo de la economía de Nueva Granada. La escasez de población, combinada con la abundancia de recursos, desanimaba a todo aquel empresario que no se limitase a obtener sin grandes inversiones lo que tan fácilmente ofrecía el país.

En el Rio de la Plata, los comienzos fueron prometedores. El virrey Cevallos inauguró las comunicaciones y el correo directo, que dejaron de depender de Lima. Además, derogó la prohibición del comercio entre los puertos y las provincias del interior. Virreyes posteriores impulsaron el Consulado de Comercio y pusieron límites al indiscriminado negocio de pieles y cueros, tratando de preservar y aumentar el de la carne y los cereales.

En cambio, los éxitos militares en la pugna con los portugueses no dieron resultados visibles en la definición de las fronteras. Los virreyes platenses topaban con la eficacia de Portugal en el terreno diplomático, que se traducía en cesiones rubricadas en tratados de paz. En cuanto el interés por colonizar mas y mejor el Sur, tampoco los frutos del virreinato fueron los esperados. Las instrucciones que se recibían de la Península instando a introducir y propagar la esclavitud de origen africano no encontraban eco en los terratenientes de la América hispana. El ejemplo del Sur de Estados Unidos, de la isla de Jamaica y de las Antillas danesas u holandesas no cundió en ninguno de los virreinatos.

Tampoco fueron tan rápidas como se exigían desde Madrid las ampliaciones y mejoras de los puertos de Buenos Aires y Montevideo. Los virreyes encontraron trabas y falta de interés donde esperaban un mayor entusiasmo.

Tanto en Nueva Granada como en Río de la Plata, los virreyes, con alguna excepción, optaron por ser tolerantes con el contrabando, como válvula de escape a la presión de la demanda insatisfecha, que además era una de las causas más potentes del deseo de independencia.

Precisamente, después de la derrota hispanofrancesa de Trafalgar, y aspirando a establecerse en La Plata, Gran Bretaña se sintió con fuerzas para intentar una nueva invasión.

El apoyo que Francia venía dando a España, desde principios del siglo XVIII, dejó de funcionar a principios del Siglo XIX, con la caída de Napoleón. Sin embargo, uno de los últimos virreyes logró repetir la resistencia que Eslava y Lezo opusieron a ser invadidos. La presencia inglesa en Buenos Aires duró solo dos meses y medio. Santiago de Liniers se distinguió en la defensa y liberación no sólo de esta ciudad, sino también de Montevideo.

Curiosamente, los mismos ingleses que habían ocupado Buenos Aires ayudaron a los patriotas de la península ibérica a sacudirse el yugo de las tropas francesas. En aquella escuela de guerra se encontraron combatiendo, en el mismo bando, futuros virreyes con futuros presidentes de repúblicas independientes americanas.

Personas animadas por un mismo ardor patriótico y unos mismos valores castrenses se verían enfrentadas en luchas hasta cierto punto fratricidas, donde los principios y las lealtades ya no podían coincidir. Como era previsible ya entonces, la victoria final fue para los libertadores.

El virreinato del Perú fue el último en romper los lazos de la dependencia, y lo logró con la ayuda de caudillos provenientes de los de Nueva Granada y Río de la Plata. Con la independencia, El Perú cedió a su libertador la mitad del territorio que le quedaba, propiciando el nacimiento de Bolivia.

A propósito del papel de los emperadores, reyes, caudillos y gobernadores en el curso de los acontecimientos históricos son interesantes las palabras de León Tolstoy aplicadas a la campaña rusa de Napoleón:

> *Para estudiar las leyes de la Historia hemos de cambiar completamente el objeto de nuestras observaciones; hemos de dejar a un lado reyes, ministros y generales; y estudiar los pequeños elementos comunes, infinitesimales, que hacen mover las masas.*
>
> *No se precisa gran esfuerzo crítico para reducir a polvo las deducciones de derivadas de un hecho histórico. Basta con observarlo con una perspectiva más amplia o mas estrecha, lo cual siempre es legítimo, dado que todas ellas son arbitrarias.*

Con semejante rasero crítico, el presente libro aparece defectuoso, ya que las unidades de observación distan mucho del microcosmos que el novelista tenía en la mente. Los virreinatos superan el centenar y la perspectiva espacial cubre una gran parte del continente americano.

Para cada quinquenio representado por la gobernación de un virrey existen datos coetáneos que alcanzan magnitudes inabarcables y ofrecen detalles microscópico, objeto de cuidadosos estudios y tesis doctorales. En los archivos nacionales de los países involucrados son miles y miles los documentos a los que el historiador puede tener acceso. Y efectivamente, cada acontecimiento se explica en parte por uno anterior y contribuye a justificar, también en parte, otro posterior, en una

cadena infinita. Sólo en el límite de esas series puede llegar a percibirse con nitidez el movimiento de la Historia.

Pero en favor de la obra presente cabría decir que, al menos, no petrifica la época virreinal en un hecho único, indivisible y atemporal, susceptible de ser analizado sin más ayuda que la teoría política que pueda aportar uno u otro historiador.

Desde el punto de vista bibliográfico, algunos virreyes han sido objeto de mayor interés, otros en cambio permanecen relativamente ignorados. Entre los primeros destacan Pedro de Cevallos, Antonio Caballero, José Ezpeleta y Santiago Liniers. Los más olvidados: Alfonso Pizarro, Melo de Portugal y Olaguer Feliú.

El sistema virreinal imponía una conducta bastante previsible, ya que la libertad de los virreyes para convertirse en tiranos estaba muy limitada. No sólo tenían instrucciones muy concretas, sino que casi todo lo que pudiera rezumar favoritismo les estaba vedado. Cuando los militares elegidos llegaban a América como virreyes no podían hacer amistades que fuesen notorias. Carecían de vida privada y hasta sus secretarios les venían impuestos. Los jueces de la Audiencia podían dictar sentencias, y las dictaban, sin necesidad de que el virrey estuviera de acuerdo.

No pocos virreyes habían preferido quedarse en España, porque eran marinos y militares de bastante edad, con sueldos suficientes y destinos agradables en la Península. No faltaron quienes solicitaban regresar una y otra vez, alegando problemas de salud inexistentes.

Y ya al final de cada mandato, cuando llegaba la carta de cese, automáticamente se iniciaba el temido juicio de residencia, publicado con bandos que llegaban a los confines de cada país y varios meses de plazo para que cualquier ciudadano sin distinción de raza pudiera hacer alegaciones y querellas.

Los folios de estos juicios reflejan las preocupaciones de la sociedad virreinal. Las acusaciones más frecuentes versaban sobre a) nombramientos a personas con menos méritos que el demandante, b) no haber respetado derechos sobre un bien o un negocio, c) haber sido parcial en juicios entre ciudadanos, y la más frecuente de todas: d) haber permitido a sus allegados y criados enriquecerse o actuar de forma prepotente y desconsiderada.

Los procesos se cerraban con condenas pecuniarias firmadas por el juez de residencia para las faltas o delitos menores. Luego pasaban a instancias del

Consejo de Indias que confirmaba o absolvía en cada uno de los cargos. Los juicios solían durar más de un año, tiempo en que el virrey acusado debía mantener la fianza establecida y no podía disponer de su patrimonio salvo autorización expresa.

Cabe decir que la longevidad de la época virreinal debe menos a la vigencia del derecho natural, al apoyo de la religión o a la potencia militar de la Corona española, que a la permanente tolerancia de los administrados con respecto a sus gobernantes.

En el caso de Nueva Granada, la independencia pudo haberse logrado con la revolución de los Comuneros, que es anterior a la Revolución Francesa. Pero no prosperó posiblemente por lo que Eric Fromm llamaba “miedo a la libertad”, miedo a un futuro sin certezas y con demasiados interrogantes.

Cuando la independencia llegó, por fin, no lo fue tanto por errores de los virreyes o por aciertos de los libertadores; lo fue porque *la miríada de pequeños acontecimientos comunes que mueven a las masas* derribó las columnas que aun sostenían aquel edificio político ancestral.

L de O

EL VIRREINATO DE NUEVA GRANADA

Los actuales Estados de Colombia, Costa Rica, Ecuador, Panamá y Venezuela formaban parte del virreinato del Perú hasta 1717, en que se segregaron para constituir un nuevo virreinato con el nombre de Nueva Granada

**Atlas geográfico e histórico de la Republica de Colombia, d.p.*

(Antonio de la Pedrosa)

Nueva Granada 1717-1719

Algunas notas biográficas de este gobernante atribuyen a los Pedrosa el señorío de la villa de Buxes.[56] Pero la villa de Buxes no existe. En Murcia hay un caserío con ese nombre, y que podría tener algo que ver con Antonio, dado que fue superintendente en ese Reino.

Sus padres, Andrés de la Pedrosa y Ángela Guerrero vivieron en San Lúcar de Barrameda y Sevilla. El cargo más importante que ejerció Andrés fue el de corregidor del Puerto de Santa María. Tuvieron hijos, entre ellos, Manuel y Antonio Ignacio.

De Antonio Ignacio se cita[45] como posible año de nacimiento el de 1660. De haber nacido ese año, aún no habría cumplido veinte cuando fue nombrado alcalde de Casa y Corte. Los alcaldes de *Casa, Corte y Rastro* ejercían funciones ligadas a la Casa Real.

En 1684, Antonio de la Pedrosa, mientras vivía en Madrid, fue nombrado juez *Protector de Indios* con destino en la Audiencia de Santa Fe de Bogotá

Hizo el viaje a América en 1685 acompañado de sus hermanos. Allí, los Pedrosa se establecieron con carácter permanente y vivieron trece años. Su hermano Manuel se casó con una dama de apellido Urramendi, viuda de Pisa (o Pissa) que tenía una hija, llamada María,

de su primer matrimonio. Con el tiempo, Antonio se casó con María, a propuesta de su cuñada.

Como María no era española, Antonio tuvo problemas para poder casarse. En principio debía renunciar al cargo de Protector de Indios. El presidente de la Audiencia, Gil Cabrera D'Avalos, había advertido a Pedrosa de que no lo hiciera, pero otros jueces le dijeron que siguiera adelante y que luego se arreglaría todo.

Gil Cabrera mandó procesar Pedrosa y decretó su arresto domiciliario. Peor todavía, embargó los bienes y joyas de María Pissa. Los Pissa Urramendi eran gente poco dispuesta a tolerar que los humillasen de esa manera y lograron que la Audiencia se pusiera en contra de Cabrera, que se vio acusado de favorecer el comercio ilícito.

Se cambiaron las tornas y quien quedó prisionero (y luego desterrado a Cartagena de Indias) fue Gil Cabrera, ocupando su lugar el siguiente en rango, licenciado José Merlo. Merlo estuvo de presidente interino cuatro años. Los que tardó Cabrera en lograr probar su inocencia, ser rehabilitado y decir a Merlo que dejase libre el sillón para sentarse él de nuevo.

Aquellas idas y venidas, poco edificantes, pasaban desapercibidas en la Corte española, más preocupada del incierto futuro de la dinastía que de los sucesos cotidianos de Bogotá. Ello explica la coexistencia y permanencia de aquellos jueces, tan enemistados unos con otros, y la parcialidad resultante en los fallos de las sentencias.

En España, por otra parte, las intrigas de la Corte eran bien conocidas, y fomentadas, por los espías de Luis XIV en Madrid. Muchas eran las posibilidades que se abrían a los Borbones; tantas que era preciso no alarmar demasiado a los Hannover y a los Habsburgo. La opción más temida por los austriacos era que Carlos II hiciera testamento a favor de su hermana María Teresa, la reina de Francia, o de sus descendientes.

Para demostrar a los suspicaces ingleses que Luis XIV no tenía interés en una alianza con España, arreciaron en los ataques franceses a las posesiones españolas. Al mismo tiempo, sus diplomáticos firmaban el *Acuerdo de Londres*, acuerdo que consistía en repartirse el imperio español de manera equitativa y sin aprovecharse Luis XIV de los lazos de familia existentes. El *Acuerdo de Londres* servía para desactivar la potencia explosiva del inminente testamento madrileño.

Un aristócrata francés, Jean Bernard de Saint Jean, barón de Pointis, recibió el encargo de atacar Cartagena de Indias, con apoyo de

financieros interesados en los beneficios de la expedición. La flota salió de Brest, con más de mil soldados, y estuvo a punto de resultar deshecha por una escuadra inglesa, entonces aliada de España, al entrar en el Caribe.

La Corte de Francia mantenía y utilizaba corsarios en América para hostilizar las costas del golfo de México. En Santo Domingo, el barón de Pointis cerró un acuerdo con los filibusteros, dejando claro que consideraba una parte del botín como propia e innegociable, y que nada se repartiría hasta hacer el inventario.

El 13 de Abril de 1697 Cartagena de Indias fue bombardeada, sometida asedio y saqueada por una mezcla de soldados franceses uniformados y piratas variopintos a sueldo. El gobernador de la ciudad, don Diego de los Ríos, no se creyó llamado a hacer una defensa numantina. El único héroe que de aquella toma fue el defensor del castillo de Boca Chica, a la entrada de la bahía. Se llamaba Sancho Jimeno y resistió sin ayuda, hasta que sus propios soldados abrieron las puertas del bastión a los franceses, dejándole sólo. Inerme pero altivo, su tenacidad intrigó al almirante francés, quien acabó ofreciéndole un trato de inesperada hospitalidad y atenciones personales.

Las noticias de la rendición de Cartagena llegaron a Bogotá mezcladas con las lamentaciones de los vecinos y los comentarios desfavorables contra Diego de los Ríos. En realidad, Ríos no era tan culpable como parecía. Había logrado una rendición honrosa y negociada en cuanto al tesoro que los cartageneros debían ofrecer para que los invasores abandonasen la ciudad. Cumplieron lo pactado los vecinos de Cartagena, aportando objetos de plata, joyas y dinero. Salieron los barcos del puerto y volvió la calma a una Cartagena más pobre pero resignada.

Sin embargo, los franceses de uniforme fueron malos pagadores a la hora de repartir el botín y los bucaneros se sintieron estafados. Reclamaron a Pointis su parte. No se avino a sus quejas el almirante y les propuso que volviesen a la ciudad a requisar lo que les faltase.

Esta segunda visita fue terrorífica, ya sin autoridades que pusieran freno a la violencia y ferocidad de aquellos hombres, que se cobraron en víctimas inocentes la avaricia del barón.

En Bogotá, el capitán general de Nueva Granada echaba la culpa de lo ocurrido a cobardía del gobernador de Cartagena. Y, para escenificar su indignación, emprendió una marcha desde Santa Fe con tropas armadas, decidido a hacer prisionero a Diego de los Ríos,

someterlo a proceso y enviarlo a España, para que el Consejo de Indias juzgase su conducta durante el asedio y saqueo. La expedición correctora salió mal. Los habitantes de Cartagena, después de haber sufrido las sevicias de extranjeros por una mala defensa, no comprendían que vinieran contra ellos sus descuidados compatriotas. Se aprestaron a defenderse y a negar la entrada en su ciudad a los de Bogotá.

Aquella inesperada resistencia dejó perplejo y desarmó al ejército de Gil Cabrera. Las tropas se negaron a obedecer órdenes y todo terminó con más excusas que recriminaciones.

Antonio de Pedrosa había sido testigo singular de lo ocurrido. Vio la ocasión de vengarse de Gil Cabrera, enviando informes aparentemente imparciales al Consejo sobre la situación de abandono en que se encontraban las defensas de Cartagena de Indias, pero con comentarios desfavorables para el gobernador Gil Cabrera. Gracias a su manifiesto fervor por el orden público, Pedrosa pudo continuar en su cargo. Sus informes quedaron en Madrid, pendientes de mejor ocasión para ser tenidos en cuenta. Esa mejor ocasión tardaría en llegar. Para explicar el retraso vamos a hacer un inciso, con la venia del lector, sobre lo que sucedía en la Corte madrileña.

Poco después de los sucesos de Cartagena de Indias, el cardenal Portocarrero y doce aristócratas españoles sorprendieron a Luis XIV aceptando el cambio de dinastía y ofreciendo a los Borbones el trono de Castilla. No lo esperaba el rey francés y se puede decir que ya tampoco lo deseaba. Había pactado con las potencias europeas no heredar la Corona de España y dejado de conspirar. La oferta tardía de los aristócratas castellanos le ponía en un aprieto.

Los españoles le hicieron ver que la corona no tenía por qué recaer en el delfín, sino que podía aceptarla su nieto y que el compromiso de Luis XIV con los demás monarcas sólo se refería a que un mismo Borbón no ciñese ambas coronas. Era, evidentemente, una salida ingeniosa, pero de corto recorrido, puesto que iba contra el espíritu del *Acuerdo de Londres*. Luis XIV contestó que la decisión no le correspondía a él sino a su nieto, el cual, antes de ser rey de España debería renunciar a serlo de Francia, llegada la hora. Felipe sorprendió aceptando.

Cuando se abrió el testamento de Carlos II, las potencias europeas (que ya contaban con su parte alícuota del imperio español) se

sintieron defraudadas. No lo aceptaron y en España la guerra por la sucesión del trono terminó con la conocida victoria de los Borbones.

En América los enemigos de antes pasaron a ser amigos. Tanto cambiaron las cosas, que el rey Felipe V tuvo a bien llamar al enriquecido barón de Pointis para que se pusiera al servicio de España, defendiendo la costa de Andalucía de los ataques ingleses. Estuvo menos acertado, pero no dejó de mostrar valor y decisión en aguas de Málaga, frente a Marbella. En el Caribe, faltos del apoyo francés, cesaron los ataques de bucaneros, aunque siguieron, más esporádicos los patrocinados por Holanda e Inglaterra.

Había pasado bastante tiempo, Pedrosa había vuelto a España y en Bogotá seguían los oidores de la Audiencia haciendo sayos de sus capas. En 1715 era gobernador de Nueva Granada el capitán Francisco Meneses. Una parte de los jueces le eran leales y cumplían, pero otros estaban en contra suya, porque se inmiscuía en sus negocios menos transparentes, tratando de evitarlos.

Mal que bien, ambas facciones se toleraban hasta que el gobernador tomó una decisión que agotó la paciencia de los insatisfechos. Meneses había advertido la excesiva facilidad con que secretarios, escribanos y oidores tenían acceso a los archivos de la Audiencia, dando lugar a pérdidas dolosas de pruebas y manipulaciones fraudulentas. Ordenó que se cerrasen las puertas del recinto al terminar las sesiones. Aquello bastó para que el gobernador fuese acusado por miembros de la Audiencia de interferencia en sus atribuciones, arrestado por su propia guardia y deportado con grilletes a una prisión de Cartagena de Indias.

El asunto Meneses llegó a oídos del Consejo de Indias. El rey Felipe V se enteró y tomó la decisión de que aquella costa de Tierra Firme no podía seguir siendo gobernada desde la lejana Lima. Había que crear un nuevo virreinato en Nueva Granada que comprendería desde Venezuela hasta Panamá.

Es curioso que la aparición de la primera entidad nacional gran colombiana surgiera como solución a dos asuntos tan circunstanciales y contingentes como mejorar la defensa de Cartagena y poner orden en los Tribunales. Dice le Real Cédula de creación del virreinato:

> *Para que sean atendidas y asistidas las plazas marítimas...y evitar discordias y alborotos tan ruidosos como los que se han ofrecido a los Tribunales de dicho Reino.*

Por el conocimiento y ponderación demostrados en sus informes, la persona encargada de llevar a cabo esta decisión regia fue Antonio de la Pedrosa y Guerrero. Se le asignó un sueldo de 16,000 pesos, la mitad que el del virrey del Perú y una guardia personal de hasta cien soldados, (cincuenta menos que en Perú). Se redactaron las instrucciones reales. Entre éstas, estaba la primera ocuparse del asunto Meneses y resolverlo. Luego, mejorar las defensas de Cartagena, terminar el puente de Bogotá, castigar el contrabando, ocuparse de los indios y así hasta trece disposiciones. Cuantos poderes se juzgaron necesarios para llevarlas a buen término, le fueron concedidos a Pedrosa. Solo quedó pendiente en el documento el título de virrey... que se reservaba para más tarde.

Aquella reticencia inquietaba a Pedrosa. Para hacer ver, indirectamente, su lastimado ánimo, Pedrosa inquirió sobre cuál iba a ser su futuro cuando terminase la misión, añadiendo que deseaba poder vivir en América con su esposa. El Consejo le concedió a perpetuidad y hereditario el corregimiento de la provincia de Chita, pero nada más.

Mirando el asunto del lado positivo, Pedrosa pensó que, si cumplía bien las instrucciones, y dado que el cargo de virrey permanecía vacante, lo natural sería que se pensase en él para el nombramiento definitivo. Con esa mezcla de esperanza y decisión, se embarcó en San Sebastián, a bordo del *Príncipe de Asturias*, arribando a Cartagena de Indias el 12 de Septiembre de 1717.

Lo primero que hizo fue sacar a Juan Meneses de la cárcel, rehabilitarlo ante las autoridades, reponerlo en su cargo, cesarlo y decirle que se volviera a España. Acto seguido, destituyó, puso en prisión y embargó los bienes de los jueces que lo habían tratado tan injustamente.

Sobre el affaire Meneses, el historiador colombiano Groot,[59] tan poco dado a habladurías, inserta en su Historia de Nueva Granada un curioso anónimo titulado *Las Brujas*. Es una epístola desenfadada, que escribe una hechicera a otra colega, donde repite los chismes que oye sobre Meneses por los huecos de las chimeneas madrileñas. A Meneses lo acusaban sus enemigos de borracho, adúltero y ladrón. Y se solaza la bruja Felipa contando a su amiga Therencia detalles de lo borrachos, adúlteros y ladrones que eran unos personajes ultramarinos cuyos nombres apenas disimulan los de quienes encerraron a Meneses.

Pedrosa se quedó en Cartagena desde septiembre de 1718 hasta Junio de 1719, mes en que por fin llegó a Bogotá. Tuvo tiempo de enterarse

de los negocios del gobernador cartagenero Gerónimo de Badillo y sus socios. Cuando estuvo seguro de sus manejos, mandó registrar las bodegas de dos barcos donde se encontraron mercancías consignadas a nombre de los negociantes. Solo una quinta parte había sido declarada, el resto era contrabando. Pedrosa hubiera podido hacer caer el peso de la ley sobre ellos, pero consideró más productivo un acuerdo extrajudicial. En aquella jornada recaudó 4.800 pesos de Badillo, 10.600 de Juan Luis Casano, 8.795 de Bartolomé Tienda y 4.000 de Faustino Fajardo. Solo con esa avenencia, su sueldo de un año quedaba más que amortizado.

Más difícil se presentaba la orden de suprimir las Audiencias de Panamá y de Quito, aumentando los oidores de la de Bogotá. Según el historiador Restrepo Tirado,[85] la entrada del todopoderoso enviado en Santafé se produjo "a media noche" y en secreto, el 7 de Junio. Dice que planeó cuidadosamente la forma de dar la noticia, de manera que no se pensase que había un vacío de poder. Decía el sibilino bando de Pedrosa:

> *Por cuanto habiendo Su Majestad (Dios le guarde) sido servido de expedir una real Cédula, su fecha en Segovia a veinte y siete de Mayo de mil siete cientos diez y siete años, mande que en la real Audiencia de Santa Fe se establezca y ponga Virrey y que la persona que lo ejerciere haga oficio de Presidente de la real Audiencia, asignando por territorio de ella y aquel virreinato, entre otras provincias, esta de Venezuela y Caracas, etc...*

La mayoría de los habitantes de Nueva Granada entendieron que Pedrosa era el virrey anunciado, empezaron a llamarle *Excelencia* y Pedrosa no hacía por desengañarlos. Otros le daban el título menor de *Señoría* y murmuraban.

Pedrosa creó una guardia personal de 50 miembros (la mitad de los que tenía autorizados) y nombró dos capitanes, uno de caballería: Pedro Layseca y otro de infantería, José de Caicedo. Acondicionó la mansión de los marqueses de Santiago, convirtiéndola en un verdadero palacio virreinal. Y una vez establecido el nuevo gobierno, se dedicó a cumplir las instrucciones, una por una, hasta tal punto que, según el colombiano Restrepo:

> *Este nuevo gobernante manifestó desde un principio una increíble actividad en ejecutar las órdenes recibidas de S.M., desarrollando todos los puntos que se le habían señalado en el pliego de instrucciones*

Y cita, entre sus medidas, las que le parecieron más destacables:

> *Puso especial interés en la cobranza de impuestos, en enviar a España a los que allí tuvieran sus mujeres para que hicieran vida en comunión con ellas, dio provisiones para levantar el puente grande en el río Bogotá, reglamentó la matanza y expendio de carnes, ordenó la remoción de la Real Caja y fundición de Popayán a paraje más cómodo y dictó medidas para mejorar las costumbres.*

Las causas judiciales fluían rápidas, los morosos con la Corona pagaban sus deudas, Cartagena y Guyana recibieron cantidades de dinero para mejorar sus defensas. Ingenieros franceses (notoriamente franceses) fueron invitados a asesorar en el diseño de los bastiones. Se prohibió la creación de nuevas encomiendas de indios...en fin, todo parecía abonar la idea de que Pedrosa sería por fin el primer virrey oficial de Nueva Granada.

No fue así. El 27 de Junio de 1719 llegó una carta anunciando la inminente llegada de un nuevo virrey. Para ocupar el cargo se había nombrado a un conde. En la parroquia de San Sebastián de Madrid hay un archivo, folio 22/378, donde puede leerse la siguiente inscripción:

> *Pedrosa y Guerrero, Antonio Ignacio de la; del Consejo de su Majestad y del de Indias, viudo del primer matrimonio de Doña María Pisa Urramendi, y de segundo matrimonio de Doña Josefa de Urreta, domiciliado en la calle Alcalá, murió el 28 de Junio de 1733 y se enterró en el convento de los capuchinos de San Antonio del Prado.*

EL conde de la Cueva[2]

Nueva Granada 1719-1724

La postura de don Jorge de Villalonga estaba clara. Pensaba que, si el Consejo de Indias creía conveniente un nuevo virreinato al Norte del Perú, él se sentiría honrado de aceptar el nombramiento de virrey. Pero habría de ser con todos los privilegios y prerrogativas, las cuales conocía pues llevaba viviendo en tierra peruana desde 1708. Ahora bien, si lo que se planeaba era virreinato de segunda clase, prefería que designasen a otro ya que, en su opinión, era mejor dejar las cosas como estaban y que aquellos territorios siguieran al mando de un Gobernador.

Hay que decir que el conde de la Cueva siempre fue consecuente con este planteamiento, a diferencia del Consejo de Indias que oscilaba y cambiaba de criterio según los informes que iba recibiendo de unos y otros. A favor de la creación de un nuevo virreinato se había manifestado muy destacadamente don Antonio de la Pedrosa. No le faltaban razones: el nuevo reino comprendería los actuales estados de Panamá, Ecuador, Colombia y Venezuela.

A principios del siglo XVIII la asiduidad de barcos hostiles frente a las costas de Tierra Firme era preocupante. Los afanes colonialistas de varias potencias europeas se fundaban en que la posesión subsiguiente serviría de apoyo jurídico al hecho

consumado. Por otra parte, la inmigración desde Europa iba en aumento y el desorden social también, amparado por la lejanía de Lima, centro del poder virreinal. Bogotá, Quito y Cartagena de Indias apenas reconocían la autoridad del virrey del Perú, como había podido comprobar Antonio de la Pedrosa.

Pedrosa, desde el Consejo de Estado, aconsejó al rey Felipe V la creación del virreinato de Nueva Granada, desgajado del de Perú, y el rey aceptó la idea. Confiando en que nadie más indicado que el propio Pedrosa para echar los cimientos de la nueva organización territorial, le puso al mando del nuevo reino. Sólo que, para no unir beneficio al consejo, no se quiso dar a Pedrosa título de virrey, sino ponerlo a prueba mientras preparase el terreno a otro que no estuviese tan interesado.

Ese otro fue el noble mallorquín que para algunos es el segundo virrey de Nueva Granada, aunque fuese el primero que gobernó con todos los requisitos.

Los Villalonga se habían establecido en Mallorca hacía mucho tiempo; después de la masacre y expulsión de musulmanes en 1229 por las tropas de Jaime el Conquistador. Recibieron una alquería en propiedad, como otros pobladores entusiastas; la suya llevaba el nombre (¿genovés?) de *Fornaluggi,* que se encuentra donde el pueblo actual de Fornluxt. No muy lejos de aquel lugar, aún puede verse una fuente que se conoce como *Na Villalonga*.[2] Uno de los antepasados del virrey fue constructor y comerciante de ballestas, utilizadas en la guerra de los cien años.

El primer conde de la Cueva fue don Francisco Villalonga y Fortuny, que hizo una notable carrera militar y hubo de trasladarse a vivir en Madrid, tras haber sido alcalde del castillo de Bellver. Se ganó la confianza del rey Carlos II, como primer teniente de la Guardia Real, lo que le mereció el título de conde.

Eligió la carrera de las armas y tomó el hábito de la Orden de San Juan a los veintidós años. Probó fortuna en las Indias sin grandes progresos y volvió a España

Su elevación a la estima del Rey Felipe V le vino por haber ocupado el cargo de Procurador real en aquella isla, durante los años de la guerra de Sucesión. Mallorca pasó de estar en poder de los partidarios del Archiduque a depender de los parciales de la casa de Borbón. Desde 1702 a 1706 estuvo gobernada por Villalonga, con eficiencia militar y hacendística, que subrayó con donaciones a la

Casa Real y envíos puntuales de tropas a la Península.

Cuando Mallorca volvió a manos del Archiduque, Villalonga repitió la escapada a tierras americanas, con el empleo de cabo principal de las Armas Reales y la misión de dirigir la guarnición del fuerte de El Callao. A esa tarea dedicó muchos años, reforzando la capacidad de respuesta de aquel baluarte y ganando el aprecio del virrey Diego Ladrón de Guevara.

Su nombramiento como virrey de Nueva Granada en junio de 1717 le sorprendió en Lima, aunque hubo de esperar a que Pedrosa, el proto-virrey enviado desde la Península, culminara los preparativos para la segregación de ambos virreinatos. Tenía entonces 54 años y permanecía soltero. Por el hecho de encontrarse ya allí, no tuvo oportunidad de traer de España a sus familiares y allegados como parte de su cortejo virreinal. Improvisó una camarilla, en la misma Lima, con personas de su confianza y dispuestas a trasladarse a vivir a Bogotá.

Desde 1717 hasta 1719, don Jorge tuvo sobrado tiempo de ir formando un séquito de unas cuarenta personas, de las cuales más de la mitad eran indios, servidores de los personajes que embarcaron en el puerto de El Callao rumbo a Guayaquil.

Villalonga había presenciado varios recibimientos a virreyes anteriores (realizados en dirección inversa a la que correspondería en su ascenso hacia la capital del nuevo virreinato) y esperaba que los honores fuesen lo más parecidos posible. Esta predisposición al agasajo ha sido objeto de crítica por historiadores[84], que hacen suya la tesis del Adelantado de que la economía del Nuevo Reino de Granada no estaba para tales dispendios.

El tema de la vanidad del conde de la Cueva ha merecido la atención de estudios monográficos recientes,[2] de cuya lectura se desprende que la pompa virreinal no era objeto de decisión de los homenajeados sino de las autoridades de la capital, movidos por la tradición y el deseo de fiestas del vecindario. La tendencia de muchos virreyes a prescindir de tanto festejo, debido al cansancio de los viajes, se encontraba siempre con el consejo de que sacasen fuerzas de flaqueza para no contrariar al pueblo. El *entourage* de Villalonga podría ser considerado como discreto comparado con los de otros virreyes, que llegaban con sequitos de 70 a 100 personas, más los equipajes correspondientes. Los caballeros que acompañaron a Villalonga iban con la idea de establecerse definitivamente en Bogotá, como ocurrió, pasando a engrosar la

sociedad de Santa Fe con aportaciones de apellidos que aún perduran. No eran meros criados, en el sentido virreinal, sino colonizadores que cambiaban de colonia.

La recepción que Pedrosa dio a Villalonga en Bogotá no fue muy cordial. Antes de presentarse en la ciudad, Villalonga había pernoctado en Bocajá, a poca distancia, y delegado en Juan de Ortega y Urdanegui que pactase la forma de recibimiento más adecuada. Pedrosa aconsejó prescindir de arcos triunfales, corridas de toros y trofeos y así se hizo. El 27 de Noviembre el nuevo virrey tomó posesión de su cargo de Presidente en la Audiencia de Bogotá, que había absorbido a la de Quito por decisión del propio monarca. Una vez instalado en Bogotá, esperó tres semanas y pactó con el obispo Rincón su entrada en la catedral, en solemne acción de gracias, entrada que hizo bajo palio, para resarcirse de las cicaterías de Pedrosa.

Si el viaje inaugural se recuerda por ser el primero que correspondía a Nueva Granada, más expectación generó el viaje siguiente con los mismos protagonistas, desde Bogotá a Cartagena, para reconocer el estado de los reinos encomendados a su cuidado. Los preparativos de éste ocuparon seis meses, desde su llegada a Bogotá.

Durante ese tiempo el virrey tomó algunas medidas que consideró no necesitaban más reflexión. Por experiencia había observado la necesidad de aumentar la frecuencia del correo entre Santa Fe, Quito y Popayán y no esperó más a ordenar que se pusiera en marcha.

También inspeccionó los libros de registro, tanto seculares como eclesiásticos y vio que estaban muy retrasados o abandonados. No se apuntaban debidamente los bautizos, los matrimonios ni los contratos en general. Villalonga consiguió poner orden en aquellas tareas. (Atento a las prioridades de Villalonga, Pedrosa, que seguía viviendo allí, se desesperaba de que no emprendiera reformas de mayor alcance: más ambiciosas).

Por fin todo estuvo dispuesto para que el conde de la Cueva saliese a encontrar las riberas del Magdalena y embarcarse rumbo a la costa. Lo hicieron en seis falúas, acompañados de canoas, descendiendo el curso del río. Así llegaron hasta Barranquilla, desde donde es preciso continuar por tierra hasta Cartagena. Necesitaron ayuda de mulas para llevar todo el equipaje. (Pedrosa sentía que aquello se salía del espíritu reformista que

debía prevalecer y dejó constancia al rey de ello).

Durante su periplo, el virrey pudo apreciar el hiriente contraste entre la riqueza de aquellas tierras comparada con la pobreza de los habitantes. Al comentarlo obtenía la misma respuesta: falta de brazos para explotar los yacimientos o para cultivar la tierra. Le decían que los indios sólo trabajaban obligados. Que, dejados a su albedrío, carecían de necesidades y aspiraban únicamente a que el día de hoy se pareciera al de mañana como dos gotas de agua.

Ya en Cartagena, percibió claramente otra de las causas del estancamiento económico: el rampante contrabando. Contrabando que se originaba, a su vez, por la incapacidad de los comerciantes de la Península de proveer en tiempo y cantidad las necesidades ultramarinas.

Uno de los episodios más sorprendentes y poco conocidos de su gobierno tiene que ver con la aparición a poca distancia de Caracas de una colonia de judíos españoles, emigrados de Italia, que vivían allí dedicados tranquilamente a la exportación de cacao, producto al que ellos llamaban "chocolate". Tuvo su origen como consecuencia de la presencia holandesa en la isla de Curasao, a pocas millas de la costa venezolana. Los habitantes de Curasao se dieron cuenta de lo fácil que era enriquecerse con los productos de Nueva Granada, tanto adquiriendo como vendiendo mercancías cuya demanda controlaban en ambos extremos de la cadena comercial.

La permisividad de los controladores hispanos hizo que los holandeses pensaran en hacer venir a judíos sefardíes desde Livorno, personas muy idóneas por sus conocimientos de los mercados y del idioma, así como por sus contactos con proveedores de fondos.

El paso siguiente fue persuadirlos para que en lugar de volver a Curasao cada vez que visitasen las costas españolas, se quedasen allí varios días para participar más activamente en los tratos. Tan bien recibidos fueron, que decidieron fundar una villa judía y establecerse de forma permanente. El lugar elegido fue Tucacas, un paraje paradisíaco, que ofrecía refugio para docenas de barcos holandeses, tanto de transporte como de protección en caso de apuro.

La primera noticia escrita de esta curiosa presencia hebraica en Nueva Granada es de 1714: don Francisco de Cañas,

gobernador de Caracas, informa al rey que en aquel lugar vivía una comunidad bajo la autoridad de un alcalde llamado Samuel Gradis, con el título de *señor de las Tucacas y de su Santa Irmandá*. Sin que nadie lo impidiera, habían construido un fuerte defensivo en su entorno y una sinagoga en el centro. Ningún judío había sido molestado por la Inquisición. Si alguno tenía problemas por un descuido, *la Irmandad* se encargaba de pagar el rescate conveniente para que volviera a su casa.

El conde de la Cueva supo de dos intentos fallidos (en 1710 y 1712) de erradicar aquella colonia judía, sin que las razones de los fracasos le parecieran convincentes. Dispuso que fueran expulsados por la fuerza, sin más advertencias, y en enero de 1718 encargó el mando de la operación al oidor don Pedro de Olavarriaga, quien debería atacar desde el mar, al mando de una flota de 40 barcos, entre navíos de guerra y transporte de tropas.

La idea de sorprender a los comerciantes de Tucacas era ilusoria, teniendo en cuenta la cantidad de amigos con que contaban entre la población, no sólo en Caracas sino en toda la zona de producción de cacao. Antes de que Olavarriaga pudiera hacer nada, los israelitas habían huido en barcos holandeses a Curasao, después de incendiar sus casas y destruir la sinagoga, para evitar sacrilegios.

Olavarriaga acusó a Marcos Betancourt, gobernador de Caracas, de haber propiciado la huida y lo mandó a prisión. Luego el propio Olavarriaga fue sometido a juicio por acusaciones de amigos de Betancourt. El virrey nombró sustituto como gobernador a Diego Portales. Portales liberó a su antecesor de la cárcel y dejó que Olavarriaga siguiese preso seis meses más.

El virrey manifestó a la Corte que, mientras en el reino hubiese extranjeros dispuestos a enriquecerse por sus contactos con las casas de comercio europeas, aquello no tendría solución. Aprovechando que una vieja ley les prohibía residir en territorios de la Corona, dio una providencia de destierro para todos. Esta medida también se le ha reprochado en las crónicas, porque Villalonga, a diferencia de otros virreyes que expulsaron extranjeros, no distinguía entre benéficos y perniciosos. Su decisión fue una de las causas de que en España se preguntasen si no habrían enviado a Nueva Granada un virrey poco sutil.

Pedrosa no podía reprimir sus frustraciones y sin despedirse de nadie se largó a España en 1722, dispuesto a quejarse al rey

de la irrelevancia del marqués de la Cueva. El efecto sobre la paciencia real no fue nulo, pero tampoco tal como Pedrosa hubiera deseado.

Mientras tanto, el virrey seguía haciendo lo que podía, que no era mucho, si bien supo mejorar las arcas públicas a base de imponer orden y sin aumentar los impuestos. En 1721 llegó de Madrid un recordatorio de la Real Cédula, que ya se había expedido veinte años antes, exigiendo que:

> *Todos los poseedores de tierras y otras fincas de la Corona, bien que lo fuesen por compra, por composición o arrendamiento, exhibiesen las escrituras o títulos de propiedad, para saber quiénes eran los deudores; sin excepción de personas, tanto del estado secular como del eclesiástico y religiones.*

Con este recordatorio, los propietarios no Peninsulares deberían acudir también al Registro y formalizar las situaciones de posesión de hecho en bienes inmuebles, en un plazo de 6 meses para el virreinato de Nápoles y en doce para los de América, so pena de perder la propiedad.

El conde de la Cueva se reunió con el obispo Rincón para coordinar el esfuerzo requerido y juntos acordaron difundir la orden mediante edictos, quedando encargado de su cumplimiento don José Quintana y Acebedo.

En su obra *Historia eclesiástica y civil de Nueva Granada*, el autor José Manuel Groot, comenta le efectividad matizando que debido a aquel intento "se revalidaron algunos títulos de propiedad y se cobraron algunas deudas".

Más éxito tuvo Villalonga en su política de acercamiento a las tribus indias que habitaban en las selvas, y que atacaban de vez en cuando a los pobladores de lugares vecinos.

Dos personajes emergen con aura de poderes de persuasión: el primero era un indio llamado Antonio Calaimi, cacique de la tribu de los Jirara.

Era vecino de la villa de Tame y se escapó llevándose consigo una corneta que tenía encomendad para llamar a los fieles. Su vuelta a la vida salvaje no fue bien recibida por sus compañeros de tribu, sino muy mal, con amenazas y empujones que le llenaron de pánico. Entonces recurrió al clarín que no soltaba nunca y sopló tan fuerte

que sus captores huyeron despavoridos.

Animado por su rápida liberación, Calaimi se adentró en terreno vedado a los españoles y parlamentó con los jefes, haciéndoles una curiosa propuesta: reunir voluntarios para pasar una larga temporada en Tame, viviendo como los españoles, con el fin de que pudieran juzgar por sí mismos las ventajas (o desventajas) de la civilización. De no resultar convincente, Calaimi se comprometía a que los indios podrían volver a su forma de vida sin ser molestados. Después de las naturales dudas y deliberaciones se presentaron 16 indios, dispuestos a seguir a Calaimi a donde les dijera. El experimento fue un éxito y Calaimi se convirtió en el cacique que gobernaba sobre una creciente colonia de indios en Tame, dispuestos a trabajar y en algunos casos a aceptar el bautismo

El segundo personaje persuasor de indios es continuación del primero: se llamaba José Gumilla y era jesuita. Los primeros intentos de acercamiento los había hecho al estilo acostumbrado que terminaba con indios traídos prisioneros con la excusa de la resistencia ofrecida a los soldados de acompañamiento. Fue un fracaso.

Cambio de táctica: el padre Gumilla unió fuerzas con el cacique Calaimi y juntos se adentraron en terreno de indios, conviviendo con ellos, para volver acompañados de sus anfitriones, que voluntariamente formaron la Misión de Tame. Las ideas de José Gumilla (que preludian a las de Rousseau en algunas cosas) pueden leerse en su obra *El Orinoco ilustrado y defendido.*[60]

Mientras todo esto ocurría, el virrey Villalonga se preguntaba si un país tan despoblado, primitivo y escaso de recursos podía efectivamente ser considerado un virreinato de pleno de derecho. Y ya quedó dicho que, en contra de la opinión de Pedrosa, pensaba que no. Cierto que eran precisas medidas singulares, pero de índole tan pragmática que muy bien podían encomendarse a un gobernador, como se había venido haciendo hasta entonces.

Esta conclusión, a la que llegó después de reconocer que no le favorecía en lo personal, la comunicó en carta al Consejo de Indias y, por tanto, al Rey. El dilema que se planteaba con aquella carta era decidir entre un virrey que no quería serlo y otro virrey que no lo era, pero sí quería. Del segundo, el rey tomó como cierto el que Villanueva no había logrado lo que se esperaba de él. Del primero, el rey aceptó la

idea de que el sustituto de Villanueva no debía ser virrey.

A ninguno de los dos les debió agradar la lectura de la Cédula real que puso fin al primer intento de segregar Nueva Granada:

> *…el poco o ningún provecho que se ha reconocido en la creación del virreinato, sin aumento de los caudales, sin haberse podido evitar fraudes y algunos desórdenes que han ocasionado, siendo muy poco el fruto que se ha seguido de la creación del Virrey y ser más ajustado y conforme a las reglas de una buena economía extinguir este empleo, para evitar dispendios de tantos caudales como es preciso se consuman en la manutención del virrey, sus sueldos y los de otros gastos mayores que son inevitables (de su Casa y su familia) que todo es preciso salga de la Real Hacienda o de los vasallos, haciendo falta para satisfacer otros más principales..*

Una reprimenda tan poco disimulada ha valido como argumento al historiador José Antonio Plaza en sus *Memorias para la Historia de Nueva Granada para* descalificar a Jorge de Villanova como virrey "de muy cortos alcances e ignorante en todas las ramas de la administración".[83] Al menos la segunda aseveración choca con la biografía del conde de la Cueva, quien, como quedó escrito, desempeñó con eficacia la labor de Procurador Real de Baleares, título que equivalía en funciones al de virrey

También a Villalonga se le instruyó juicio de residencia. Fueron llamados testigos y acumulados cargos. El Consejo de Indias le absolvió de todos ellos. De un fascículo escrito por Bernal Llabrés,[2] con el título *Algo más sobre el virrey de Nueva Granada don Jorge Villanova, conde de Sa Cova* son los siguientes testimonios de personas que estuvieron bajo su mando o que lo tuvieron que tratar por razón del cargo:

> *Desempeñó su cargo con toda integridad y limpieza* (José Miguel de San Martín, alcalde de Cartagena)
>
> *…con toda austeridad y grandeza sin ajar ni maltratar a ninguno.* (Tomás de Mendiola).
>
> *Ejerció su empleo cumplidamente en esta ciudad con integridad, expidiendo sus órdenes en lo conducente al gobierno mayor de la provincia.* (Juan Toribio de Herrera; capitán).

> *La expedición de los negocios del gobierno de dicho Excmo. Señor virrey fue con mucha seriedad.* (Manuel de Melina; capitán).
>
> *Sagaz y prudente, sin hacer injusticia ni agravio alguno*. (José Tomas de Morena).

La primera reseña de su vuelta a España se produce con ocasión de su matrimonio, en Madrid, cuando ya superaba ampliamente los sesenta años. La elegida fue una sobrina suya llamada Catalina. El matrimonio, de corte *moratiniano*, tuvo descendencia en una criatura a la que pusieron de nombre Joaquina. La siguiente noticia de la existencia de don Jorge después de ser virrey, se encuentra en el *Cronicón Mayoricense* de Juan Colamar:[42]

> *A 23 de Octubre (1735) llegó a este puerto en un navío francés el Excmo. Señor Don Jorge de Villalonga, Virrey y Capitán General que fue del Perú (sic) y se hospedó en casa del Regidor Don Gaspar de Puigdorfila, su cuñado.*
>
> *Dia 24: fueron a cumplimentarle en nombre de la ciudad dos Regidores, como hijo de la Patria: iban en coche con dos tiros y los maceros delante. Al despedirse Don Jorge quería acompañarlos hasta el portal mas no lo permitieron los regidores.*

La última referencia es de 1740:

> *El 6 de Julio se celebraron solemnes exequias en la catedral de Mallorca por el alma de Don Jorge Villalonga, fallecido el 23 de Mayo anterior, y que en la plaza de Cort y calle de Santo Domingo le rindieron honores de Teniente General disparando armas dos piquetes de infantería.*

Sebastián Eslava[3]

Nueva Granada 1740-1749

Del Virrey Eslava, aparte su encomiable obsesión contra el rampante contrabando, lo que más puede interesar es lo que ocurrió con ocasión del desembarco inglés en la costa de Cartagena de Indias y el desastre que sufrieron las tropas británicas en el asedio a la ciudad.

Reinaba en España Felipe V, nieto del Luis XIV y, comprensiblemente, aliado de Francia. La pujante nación inglesa veía injusto el monopolio que españoles y portugueses ejercían en los dominios de Ultramar, dificultando el libre comercio a que aspiraban las manufacturas británicas. De ahí que aumentara la presión diplomática para que al menos se les permitiera una cuota de ese privilegio.

Como el país más beneficiado era España, los franceses hicieron concesiones a Inglaterra, descolocando a Felipe V, quien se sintió agraviado.

Estas concesiones se pueden resumir en dos:

- ✓ El derecho a que los navíos ingleses y franceses comerciasen un máximo de 500 toneladas de productos, en las mismas condiciones que si fueran españoles;

- ✓ y el monopolio para Inglaterra de la trata de negros durante 30 años. Este segundo privilegio, denominado *derecho de asiento* era especialmente lucrativo, por lo que los banqueros ingleses se sintieron muy dispuestos a financiarlo sin limitación ni demasiados escrúpulos. A su vez, los políticos españoles se sentían aliviados de dejar a otra potencia actividad tan poco cristiana, si bien exigían un arancel de 33,3 pesos por cada *piece*, como llamaban los negreros ingleses a los esclavos.

Tanto el *derecho de asiento* como la institución de *navíos de permiso* obligaban a un control de lo pactado, y por consiguiente a inspeccionar los barcos ingleses que tocaban en puertos de las Indias españolas. Las contravenciones, cuando eran detectadas, daban lugar a importantes multas y deudas de los navieros a favor del Tesoro español. Unas veces se retenían las mercancías, otras se confiscaban bienes raíces de comerciantes ingleses afincados en Cádiz y otras, las más, se dejaba continuar a los barcos su ruta, tras haberles hecho perder unos días en la inspección. Harto de aquella servidumbre, el Gobierno británico decidió enviar una flota intimidatoria a la costa Sur de la península Ibérica, y exigir daños y perjuicios al Gobierno español. A lo que se contestó desde Madrid que la deuda pendiente de Inglaterra superaba la cifra que demandaban como compensación de daños.

Estos son los prolegómenos de la guerra que mantuvieron ambos países y que tocó muy de cerca al virrey Eslava: La guerra que se llamó en Inglaterra de *La oreja de Jenkins.*

La guerra de la Oreja, como la guerra del Opio un siglo después, tuvo una motivación estrictamente comercial. Durante el siglo XVI los ingleses y holandeses pudieron hacer el negocio de los esclavos negros con relativa facilidad, comercio que se conocía con el nombre de *Interlope trade*. Los encargados eran navegantes bucaneros y filibusteros, llamados *interlopers* en Inglaterra, palabra del idioma holandés que significa: intermediario y truhán. Las ganancias eran tan sustanciosas que atrajeron el interés de la formidable empresa South Sea Company de Londres, con lo que las actividades sobre el mercado de esclavos negros pasaron a tener un reconocimiento social, dejaron de ser cosa de *interlopers* y se multiplicaron hasta extremos desconocidos.

Las limitaciones a este tipo de libre comercio con las colonias españolas se habían pactado en El Pardo en 1739. Pero los accionistas de la Sea South consideraron que era mejor dejarse de limitaciones e instaron al rey Jorge II a que declarase la guerra a España. El pretexto fue una oreja: la oreja de Jenkins. Al parecer este corsario, llamado Robert Jenkins, había sido capturado por los españoles, quienes se habían atrevido a cortarle una oreja en castigo de su contrabando. La leyenda, repetida por Carlyle, asegura que Jenkins se presentó en el parlamento inglés, oreja en mano, pidiendo venganza y de ahí el nombre de la guerra de la oreja.[40]

Gobernaba en Londres un político prudente, poco amigo de conflictos bélicos, pero que no se atrevió a contrariar las ansias de expansión mercantil que dominaban en los círculos de comerciantes en Bristol, Glasgow, Liverpool y Londres. Consintió el primer ministro, Robert Walpole, en armar una poderosa flota, la cual, mandada por un marino de gran prestigio, tendría como objetivo estrangular el comercio entre España y América, tomando los principales puertos del Caribe, destino y origen de las transacciones[104.]

Alertado por sus espías, el rey de España tomó medidas para oponerse a aquellos designios. Los nombres propios de los encargados de llevar a cabo la resistencia contra la invasión fueron: Blas de Lezo (marino) y Sebastián Eslava (militar).

El primero en partir para defender las costas del Golfo de Méjico fue Blas de Lezo. Lo hizo a primeros de Marzo de 1739. Mandaba una flota de 16 barcos, compuesta de 6 navíos de guerra: la nave capitana llamada *Conquistado*r, el buque insignia *Galicia* y otros cuatro: *Fuerte, África, Europa*, y, *Dragón.* Protegidos por esta primera flotilla, navegaban otros ocho barcos y dos navíos de registro, transportando bastimentos y una fuerza armada de 3.000 hombres.

Por su parte Eduardo Vernon, almirante de la flota inglesa, salió en Agosto del mismo año al frente de 9 barcos de guerra que portaban 550 cañones, y los correspondientes barcos de transporte para llevar 3.700 combatientes. Estas dos escuadras estaban relativamente igualadas y no llegaron a enfrentarse. Vernon prefirió atacar la Habana y La Guaria, con poco éxito y más pérdidas de lo que esperaba. Molesto por los resultados, Vernon se retiró a Port Royal, en Jamaica, para reparar los barcos y curar los heridos. Blas de Lezo se dirigió a Cartagena de Indias y fondeó allí sus barcos.

Mucho antes de que Vernon llegase al Caribe, otro marino inglés, el comodoro Brown, hostigaba los galeones españoles y acechaba en los fondeaderos cercanos al istmo de Panamá. En Noviembre, Vernon había conseguido reunirse con Brown y ambos decidieron atacar por sorpresa Portobello, el *bello puerto* bautizado por Colón, donde aún se recordaban las fechorías perpetradas por el pirata Morgan, muchos años antes.

El día 21 de Noviembre de 1739 los defensores de Portobello avistaron las velas de 6 barcos de guerra, y se dispusieron a defender la pequeña ciudad desde sus tres fuertes de resistencia: *Todofierro*, *Gloria*, y *San Jerónimo*. En el puerto solo había dos pequeñas fragatas, que fueron abandonadas. Vernon dirigió el ataque desde el navío *Burford* ordenando entrar en el puerto a los cañoneros *Hampton Court*, *Worcester*, y *Worwick*.

El asedio duró hasta el día 27, en que los españoles izaron bandera blanca en *Todofierro* y entregaron la plaza. La proporción de fuerzas era de tres hombres de ataque por cada defensor, lo que no justifica la relativa facilidad con que los españoles se rindieron al enemigo. En el saqueo consiguiente Vernon se llevó la desagradable sorpresa de que todo el oro que esperaba encontrar había sido retirado tierra adentro, con buen criterio. Al no haber tampoco navíos de importancia que remolcar, como presas, el balance de la operación no fue muy brillante.

Sin embargo, en Londres se recibió la noticia de la caída de Portobello como un triunfo espectacular, dando lugar a festejos que duraron varios días. Vernon se convirtió en un héroe nacional, precursor de lo que después sería Horacio Nelson y los ingleses se emocionaron con un nuevo himno, el *Rule Britannia,* que se cantó entonces por primera vez.[70]

Vista con perspectiva histórica, la toma de Portobello por los ingleses tuvo consecuencias contraproducentes para los vencedores. En efecto, la facilidad con que Brown y Vernon conquistaron la plaza les indujo a concebir esperanzas de una rápida invasión continental, que iba a ser el preludio de la deseada colonización británica de Nueva España. Se organizó el reclutamiento de colonos de América del Norte ofreciéndoles establecerse en Nueva Granada y la idea atrajo a no menos de 3.000 futuros pobladores venidos de Georgia.

Por otra parte, las nuevas de la victoria de Vernon animaron a no pocos capitalistas británicos a financiar una invencible *Armada* de desembarco con más de cien navíos, cuyo coste esperaban recuperar con creces, una vez que el comercio con las Indias quedase bajo control británico. En conmemoración del asedio y rendición de Portobello se acuñaron en Londres unas monedas en cuyo anverso puede verse un personaje hincado de rodillas ante otro militar, éste de pie, que recibe su espada. En la leyenda circundante se lee:

The Pride of Spain humiliated by Adm. Vernon

Desde España se ha considerado ridícula esta muestra de prepotencia, al identificar al arrodillado personaje con Blas de Lezo y la humillación con una errónea victoria inglesa en Cartagena de Indias. Cabe que no fuera así: la humillación puede referirse a Portobello y el español ser Francisco Javier de la Vega, que efectivamente se rindió a Vernon. El mando de la segunda flota de desembarco, armada con una potencia de fuego impresionante, fue encomendado al almirante Sir Challoner Ogle.

Reunía esta "Invencible": 8 galeones de tres puentes, 25 navíos de línea (se llaman así los barcos artillados con más de 25 cañones por banda), 12 fragatas de menor porte, paquebotes, *brulots*, bombardas y unas 130 embarcaciones que transportaban una fuerza conjunta de 9.000 hombres entre artilleros, arcabuceros e intendentes, sin contar los colonos procedentes de Georgia ni los 2.000 negros de machete, que completarían un contingente de 23.000 personas. Este inusitado despliegue de fuerza naval y de desembarco produjo en los protagonistas una gran seguridad en la victoria y un notable desdén por la capacidad defensiva de los baluartes españoles.

Sólo Vernon apreciaba y respetaba a Blas de Lezo, como suelen hacer los marinos con los oficiales enemigos. Sabía que, en el curso de los acontecimientos, los españoles acabarían haciendo algunos prisioneros. Por esta razón, y pensando en futuros canjes, optó por liberar a los españoles capturados en Portobello y hacer valer ante Blas de Lezo, por carta, su clemencia con los vencidos.

A esta misiva, Blas de Lezo respondió con cajas destempladas, alegando que la acción de Portobello no tenía justificación alguna, y añadiendo que esa clemencia se la había copiado a él y que, de haber estado él en Portobello, la plaza no se habría rendido.[3] Cuando la nueva flota británica llegó a aguas americanas, se fueron a descansar

del viaje a Jamaica para reponer fuerzas y bastimentos y organizar la invasión continental.

Mientras tanto, Blas de Lezo se ocupaba de mejorar las defensas de los fuertes de Cartagena de Indias, que había encontrado muy deficientes. Otorgó especial atención al fuerte de San Lázaro, hoy conocido como San Felipe de Barajas. Esta mole de piedra contaba con unos muros exteriores de 12 metros de altura máxima y 5 metros mínima, para cuya construcción había sido preciso un espesor de entre 20 y 25 metros. Lezo aumentó el número de cañones hasta unos 200 en el San Lázaro, y 425 en el total de las defensas, trayendo a tierra armamento procedente de los navíos de la escuadra.

El puerto de Cartagena ofrecía entonces una forma compleja con dos bahías. A la exterior, más grande, se accedía desde el mar por *Boca Grande*, pero para acceder a la interior, llamada *Bahía de las ánimas*, había que cruzar frente a *Boca Chica*. El fuerte San Lázaro, dominaba ambas bahías, pero en especial la interior.

Entre las muchas instrucciones que Lezo dio a los ingenieros para reforzar baluartes y hornabeques, hay una que llama la atención: la de cavar un foso de uno o dos metros de profundidad alrededor de los muros con el fin de hacerlos "más altos" de lo que ya eran. Cuando, tras la batalla, se trató de justificar en Inglaterra el elevado número de muertos que sucumbieron ante esos muros, una de las razones que se alegaron fue que las escalas "no habían sido bastantes largas".[3]

Eslava todavía no había llegado a Nueva Granada. En realidad, el virreinato de Nueva Granada había quedado suspendido en 1723. La inminencia del ataque inglés movió a Felipe V a reconsiderar esta situación. Temía que las distancias entre Méjico y los puertos del Caribe entorpecieran el mando efectivo de la defensa. Un virrey estacionado en Cartagena eliminaría ese riesgo, siempre que contase con el apoyo total del Consejo de Indias.

Al frente de esta gran responsabilidad, el rey eligió a Don Sebastián Eslava entre varios candidatos. Eslava era ya Teniente General de los Ejércitos de Su Majestad; también era *teniente de ayo del infante Don Felipe, mi muy caro y amado hijo*, según se lee en el acta de nombramiento como virrey.

Sebastián de Eslava desembarcó en Cartagena el 27 de Abril de 1740. Había hecho la travesía a bordo del *San Luis*, que llegó a puerto acompañado del *San Carlos*. Fue recibido cumplidamente, durante

cuatro días y tres noches de festejos y parabienes. El improvisado palacio virreinal lucía en la oscuridad iluminado por 18 hachones mientras el nuevo virrey dormía descansando del largo viaje.

Pronto tendría lugar el primer encuentro con Blas de Lezo, correcto pero desprovisto de cordialidad. Existe desde siempre un sentimiento de superioridad entre los marinos de guerra de todas las naciones que no pueden disimular cuando les toca ponerse a las órdenes de un militar de Tierra. En este caso la autoridad máxima le venía a Eslava, no como Teniente General, sino como Virrey, pero a todos los efectos se puso a actuar como militar, y no disimuló su desacuerdo con bastantes de las medidas que había tomado Lezo, cuando aún no había virrey a quien obedecer.

Dejando las relaciones con Lezo para más tarde, Eslava se apresuró a organizar la intendencia precisa para resistir largos períodos de asedio. Siguiendo indicaciones del rey, solicitó y exigió la ayuda de los reinos de Perú y de Nueva España, de la Audiencia de Nueva España, de los alcaldes mayores, de los jesuitas, de los obispos y arzobispos y de todos los comerciantes del reino.

Como quiera que en algunos ámbitos surgieran protestas por la insistencia recaudatoria del virrey, éste prometió a los descontentos la devolución de todo lo recaudado, que tendría la consideración de préstamos voluntarios. Muchos ganaderos colaboraron de forma generosa, sacrificando no pocas de sus reses. Entre ellos destaca la dedicación de uno, llamado Madariaga, que aportó cuantas vacas tenía.

Para agilizar las medidas de defensa, Eslava limpió y ensanchó el camino entre Santa Fe y Cartagena, que atravesaba riscos escarpados y peligrosos, y que al principio los arrieros se negaban a hacer, aunque más tarde cedieron y llegaron a transportar hasta 500 cargas mensuales de harina en flor y grandes cantidades de carne. El Oidor de Santa Fe, Silvestre García de Quesada fue el encargado de asegurar los suministros, que antes llegaban por mar y que Vernon creía que estaba impidiendo con su bloqueo frente a la costa. De forma que la tardanza en atacar acabó perjudicando más al atacante que al defensor, tal como había preconizado Blas de Lezo.

Según el experto marino, cada día que pasaba aumentarían los enfermos por escorbuto entre los ingleses y se debilitarían los ánimos de los sanos, por causa de la inactividad y las penalidades de la vida a bordo, especialmente entre la gente de tropa.

Por el contrario, con argumentos semejantes, Vernon y Ogle decidieron no esperar más y organizar el asalto final a Cartagena: La armada se dividiría en tres escuadras:

- ✓ Una mandada personalmente por Eduardo Vernon,
- ✓ La segunda sería la de Sir Chaloner Ogle
- ✓ y La tercera quedaría al mando del Comodoro Lestock.

Tras de la destrucción sistemática de los fuertes de *Boca Chica, Santa Cruz, Manzanillo y San Lázaro*, se procedería a la invasión por tierra, que tendría lugar en la ensenada de *Tierra Bomba*. Un ejército de 9.000 hombres desembarcaría protegido por el fuego de las cañoneras, para tomar Cartagena desde el interior. Las operaciones de desembarco y movimientos de tropas en tierra consumieron más jornadas de lo que pensaban los dos almirantes ingleses, quienes empezaron a dudar de la capacidad del general John Wentworth.

Se puede comprender el punto de vista de cada uno: Los soldados ingleses estaban cansados por las largas travesías y además se veían atacados por mosquitos impertinentes. Necesitaban algún tiempo para recuperarse. Por su parte, los marinos habían tenido que arriesgar mucho para entrar por el canal de *Boca Chica*, y una vez dentro, sufrían el acoso de las baterías de costa. Efectivamente, los navíos ingleses, sorteando los galeones hundidos por orden de Eslava, ofrecían un blanco muy cercano a los sitiados.

En aquella tesitura El *Galicia,* que había quedado desprotegido, y a medio hundir, fue capturado con toda su dotación. La insignia del *Galicia* se presentó al rey Jorge II como trofeo. Algunos creen que fue entonces cuando se acuñaron las famosas monedas. Pero cuesta trabajo creerlo ya que Cartagena de Indias, a diferencia de Portobello, no se había rendido.

Los documentos del asedio muestran a un Blas de Lezo y un virrey Eslava siempre juntos, conferenciando o visitando las fortificaciones.[3] También sabemos que el virrey consultaba la opinión de Blas de Lezo con interés. Solo que, según Lezo, no hacía el menor caso de sus advertencias y consejos. Escribe Lezo el 17 de Abril de 1740 en su diario:

> *Todas las providencias y órdenes de la tropa y la Marina se distribuyeron por Don Sebastián de Eslava sin que de mí haga caso ninguno y continúo mis salidas a todas partes con él, sin darme por entendido.*

Por su parte, Eslava, en una carta al marqués de Villarias, dice, refiriéndose a Blas de Lezo:

> *Por la mano e imperio que se apropia para querer mandarlo todo. No siendo para esta ciudad de poco gravamen, ni para mí de menos cuidado, mantener en el estado presente tanta Gente de Marina y precaver no sucedan algunos excesos y alborotos.*

Pese a estas desavenencias, puede decirse que hasta el 1 de Abril, las relaciones fueron frías pero respetuosas. Se cita del episodio a bordo del navío *San Luis*: mientras conferenciaban Eslava y Lezo, estalló una bomba cerca de la banqueta del virrey, que quedó inservible. Ninguno de los dos pareció inmutarse, tomaron nuevas sillas y siguieron departiendo como si nada hubiese ocurrido.

El 1 de Abril, sin embargo, la situación en el castillo de San Luis empezaba a hacerse insostenible y Lezo, desobedeciendo las instrucciones (¿malévolas?) del virrey, decidió retirarse a posiciones más seguras. No lo hizo por cobardía sino por ahorrar esfuerzos inútiles. La valentía de Blas de Lezo y su capacidad de animar a las tropas antes y durante la batalla, habría de manifestarse en la memorable noche del 20 de Abril de 1740.

Wentworth había solicitado mayor apoyo artillero desde los navíos que fondeaban ya frente al Castillo de San Lázaro, lo que terminó de irritar a Vernon y Ogle. Sintiéndose cuestionado, Wentworth lanzó un ataque masivo a las tres de la mañana, contra los muros del Castillo, por los que intentaron escalar cuatro regimientos ingleses de 800 hombres cada uno Desde *San Lázaro* llovía metralla y fusilería, tanta como no esperaban los atacantes. Durante dos horas se mantuvieron los combates sin que los ingleses lograsen entrar en el fuerte. Las bajas iban haciéndose insoportables y el pánico empezó a cundir entre los soldados de Wentworth. Lezo animaba los defensores, ofreciendo tragos de licor y seguridad en la victoria. En su informe al ministro de Indias Juan de Arriaga, el virrey Eslava reconoce la contribución de Blas de Lezo, con estas palabras:[3]

> *Habiendo ayudado mucho, a la constancia y el acierto, la asistencia de Don Blas de Lezo a la batería de la Media Luna.*

La batería de la "Media Luna" se encontraba frente a las puertas del Castillo. Los hombres luchaban con la bayoneta calada y el cañón del hornabeque disparaba sus bombas, cuando, según el diario de Lezo, éste les mandó suspender el fuego. Estas son las líneas de su Diario que describen lo que ocurrió entonces:

> *Subí a aquella vatería (sic) para que lo suspendiesen, respecto a no ser de día, y reconocer que el fuego de nuestra tropa y la de los enemigos estaban muy inmediatos y aún no se distinguían uno del otro, y que pudieran incomodar a los nuestros el que se hacía con nuestro Cañón, hasta que aclaró y se continuó con bastante estrago de los enemigos.*

Un poco antes de las 9 de la mañana los ingleses izaron bandera blanca. El almirante Vernon pidió permiso al virrey para retirar los muertos y heridos. Escribe Blas de Lezo:[3]

> *Se les concedió lo primero y se les dijo que por lo que miraba a los heridos, que estaban ya en la Ciudad se les asistiría con cuidado, a lo que se conformaron.*
> *Fue tan precipitada la fuga de los enemigos y la confusión que manifestaron que propuse a Don Sebastián de Eslava se hiciese con un destacamento de 300 hombres por el Cerro para cortarlos en el Playón, con una providencia se hubieran escapado muy pocos, pero no asintió.*

La versión del virrey sobre lo ocurrido puede leerse así:

> *Y no pudiendo tolerar nuestra tropa la defensa pasiva que se hacía desde sus reparos, salió a ellos a las 6 de la mañana y con la bayoneta calada se arrojaron impetuosamente sobre sus enemigos, que los precisaron a volver la espalda con desorden, dejándose en el campo las escalas, manteletes y los útiles para mover tierra que habían llevado al asalto y más de 800 muertos y 200 heridos y entre ellos algunos oficiales, aunque luego fueron conducidos a los hospitales y curados con cuidadosa caridad, murieron los más en los días siguientes y entre ellos un capitán de granaderos, un hijo de Milor Forves y otro, sobrino del coronel y brigadier Grants que había mandado el avance.*

Posiblemente el mismo Blas de Lezo que había aconsejado al virrey cortar la retirada al enemigo y no había sido autorizado. Ciertamente, la noche del 20 de Abril marca un punto de inflexión en

el asedio a Cartagena y a toda la zona del Caribe, que había sido encomendado a la armada conjunta de Vernon y Ogle. Pero, al cabo, no fue más que un episodio de una larga acción bélica que duró dos meses, desde el 15 de Marzo de 1741, cuando los primeros navíos ingleses fondean a dos leguas del puerto, hasta el 20 de Mayo del mismo año, en que los últimos barcos abandonan la bahía.

Fueron esos 65 días de bombardeos apenas interrumpidos y de combates en tierra, los que decidieron la contienda. Demasiados días para mantener aquel ejército británico de 23.000 hombres, en tierra hostil o embarcado, con escasos períodos de descanso en Jamaica.

Vernon consideraba que, hasta tanto no pudiera decir que la ciudad estaba bajo control inglés, debía perseverar, manteniendo las esperanzas de los colonos americanos que iban con él, la de los comerciantes accionistas de la *South Company*, y la de los miembros del *Country club*, que financiaban la empresa. Pero cada día que pasaba aumentaban las pérdidas de vidas, económicas y de ilusiones.

Cuando llegó el momento del obligado retorno a la Metrópoli, se pudo medir la cuantía del desastre: El historiador Groot, recoge como más probable la cifra de 18.000 bajas entre muertos, heridos y enfermos de malaria. Eslava escribe que fueron 4000 los muertos en combate. Prisioneros y desertores del campo inglés coinciden en un número de 9.000 bajas entre muertos y heridos.[59]

En el campo de los defensores se mencionan 800 bajas, sufridas en los combates que se produjeron en cada uno de los fuertes y baluartes que los ingleses destruyeron hasta llegar al de San Lázaro. El número de heridos españoles se calculó en 1.200 sobre una población de 20.000 habitantes, la que tenía Cartagena. No fueron más porque la mayor parte de sus habitantes se trasladaron a los barrios más alejados de la bahía, a donde no alcanzaban las bombas.

En cuanto al número de barcos británicos hundidos por los españoles o quemados por los propios ingleses para evitar su apresamiento, sólo en el ataque al Castillo, se inutilizaron totalmente 6 navíos por la artillería de costa y otros once quedaron dañados, aunque en condiciones de navegar de vuelta a Inglaterra. De los 50 barcos de guerra que componían la flota británica, sólo la mitad pudo regresar a casa. Los españoles perdieron los seis barcos de Lezo, (cuatro galeones y dos de línea). El *Galicia*, que fue apresado, fue reutilizado por Vernon en el asedio y destrozado por los propios españoles.

Parece una ironía del destino que el primer ministro Walpole, tan poco entusiasta de la guerra con España, fuese estigmatizado por la derrota y tuviera que dimitir al poco tiempo. Sir Robert Walpole, narra en su libro de Memorias, que cuando murió Robert Jenkins, acudió a su domicilio y pudo comprobar que no le faltaba ninguna oreja.[104]

El rey Jorge II, trató de minimizar el impacto emocional que se iba extendiendo en la población, prohibiendo que se hablase de aquella acción, ocultando en todo lo posible la magnitud de las pérdidas y quitando importancia a la empresa, que fue proscrita de sus libros de Historia.

Conscientes del silencio oficial, los comerciantes vieron desvanecidos sus sueños de libre comercio y control de los mares y despilfarrados los dineros invertidos en el magnífico proyecto. Los colonos de Georgia, entre ellos un sobrino de Jorge Washington, perecieron casi todos en los barcos, víctimas de la desnutrición y de enfermedades producidas por los mosquitos.

Arnold Toynbee, en una conferencia pronunciada en Cartagena de Indias da la importancia correcta al suceso:

> *La defensa de Cartagena aseguró que en el continente se siguiese hablando español en lugar de inglés*.

En la Península apenas se dio importancia a la victoria sobre esta *Armada Invencible al revés*, que prolongó la presencia española en aquellos mares, hasta la batalla Trafalgar, en 1805. Para entonces ya Inglaterra había perdido su colonia del Norte de América y el dominio español solo podía verse sustituido por la formación de Estados independientes. A la ausencia de celebraciones por tan sonada victoria contribuyó no poco el propio virrey Eslava, con sus comentarios.

Para empezar, trató de estigmatizar a Blas de Lezo, por desobediencia continuada a sus órdenes, lo que dio lugar a una muy injusta real célula de Felipe V, desposeyendo a Lezo de su rango de comandante de los Galeones.

Para seguir, el virrey Eslava impidió que un teniente de navío, amigo de Lezo, pudiera volver a la Península, al enterarse de que dicho teniente portaba un relato, redactado por Blas de Lezo, de lo acaecido durante el asedio. A esto se añade la acusación de cohecho que se hizo al mayordomo ayudante de Blas de Lezo, por apropiación de unas telas que habían llegado a Cartagena en una fragata francesa[3].

No tan sencillo era destruir la fama de valiente del marino vasco, ya que tenía marcadas las pruebas de su valor en su propio cuerpo:[45]

- ✓ A los 15 años, en la defensa de Vélez Málaga contra la escuadra angloholandesa del Almirante Rocke, una bala de cañón le arrebata una pierna, que es sustituida por una de palo.
- ✓ A los 18 años, en la defensa del puerto de Toulon contra la escuadra del Duque de Saboya, Lezo pierde el ojo izquierdo, alcanzado por un fragmento de metralla.
- ✓ Y a los 25 años, durante su participación en el asedio de Barcelona, se queda manco.

Cojo, tuerto y manco, Blas de Lezo fue ascendido en cada ocasión, a teniente de navío, a capitán de fragata y a capitán de navío. Como tal capitán de navío obtuvo patente para navegar *en corso*, actuando en las costas del Sur de América.

El virrey Eslava, envió al ministro Villarias una relación de lo ocurrido en la defensa de Cartagena de Indias que se convirtió en la versión oficial y que omite o minimiza todo lo realizado por Lezo. Al verse impotente para dar su propia versión y sentirse debilitado en su cuerpo por las heridas recibidas, Lezo entró en un estado de gran postración, que acabaría con su vida el 7 de Noviembre de 1741, sólo cinco meses después de que los ingleses abandonasen las aguas de Cartagena.

Su muerte pasó desapercibida incluso para la familia, que se encontraba viviendo aún en El Puerto de Santa María. Nadie se hizo cargo del difunto, que fue enterrado en una fosa común de Cartagena de Indias.

Habrían de pasar 19 años hasta que, al decidir Felipe V enaltecer a Sebastián Eslava con el título de marqués de la Real Defensa, alguien hizo que el rey cayera en la cuenta de la injusticia cometida con Blas de Lezo. Cinco meses más tarde de que los Eslava fuesen ya marqueses de la Real Defensa, los Lezo recibieron el título de marqueses de Orvieto.

Ninguno de los dos, ni el virrey Eslava ni Blas de Lezo, ocupan el lugar destacado que merecen en los manuales de Historia de España. Donde sí perdura la memoria de uno de ellos es en la propia ciudad de Cartagena de Indias, en la explanada que hay delante del fuerte de San Lázaro.

José Alfonso Pizarro

Nueva Granada 1749-1753

La Biblioteca Nacional en Madrid guarda una carta de navegación de la bahía de Valparaíso, con el siguiente título: "Plano del Puerto de Balparaizo hecho de orden del Sr. Comandante General Don Joseph Alphº . Pizarro "

Está delineada con un detalle y cuidado que hacen pensar en los paisajes chinos o japoneses y sorprende por lo despoblado y apetecible del entorno. La entrada del puerto viene claramente definida por dos boyas, el pueblo se agolpa entre dos castillos, el viejo y el grande, éste último dentro de un fuerte. Más al norte hay un fondeadero de "aguada para navíos" y más al norte todavía está la "playa de la reñoca", pasado el llanito de "el almendral", donde aparecen en rojo algunas viviendas.

Don José Alfonso Pizarro era marino. En 1742 se encontraba en Chile al mando de la fragata *Esperanza*. No tuvo suerte en su persecución del comodoro Anson, que merodeaba por las costas del Pacífico. Tres años después, Jose Alfonso regresaba a España en el navío *Asia*; parte de la tripulación estaba compuesta por indios, los cuales se amotinaron para hacerse con el mando y vivir del corso, pero Pizarro consiguió reducirlos y llegar con bien a Cádiz en enero de 1746. Aquella acción le valió el ascenso a teniente general

de la Armada.[45]

Pizarro estaba bien considerado por el ministro de Fernando VI, marqués de la Ensenada, cuya autoridad prevalecía entre los miembros del Consejo de Indias. Contaba entonces Pizarro unos cincuenta y tantos años, edad propicia para convertirse de marino en gobernador y sustituir al virrey Eslava. De modo que en Marzo de 1749 le llegó el nombramiento y se puso a preparar su viaje a Cartagena de Indias, que finalmente se realizó en convoy de dos navíos. Con el virrey viajaba también un acreditado ingeniero militar de nombre Ignacio de Sala, que iba como gobernador de Cartagena, y también se embarcaron varios jesuitas amigos de don José Alfonso.

Ignacio de Sala había traducido la obra del marqués de Vauban sobre fortificaciones.[102] Su misión en Nueva Granada consistiría en reparar y mejorar las maltrechas defensas después de los ataques de Vernon a Cartagena de Indias. Tanto Pizarro como Sala tomaron posesión de sus cargos en Noviembre de 1749.

Dado que ya existía en Nueva Granada un ingeniero director, a Sala le nombraron en Madrid gobernador de Cartagena. De esa forma, él recibiría las propuestas existentes y sería responsable de su aplicación.

Tal planteamiento resultaba algo cándido, teniendo en cuenta que Sala entendía de fortificaciones tanto o más que el ingeniero director, el cual había dedicado todo su saber y energía al diseño de la reconstrucción de los baluartes y fuertes de las dos bahías de la ciudad. Era esta persona un español de ascendencia irlandesa, que se llamaba Bautista MacEvan, castellanizado Macevan.

Según Sala había que emplazar los cañones de manera que desarbolasen las naves en el momento más propicio, dejándolas sin gobierno, como meras balsas flotantes y sin posibilidad de escapar. Para ello era preciso obligarlas a pasar por un lugar predeterminado, de forma que presentasen la proa tiempo suficiente para descargar el máximo de fuego dirigido a los palos, no al casco. Superado ese punto, si continuaban con gobierno, girar el fuego hasta esperar que presentasen la popa y repetir la operación.

Sala también insistía en restringir la entrada a Boca Chica e impedir el acceso por Boca Grande. En Boca Chica se instalaría un primer baluarte para iniciar el rompimiento de los palos, y debido a lo estrecho de la entrada, también un segundo baluarte que

remataría la faena de aquellos que hubiesen pasado incólumes.

Sala reconocía que don Antonio de Arévalo sabía mejor que él cómo construir la barrera de Boca Grande, ya que en las enseñanzas del francés Vauban nada se decía sobre cerramientos submarinos. Efectivamente, Arévalo diseñó un sistema llamativo, por lo sencillo, que consistía en aprovechar una madera del país que no se descomponía al estar sumergida, creando una doble empalizada que luego se iría llenado de piedras hasta alcanzar el nivel necesario.

Como consecuencia de este plan, la idea de Bautista Maceva, de erigir un imponente fuerte a la entrada de la bahía se hacía innecesaria. Dada la importancia del proyecto de Macevan, el virrey pensó que debía someter las diferencias de opinión a la Corte. Macevan, que soñaba con verlo hecho realidad pensó que sería rechazado debido a la postura de Sala; se retiró de la vida activa, enfermó y murió en abril de 1751. Al año siguiente de Madrid llegó la contestación, aprobando la idea de Macevan de construir el fuerte. Ignacio de Sala dimitió al saberlo y pidió volver a España.

Seis años más tarde, Antonio de Arévalo daría fin a la construcción del imponente fuerte de San Fernando. En cuanto a la escollera, tuvo que esperar veinte años más. En 1778, el mismo Antonio de Arévalo lograba completar la monumental obra submarina que aún persiste en desafiar el paso del tiempo.

¿Quién tenía razón: Macevan o Sala? Según Antonio Arévalo: “el tiempo habrá de hacer justicia y confirmar el acierto de los conceptos de Ignacio Sala”.

(El tiempo y el general Morillo. Cuando en 1815 la flota del teniente general Pascual de Enrile estaba llamada a colaborar en la toma de Cartagena, los navíos se limitaron a fondear a las afueras, conscientes de que la entrada era imposible. Morillo aceptó la realidad y optó por completar el sitio por tierra, durante meses, esperando a rendirla por hambre, como así sucedió).

De los comentarios de Alfonso Pizarro parece deducirse que se inclinaba más por el plan más tradicional de Bautista Macevan, y que debió influir en su aceptación, provocando la renuncia de Sala a seguir ocupando el cargo de gobernador. De Madrid llegó el nombramiento de don Lorenzo de Solís, como sustituto de Macevan. Solís había trabajado a las órdenes de Sala, le admiraba y continuó su obra.

En Nueva Granada, el virrey Pizarro tuvo ocasión de volverse a encontrar con un brillante capitán de navío, Julián de Arriaga, que había hecho frente en Venezuela a una sublevación de comerciantes criollos, hastiados de las trabas que desde España se ponía al comercio libre dentro de las Provincias.

Precisamente para asegurar el envío de los caudales y mercancías hacia la Metrópoli, el virrey despachó dos fragatas al mando de Julián de Arriaga: la *América* y la *Constante*, que reintegraron a su capitán a la Corte, con tanta buena estrella que Arriaga llegó a sustituir al marqués de la Ensenada como ministro de Marina y también de Indias. De su gobierno como ministro, se celebra la integridad y se lamenta lo previsible y poco imaginativo que era. Pizarro no llegó a tenerlo como jefe y siempre se relacionó con Ensenada, con abundante reguero de epístolas que vienen a llenar la improcedente falta de una *Relación de gobierno*.

En términos generales, el de José Alfonso Pizarro fue benéfico, constructivo, afanoso, condescendiente y gris. Tenía, efectivamente, dotes de gobernante,[45] y ello se muestra sobre todo en sus medidas centralizadoras, eliminando órganos que retardaban los efectos de las decisiones, tales como la Audiencia de Panamá, dando más preeminencia a la capital Santa Fe de Bogotá.

Tuvo problemas, constantes, con tribus indias que se rebelaban en distintos puntos del virreinato. Cada vez que lo hacían, daban muerte a un número discreto de españoles. A veces las víctimas eran autoridades; otras: pobladores cercanos a las selvas. Pizarro se sintió obligando a organizar expediciones punitivas que restaurasen el orden con un número igualmente discreto de ejecuciones.

Estas rebeliones llevaban aparejado el nombre de la tribu hostil: la de los indios *motilones* junto al río Catatumbo, la de los indios *guajiros* del río Hacha y de la península de Darien, y la de los indios *Chimilas,* de sus poblados cerca de Santa Marta. Los jesuitas jugaron un papel pacificador en estas revueltas con lo que evitaron represiones innecesarias. Fueron especialmente acertadas sus gestiones con los indios *Chimilas*.

Siguiendo con temas de gobierno interior, ya el marqués de la Ensenada había advertido a Pizarro que mirase por dar ocupación a los “sin techo”, para prevenir desórdenes:

> *Que todas las personas que no tuvieren hacienda o ejercicio de qué vivir, sean convidadas y, en caso necesario, compelidas a asociarse y residir en los sitios en los que se les destinare, obligándoles a que mutuamente se ayuden a formar sus casas, resurtiéndoles V.M. así en común como en particular las tierras que necesitaren, de las cuales en nombre de S.M. les daré título para que ellos, sus descendientes o sucesores las gocen en propiedad del modo que por mi antecesor se ha practicado con muy favorables efectos en las vegas del Río de la Magdalena de esa Provincia.*

Obedeciendo tales instrucciones, Pizarro dio papeles para que se fundasen doce nuevas poblaciones, muchas de ellas en las proximidades de Santa Marta, con el fin de crear una zona de seguridad, muy necesaria para el comercio y para la tranquilidad de los vecinos.

El mismo interés progresista le movió a establecer las conexiones postales permanentes entre Maracaibo, Santa Marta y Cartagena y la no menos importante entre Cartagena y Quito.

Dentro del capítulo de las comunicaciones, habría que mencionar la construcción de puentes, en especial el que uniría las dos partes en que estaba dividida la villa de Honda, y el de San Antonio, sobre los ríos que confluyen en Bogotá.

Aun así, las mejoras en las comunicaciones sólo atendían a uno de los obstáculos a los que debían hacer frente los hombres de negocios de las ciudades costeras. Y es que, a las barreras físicas, había que sumar las barreras legales y fiscales que causaban extraños movimientos de precios, oscilando de prohibitivos para los compradores a ruinosos para los vendedores.

Con razón se quejaban los comerciantes de no poder adentrar sus productos en el interior del virreinato o venderlos en el del Perú. Molestaba, sobre todo, el proteccionismo de los paños, telas y encajes a favor de los importados de España, dado lo imprevisible de la llegada de existencias, que generaba situaciones ridículas, solo mitigadas por el contrabando y el comercio ilícito.

Don José Alfonso, siempre tan comedido y atento a no predisponer a los ministros de la Corte en contra suya, por una vez se nos muestra atrevido, y hasta elocuente, en este párrafo de una de sus cartas al marqués de la Ensenada:

> *Estas consideraciones me inclinan eficazmente a creer que si se permitiese, con moderación grande de derechos, que cualquier vasallo de S.M. pudiese cargar en estos Puertos de todas Mercaderías, para traer a éstos con facultad de internarlas libremente en las Provincias de este Virreinato, y el del Perú, llevándolas de un Puerto a otro, como mejor le pareciere, y sin pagar más derechos que los que hubiese satisfecho en el de su primer arrivo: se podría esperar el logro de los vienes (sic) que propongo, y que viésemos en el Ministerio de V.E. florecer el comercio y la navegación.*

Pese a lo anterior, actuó contrariamente a su ideología liberal, cuando, por mejorar la recaudación de impuestos, concentró en uno sólo los estancos del aguardiente que estaban desparramados, y desatendidos, en Mompox, Quito y Cartagena. La medida hizo daño a los interesados en el comercio de tan ardiente bebida y no faltaron alborotadores para tratar de amedrentar al virrey.

Don Alfonso José Pizarro no debía tener mucha afición a permanecer en el sedentario cargo de virrey. Al fin y al cabo, era un marino, con esperanzas de llegar a Almirante. Pidió ser relevado, volver al Arma, y retornar a España. Se le concedieron sus deseos y el 24 de Noviembre de 1753 entregaba el bastón de mando a su sucesor, don José Solís.

José Manuel Solís[5]

Nueva Granada (1753-1761)

Posiblemente el virrey Solís considerase que las principales responsabilidades de un buen gobernante eran preocuparse por la seguridad física y jurídica de sus súbditos, así como por la prosperidad de sus negocios y la buena salud y cuidado en las enfermedades y en la pobreza. Parece que fue un virrey apreciado y solicitado por los próceres de Santa Fe, visto que al quinto año los cinco en que era costumbre mudar de virrey, llegasen a la Corte peticiones de que olvidasen la costumbre y se mantuviese a Solís en el cargo.

¿Qué cambió en la estrella del hijo de los duques de Montellano para perder de repente un aprecio que parecía iba a ser inamovible? Algo parecido a lo que ocurrió con los virreyes conde de Nieva y Liniers. Que su vida amorosa dejó de ser un asunto privado (tan particular como las escribanías o fármacos que los virreyes no olvidaban en sus equipajes) y pasó a ser un rumor cercano, una conseja y poco a poco…como en *El Barbero de Sevilla*, una calumnia. Calumnia la llamaban los padres franciscanos de aquellas tierras, porque estaban agradecidos a las atenciones que les dispensó

el virrey Solís. Verdad irrebatible, según los cronistas indígenas y algunos otros más cercanos.[5]

En cualquier caso: un asunto que debería haber sido trivial, salvo para el coleccionismo de leyendas, hizo que el joven virrey fuera perdiendo la iniciativa y frescura de gobernante a medida que aumentaba la consternación popular y la suya propia.

Veamos en primer lugar el argumento franciscano en favor de Solís, que no carece de lógica. Lo basan en la ausencia de acusaciones, directas o indirectas a la vida amorosa del virrey Solís en el sumario del juicio de residencia, ausencia tanto más llamativa como que el sumario consta de miles de páginas donde se da cabida a centenares de quejas, reclamaciones y acusaciones. La instrumentación del proceso fue encomendada a una persona, cuya animosidad contra el que había sido su amigo y protector, está probada. Resulta por ello inimaginable a los franciscanos que de haber habido algo de cierto o simplemente sospechoso en esta faceta, tan fácil de probar con testigos, el juez don Miguel de Santisteban, no hubiera aprovechado una veta tan fácil.

Añaden que, si se bucea en los libros de historia de la ciudad de Santa Fe, nadie menciona los amoríos del virrey hasta que, un siglo más tarde, un político colombiano, el presidente Marroquín Ricuarte, habla de ellos en un capítulo.[71] La semilla fructificó en otro historiador: Raimundo Rivas,[5] y hoy es un frondoso matorral con algunos ejemplares más crecidos, donde la imaginación vuela con detalles plenos de colorido de la época y personajes secundarios que hablan como si estuvieran en escena, cual si de una comedia se tratara. Cuando ya don José Solís había dejado de ser virrey, llegó una extraña carta a su sucesor, don Pedro Messía, firmada por el ministro de Indias, don Juan de Arriaga, en la que podía leerse, entre otras líneas, lo siguiente:

> *Habiéndose el rey enterado de los antecedentes ocurridos en esa ciudad en tiempo del gobierno de su antecesor y de Vuestra Excelencia con María Lugarda Ospina y que bien reparados en el voluntario retiro de ésta a un convento y la posterior y ejemplar determinación del virrey, ha salido, después de ésta, la referida María del convento en que estaba, renovando con su presencia a ese público la memoria de lo pasado, me manda Su Majestad prevenir a Vuestra Excelencia no permita a esa mujer que resida en esa capital, a menos de no ser en la reclusión de un*

> *convento, pues, si no abraza este partido, querría Su Majestad la destierre Vuestra Excelencia a la distancia que le parezca suficiente para el objeto a que se dirige esta providencia.*

De no ser apócrifa esta carta, deja claro algo hubo de cierto, que dio lugar a una "posterior y ejemplar determinación del virrey". También que esta determinación tenía que ver con doña María Lugarda Ospina y que la opinión pública no quería que la pareja del virrey escapase tan tranquila de las rejas del monasterio de Santa Clara, donde su confesor la había convencido de entrar en el verano de 1758.

Sobre si esa señora era, o no, la *La Marichuela* (mote que recuerda el de *La Perrichola* que dieron los limeños a Micaela Vergas o el de *la Perichona* como llamaban algunos porteños a Ana de Perrichon) hay indicios que apoyan la creencia. El virrey Solís había comprado una finca en un paraje amable y cercano a Bogotá, denominado "Las Selvas de Ulmes". La finca se conocía con el nombre de *Las Manas*. Doña María Lugarda tenía una propiedad muy cerca de Ulmes, en las quebradas de Yomasa.

Posiblemente a instancias de Pedro Messía, el nuevo virrey, doña María Lugarda abandonó Santa Fe y se fue a vivir a las selvas de Ulmes, dedicándose a la agricultura con asiduidad compatible una tardía paz interior. Ello no obstaría a que doña María y sus hermanas fueran reconocidas por los labradores vecinos.

Esa zona, antaño risueña y apenas habitada (en tiempo de Solís había en Ulmes sólo 40 familias) hoy es parte de unos suburbios marginales de la ciudad, sin nada que recuerde el bello paisaje de tiempos del virrey, excepto el barrio de *Las Marichuelas*. Podía pensarse que el inventor de la historia de *La Marichuela*[71] tomó prestado el apodo del nombre del barrio, por estar situado en lo que fueron las "Selvas de Ulmes".

Sea como fuere, de la carta y providencia del ministro Arriaga, parece desprenderse que el cese de Solís como virrey no fue voluntario y que la actitud del Consejo de Indias había cambiado totalmente con respecto al amigo personal de Fernando VI, tal vez porque el monarca había dejado de existir años antes.

El progresivo descaro de sus enemigos de la Audiencia hizo mella en el sentimiento de autoestima del virrey, pasando de una confianza sin aristas a un desinterés por la cosa pública cada vez más palpable. Se fue de Santa Fe, dejando el asunto del juicio de

residencia en manos de sus procuradores y se instaló en la villa de Honda. Allí, tras una breve consulta con el arzobispo Javier de Aráuz, anunció que se hacía franciscano.

La noticia sorprendió. No pocos pensaron que se habían pasado de exigentes y lamentaron la pena causada al jovial virrey. Otros vieron recompensados sus esfuerzos. A quien más afectado se vio fue al oidor Miguel de Santisteban. Se le desvanecían las esperanzas de seguir medrando en un nuevo cargo cuando ascendieran de rango a su antiguo protector. Se había quedado de secretario de nadie. Y ese nadie al desaparecer de aquella manera tan melodramática, parecía estar asumiendo unas culpas que ahora, él, don Miguel de Santisteban, si quería, podía descubrir y castigar. Y así, se dio la poco ejemplar circunstancia de que, mientras las voces del pueblo contra Solís se acallaban hasta desembocar en silencio circunspecto, Santisteban se dedicaba en cuerpo y alma a organizar por todo el virreinato reuniones largas de horas, buscando testimonios inculpatorios que acumular en el proceso.

La "determinación del virrey" había devuelto la tranquilidad a Bogotá y ello hasta un extremo que hizo parecer totalmente olvidada y perdonada la discutible aventura amorosa con doña María Encarnación Lugarda. Al ver tan calmadas las aguas, la propia doña María pensó que podía volver a aparecer por allí, y fue entonces cuando se quitó la toca y se la vio pasear por la ciudad. Se equivocó doña María. El virrey estaba perdonado, pero ella no. Su reaparición en los salones de Santa Fe sería el detonante de las vehementes protestas al nuevo rey Carlos III y la pólvora que traía la carta de Arriaga.

En el convento no se comentaban estas cosas delante del hermano José, pero es sintomático que dejaran pasar tiempo y tiempo, sin que la Orden creyera que estaba en condiciones de decir su primera misa. Cuando por fin llegó el día, juzgaron preferible que la ceremonia se celebrase bastante lejos de Bogotá, en Santa Marta, para que la voz del antiguo virrey no hiriese los oídos de algunos piadosos feligreses.

Aquella primera misa de José Manuel Solís tardó en reunir al coro no menos de siete años desde el día en que tomó los hábitos.

El marqués de la Vega de Armijo[6]

Nueva Granada 1761-1773

A don Pedro Mesía es fácil situarlo en el tiempo. Nació en 1700, con el cambio de dinastía y su vida dura casi todo el siglo XVIII, durante los reinados de Felipe V, Fernando VI y Carlos III. En el espacio, transcurre en el mar y sólo una cuarta parte en tierras americanas.

Sus padres fueron cordobeses aristócratas y eran primos. Él se llamaba Luis Mesía de la Cerda y ella: Ana de los Ríos y de la Cerda. Tuvieron varios hijos: los dos primeros: Fernando y Francisco. El tercero: Pedro. Como tal tercer hijo, desde niño Pedro fue destinado a servir al Rey... también en Orán. Empezó sabiendo lo que eran las artes náuticas en lugar tan estratégico como la isla de Malta. Allí tomó el hábito de la Orden de San Juan. A lo largo de su vida, estimaba el tratamiento de Frey más que el de marqués, título que heredó de uno de sus hermanos.[44] Para ingresar en la Marina, necesariamente había que pasar por la academia gaditana. Después, ya se podía embarcar y participar en acciones bélicas.

Los Borbones españoles estaban determinados a recuperar lo perdido en Italia a causa de la guerra de Sucesión. Por este motivo, la Marina tenía como objetivo principal la reconquista de Córcega, Cerdeña, Sicilia y Nápoles.

El 15 de Agosto de 1717 se encontraba amarrada en Barcelona una potente escuadra, al mando del almirante genovés Stefano Mari, que protegía varios buques de transporte con un verdadero ejército de arcabuceros, caballería, artillería e intendencia. Esa misma tarde saldrían para dejarse ver ante las costas de Cerdeña y proceder luego a echar de la isla a los franceses. Como los isleños no estaban muy contentos con sus sobrevenidos gobernantes, la tarea resultó fácil y habiendo cumplido su misión, los barcos volvieron a Barcelona a finales de Enero de 1718. Uno de los que regresaron era el *Santa Isabel* y uno de los guardiamarinas de aquel barco era don Pedro Mesía de la Cerda.

Vino después la reconquista de Palermo y Messina. En Messina los austriacos ofrecieron algo de resistencia, pero también Sicilia fue recuperada. En aquella ocasión el almirante de la flota española era el bilbaíno José Antonio de Gaztañeta. Pedro de Mesía seguía sirviendo en el *Santa Isabel.* El joven don Pedro pudo ser uno más de los que creyeron que la Marina española podía decidir la suerte de media Italia, y que los italianos no sentían mucho volver a depender de los Borbones.

Pero la tarea no iba a ser fácil. Lo de Cerdeña suponía una violación por parte española del Tratado de Utrech. De manera que las potencias extranjeras se apresuraron a hacer valer sus derechos. Inglaterra ordenó a su armada en el Mediterráneo que recuperase (como primera medida) Sicilia.

A la altura de Siracusa, la flota de Gaztañeta avistó la del almirante inglés George Byng. Eran dos escuadras de tamaño semejante: los ingleses reunían veinticuatro naves de guerra, frente a veintidós españolas. Después de doblar el cabo de Passano, cada uno de los barcos de Byng eligió una presa española y se acercó a ella, sin presentar batalla, hasta que el almirante inglés dio la orden de ataque. Se dice que Gaztañeta ignoraba que Inglaterra estuviese en guerra con España, pues no había habido declaración formal. Aun así, fue tal el desconcierto que Gaztañeta no puede por menos de ser considerado culpable de una de derrota indecorosa de la Marina española. En España no se fusilaba en la cubierta de su barco a los almirantes humillados, como le ocurrió al almirante inglés John Byng (otro Byng) por no haber sabido defender Menorca. Gaztañeta fue ascendido a los dos años de su derrota en Passano. En su descargo se argumentaba que había sido atacado sin previo aviso ni formalidad alguna.

Aquella ocasión, memorable para los ingleses, quedó poco menos que silenciada en las crónicas patrias. La mitad de la escuadra española huyó a Malta. Los demás navíos y fragatas fueron apresados. El *Santa Isabel* con su tripulación y el comandante Andrea Reggio a la cabeza se rindió al *Dorsetshire* y todos los tripulantes vivos fueron hechos prisioneros y conducidos a Mahon. Después, hubo canjes y negociaciones, que permitieron a Pedro Mesía volver a la Península.

Pasaron años, la reina de España Isabel de Farnesio no cejaba en sus intentos de convertir a sus hijos en reyes de otros países. A finales de 1733 murió sin sucesión en Polonia el rey Augusto II. Isabel había pensado hacer valer los derechos del infante don Carlos. Pero prevaleció la advertencia de los hermanos Patiño de que no se iniciase una confrontación semejante a la que había tenido lugar en España al morir Carlos II. Mejor sería, dijeron a la reina, aprovechar la distracción polaca para sentar a Carlos en Nápoles y Sicilia.

Aceptada la sugerencia, se repitió, diez y seis años más tarde, el espectáculo de una flota española amarrada en el puerto de Barcelona y lista para invadir el sur de Italia. Esta vez eran menos los navíos de guerra y más los transportes de tropas. Mandaba la expedición el propio infante don Carlos (tan seguros estaban los españoles de encontrar poca resistencia). La escuadra obedecía al almirante Miguel de Sada, marqués de Clavijo, y las tropas al general José Carrillo de Albornoz.

Para entonces don Pedro de Mesía ya era teniente de navío. Esta vez la Marina se apuntó un éxito. Hubo dos desembarcos: el primero en la bahía de Nápoles, en radas de las islas de Ischia y Procida y el segundo en Liornia. A lo largo de 1734 se fueron rindiendo Peruggia, Aquino, Mignano y Piedemonte. La entrada triunfal del infante don Carlos en Nápoles se produjo el 9 de Marzo de 1735. A continuación, se tomó Sicilia. Al terminar la guerra de sucesión de Polonia, los austriacos se conformaron con poner a Augusto III en el lugar de Augusto II, sin discutir los hechos consumados en el Sur de Italia.

Los premiosos párrafos anteriores no son sino una introducción a la carrera del navío *Glorioso*, interpretada por don Pedro Mesía de la Cerda. Ha sido contada tantas veces que es preferible ser breves, para compensar. [45] Empieza con que Pedro Mesía ya es capitán de navío y le entregan el mando de uno de dos puentes y 70 cañones, bautizado como el *Glorioso*. Su barco se encuentra fondeado en Veracruz y debe hacer la travesía del Atlántico para llevar a España, sin escolta, un valioso

cargamento de monedas y objetos preciosos. Los marinos emprenden viaje, hacen breve estancia en La Habana y salen rumbo a las Azores.

En aquellas aguas avistan la presencia de un nutrido convoy británico, custodiado por tres barcos de guerra, que mandaba el comodoro John Crookshanks. Mesía ordena huir a todo trapo, pero es avistado y los británicos inician la caza con la fragata *Lark*, más rápida, por delante, seguida del poderoso *Warwick* de Crookshanks. La idea era que la primera cañonease la popa del *Glorioso*, para retardar su marcha y luego apresarlo entre los dos. Cuando los ingleses estuvieron a tiro de cañón ya era de noche. En aquel primer encuentro la fragata salió malparada (algunos dicen que se hundió). El *Warwick* intentó hacer lo mismo y no tuvo mejor suerte, abandonando el alcance.

Algo dañado, el *Glorioso* y su carga llegaron a las aguas gallegas de Finisterre. Cuando ya parecía alcanzar su destino, se volvió a topar con tres barcos ingleses: un navío, una fragata y un bergantín, de nombres *Oxford*, *Shoreham*, y *Falcon*. Nueva persecución y nuevo rechazo a cañonazos por parte del *Glorioso*, que logró escapar y entrar en el puerto de Corcubión, donde dejó depositada la valiosa carga. Tenía varios palos muy dañados y se decidió mandarlo al astillero del Ferrol.

Por las malas condiciones en que iba, el estado del mar le impidió entrar en el puerto, de manera que Pedro de Mesía ordenó seguir viaje hasta Cádiz, donde también podía ser reparado. No pudo hacerlo. Al doblar el cabo San Vicente apareció una pequeña armada al servicio de Inglaterra, compuesta de cinco fragatas. Aquel grupo de barcos era conocido por los marinos españoles con el nombre de *la familia real* por ser sus nombres K*ing George, Prince Frederick*, *Princess, Amelia, Prince Edward, y Duke*.

La primera en atacar fue *King George* y quedó tan malparada en el combate como la *Lark* en las Azores. Vinieron después otras dos persiguiendo la carrera del *Glorioso* sin lograr dañarlo. La caza fue avistada por el navío de 60 cañones *Darmouth*, que se interpuso al *Glorioso* enarbolando bandera danesa para acercarse y, una vez situado convenientemente, pasó al ataque, iniciando un combate que se prolongaría hasta la noche. Un cañonazo del *Glorioso* hizo explotar la santabárbara del barco inglés que ardió y se fue a pique con toda la tripulación. El *Glorioso* sólo pudo recoger 14 sobrevivientes de las aguas.

Dos días más tarde, algunas fragatas de la "familia real" seguían persiguiendo al barco de Pedro Mesía, cuando apareció un nuevo enemigo: el *Russell*, potente navío de más de 80 cañones, mandado por el capitán Mathew Buckle, cual se unió a la caza y junto con dos de las fragatas. Sin escapatoria posible, el *Glorioso* siguió luchando sin izar bandera blanca durante horas. Al amanecer del 19 de Octubre de 1747 los ingleses notan que el *Glorioso* ha dejado de disparar y ha arriado el estandarte. Escoltado por los británicos el barco español es conducido a Lisboa, donde dejan libre al capitán y a la tripulación, pero se llevan al *Glorioso* en lamentable estado hasta Portsmouth, para aprovechar al menos los cañones. Al buscar también la munición, para requisarla, se encontraron con que a los españoles ya no les había quedado nada.

Después del episodio del "Glorioso", la vida de don Pedro no cambia sustancialmente de actividad, pero sí de escenario. Fue destinado a aguas del Caribe, para proteger las costas de Tierra Firme de las razias de los filibusteros holandeses. Al mando del *Septentrión* y una flotilla armada de cuatro paquebotes consigue con patente de corso hacer presas y proporcionar recursos a la Corona. En 1755 es ascendido a teniente general y dos años después entra a formar parte del Consejo Supremo de Guerra. La visibilidad que proporciona el cargo le convierte en candidato para sustituir a algún virrey. En Nueva Granada, después de un principio muy prometedor, el virrey Solís se encontraba desnortado y perplejo. Para sustituirlo se nombró a don Pedro el 13 de Marzo de 1760.

En Madrid vivía un médico gaditano aficionado a la botánica, que se aburría por la escasez de flora y fauna que se percibe en los campos cercanos a la capital. Cuando se enteró del nombramiento de Mesía, sintió envidia de alguien que iba a poder disfrutar de las riquezas naturales del Nuevo Mundo. Al punto concibió la idea de ofrecerse como médico suyo y la puso en práctica. Para lograr la necesaria licencia la presentó al revés: como que el nuevo virrey se lo había pedido. Pedro Mesía valoró la estratagema y le dijo que "se verían en Cádiz antes de embarcar". El médico creyó que merecía la pena escribir un diario para recordar los sucesos más interesantes que le ocurrieran. Entre Madrid y Cádiz, el diario del médico nada dice de animales y poco de plantas. Le sorprendió que, a la mujer de un ventero, que guardaba cama por un embarazo de algunos meses, la estuviesen practicando sangrías en los

pies. Quiso evitarlo, pero los aldeanos dieron más crédito al galeno del pueblo.

En otro lugar, de nombre olvidadizo, le extrañó que los vecinos no les dieran agua para llenar una jícara que compartía con otros viajeros. Consultó si es que había escasez y le dijeron que, todo lo contrario, pues la fuente del pueblo era muy abundante, pero que cada uno sólo tenía en sus casas lo necesario. Cuando llegó a Cádiz, creyó que debería presentarse al virrey, ya que al fin y al cabo era su médico. Supo que estaba hospedado en Puerto Real. En el diario queda reflejado aquel primer encuentro:

> *Después me presenté y me dijo que era la marcha esa prontísima. A poco rato conoció mis deseos de volver á Cádiz, donde me dijo que pasase si me faltaba algo que componer. Yo me alegré infinito, para traer a bordo el resto de mi equipaje. Pasé a Cádiz, donde llegué a las dos de la tarde; comí, dispuse el resto de mi equipaje, y a las oraciones salí de Cádiz para bordo del "Castilla", sin despedirme de mis padres y familia, á quienes daba esperanzas de volver para mi última despedida. Llegué a bordo, dormí en la Santabárbara, donde se había dispuesto mi alojamiento con suma incomodidad.*

Durante el viaje, leemos que hubo días de mucha calma que se hacían más tolerables con loterías de relojes y cajitas de plata; y bailes portugueses, "los más escandalosos que puede inventar la malicia humana". Había días tormentosos que se trataba de acortar con rogatorias. Había castigos corporales, a los pobres pajes escoberos, casi unos niños. A medida que se iban acercando a las costas americanas, aves desconocidas hacían su presencia. A veces los rociones depositaban peces extraños sobre cubierta y no siempre llegaba él a tiempo para poderlos examinar.

Corresponde al virrey Pedro de Mesía haber facilitado la labor científica de don Celestino Mutis, con su protección, ayuda, amistad y apoyo económico. La amplitud de los conocimientos y la riqueza de las aportaciones de Mutis quedan reflejadas en una biografía escrita en 1911 por Apolinar Gredilla.[58] Cada capítulo muestra una faceta de la poliédrica personalidad de Mutis: médico, astrónomo, metalúrgico,

filósofo, botánico, expedicionario, economista...También hay un Mutis sacerdote, aunque él nunca dejaría de oficiar a la diosa Curiosidad.

Todas sus personificaciones fueron llevadas a la práctica. Mutis fue el primer catedrático de matemáticas en Bogotá, gracias al virrey. Con su patrocinio ejerció la medicina. Fue profesor de teología. Como astrónomo tuvo problemas con los dominicos porque le resultaba imposible dar lecciones sin desautorizar a Tolomeo. Participó en la creación del primer observatorio astronómico, del primer jardín botánico, de la primera Sociedad patriótica, al estilo de las que fomentaban el progreso económico...

El apoyo a Celestino Mutis por parte de los virreyes sucesivos fue constante. Caballero y Góngora obligo a que se restaurase la cátedra de Matemáticas, que los dominicos habían logrado cerrar. Gil de Taboada, Ezpeleta, Mendinueta, Berenguer, todos ellos apoyaron a Mutis.

Su primera expedición científica botánica (hizo varias) la concibió nada más llegar a Nueva Granada. El virrey Vega de Armijo escribió a la Corte defendiendo el proyecto, tal vez demasiado pronto. Mutis aún no era reconocido ampliamente como científico y la idea fue denegada. Luego, Mesía no quiso insistir. Pero cuando el obispo Caballero sucedió a Guirior, ya había pasado un tiempo prudencial y repitió la petición que había hecho Mesía. Y esta segunda vez Celestino Mutis logró lo que deseaba.

El tiempo que estuvo esperando lo dedicó a ganar dinero de la manera más sencilla que había en Nueva Granada: haciéndose minero. Compró minas en la región de *Ibaqué* y las explotó durante cinco años. Mientras tanto, tuvo tiempo de hacer expediciones menos ambiciosas, fruto de las cuales fue el descubrimiento de ejemplares del árbol de la quina en las cercanías de Bogotá, lo que le llevaría a impulsar su cultivo y obtener beneficios. La quina era muy apreciada en Europa (más que en España) para combatir la fiebre.

Dejamos a Celestino Mutis y pasamos a hablar de don Antonio Moreno Escandón.[6] Otra mente con ideas claras y otro promotor de aperturas económicas y sociales. También la figura de Escandón abarca varios virreinatos, pero es en el de Pedro Mesía, cuando empieza a cobrar brillo y a remover las aguas, algo estancadas, de la cultura de Nueva Granada. El primer puesto de relevancia se lo otorgó el virrey Vega de Armijo al nombrarle Fiscal de la Audiencia

El salto a la relevancia política vino después, cuando el virrey pensó en él para la difícil y delicada misión de organizar la expulsión de los

jesuitas, con rapidez y discreción tal como se les había ordenado desde Madrid. Fueron muchos quienes vieron en aquella medida la causa de carencias sobrevenidas a las naciones americanas. Valga decir que, si hubo error, ha sido ampliamente subsanado con posterioridad.

En aquella tesitura, el virrey y Escandón optaron por hacer de la desgracia virtud y fundar la primera Universidad laica, para consternación de las órdenes religiosas que deseaban ocupar el hueco dejado por los padres de la Compañía. Extraemos un párrafo de la propuesta que firmó Pedro Mesía en el que mantiene que si no se crea una nueva universidad permanecerán los abusos en la enseñanza superior.

> *Ni sería fácil remediar los abusos que presentemente se notan e intentan repararse por medio de la ereczión de Unibersidad, porque qualquiera que disfrutase el favor de los religiosos se aprobecharía de él (como ahora sucede) para conseguir los grados y la indulgencia en los cursos necesarios en la calidad del graduando, en el precio o cantidad establecida para obtenerlo.*

El proyecto fue elaborado por Escandón, los dominicos resistieron y el virrey contemporizó. Escandón quedó nombrado director de estudios, con facultad para dirigir los programas, pero sin que los estatutos permitieran el nombramiento de catedráticos. En compensación, el virrey permitió a Escandón servirse de los 4.182 volúmenes (contados por él mismo) del Seminario de los jesuitas en Bogotá, para dotar la primera Biblioteca Pública de América. Escandón fue su primer director. Tampoco la apertura resultó fácil. Correspondería hacerlo al Manuel Flórez, en solemne sesión del 9 de Enero de 1777.

El impacto de la expulsión de los jesuitas en la educación quedaba reflejado en la *Relación* del gobierno de Vega de Armijo, escrita por mismo Escandón, en calidad de amanuense. Se cerraron catorce colegios con un total de 5.000 alumnos. Quedaron desiertas dos misiones. La de Meta y la Orinoco. Y sin dueño gran número de haciendas. Fueron 187 los miembros de la Compañía que salieron hacia Europa desde Cartagena de Indias. Estas cifras parecen relativamente cortas, pero hay que ponderarlas teniendo en cuenta la población de entonces: Cartagena contaba con 29.000 habitantes y Santafé con 25.000.

Precisamente, la falta de población era el factor más retardatario del progreso en Nueva Granada, a juicio de Escandón. Demasiada riqueza por explotar, para tan poca gente. Tan poca y tan deficientemente preparada. Compara Nueva Granada con Méjico y Perú:

> *... por ser sin duda ni exageración más opulento y rico este virreinato que los de Lima y México, que en la actualidad florecen con abundancia incomparablemente mayor...*

El asesoramiento de Mutis y Escandón se percibe en muchas de las actuaciones del virrey Vega de Armijo. En algunos casos le acarrearon problemas, como ocurrió con la renovada decisión de incrementar los ingresos de la Hacienda Real con los monopolios del tabaco y del aguardiente de caña.

Gracias al aguardiente Escandón esperaba obtener 60.000 pesos de renta en Cartagena, otros tantos en Bogotá y 40.000 en Quito. Redactó el proyecto que incluía una sección dedicada a defender la inocuidad de la bebida, por si, en lugar de conceder el monopolio, se decidía prohibirlo. Fue aprobado en Madrid y aceptado en casi toda Nueva Granada. Menos en Quito. Tradicionalmente, en Quito se veían con recelo las órdenes que les llegaban desde Lima, primero, y desde Bogotá después.

El monopolio del aguardiente impuesto por Vega de Armijo perjudicaba los intereses de unos pocos hacendados; pocos, pero muy poderosos. Se propusieron hacer todo lo posible por evitarlo. Cuando empezó a salir a la venta el aguardiente del virrey, los indios observaron que era de mejor calidad e igual precio. Los asentistas notaron también que tenía más grados y que causaba mayor embriaguez que el suyo. Creyendo haber encontrado un fallo, informaron de ello a los jueces de la Audiencia y éstos se pusieron de su parte. Y, con el fin de lograr que los indios y los mestizos dejasen de tomar el aguardiente del virrey, esparcieron el rumor de que los españoles lo adulteraban con un veneno para destruirlos.

Los sucesos de Quito a causa de los estancos del tabaco y el aguardiente están minuciosamente descritos en la *Historia General de la República del Ecuador,* que escribiera Federico González Suárez[56] en ese país, el año 1894. Dice al respecto:

> *Comenzó pues a cundir entre el pueblo el rumor de que el aguardiente estaba atosigado con "vallico" para que los mestizos fueran pereciendo poco a poco; unos creyeron esta*

> *invención; otros, fingiendo estar convencidos de ella, la exageraban porque así les convenía, para encolerizar al pueblo y por poder obrar sus planes calculados de antemano.*

Para organizar los disturbios se buscó un caudillo, que resulto ser Asencio Perdomo. Dirigidos por él, sus seguidores irrumpieron en bodegas, rompieron botijas y barriles, y fueron contra los españoles, sus casas y sus regidores. (El aguardiente chorreando por el suelo, como símbolo de la emancipación, recuerda el episodio del "*tea part*y" de Boston, donde los amotinados destrozaron las cajas y derramaron el té que pretendían monopolizar los británicos).

El conflicto lo resolvieron los jesuitas con su intermediación, que logró de las autoridades la abolición de ambos estancos, el del tabaco y el del aguardiente y la exención de toda culpa para los rebeldes.

Resulta interesante observar cómo, en todas las revueltas, se procuraba dejar a salvo la figura del rey. No sólo es que los gritos de los sublevados, durante los disturbios, fueran "Viva el Rey" "Mueran los chapetones" "Muera el mal gobierno". Durante varios días y noches, en la plaza mayor de Quito se expuso un gran cuadro de Carlos III, con abundancia de luminarias, para recibir las aclamaciones del pueblo, que hacía guardia junto al retrato, mientras "doblaban la rodilla derecha en tierra".

Los virreyes de Perú y de Nueva Granada acordaron elegir un comisionado de su total confianza para que restaurase el orden en Quito y llamaron a Juan Antonio Zelaya, español de origen, militar de confianza, "de edad provecta y soldado de valor conocido". Su presencia fue subrayada con tropa proveniente de Panamá. Sigue diciendo González, que:

> *Los del pueblo no sólo no se opusieron a la entrada de la tropa, sino que la auxiliaron, ayudando a transportar las municiones y las armas de las cuales venía, por cierto, bien provisto el ejército de Zelaya.*

Zelaya adoptó medidas severas, como la instalación de una horca en la plaza, una advertencia que resultó innecesaria. El cronista González Suárez parece no creer que los autores "verdaderos" fueran los identificados:

> *¿Quiénes fueron los autores verdaderos de la sublevación de los barrios?*

> *Fueron acusados como tales el oidor don Félix del Llano y Valdéz y, principalmente, el licenciado José de Cistúe, fiscal de la Aduana, y algunos otros que desempeñaban destinos de gobierno en la ciudad*
>
> *Hay expedientes en los cuales el Fiscal y sus colegas procuraron sincerarse de tan deshonrosa imputación.*

A Zelaya sucedió José Diguja, que era teniente coronel y de naturaleza más conciliatoria. Repatrió la tropa a Panamá. Quitó la horca y suspendió las pesquisas y los procesos contra los acusados de haber incitado a la rebelión. Con Diguja volvió realmente la tranquilidad a Quito, después de amañar un arreglo en el tema de los impuestos, muy favorecedor para los quiteños

La mente calculadora de Escandón se lamentaba del pésimo negocio que había resultado el asunto de los estancos en Ecuador:

> *habiéndose quedado consumida una excesiva porción de miles en tranquilizar la Provincia, que será difícil reintegrar a S.M. si no se discurren medidas para ello.*

El virrey cedió mucho, pero se empeñó en castigar a Asencio Perdomo, quien a la sazón estaba desaparecido. Cinco años tardó en encontrarlo. Y cuando ocurrió, la Audiencia de Quito se negó a juzgarlo. Entonces fue llevado a Santafé y sentenciado a destierro, expropiación de bienes y penas que se hacían extensivas a la familia, contraviniendo el virrey en esta ocasión el derecho de gentes.

Siguiendo con un asunto de derechos humanos, merece mencionarse una iniciativa que, aunque no fuese idea del virrey, sí fue él quien la hizo posible y culminó con éxito. En Bogotá las niñas no iban al colegio, sino que se quedaban en casa y no aprendían como los chicos. Una dama de la ciudad, poseedora de grandes riquezas heredadas, de nombre María Clemencia Caicedo, convenció a su segundo marido, don Joaquín Aróstegui, para que ambos financiasen un colegio femenino. El proyecto preveía separar alumnas de pago, en la segunda planta y alumnas de matrícula gratuita en la primera, que tenía capacidad para más de doscientas plazas. Los enemigos del colegio decían que ese dinero estaría mejor empleado en una "casa de Recogidas". Subyacían, bajo la crítica, ideas preconcebidas sobre el papel de la mujer en la sociedad. No obstante, la semilla prendió y, aunque doña Clemencia no pudo vivir para verlo, su colegio de *La Enseñanza* abrió sus puertas en

abril de 1783, bajo la atenta mirada del virrey Antonio Caballero y Góngora.

Pasando ahora a un tema menos altruista, pero de mayor interés general, habría que hablar de las esmeraldas.[6] Escandón decía que "el objeto principal del gobierno debe ser el fomento de las minas".

En la villa de Mariquita, donde Escandón había nacido, las minas languidecían por falta de mano de obra. La supresión de la mita había sido compensada en otros lugares, como Antioquía, con esclavos negros, pero en Mariquita no era factible. Entonces se le ocurrió que una actividad que todos despreciaban, como el negocio de las esmeraldas, empezase a ser explotado por la Corona, imaginando grandes beneficios. Efectivamente, en Colombia había minas de esmeraldas sin explotar en Somonoco y Muso (o Muzo) provincia de Bocayá. Según Escandón, minas como aquellas "no las había iguales en el Orbe descubierto".

Para tallar las gemas había que enviarlas a España, por falta de artífices en Nueva Granada. Los gestores se quejaban de que los filones no tenían continuidad como en las de oro o plata. Con las esmeraldas, la veta aparecía y desaparecía al azar. Solo unas arenillas, a veces, podían servir de pista. Incapaz de valorar los resultados, Escandón recomendaba al virrey perseverar.

A finales de 1771 el marqués de Vega de Armijo supo que se había elegido a un compañero suyo de juventud para sucederle en el cargo de virrey. Se llamaba Manuel de Guirior y, como Mesía, ocupó cámara en el *Alberge de Castilla* que se yergue en la cima de La Valeta. De aquello hacía más de cincuenta años. Para honrar a su amigo y a la Orden, el virrey decidió bajar a recibirlo en Cartagena de Indias, con los honores que se rinden entre caballeros de Malta.

Manuel de Guirior llegó en el *Astrea* el 8 de Julio de 1772. El marqués de Vega de Armijo y él tuvieron ocasión de dialogar en los días previos a la ceremonia de entrega del bastón. Cabe imaginar que don Pedro tendría un momento para acercarse al puerto y contemplar el navío que había de devolverle a Europa. Iba a dejar atrás un gran país y echaría de menos su gente buena y acogedora. Pero a los setenta y tres años, la idea del retorno le haría sentir también una agradable sensación de alivio.

Manuel Guirior[7]

Nueva Granada 1772-1775

No tenía Manuel más de 12 años cuando Juan Carlos Guirior y María Portal de Huarte vieron embarcarse a su hijo rumbo a la isla de Malta, donde debía servir al nuevo gran maestre de la Orden de los Hospitalarios, frey Marco Antonio Zondadari.

Cabe pensar que la sensibilidad que Manuel de Guirior mostró en sus años como virrey de Nueva Granada (y luego del Perú) en todo lo concerniente a protocolo, ceremonias y vida social, tuviera como germen su etapa en la isla, donde convivían caballeros de distintas nacionalidades, unidos por un sentimiento de exclusividad. El paje asistió a los tremendos funerales de su señor y aquel mismo día se vio huérfano de su protección. Asistió también a la entronización del nuevo gran maestre, frey Antonio Manuel de Villena, quien tuvo la atención de nombrar a Manuel caballero de la Orden.

También es muy verosímil que la vista continua de navíos de línea, fragatas, bajeles y jabeques en el puerto trimembre de La Valeta, influyera en su decisión de hacerse guardiamarina, para lo cual tenía necesariamente que regresar a España.

La mayor parte de la vida de Manuel de Guirior transcurrió a bordo de barcos de guerra. Eran aquellos barcos como fortalezas flotantes de más de 70 cañones, construidos en el Ferrol o en la Habana, cuando no fruto de presas hechas a enemigos. En los cuarenta años que sirvió como marino, desde 1732 hasta 1772, sus pies conocieron las cubiertas de buques diversos, como el primero de los *Asia*, el *América*, el *Liebre*, el *Hércules*, el *Rayo*, el *Dragón*, o el *Astrea*.

Algunas de sus jornadas en el mar, hubiera preferido no vivirlas. Tales las del retorno del *Asia*, después de cinco años de peripecias infructuosas. El barco había salido de Cádiz en Septiembre de 1740, como almiranta de una flota de cinco, que sumaban 302 cañones y 2.780 tripulantes. La mandaba don Alfonso Pizarro y su misión era interceptar la escuadra del almirante inglés George Anson, que se dirigía al Pacífico, para atacar los puertos de Darien, mientras Vernon invadía Cartagena de Indias. [46]

Con dificultades sí, pero Anson logró cruzar el cabo de Hornos sin tener que enfrentarse a nadie. En cambio, los barcos de Pizarro terminaron malamente, perdidos por las tormentas, hundidos o simplemente desertaron, a excepción del pequeño *Esperanza* y del grande *Asia*.

En diciembre de 1745 el *Asia* estaba de nuevo en Montevideo, listo para traer medio millón de pesos a la Península, pero sin marinería. Alfonso Pizarro, Pedro de Mendinueta y Manuel Guirior querían hacer el viaje a toda costa y optaron por alistar una tripulación de fortuna, donde cabían portugueses, británicos, y un grupo de indios que obedecían a su jefecillo llamado Orellana. Durante la travesía los indios concibieron la idea de hacerse con el *Asia* y sus caudales y se amotinaron. Pretendían seguir navegando, con patente de corsos al servicio de Inglaterra y estuvieron muy cerca de lograrlo. Sabiendo a lo que se exponía, pero conociendo la manera de pensar de los indios, Mendinueta mató de un pistoletazo a Orellana y aquello causó tal consternación que los amotinados optaron por lanzarse al mar, si es que los oficiales no les obligaron a ello.

Pizarro y sus oficiales lograron burlar las acechanzas de los ingleses frente a Finisterre y arribaron a La Coruña el 2 de Enero de 1746, en un *Asia* que ya no era el orgulloso portaestandarte de ninguna flota.

Contento de haber salido bien librado, Manuel de Guirior se

trasladó a Cartagena, a servir en tierra, hasta que dos años después le destinaron como segundo comandante del *América*, que iba mandado por Julián de Arriaga, navegando en corso por el Mediterráneo y más tarde por aguas del Caribe. No imaginaba entonces que algún día el destino le reservaba sustituir a Pizarro como virrey de Nueva Granada.

Entre los momentos de feliz recuerdo para Guirior estaba su primera toma de contacto con el barco *Dichoso*, una potente fragata botada en Ferrol el año 1759, de la que tomó el mando inmediatamente y por primera vez como capitán de navío.

También fue memorable el viaje que hizo en la escuadra de nueve barcos que acompañó al *Rayo* en su periplo mediterráneo, llevando a una infanta de España a Génova y trayendo a una princesa italiana a Cartagena.

Pero, sin duda, la travesía que le daría su primer virreinato fue la que hizo como capitán del *Dragón*, acompañado al marqués de Croix, que viajaba como virrey de Nueva España a instancias de Gálvez. Iba también el recién nombrado obispo de Méjico.

La buena impresión que causó Manuel de Guirior a ambos mandatarios llegó a conocimiento de José Gálvez y sería determinante en la elección de Guirior como virrey de Nueva Granada, después de Vega de Armijo.

Al conocer los Guirior que se iban a América de virreyes, cabe imaginar la alegría de doña María Ventura, que además de ser su esposa era hija de su hermano Antonio. Como mujer de marino, hasta entonces su vida había transcurrido junto a los arsenales de El Ferrol, Cartagena y Cádiz, año tras año, sola y sin hijos.

Los preparativos del viaje ocuparon varios meses a los nuevos virreyes. En Mayo de 1772 aún estaban en Cádiz. En carta a un amigo, don Manuel se extrañaba de que en el puerto gaditano no le hicieran los honores que esperaba recibir. Su séquito de amigos y criados deambulaba por las calles en espera de autorización para salir. Además de su mujer, le acompañaba su sobrino José, entonces un simple guardiamarina, a quien pensaba nombrar jefe de su guardia personal.

La expedición llegó a Cartagena de Indias el 8 de Julio de 1772, quedando vacía en su puerto la fragata *Astrea*, que había hecho felizmente la navegación desde Cádiz.

La noticia de que los Guirior habían llegado a Tierra Firme hizo que el virrey saliente, don Pedro Mesía de la Cerda se pusiera en camino desde la capital Santafé para bajar a la costa, entregar el

mando y cumplimentar debidamente a su sucesor. Tardó bastante en llegar con numeroso acompañamiento a Cartagena de Indias, pero finalmente todo quedó listo para la ceremonia el 1 de Noviembre de 1772.

Las trayectorias vitales de ambos virreyes, el que se iba y el que llegaba, se parecían extraordinariamente. Para empezar, los dos pasaron su primera adolescencia en Malta, los dos fueron armados caballeros y los dos se fueron a Cádiz a ingresar en la nueva Academia de Marina. Sus vidas transcurren en barcos que a veces son los mismos y otras se parecen mucho. Sus jefes y las acciones en que participaron también se asemejan. Y su ascenso a la categoría de virreyes se produce cuando alcanzan el grado de Jefes de Escuadra y tenientes Generales de la Armada.

La razón era sencilla: Nueva Granada era la parte del Imperio español donde los británicos tenían puestas sus miras para una invasión a gran escala, por lo que era aconsejable encomendar la defensa y gobierno del virreinato a marinos avezados en adivinar sus intenciones y rápidos para reaccionar en caso de ataques.

Don Pedro Mesía organizó una ceremonia de acogida muy del gusto de don Manuel de Guirior. La comitiva se congregó en el pórtico del convento de San Francisco, en el barrio de Getsemaní, donde le recibió el gobernador de la plaza, que se llamaba Roque de Quiroga. Allí, los oficiales, vestidos ostentosamente, se habían reunido con buena parte del vecindario.

Al poco apareció por la calle don Pedro Mesía, rodeado de su guardia, oficiales, asesor y varios personajes amigos. Ambos marinos se abrazaron y acto seguido don Pedro entregó, en presencia de todos, el bastón de mando a don Manuel.

Desde el convento, los dos mandatarios subieron a la carroza virreinal, compartiendo coche, que seguido de la multitud se dirigió a la plaza de la Real Contaduría. Dentro de la Sala de la Audiencia se había instalado un dosel con dos asientos, uno más alto que otro. Guirior se sentó en el de la derecha y Mesía en el otro, más elevado. Así escucharon la lectura de los reales títulos. Terminada, se pusieron en pie y Guirior hizo el juramento de rigor ante la Cruz de la Orden de San Juan de Jerusalén, la misma que tanto él como don Pedro llevaban al pecho. Al volver a sentarse cambiaron de sillón, dando a entender que el mando también había cambiado de manos

Dejando aparte estas curiosidades sobre protocolo virreinal, interesa saber qué ideas tenía don Manuel sobre cómo gobernar aquella región del mundo. Esperó a observar, escuchar e informarse bien antes de emitir su diagnóstico, que además envió por escrito a España, ya desde su palacio de Bogotá, a la atención del ministro Arriaga.

Decía aquel informe que las riquezas del Reino eran muchas, sobre todo en minería, y evidentes en sus tierras, donde se podían cultivar con ventaja toda clase de frutos y cosechas. Pero eran riquezas apenas explotadas, por culpa del contrabando. Había contrabando porque escaseaban los productos de la tierra y éstos no podían crecer mientras se mantuviesen impuestos innecesarios y mientras los oficiales los hicieran aún más gravosos. No merecía la pena dedicarse a la agricultura o a los molinos o a las hilaturas, ya que todo el beneficio se iba a manos de las aduanas o de los corregidores. Por consiguiente, el remedio estaba en eliminar o reducir gravámenes internos e incrementar, en cambio, los aplicables a productos venidos de fuera, compensándose unos con otros. También creía que para facilitar la economía interna era necesario mejorar las comunicaciones: los puentes, las carreteras y la seguridad de los ríos. Escribe el virrey, resumiendo: “Nadie se aplica a un comercio que no trae ventajas, sino pérdidas y molestias”.

Sin esperar contestación a su informe, Guirior eliminó las trabas al comercio entre los puertos interiores de las provincias, favoreciendo la libertad de tránsito. Suprimió los aranceles sobre el comercio con Panamá y Costa Rica.

A los recaudadores los obligó a vivir exclusivamente de sus sueldos, sin sobrecargas ilegales. Para fomentar la siembra de trigo prohibió la importación de harinas y subvencionó el cultivo y la molienda. Impulsó, mediante reglamentos y facilidades prácticas, la explotación del lino y el tabaco.

La proximidad de indios motilones a las costas favorecía el contrabando inglés desde Maracaibo y Mérida. Sirviéndose de la experiencia de un voluntario, Sebastián Guillén, y de un capuchino, Fidel de Rodas, Guirior logró pactar con los indios condiciones favorables al comercio y la tranquilidad de las poblaciones, con no poca sorpresa de los habitantes de aquellas tierras, y con el aplauso de la Corona.

Para fomentar la ganadería prohibió el sacrificio de ovejas jóvenes y reforzó la seguridad de las cañadas.

Mejoró la regularidad y frecuencia del correo postal.

No todas sus medidas tuvieron la repercusión que hubiera deseado. Por ejemplo: quiso evitar la perpetuación de terrenos improductivos por estar inmersos en la prohibición que los indios tenían de venderlos, a pesar de que no sacaban ningún provecho de ellos. Para ello, facilitó las transacciones de estos terrenos siempre que se añadiesen a otros bien labrados. Bien intencionada, aquella medida no logró los efectos que pretendía.

En el ámbito de la enseñanza y de la cultura, su principal colaborador fue el encomiado humanista, don Francisco Moreno Escandón. Los frailes dominicos, encabezados por el padre Ignacio Buenaventura, soñaban con ocupar el hueco que habían dejado los jesuitas, después de ser expulsados. Pero la persistencia de Escandón en su lucha por una Universidad laica, libre y moderna logró la aprobación del virrey Guirior, casi al final de su mandato, en detrimento de otras opciones más conservadoras.

Otra cosa es que aquel movimiento renovador siguió sufriendo la intolerancia de las autoridades españolas, escandalizadas de que en Nueva Granada don Celestino Mutis diera conferencias defendiendo el sistema copernicano y que sus teorías quedasen reflejadas en el plan de estudios de Escandón.

No sabemos si ese fue el motivo, pero el 24 de Agosto de 1775 llegó a Santafé la cédula real que obligaba a Manuel Guirior a salir de Nueva Granada, por haber sido nombrado virrey del Perú. Las instrucciones decían que entregase el mando a don Manuel Antonio Flórez.

Lo más probable es que fuera un reconocimiento a su buena labor de gobierno, pero también una forma de contentar a los elementos más conservadores de la sociedad neogranadina.

Manuel Flórez[9]

Nueva Granada 1776-1782

El virrey Flórez ha tenido la suerte (con la Historia) de que casi todos los historiadores opinen que tuvo mala suerte.[59] Tres son las desgracias que achacan a la Fortuna: 1) el nombramiento del Visitador Francisco Gutiérrez de Piñeres, que le desposeyó de sus funciones en lo referente a los impuestos, 2) la guerra con Inglaterra, que le obligó a vivir en Cartagena, lejos de la capital y dedicando atención casi exclusiva a fortalecer las defensas y 3) el levantamiento de los Comuneros contra un edicto de Piñeres que gravaba el tabaco y el aguardiente. Cabría añadir una cuarta: 4) la orden del Rey de que todo lo que hiciera de importancia, a partir de la revuelta de los Comuneros, tuvieran que ser visado por el arzobispo Caballero Góngora.

Voces más modernas ven en esa pretendida mala suerte del virrey su propensión a rehuir las responsabilidades menos agradables del cargo, en vez de asumirlas desde el primer momento con todas sus consecuencias.[9]

La ciudad de Santa Fe de Bogotá, que vio Manuel Antonio Flórez por vez primera en 1776, estaba dominada por una oligarquía endogámica de familias, entre las que destacaban los Lozano de Peralta, los Caicedo, los Vergara, los Álvarez, los Casal, los Vélez, los Revilla, los Duro, y los Ayala, por citar sólo las más compenetradas en su odio

al Visitador Gutiérrez de Piñeres.

Este funcionario había llegado a Nueva Granada un año después que el virrey Antonio Flórez, quien para entonces ya había hecho buena impresión en la sociedad de Bogotá. Enfrentado a la impopular tarea de tener que recuperar (debido a las necesidades de la guerra en Europa) los "desvíos" y gabelas que reducían el importe de los impuestos, el visitador observaba que tanto el Tribunal de Cuentas como una parte de la Audiencia estaba dominada por lo que dio en llamar "el clan de los cuñados".

Suegro de cuatro de los cinco cuñados era don Manuel Bernardo Álvarez, fiscal de la Audiencia desde 1720, y padre de cinco hijas y cinco hijos, estratégicamente unidos en matrimonio a vástagos de las familias citadas. El primogénito, Manuel Bernardo Álvarez se casó con Josefa Lozano de Peralta, y ejercía de juez en la Audiencia. Por su parte un hermano de Josefa, Jorge Miguel, casó a su hija con Juan Vergara y Caicedo, hijo del presidente del Tribunal de Cuentas. Otras hijas del patriarca Álvarez casaron: con Vicente Nariño, contador del mismo Tribunal, con Benito Casal, también Oidor de la Audiencia, y con Antonio Revilla, oficial del Rey.

Ya el anterior virrey, el marqués de Guirior, había advertido de la imposibilidad de llevar a cabo reformas que contraviniesen los intereses de estas familias. Flórez no veía nada preocupante en ello y, por el contrario, se congratulaba del afecto y desprendimiento que aquellos señores mostraban por la función pública.

Al observar la condescendencia de Flórez con los patriarcas neogranadinos, el visitador se sintió solo y manifestó su irritación al secretario de Indias José Gálvez en cartas que se conservan, donde lejos de querer él suplantar la autoridad del virrey, se queja de que éste hace dejación de sus funciones:

> *Me consta que la idea se aparenta, con este desprendimiento, es que no se ambiciona el mando y que todo se deja al arbitrio del Visitador General. Así me lo manifestó en las primeras conferencias, resentido de que se le hubiesen desaprobado Los Reglamentos. Por entonces pude disuadirlo, haciéndole ver que mal podía él desprenderse de la autoridad y facultades anexas al carácter de su dignidad, ni yo ejercer más que las que Su Majestad me había confiado.*

Sin contar con el apoyo del virrey, Piñeres propuso a Gálvez que los Oidores fueran trasladados a otros destinos, para asegurar la

imparcialidad de la justicia. Gálvez habría sin duda acogido con interés esta recomendación si el Visitador hubiera podido aportar algún caso de flagrante prevaricación, pero al parecer no encontró más que dos, aunque irritantes, triviales:

El primero tiene que ver con la esposa de uno de los cuñados, Bárbara Álvarez casada con Manuel Revilla. Parece ser que Revilla, harto de sus infidelidades, decidió solicitar el divorcio aduciendo adulterio, y para probarlo no se le ocurrió nada mejor que esconder a un escribano de la Audiencia tras las cortinas de un salón de su casa. Luego presentó al escribano como testigo en la demanda de divorcio. Acudió don Manuel Álvarez en defensa del honor de su hija acusando al escribano, que se llamaba Joaquín Sánchez, de falsedad. La Audiencia, encargó del caso a don Benito Casal, cuñado de doña Bárbara, quien se inhibió, delegando en un subalterno suyo. Total: que el escribano indiscreto fue condenado a dos años de prisión. Y como la pena pareció insuficiente al clan Álvarez, otro oidor de la Audiencia accedió a aumentarla a cuatro años y trabajos forzados en las fortificaciones de Cartagena.

El segundo caso se refiere a otro de los cuñados, Manuel García Olano, casado con María Joaquina Álvarez, que había sido nombrado Administrador de la Renta del Tabaco por el virrey, nada más llegar a Santa Fe, y antes de la aparición de Gutiérrez de Piñeres en la ciudad. Este cuñado tenía encomendada la Administración de la venta de aguardiente en la villa de Mompox. Cuando llegó Piñeres a Santa Fe para inspeccionar todo lo que pudiese afectar al Tesoro real, pensó que aquel trabajo sólo podía hacerlo una persona de probada honradez e ideas progresistas como Francisco Moreno Escandón, de quien hablaremos después en otros asuntos no ligados a la cuestión tributaria. Entre las irregularidades que Escandón iba descubriendo, aparecieron varias atribuibles a García Olano, el casado con Joaquina. Se le impuso una multa consistente en entregar al Tesoro 1.500 botijas de miel; multa a la que Olano no hizo ni caso, provocando la segunda denuncia de Piñeres ante el ministro Gálvez.

Gálvez pasó por alto aquellas instancias, y mientras tanto Escandón sufría una persecución sicológica no sólo por el asunto de las botijas de miel, sino por otros motivos más importantes.

Más preocupado aún que Escandón, seguía el escribano de las cortinas, a punto de ser enviado a presidio en Cartagena. El visitador le aconsejó que recurriese al Consejo de Indias, donde podría zafarse de la influencia de los cuñados, y así lo hizo, no sin gastarse casi todo su

patrimonio en el proceso. Los jueces españoles remitieron la causa a Gutiérrez de Piñeres para su revisión y, finalmente, la sentencia de cuatro años de cárcel se sustituyó por una multa razonable.

En cuanto a la humillación sufrida por el Tesoro al negarse García Olano a entregar las 1.500 botijas de miel, la reacción de Gutiérrez Piñeres fue realmente catastrófica para todos. Presentó al virrey un nuevo impuesto sobre el tabaco y sobre el aguardiente y cesó al marido de Joaquina como Administrador de ambos estancos.

El virrey vio que Gutiérrez Piñeres estaba yendo demasiado lejos y empezando a pisar arenas movedizas, por lo que, en beneficio mutuo, trató de disuadirlo. No hubo manera. Entonces Flórez se negó a firmar la providencia, lo que comunicó a todos los afectados.

En este momento singular de la Historia de Colombia, según el historiador John Leddy Phelan,[82] entran en acción varios de los cuñados. Entre ellos, además de García Olano, se destacan Francisco Vergara y el hombre más rico de Nueva Granada: Jorge Miguel Lozano Peralta, primer marqués de San Jorge. Una hija de éste era esposa de Juan Vergara, hijo de Francisco Vergara, que presidía el Tribunal de Cuentas.

Francisco Vergara, cuando era pequeño, pasaba bastantes vacaciones en una villa de la actual provincia de Santander, llamada Socorro, que entonces era más importante que ahora. Iba allí porque su padre, al quedar viudo, decidió meterse cura y le destinaron a Socorro de párroco. Cuando veía a su hijo, en Navidades y Semana Santa, se esforzaba en que lo pasase bien. Debió lograrlo porque los recuerdos de la infancia de Francisco Vergara no podían ser más entrañables.

En aquellas imágenes entraba siempre el amigo Berbeo, Juan Francisco Berbeo, que era hijo del notario. La segunda mujer de Berbeo había heredado un patrimonio importante, pero su hijo Juan Francisco era aficionado al juego y dilapidó las heredades, quedando en mala situación. Vergara se acordó de él para organizar en el pueblo una algarada contra de los impuestos de Gutiérrez de Piñeres.

Hacía poco tiempo que en el contiguo virreinato del Perú se había levantado una protesta de los indios, encabezada por un pretendido descendiente del héroe Tupac Amaru. Las noticias de esta rebelión indujeron a los propietarios de Bogotá a no quedarse pasivos ante el aumento de la presión fiscal, sino pasar a la acción, aprovechando el descontento que entre los indios iba a producir el aumento del precio del tabaco y el aguardiente. El historiador colombiano José Antonio de

Plaza, que publicó su historia de Nueva Granada en 1848,[83] primera que describe aquellos hechos con mentalidad de pueblo oprimido, narra las primeras llamas de aquel incendio:

> *Asomaron los disturbios en 1780, prendiéndose la primera chispa en las parroquias de Simacota, Mogotés y Charalá, cuyos habitantes, parcialmente unidos, atacaron a los guardas, los maltrataron e hirieron, poniéndolos a la fuga.*
>
> *Estas noticias, aunque llegaron a la capital, no merecieron grado alguno de interés; bien es que la autoridad no contaba con el prestijio de la fuerza, por no tener guarnición ninguna; ni de fuerza moral, porque ausente el virrei, el Visitador era malquerido.*
>
> *Así que el incendio cundió prontamente. Una mujer del pueblo en la villa del Socorro, el 16 de Marzo de de 1781, arrancó e hizo pedazos el cartel en que se ordenaba cobrar derechos de sisa i de Armada de Barlovento.*
>
> *Este valeroso acto no quedó sin apoyo; porque la población simultáneamente se reúne y atumultúa, desconociendo a las autoridades y erigiéndose en Jefes los más atrevidos i organizando la rebelión, que al cabo de un mes había invadido todos los lugares del corregimiento y, apoderado de los caudales que había en las administraciones.*
>
> *Fuertes con su poder de insurrectos, procedieron a nombrar jefes a los Sres. Juan Francisco Berbeo, Francisco Rosillo, Salvador Plata y José Antonio Monsalvé, con el pomposo título de Capitanes Generales.*

Así empezó la famosa rebelión de Los Comuneros, que tanta tinta ha hecho correr en múltiples galeradas de escritores de Colombia y de varios estudiosos de las revoluciones contra el absolutismo.

El alzamiento de El Socorro tiene el interés añadido de anteceder en bastantes años a la Revolución Francesa y de decepcionante que no pretendía otra cosa que asegurar el poder de la oligarquía criolla. Por eso cuando uno de los caudillos se creyó de verdad el papel de redentor de los indios y actuó por su cuenta, quedó sin el apoyo de los demás capitanes y sucumbió trágicamente. Y por eso, también, la figura sobresaliente entre los Comuneros, que fue Berbeo, no es un héroe nacional colombiano, como tampoco lo son los demás capitanes de aquella revolución.

Después de Fernando Plaza, cincuenta años más tarde pero aún en el siglo XIX, el historiador de Groot, describe de forma parecida el comienzo de la rebelión, si bien cree que empezó en el mismo Socorro:[59]

> *Empezaron a suscitarse alborotos, primeramente en El Socorro y San Gil, de donde se comunicaron a Pinchote, Simacota y hasta Truja y Sogamoso.*
> *La primera asonada en El Socorro la hizo una vieja, que después de arrancar furiosa y rasgar el edicto del Gobierno que se había fijado en la esquina de la plaza, salió con un tambor tocando y gritando a todo el mundo que tomasen las armas contra los que quisieran llevar a efecto las provisiones que allí se indicaban.*
>
> *Este primer movimiento tuvo lugar el 16 de Marzo. Nombráronse cuatro Jefes titulados Capitanes, que fueron don Juan Francisco Berbeo, don Antonio José Monsalve, don Francisco Rosillo y don José Antonio Estévez.*
>
> *Estos y el Cabildo representaron a la Audiencia que tomase medidas conciliatorias a favor de los pueblos, para calmar la revolución que prendía por todas partes, y los cuatro protestaban que habían admitido los nombramientos porque no se les sacrificase y nunca con ánimo de ser hostiles al Rey.*
>
> *Es cierto que en la revolución de El Socorro no intervino ningún principio político, ni menos se trató de la independencia de la Monarquía española, y tanto el Señor Restrepo como el doctor Plaza así lo reconocen, pero es preciso hacerse muy de la vista gorda para no ver en las capitulaciones de los Comuneros la ley impuesta por ellos sobre la autoridad real.*
>
> *Lo de que la mayoría de los pueblos aceptaba la revolución es evidentemente falso, porque los pueblos del Norte no constituían la mayoría del Virreinato, y en cuanto al dominio arrogado del cetro español en estos países, la especie pasa a ridícula, porque si se ha de llevar a mal la conquista que una nación civilizada hace sobre pueblos bárbaros para introducir en ellos la civilización del cristianismo, no serían nuestros escritores, hijos de los conquistadores, los que tendrían derecho a reclamar, sino los indios.*

En la relación de los cuatro capitanes que hace Groot, ha

desaparecido uno y aparece otro. El que falta es Salvador Plata. Fue éste el que se resistió en un primer momento a unirse a la rebelión y quien aceptó a regañadientes y dejando constancia que lo hacía obligado por las circunstancias. Groot parece haber hecho extensivo el "chaqueteo" a los otros cuatro, que menciona.

En cuanto a la anciana que afea a los vecinos de El Socorro su pasividad y los incita a tomar las armas, la iconografía colombiana la representa como una mujer no tan vieja a quien se da el sonoro nombre de Manuela Beltrán. No hemos podido obtener más datos de su biografía que el de no ser analfabeta (pudo leer el edicto) y que tenía una tienda de tabaco (posiblemente por hacer más comprensible su arrebato contra la subida de la tasa). Su ejemplo, que sin duda existió, la empareja con la comunera María de Padilla, y es anterior en muchos años al de Agustina de Aragón, Malasaña y Mariana Pineda.

La insurrección de los comuneros de Nueva Granada se encontró por vez primera y última con un destacamento realista en un lugar conocido como Puente Real de Vélez. De El Socorro habían salido unos 500 hombres mal armados, dirigidos por José Antonio Estévez, siguiendo siempre las órdenes de Berbeo que se quedó en la villa. A medida que iban avanzando se les unían indios, labradores y vecinos de los pueblos, de manera que a la altura de Vélez ya era unos cuatro mil hombres los que Estévez tenía a su mando.

El virrey Flórez permanecía en Cartagena, ajeno a los acontecimientos, y en Bogotá al visitador no se le ocurre otra cosa que organizar y enviar una dotación de menos de cien soldados, al mando de un capitán enfermo, recién llegado de España, que se llamaba José Pardo Osorio. Que Gutiérrez Piñeres subestimaba la intensidad del descontento y carecía de una mínima sicología de las revueltas, queda patente con su acción de entregar a Osorio un arca con monedas de 8.000 ducados para comprar voluntades.

El Puente Real de Vélez cerraba el paso a quienes transcurrieran por el valle homónimo con idea de tomar la capital Santa Fe. Los revolucionarios se situaron en las colinas y tras someter a Osorio a parlamentos humillantes lograron su rendición sin un solo tiro. Se quedaron con todas las armas, municiones, pólvora del Rey…y los 8000 ducados. Ante las quejas de Osorio, parece ser que el capitán Estévez logró que los milicianos devolviesen el dinero. Es posible, pues todo en esta historia resulta bastante desconcertante. Lo que sí es cierto es que, enfermo como estaba de hidropesía, Pardo Osorio murió a los

20 días.

Expedito el paso, José Francisco Berbeo se unió a las fuerzas rebeldes y tomando el mando avanzó sobre Bogotá, viendo con orgullo como se iban incorporando más y más seguidores, muchos de ellos indios y negros, hasta alcanzar un contingente que se cifró en 20.000 hombres.

Los ciudadanos de Santa Fe temblaron de pánico. Piñeres huyó como pudo a Cartagena. Los oligarcas, aprendices de brujos, hablaron con el arzobispo Caballero Góngora para pedir su intervención en nombre de la Iglesia. El prelado se ofreció a parlamentar con los capitanes rebeldes, que a su vez eran amigos de los sitiados. Hubo reuniones, pero no hubo negociación: los Comuneros impusieron su ley, contenida en 34 exigencias, que se firmaron en unas páginas, conocidas como las "Capitulaciones de Zipaquirá".

Ocurre entonces un sorprendente acontecimiento. Una vez aceptados los 34 artículos de las Capitulaciones y firmadas por todos (menos por el virrey, que no estaba allí) los rebeldes se retiraron contentos a sus domicilios, se disolvió la tropa y todos satisfechos.

¿Cómo pudo ser que, sin otras garantías que un papel firmado, se disolviera la mayor demostración de fuerza contra la autoridad establecida hasta la fecha? Algunos han razonado recordando los pactos de los conquistadores con la Corona, que siempre se honraban, al menos por parte de la Corona. Otros, simplemente consideran que, de no cumplirse las Capitulaciones, los sublevados podían repetir el experimento y esta vez mostrarse menos ingenuos.

Las Capitulaciones se cumplieron sólo en aquellos puntos que interesaban a la plutocracia de Santa Fe, que estaba muy lejos, entonces, de desear la independencia. Bastaba con que el odiado visitador volviera a España y se eliminasen los efectos de sus reformas en la economía del virreinato.

Solo uno de los capitanes, y no el más importante, decidió volver al lenguaje de las armas cuando comprobó que ninguna de las disposiciones a favor de los indios o de los negros era respetada: fue éste el caudillo José Antonio Galán.

Durante un tiempo, Galán logró congregar en torno a su persona el apoyo de los menos favorecidos, pero cometió un error propio de militar sin verdadera formación: el de aterrorizar a los propietarios y gobierno de las villas que arrasaba en su paso. Permitió el botín y no vaciló en ahorcar y fusilar a las autoridades, en el más puro estilo

revolucionario.

Su superior en el mando, Francisco Berbeo, el mismo que le había encomendado la captura de Gutiérrez de Piñeres, se sorprendió de que, una vez capturado el visitador, Galán lo dejara en libertad, y también de que desobedeciese sus órdenes en cuanto a contener la furia de sus seguidores.

Todos en Nueva Granada vieron que Galán actuaba por su cuenta y sin control, haciéndose temible a ojos de los *blancos* por ser demasiado atractivo para los *pardos*. Como muchos caudillos revolucionarios, Galán fue traicionado, y lo fue por Salvador Plata, aquel Capitán General mencionado por el historiador Plaza y silenciado por el historiador Groot.

Capturado y conducido a Santa Fe, José Antonio Galán y sus lugartenientes fueron condenados a la horca, si bien murieron fusilados, se dice que por no haber verdugo de horca en aquel momento. El terror acumulado por las jornadas vividas con la proximidad de las tropas indígenas y negras de Galán se tradujo en una sentencia de saña medieval, más denigrante para los jueces que para los reos. Los restos habían de ser quemados y despedazados para ser expuestos en lugares públicos. Sus descendientes también merecerían el perpetuo oprobio. El efecto en la Historia de aquella sentencia ha sido el opuesto de lo que se pretendía: Galán, al final, es junto con la anciana de El Socorro, el único héroe seguro de aquella rebelión. Los demás capitanes, todos, incluido Francisco de Berbeo, solicitaron el perdón y lo consiguieron.

El libro *The Comunero Revolution in Colombia*, que el autor norteamericano ya citado, popularizó más tarde con el título *The People and the King*[82] dedica abundantes páginas a la figura de José Antonio Galán para terminar resumiendo con estas palabras:

> *Galán was no radical but a man whose values and goals were rooted in the traditional society in which he lived. Never repudiating his allegiance to the Crown, Galán had no conscious or even embryonic notion about the desirability of reordering Society.*

Phelan atribuye la fuerza del mito a la traición e ignominiosa muerte de Galán. Pero insiste en su apreciación de que Galán era un conservador. En relación con los impuestos y en especial con el impuesto de alcabala, nos recuerda que Galán lo consideraba un derecho tan natural como natural es que los humanos seamos mortales. Y añade Phelan: en esto Galán se anticipaba a Benjamín Franklin al

decir que lo único seguro en esta vida "*son la muerte y los impuestos*".

La revolución terminó como había empezado: con las mismas familias ocupando el centro del poder en el virreinato de Nueva Granada. Incluso después de la independencia de la Corona española, los Vergara dieron dos presidentes a la República. Y, por sorprendente que parezca: los Gutiérrez de Piñeres ocuparon puestos de importancia en la historia de Venezuela; Vicente Celedonio fue presidente.

En otro orden de cosas, las figuras indudablemente benéficas en aquel escenario colonial fueron: el impresor Espinosa de los Monteros y el abogado Moreno Escandón, ya citado.

Empezando por el segundo: Francisco Moreno Escandón:

El odio de algunos oligarcas colombianos a la figura del profesor queda reflejado en la siguiente diatriba, alentada por Jorge Miguel Lozano de Peralta. Se atribuye a un fraile dominico, a quien unos llaman Ciriaco Arcila y otros, Gregorio de Arquila. La vehemencia del clérigo se debe a que Escandón estorbó las esperanzas que los dominicos acariciaban por ocupar el vacío que los jesuitas, tras ser expulsados, habían dejado en la enseñanza universitaria.

Ha dado más quehacer que aún el infierno.
¿Qué hizo con los estudios? Confundirlos,
¿Qué intentó con los frailes? Acabarlos,
¿Qué piensa con los clérigos? Destruirlos
¿Qué con los monasterios? Destrozarlos,
¿Y qué con los vasallos? El fundirlos,

Francisco Moreno Escandón era oriundo de la villa de Mariquita, hijo de español y americana. Aunque en su adolescencia recibió una educación conservadora, fue evolucionando hacia posiciones ilustradas después de un largo viaje que realizó a España. De vuelta a Nueva Granada, logró ganarse la confianza y el afecto de virreyes y funcionarios de la administración, despertado suspicacias entre la sociedad criolla, a la que pertenecía.

Como observa el historiador colombiano Jorge Melo[72,] Escandón llegó a desempeñar numerosos cargos: el de Regente de Estudios, Fiscal de lo Civil, Fiscal del Crimen, Protector de Indios, Juez Conservador de Hospicios, Juez Conservador de la Renta de Aguardientes y Tabacos y Fiscal de la Junta de Aplicaciones, cargo este último que decidía el destino de los bienes amortizados de la Compañía. La ejecutoria de Escandón parece desmentir la queja de que

los mejores públicos se otorgaban a españoles.

Cuando llegó Gutiérrez de Piñeres a Santa Fe, Escandón era el hombre más poderoso del virrey, lo que le incitó a discutir con él algunas de sus actuaciones. En especial, la manera de entender el cargo de Protector de Indios.

Desde tiempo inmemorial, los antepasados indios habían podido quedarse con unas tierras que estaban reservadas a sus descendientes y que nadie podía comprar ni compartir con ellos. Se trataba de los llamados *resguardos* y naturalmente los indios habían elegido las mejores parcelas. Con el transcurso de los años, la población india fue disminuyendo, pero los *resguardos* siguieron siendo igual de grandes, de forma que los indios puros tenían ventaja sobre los mestizos. Esto llevó a que por distintos medios se intentase violentar aquel derecho secular, lo que pronto llegó a oídos del Protector, que se opuso decididamente y decidió ir personalmente a visitar los resguardos y comprobar lo que ocurría.

Cuando lo hizo, sorprendentemente cambió de opinión y accedió a que se recortasen los límites de algunos *resguardos* para aliviar la situación de los mestizos y vecinos de pueblos limítrofes. Gutiérrez de Piñeres, enterado del asunto, disintió de las razones de Escandón, consideró que se había extralimitado, que perjudicaba injustamente a los indios y anuló los recortes de los *resguardos* y las reagrupaciones de indios autorizadas por el Protector.

Al iniciarse la revuelta, los promotores consiguieron que los indios incluyesen entre sus enemigos, no sólo a Gutiérrez de Piñeres, por subir el impuesto de aguardiente y tabaco, sino también a Escandón, que nada malo les había hecho con querer facilitar la venta de parte de sus tierras. Cuando los rebeldes llegaron a las puertas de Santa Fe, Moreno Escandón ya había abandonado la ciudad y se libró de ser linchado. Tenía guardado un destino en Lima y ya no volvería a su país natal. Detrás dejaba la primera biblioteca pública, hoy Biblioteca Nacional de Colombia, constituida, para empezar, con los fondos bibliográficos de los jesuitas que reunían los primeros 3.000 volúmenes.

El nombre del virrey Flórez, que apenas se menciona en la historia del levantamiento de los Comuneros, aparece relacionado con la primera la imprenta pública de Nueva Granada, que es lo mismo que decir Venezuela, Ecuador y Colombia.[59] Fueron los jesuitas los primeros que instalaron una imprenta en Bogotá, que ya funcionaba en 1741. Más tarde, en Cartagena de Indias, se imprimieron libros, generalmente de contenido religioso, por José de Rioja en 1769.

Por aquellas fechas llegaba a aquel puerto Antonio Espinosa de los Monteros, que había sido editor de libros en Segovia y Sevilla, y debió pensar que hacían más falta en América. No tardó mucho en asociarse con Rojas y convencerlo de que le vendiese las prensas. En 1773, un año antes de que llegase el virrey Flores, Espinosa de los Monteros ya era impresor floreciente en Nueva Granada. Honra al virrey que se dirigiese a Antonio Espinosa, para anunciarle que pensaba en él para dirigir la creación de una Imprenta Real que ocupara el vacío dejado por los jesuitas. Escribió el virrey a la metrópoli pidiendo que le enviasen la maquinaria precisa para la instalación de una "grande imprenta" que sería patrimonio real.

Se fueron cumpliendo los pasos que el virrey había planificado. Antonio Espinosa de los Monteros trasladó su residencia a Santa Fe, dejando mudas las prensas que había adquirido en Cartagena. Reconociendo que los navíos tardarían en llegar con las nuevas, Flórez accedió a que Espinosa trasladara sus prensas a Bogotá y recibiera un canon por el alquiler temporal. Para evitar la acusación de favoritismo, el virrey pidió a Escandón que cediese también las viejas prensas de los jesuitas de Santa Fe. Con ambas maquinarias, se inauguró la Imprenta Real de Nueva Granada en 1777 y Antonio Espinosa de los Monteros la dirigió con acierto durante 27 años.

En 1782 el virrey se sintió cansado y pidió el relevo. Fue aceptado y volvió a España. No le hicieron juicio de residencia. Gálvez sabía que no era persona con la que se pudiera contar para hacer cumplir decisiones desagradables. Por eso le había mandado a Gutiérrez de Piñeres para los impuestos y por la misma razón pudo intervenir el arzobispo Caballero en la pacificación tras la revuelta de los Comuneros. Todo el descontento se concentró y canalizó hacia estas dos figuras superpuestas a la autoridad virreinal.

Flórez quedó, de hecho, como un encargado de organizar la estrategia militar defensiva frente a Inglaterra, sin otra preocupación que pudiese distraerlo.

Su interés previo por los caminos, la agricultura, las letras y la Universidad le hizo acreedor de elogios que aún perduran. Tuvo suerte, en definitiva, pero no mala, como dicen algunos, sino buena. Y el Consejo de Indias, tal vez pensando en lo importante de tener a la Fortuna de parte de alguien, volvió a nombrar virrey a Manuel Flórez, esta vez de Nueva España.

Juan de Torrezar[11]

Nueva Granada 1782-1782

La mayor parte de su tiempo como virrey la pasó don Juan de Torrezar en un río. El río Magdalena atraviesa Colombia de Sur a Norte, dejando en sus riberas grandes espacios de terrenos cenagosos, que hacen difícil distinguir su curso en medio de piélagos y de selva. En invierno es navegable en gran parte y acumula crecidas peligrosas. No pasa exactamente por Santa Fe ni desemboca en Cartagena, pero sirve a quienes desean realizar viaje entre ambas ciudades, una vez superados los kilómetros necesarios por tierra.

Para saber lo que representaba este río en la época virreinal hay dos libros, a cual más interesantes. El primero narra en forma de *Diario de viaje por el Magdalena*[63] los hallazgos y experiencia personales del gran naturalista Alexander von Humboldt. El segundo hace más al caso: es un documento anónimo y lleva el título de *Un virrey apopléjico: Diario de la subida por el Río Magdalena del Excmo. Sr. Virrey don Juan Díaz Pimienta y lo ocurrido hasta su fallecimiento*.[11]

Juan de Torrezar se firmaba también Juan Díaz Pimienta. Antepuso el apellido de su madre, tal vez por los problemas que los

Pimienta encontraron en Canarias por culpa de un extraño personaje habanero que tenía el mismo apellido y cuya existencia perturbó unas pruebas de limpieza de sangre que necesitaban para ser caballeros de Santiago. Se trataba de un mestizo, hijo de un portugués judío y de una esclava llamada Catalina. De pequeño, al hijo de Catalina se le veía llevando una sombrilla detrás de su padre el portugués. De mayor se fue a Angola a introducirse en el mercado de esclavos. Los herederos del antepasado del virrey Díaz Pimienta tuvieron que acumular testimonios para conseguir desligarse de este parentesco, aducido por paisanos envidiosos.

Los Torrezar eran vizcaínos, la madre del virrey se llamaba Luisa, tercera marquesa de Rozalejo, hija de Ramón de Torrezar, primer marqués de Rozalejo. Luisa heredó el título por muerte de su hermano Ramón. Tal vez por sentirse postergados en el apellido, los Díaz Pimienta fueron poco generosos con la viuda del virrey, con ocasión de la herencia y de la pensión de viudedad, como luego se verá.

La viuda del virrey Torrezar era cubana. Había nacido en La Habana hacia 1764 y era hija del mariscal de campo Félix Sala y de Inés Hoyos. Se casó con el futuro virrey en 1777, por lo que no tendría ni dieciocho años, cuando éste llevaba tres como gobernador de Cartagena de Indias. La edad del virrey no es fácil de determinar, pero se dice que era bastante mayor que ella.

Su labor como gobernador, antes de ser virrey, fue bien apreciada, y se le reconoce la fundación de la ciudad de Montería, así como el haber aprobado y participado en la autorización de las muchas exploraciones y fundaciones que protagonizó un personaje de vida interesante y benéfica, cuyo nombre fue Antonio de la Torre Miranda.

El año 1781 vivían en Cartagena de Indias no solo los gobernadores don Juan y doña Luisa, sino también el virrey Antonio Flórez, que había dejado la capital Santa Fe al cuidado del arzobispo Góngora. En su libro *Los Comuneros* Germán Arciniegas hace esta descripción, un poco inventada, de la transmisión de poderes entre los dos virreyes:[33]

> *Una tarde arriba a Cartagena cierta balandra francesa con pliegos de mucha importancia. Se sabe por ellos que a Flórez se le releva de ser virrey, gobernador y comandante general del Nuevo Reino y que se encarga interinamente para esos efectos al gobernador de la provincia de*

> *Cartagena, don Juan de Torrezar Diaz y Pimienta.*
>
> *Diaz y Pimienta, como gobernador que ha sido, y gobernador benévolo y de carácter alegre, cuenta con numerosos amigos, se le tiene general cariño.*
>
> *La ceremonia de transmisión de mando es vistosa y solemne. El señor Pimienta va del ayuntamiento a la casa del virrey entre doble fila de soldados. Hay oficiales, cabildantes, clérigos y golillas. El secretario del ayuntamiento lee la cédula que consagra virrey al señor Pimienta. La besa Flórez y la pone sobre su cabeza en señal de asentimiento. Vienen luego la entrega del bastón, los juramentos, los besamanos, presentación de armas, marcha real, sesión del Cabildo, discurso congratulatorio del inquisidor más antiguo, toros, comedias, iluminaciones. Tres días de jolgorio, farándula y pólvora.*
>
> *El nuevo virrey se dirige a la Corona, hace protestas de gratitud y anuncia que irá a Santa Fé a ponerse de acuerdo con el arzobispo sobre la manera de pacificar las provincias que se conmovieron con los levantamientos.*
>
> *Al salir de Cartagena, el pueblo le acompaña hasta el puerto. Vítores, marcha real, banderas y cañonazos. El virrey, la virreina y su hijo se acomodan en una falúa que lentamente empieza a remontar el Canal del Dique.*

El anterior virrey había preferido hacer el camino por tierra, pasando por Carare. Tampoco era cómoda esta alternativa, pues una de sus primeras medidas fue ordenar que se mejorase la carretera para:

> *Quitar todos los tropiezos, piedras, palos: construir barandillas en los voladeros, todo con solidez y no como hasta aquí se ha ejecutado.*

No debió parecerle al virrey Torrezar que el camino estaba lo bastante bien arreglado cuando prefirió hacer la ruta por vía fluvial, como más adecuada al delicado estado de la virreina, que esperaba un segundo hijo en tiempo casi inminente. Le parecería que el movimiento en falúa sería más suave que el de las sillas de andas, única opción en los trechos por los que no podían pasar carretas.

Diana Aristizábal ha estudiado el viaje de los virreyes por el río Magdalena en un libro reciente.[32] Dice Aristizábal que el virrey salió el

21 de Abril de 1782, acompañado de su esposa en estado de embarazo y de un hijo de dos años de edad, su secretario Don Juan de Casamayor, el capellán, su médico y otras personas de su servicio.

El transporte más común para hacer este viaje eran los denominados champanes, embarcaciones muy cuadradas y de transporte de bultos, que acompañaban a las falúas virreinales, con su carroza de popa, cortinas de damasco y almohadones. El Virrey Pimienta y su comitiva viajaron en plena temporada invernal, cuando las noches estaban pasadas por agua, mientras durante el día el grado de calor aumentaba en forma alarmante.

Por el diario de Viaje, que presuntamente fue escrito por uno de los acompañantes,[11] se sabe que hicieron estación en Mahates, luego en Mompós, en el Banco y en Tamalameque. A medida que recorrían los pueblos y villas cercanas al Magdalena, muchos de los pobladores y autoridades locales se esmeraban en hacer un recibimiento "digno", y mostrarse como titulares del poder de sus pequeños territorios, llamados a atender a los "ilustres" visitantes.

Sin embargo, en el Diario se observa que, a pesar de los esmeros y las etiquetas, en ocasiones no lograban el objetivo.

> *El Ayuntamiento se presentó vestido de militar, lo más ridículamente, unos con malas pelucas, otros con casacas, espadas y gorros. Luego que llegamos vinieron dos violines y un arpa a obsequiar a S.S.E.E.; estuvieron tocando un buen rato y todos nosotros alegres y contentos y enredando y bailando como si tuviéramos quince años.*
>
> *Una señora viuda de Manuel de los Gómez, que según dijeron las gentes del pueblo son los más acomodados, envió a la Excma. dos huevos y unos bizcochos duros como una piedra y le pidió permiso para irla a visitar. Su E. respondió que podía ir…*
>
> *S.S.E.E. estuvieron muy mal alojados y nosotros dormimos bajo un cobertizo que tenía la casa.*

Hasta llegar a Mompós y Tamalameque, todo parecía resultar bien para el virrey y su comitiva, según relata el autor del Diario, pues "buscaban la manera de amenizársela como podían, con juegos de ingenio durante toda la noche" para pasar el tedio.

En una estrofa poética (espinela) escrita en el Diario se describe el estado de ánimo de los componentes de la comitiva.

A lo chantre, el capellán
La señora muy ardiente
El virrey, impertinente
Y Roán, muy charlatán
Anastasio, muy truhán
El Mayor, vino y café
Casamyor, sin tupé
Familia, toda aturdida,
Esta gente tan lucida
Dará golpe en Santafé

El paisaje que se disfrutaba después del Banco era mucho más variado y verde, con islas de grueso follaje repartidas por el río. La marcha virreinal tardaría unos 12 días en subir de Mompós a Honda.

Faltaban dos días para llegar a Honda cuando un suceso imprevisto obligaría a los viajeros a hacer una parada en la playa de *Quiebra Cinta*. La virreina enfermó y dio luz a un hijo, que nació muerto. A pesar de su delicado estado de salud, se decidió continuar el viaje con las incomodidades y pocas posibilidades de recuperación que esto implicaba.

Todo tipo de quebrantos de salud se suscitaban durante el viaje por el río Magdalena. Para los europeos, en especial, implicaba desafiar epidemias e infecciones, que se incrementaban durante la temporada invernal, y para las que no eran inmunes.

Otro de los grandes inconvenientes eran los insectos y plagas tropicales que afectaban a los viajeros del Río. Así como Humboldt menciona que "comprobó cómo los zancudos atraviesan cuatro pantalones". Fray Juan de Santa Gertrudis en sus crónicas *Maravillas de la Naturaleza* dedica páginas a la descripción de los insectos que le molestaron en su viaje por el Río Magdalena: zancudos, rodadores y jejenes:

> *Hay tanta plaga de éstos, que era preciso que los dos de nosotros a quienes les tocaba la culata de la tolda, estuviesen de continuo aventándolos con una rama. Hay otros más grandes que llaman zancudos; y éstos donde pican dejan semilla y se concría un gusano tamaño como un gusano de seda. A mí me picaron dos en una pierna en la mesa de río Recio y se me hinchó mucho, tanto que estuve algunos días sin poder andar ni entender qué era la causa hasta que una vieja me dijo: Padre, esto es picadura de un zancudo.*

Una de las enfermedades más comunes en este tiempo era la denominada *chapetonadas* que era tan peligrosa que se experimenta mucha mortandad y destruye gran parte de la gente que va en las armadas y navíos de Europa, pero de tan corta duración que sólo llega a tres o cuatro días en cuyo término o mueren o quedan fuera de peligro.

En el Diario del viaje de Torrezar se hace referencia a los momentos en que "la comida no muy bien sazonada" generaba desagrado o inapetencia. Así se expresa el autor del anónimo documento: "se obsequió a S.S.E.E. con varios dulces de almíbar, otros secos y algunas frutas de todo el país. Ello pudo estar muy bueno, pero nadie lo asegura, a no ser alguno de los criados, porque no lo probamos.

Después de tan afanosa experiencia de la virreina, el 22 de mayo la comitiva virreinal de los Pimienta llegó finalmente al Puerto de Honda donde les esperaban el arzobispo Caballero y Góngora, funcionarios y militares de la provincia.

En Honda, don Juan Diaz Pimienta y todo su equipo de acompañantes, demoraron nueve días, según cuanta el autor del Diario, para que la virreina se recuperara, se celebrara la fiesta del Corpus Cristi y para que el virrey se informara del estado en que se encontraba el reino después del levantamiento de los Comuneros.

El 1 de junio el virrey y sus acompañantes continuaron su viaje desde Honda, subiendo en una canoa corriente arriba desde Barrancas hasta Bodeguitas de Río Seco y luego por el flanco Oeste de la cordillera oriental, a lome de mulas. Se necesitaron para todo el viaje cerca de cien hombres como cargueros para llevar en silla de manos a la virreina que aún estaba débil y a su pequeño hijo de dos años. En este trayecto tardaron unos seis días por un camino "que estaba seco, pero mal compuesto y realmente es malísimo" (Diario). Luego llegaron a un amplio llano. El frío de la cordillera era un contraste extremado con los calores del Rio Magdalena.

En la entrada de Facativá estaba los oidores Mon y Velarde y otros jueces para reanudar el protocolo de recibimiento que había sido entorpecido por las penalidades. Sin embargo, la edad avanzada del virrey no permitió que en Santa Fe se culminase la fase más triunfal del recibimiento. La muerte sorpresiva de este virrey dejaría a todos los encargados de la ceremonia, con los preparativos hechos. El final del viaje lo relataría años después Pedro María Ibáñez, tomando como referencia un manuscrito titulado *Noticia de la conmoción popular*

ocurrida en el Nuevo Reino de Granada y su capital Santafé y de otras incidencias del mismo:

> *Llegando a Gaduas adoleció el señor virrey de modo que dio cuidado; y aunque a media jornada de allí se manifestó aliviado, siguiendo sin demora la marcha, llegaron al pueblo de Facatativa, donde ya había principios de solemne recibimiento y donde esperaban todos los tribunales"*
>
> *Entró en Santafé el día 7 a las cuatro de la tarde; llegó tan prostrado, que ayudado bajó el coche, y no pudiendo mantenerse en pie, se rindió en un pretil de la guardia, y cargado lo subieron a la cama, reconociendo desde el acto primero de bajar del coche por los médicos tener causa interior para su enfermedad mortal y ejecutiva, le mandaron olear (...) El día 11 amaneció destruido y arrojando materias por las cuatro vías, denotando ser precedidas de apostema antigua.* [62]

Pero las desdichas no pararon ahí. Después de la muerte de su esposo la Virreina solicita de la Corona una pensión anual para ella y para sostener a su hijo mientras llega a "edad competente". Entonces decide viajar a Madrid, donde no solo gestiona personalmente la ayuda solicitada, sino que tan pronto como llega se da de cara con un pleito promovido por los parientes del difunto virrey que tratan de impedir por todos los medios que ésta obtenga su participación en el Mayorazgo que aquellos habían fundado en cabeza de su marido. En su afán lograron despojar a la virreina de sus derechos y ésta vuelve a Cartagena sin medios para subsistir.

Cinco años más tarde, por fin la corona le concedió la pensión, pero ya era tarde: La virreina cartagenera y su hijo habían muerto en un nuevo viaje a España.

Los muchos amigos que tenían los Torrezar en Cartagena de Indias, cuando se enteraban de todas estas cosas, seguro que pensarían que mejor hubiera sido para los gobernadores don Juan y doña Luisa no haber llegado nunca a ser virreyes.

Antonio Caballero y Góngora[12]

Nueva Granada 1782-1789

La personalidad de Antonio Caballero y Góngora desborda si se la encuadra en un reducido marco episcopal.

Hay que decir enseguida que Caballero y Góngora no era un obispo convencional. Sentía repugnancia por el tomismo, ya que, pese a dominar el tema, sus preferencias iban por los filósofos empiristas ingleses y alemanes. Las lecturas del obispo tenían lugar en aposentos de un lujo sin complejos. Para dar una idea de lo que valoraba su comodidad personal, adelantaremos que entre los enseres que se desembarcaron a su llegada a Nueva España, aparecieron 46 almohadas. Hablaremos en este comienzo de semblanza de lo referente a su mundo interior y a sus más cercanas pertenencias y aficiones.

Tras de lo cual, seguiremos con la faceta del obispo Caballero y Góngora como el autor de la proclama más vibrante, sentida, y también la más breve en favor de los indios. La evolución de su pensamiento en este asunto fue matizando sus primeros argumentos y todo ello constituye la segunda de esta breve reseña de su mandato.

Por último, resalta en su biografía el hecho de que fuera este obispo quien logró detener el sólo una fuerza revolucionaria de casi 200.000 rebeldes, la mayoría indios, mestizos y mulatos, a las puertas de una ciudad aterrorizada. No contaba con otras armas que su verbo brillante

engarzando falsas promesas. Y así, lo que pudo ser la primera victoria de la fuerza contra la presencia española en América se disolvió como azúcar en agua, regresando todos los combatientes a ar los pueblos de donde procedían. A esta faceta de don Antonio dedicaremos el grueso del capítulo, porque, tal como nos ha llegado su relato, no es verosímil y optamos por ofrecer una conjetura más creíble. Esta será pues la tercera parte.

Volviendo ahora a sus creencias y aficiones: para el virrey don Antonio, las enseñanzas universitarias no había que dividirlas entre buenas o malas, ni siquiera entre verdaderas o falsas, sino entre útiles e inútiles. ¿Y útiles para qué, cabía preguntarse? Pues útiles para "la felicidad del hombre y de las naciones".

> *El estudio de las ciencias inútiles no ha causado mal tan grave nada como el método que se observa en la educación de la juventud. Se ha adaptado ésta a las fatuas máximas de aquellas (ciencias) y, en lugar de la educación civil que tanto influye sobre la felicidad del hombre y de las Naciones, de aquella que prepara a los jóvenes a llenar con suceso las diferentes profesiones de la Iglesia y del Estado, se practica la que sólo es propia para formar vasallos ociosos, inútiles a sí mismos y acaso gravosos a la Humanidad.*

Estas palabras, evocadoras de lecturas de los filósofos empiristas ingleses, están tomadas del preámbulo que dedicó al Plan de Estudios Universitario iniciado por el tantas veces mencionado Moreno y Escandón.

> *Todo el objeto del Plan se dirige a sustituir las útiles ciencias exactas en el lugar de las meramente especulativas, porque un Reino lleno de preciosísimas producciones que utilizar, de montes que allanar, de caminos que abrir, de pantanos que desecar, de aguas que dirigir, de metales que depurar, ciertamente necesita más de sujetos que sepan conocer la Naturaleza y observar el cálculo, el compás, la regla, que quienes entienden y disertan el ente de razón, la primera materia y la forma sustancia.*

Antes de que el obispo Góngora pasara a ser también virrey, Escandón había sido denunciado por el claustro de la Universidad al Santo Oficio como divulgador de la teoría heliocéntrica de Copérnico, sin que, afortunadamente para él, aquello pasara a mayores. Escandón y Celestino Mutis hacían por dar a conocer *las Luces del siglo* con desigual fortuna. Mutis había logrado introducir la enseñanza intensiva de

matemáticas en el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario en 1762, pero 14 años después, con el virrey Guirior, la Junta Superior del claustro de aquel Colegio suprimió la cátedra. El virrey Góngora la restableció muy orgulloso y grandilocuente, en 1786:

> *El particular amor con que he mirado siempre las ciencias útiles y los vivos deseos que me han abrasado por su propagación en este Reino, esperaban sólo el feliz instante en que podía amanecer en esta América el dichoso y deseado día de ver planificados, apoyados y sostenidos dignamente los utilísimos conocimientos de las ciencias Matemáticas, Física, Astronomía, Mecánica, etc.*
>
> *Y puedo lisonjearme, si no de haberlas introducido, sí de ser su restaurador y quien las ha rescatado de un destierro largo y vergonzoso, a que las había obligado la ignorancia y el indiscreto celo por la Antigüedad.*

Su interés por la economía de aquellas tierras lo llevó a preocuparse personalmente de mejorar cultivos como el del azúcar, el cáñamo, el añil, el café y el cacao. Creó nuevos estancos (monopolios de Estado) para la canela, el palo de Brasil y la quina. Se preocupó de la metalurgia tradicional, añadiendo interés por el platino. Durante su gobierno tuvieron lugar las primeras exploraciones petrolíferas.

En el ámbito de los establecimientos públicos, reestructuró la Hacienda, siguiendo los criterios de Gálvez; mejoró la red de hospitales públicos, creó una clínica para leprosos en Cartagena y una residencia para huérfanas. Es anecdótico, pero significativo, el remedio que se encontró en uno de estos hospitales para librar la piel humana del asalto de unos mosquitos o insectos parásitos, que se llamaban *Nigua*s, conocidos y odiados en toda América: simplemente aplicarse aceite de oliva a la piel. El hallazgo fue difundido en un curioso edicto, (que se conserva) del Secretario de Estado, José Gálvez.

Queda constancia de la amistad que sentía el virrey hacia una persona tan admirable como el investigador Celestino Mutis, recordado por su expedición botánica, inimaginable sin los fondos adelantados por el propio virrey, y cuyos hallazgos dieron lugar a una excepcional biblioteca de mil volúmenes y cientos de bellas láminas, que representan la flora y fauna de Nueva Granada. Fue el virrey Góngora quien logró el apoyo a la Real Expedición, por Cédula el 1 de Noviembre de 1783. El acierto de Góngora fue haberse quejado al ministro Gálvez por recibir una carta de recomendación suya a favor de un grupo de científicos

alemanes que se disponían a visitar Perú. Nada en contra de que vinieran alemanes, pero sí de que en Madrid si preocupasen más de ellos que de científicos españoles, como Mutis, cuya valía era reconocida por esos mismos científicos extranjeros que tan buena acogida recibían de la Corte española.[12]

Pasando ahora a temas más personales: don Antonio Caballero pudo continuar en América su interés por los libros y por la pintura. Seguía vivo el celo de coleccionista y bibliófilo, como demuestran una serie de cartas en que comparte sus descubrimientos y presas con un amigo llamado Ugalde.

Dos sucesos pusieron a prueba la caridad del arzobispo, saliendo bien librado del trance y muy mermado su patrimonio. Nos referimos al terremoto que padeció Cartagena en 1785 y el incendio que destruyó gran parte de su nuevo palacio en 1786. Muchas joyas y objetos de valor fueron vendidas para atender a las víctimas del terremoto. En cuanto al incendio, se perdieron algunas piezas queridas y, sobre todo, se perdió bastante del afán depredador del virrey.

En el lado de lo generoso, es de reconocer que el virrey, antes de volver a España, donó sus libros a la sede episcopal de Bogotá. En el lado urraca, basta leer una carta a su amigo y secretario, don Diego de Ugalde, en la que le indica cómo desmontar un cuadro de un retablo, para quedárselo él. Dice el virrey que debe hacerlo de noche, sirviéndose de un destornillador, pues es una tabla de metal. En su lugar tiene preparado un sustituto, que deberá colocar, en el sitio del original. Y, conociendo la amistad de ambos con Mutis añade: “Esto no se lo cuentes a Mutis”.

La vuelta a España fue en 1788. Ya quedó apuntado lo inconsistente de la versión mezcla de Scarpia y Ricardo III con que se ha pretendido caracterizar a Caballero[83] y el hecho de que no se presentasen cargos sobre actuaciones en contra de la moral. Pero sorprende también la ausencia de cargos de venalidad y enriquecimiento ilícito.

La explicación al saberse que el obispo volvió de América con mucho menos de lo que se había llevado. Pensando en tener que demostrarlo, Caballero y Góngora había insistido en que su patrimonio quedase inventariado con todo detalle a su llegada a tierras de América, cuando le hicieron obispo de Chiapas. El documento que recoge este hecho ha sido publicado recientemente por la Universidad parisina de La Sorbonne. Va a ser larga la digresión, pero no podemos resistir la tentación de glosar el *wunderlich und erstaunlig* equipaje del obispo don

Antonio.

Llegaron, él y sus baúles, a Campeche un 23 de Junio de 1776, en el bergantín *Príncipe*. Los esperaban en tierra el gobernador de Mérida, que se llamaba Oliver, el teniente general Domingo de Rocha, que había sido enviado por el virrey de Nueva España, junto con dos peritos en obras de arte que supiesen evaluar las pertenencias del obispo. Eran éstos: Andrés Bermón y Joseph de Monforte. Dichas cuatro personas se encontraban en Mérida desde el mes de Mayo con ganas de saber qué podía traer el obispo en las bodegas del navío como para necesitar tanto esfuerzo de inventario.

Tres días tardaron en desembarcar, desempaquetar y valorar cada una de las piezas, inscribirlas en los cuadernos y obtener el acuerdo y firma final del Obispo. Al fin, el 8 de Junio se pudo dar por terminada la tarea:

> *Certifico, en la forma que puedo y debo, que todo lo contenido en la relación anterior es perteneciente a mi equipaje y que todo ha llegado en los baúles y cajones que en ella se expresan a bordo del bergantín "El Príncipe" que me condujo a este puerto y ancló el 23 de Junio de 1776. Campeche del mes y año expresado"*
> *Antonio, Obispo de Yucatán.*

Aparecieron primero ante los ojos de los anfitriones tres microscopios en cajas de concha, ocho anteojos de cristal con distintas graduaciones, varios relojes de oro de la casa *Chabrier*, bastones con puños de plata, sombreros de castor, anillos de oro (uno con un gran topacio y dos diamantes) un reloj despertador inglés de viaje, dos peinadores de olán con sus toallitas y 25 marcos de plata, sin usar.

Luego desempaquetaron un bargueño muy grande con ocho cajoncitos: en el primero había un botiquín con medicinas; en el segundo más medicinas; el tercero venía forrado por dentro de raso liso con 4 botes de china de Sajonia; en el cuarto había 6 botes de estaño "que el obispo manifestó ser para tabaco"; dentro del quinto había una escribanía de plata, con sus tijeras y navaja; el sexto guardaba una taza de plata sobredorada con 12 platillos y dos tazas más, todas de china de Sajonia; en el séptimo cajón había 48 cubiertos de plata y en el octavo; un estuche de concha, con una jarra y jabonera de plata y varias navajas.

Lo más difícil de valorar, eran los libros: los expertos no eran bibliófilos y consultaban al propio obispo, quien se entretenía considerando melancólicamente la diferencia entre el precio del continente y el valor del contenido. Estaba allí también el diácono de la

catedral de Mérida con el ceño algo fruncido. Suponemos que no había oído hablar de la *Histoire Ecclesiastique* del abate Fleury cuyos veinte volúmenes reclamaban luz ante sus ojos, y que tanto gustaban a Voltaire. Se deduce de lo anterior que las prohibiciones del Index no iban con el obispo, a no ser, tal vez, como acicate. Allí estaban también el *Ensayo sobre el Conoci*miento *Humano* de John Locke, la *Historia Natural y Principios Filosóficos* de Isaac Newton, y las obras de físicos tan rupturistas como Pieter van Musschenbroek o su discípulo, el francés Jean Antoine Nollet. También se desempaquetaron los 9 volúmenes de las *Opera Omnia* de Johann Heinecke, ya entonces traducido al castellano y cuyo método axiomático de enseñanza preconizaban los ilustrados europeos. Junto en este lote, venían *L'Esprit des Lois* de Montesquieu y la *Histoire Naturelle* de Buffon.

En otro baúl, el obispo había guardado obras de carácter más práctico, posiblemente provenientes de otra estantería, entre ellas: *Trigonometría aplicada a la navegación*, *Tratado de Relojería, Tratado de Fundiciones y de Minas,* numerosos diccionarios y muchos otros volúmenes, algunos ellos relacionados con la Botánica, la Física, o la Navegación y la mayoría con la Agricultura.

Todo lo que se iba apartando en las salas del obispado, con ser interesante, no parecía justificar la expectación suscitada por las pertenencias del obispo. Hasta que empezaron a salir almohadas. Ante los asombrados ojos de Bermon y Monforte aparecieron ochenta y seis. Los juegos de cama se completaban insuficientemente con sólo ochenta sábanas, de las que cuarenta eran de tela holandesa, y con veinticuatro colchas, sólo diez de las cuales eran de seda de China.

Para asiento de todo aquello el obispo traía dieciocho colchones y nada más que dos camas. Una de ellas era:

> *De colgar, charolada con molduras doradas y mosquiteras de gasa, colgadura y zaraza fina, en la que han entrado sesenta varas de dicha tela con más de catorce y media de tela de Bretaña para algunos forros.*
> *La otra cama era como de colgar, dada de verde*

Se percibe en la redacción del inventario que Bermon y Monforte se van interesando algo más. Empezaron a salir las prendas del obispo para su atuendo personal. Escriben los peritos:

> *Cuarenta y seis camisas de holanda, cincuentaiocho pares de calzones, veinticuatro pañuelos de china, diecinueve pares de medias de china, treintaiocho pares de calcetas,*

veinticuatro toallas de mano…

En estas prendas estaban entretenidos cuando hizo su aparición el contenido de las vestimentas sacras. Pareciera como si el obispo se hubiera traído todo cuanto había en la sacristía de la catedral de Córdoba. De la extensa relación entresacamos solamente una muestra:

> *Un pectoral de oro con veinticuatro diamantes, dos esmeraldas de color y setenta y cuatro rubíes que lo rodean.*

Para dar un toque personal a las dependencias del palacio, don Antonio Caballero y Góngora había previsto dieciocho cortinajes, diez manteles con sus correspondientes servilletas, vasos y jarras de cristal de Bohemia, vajilla completa de porcelana de Sajonia y cinco cajones enormes con rollos de papel alemán para cubrir y adornar las paredes.

Con destino a la cocina venían en el *Príncipe* dos baterías muy completas, una de hierro y otra, igual, pero de cobre. Se añadían utensilios especiales como molinillos de café o una gran "*cuba para labrar la manteca".* El vino de Málaga, pese a ser perecedero, también quedó inventariado.

Para el despacho el obispo contaba con abundantes resmas de papel, una escribanía más grande, plumas diversas y tintas varias. Para sus viajes: cuatro *sillas de camino*, catres portátiles, y cama amplia de tijera.

El obispo se mostraba satisfecho de haber logrado ya un cierto reconocimiento a la necesidad de inventariar, pues, aunque según murmuraban los peritos, ellos habían visto equipajes parecidos, nunca, reconocían, tantas almohadas.

Su interés aumentó cuando el obispo les dijo que en los siguientes cajones venía la verdadera *Colección Caballero*, compuesta exclusivamente de monedas y cuadros. Un día entero tardaron en catalogar las piezas, que en cuanto a monedas se contaban por miles. Es a saber: 505 monedas de plata romanas procedentes de la época de la república; otras 449 monedas de plata de la época imperial; 264 monedas hispanas desde los reyes godos hasta los reyes católicos, sin excluir las árabes. Medallones se contaron 3.739, y a luego, como de menor valor, cantidad de monedas de cobre romanas e hispanas.

A continuación: la pinacoteca con dos *Ticianos*, cuatro *Murillos*, dos *Breughel*, dos *Lucas Jordán,* dos *Rubens*, un *Durero* (atribuido), un *Herrera el Viejo*, un *Velázquez*, un gran retrato de Luis XIV de *Giradou*, y una serie de lienzos "menores" de Antolínez, Basán, Céspedes, Mateo Cerezo…

Una posible explicación de semejante riqueza es que no todos fueran originales, otra que algunos pertenecieran a la Iglesia y el obispo los tuviera en usufructo. El caso es que allí estaban y hoy consta su existencia por la exigencia del obispo para poder repatriarlos al término de su mandato.

Un año después de su arribada a Mérida, en Septiembre de 1777, le llegó la comunicación de que era nombrado arzobispo de Santa Fe de Bogotá. Nuevos preparativos para embalar y embarcar la *Colección Caballero* cuyo destino habría de ser: primero Cartagena de Indias, por mar, y luego en carros, carruajes y mulas, hasta la capital de Nueva Granada. Ninguno de los viajes se hizo precipitadamente. Al puerto de Cartagena de Indias no llegó hasta el 29 de Junio de 1778. Allí pasó ocho meses, antes de emprender el arduo camino que le llevaría, junto con su tesoro, hasta Santa Fe, adonde llegó el 5 de Marzo de 1779, para ser recibido por el virrey Antonio Flórez.

Don Antonio, siendo ya virrey, acabó algo hastiado de Bogotá y prefirió cambiar de domicilio. El sitio elegido se llamaba Turbaco y estaba, y está, cerca de Cartagena. Construyó para sí un palacio nuevo en un lugar privilegiado donde la Naturaleza es feraz y amable. No todas sus pertenencias hicieron este viaje de vuelta. Muchos de sus libros se quedaron para siempre como donación a la biblioteca del arzobispado de Bogotá. Y parte de los muebles y enseres que llegaron de España no salieron del palacio arzobispal de Santa Fe. Se conserva la correspondencia que mantuvo desde Turbaco con su secretario Ugalde, en la que comparte sus afanes y hallazgos de bibliófilo.

Tal vez como advertencia divina de que refrenase sus afanes de coleccionista, el palacio del arzobispo sufrió un incendio, en el que se perdieron algunas de sus presas más queridas. Aquello lo tomó don Antonio como una señal diferente: de que ya llevaba demasiado tiempo fuera de España y que debía ir pensando en volver.

Aquí termina la parte relativa a la cultura y el lujo del obispo virrey.

A continuación, presentamos a don Antonio en su perfil como defensor de los indios. Merece la pena leer integra la carta que envió al Rey a pocas semanas de llegar a América, cuando aún no conocía los aspectos menos favorables de la idiosincrasia indígena, y aún tenía fresca la lectura del *Emilio*. Pocos documentos pueden exhibirse tan representativos de la indignación virreinal contra la sociedad que les tocó gobernar como la epístola siguiente:

Señor,

Voz del Señor deben ser los prelados y ésta en acabando de sonar deja de ser. Dígolo, porque Vuestra Majestad me honra con la clemencia de oírme, sin causarle admiración verme introducido en asuntos seculares cuando sabe Dios si soy capaz de cumplir con los eclesiásticos, como primogénitos de mi estado.
Muchos meses ha que encierro dentro de mi corazón el sentimiento que me cuesta la aguda enfermedad que padecen estos vasallos de Vuestra Majestad y feligreses míos, pues tan grave que, huyéndome de mi juicio, sólo se concede a mi dolor por verlos abatidos, esclavos de su miseria, que sólo en llorar dan muestras de vivir.

Las líneas siguientes son retóricas, como se verá más adelante:

No es posible, Señor, que la Soberana Real clemencia de Vuestra Majestad esté verdaderamente noticiosa de los trabajos de estos pueblos, ni informados sus grandes y celosos ministros de lo que se padece en ellos, porque a saberlo, no podría suceder el consentirlo, y mucho menos Vuestra Majestad, que siempre amante de la justicia, jamás supo volver los ojos a la razón de mandar ejecutarla.

Abrumados estos moribundos vasallos con tan pesada carga, no pueden ya llevarla sin la costa de perder sus débiles haciendas y trabajosas vidas. Yo soy testigo de esta lástima, pues arrancados del todo la mayor parte de raíces, para cumplir con las contribuciones de hoy, quedan sin sangre para poder cumplir las de mañana, y esto aún aliviándolos la franca disposición de mis graneros, que abiertos siempre que tienen qué guardar, aún no bastan para remedio de tanta necesidad

Y sigue la acusación directa, sin paliativos:

No poco ayudan al aumento de ella los ministros inferiores que Vuestra Majestad tiene destinados para el recobro de estas rentas, porque en todo observantes y nada compasivos, pretenden labrar sus aciertos a costa de rigurosas y atropelladas resoluciones
Esto consiste, Señor, que en la Corte es más aplaudido y elogiado aquel que apronta mayores cantidades para el erario Real, y por esto procura cada uno hacerse singular, pues así consiguen la duración de sus empleos y la

> *perpetuidad de sus intereses propios, hablando como agradan y no como sienten.*

Llegados a este punto, parece como si el obispo se acordase de que en la catedral de Córdoba se vivía del cobro de rentas a los colonos de sus propiedades, cuyos beneficios el mismo disfrutó, pues añade:

> *Si esto pudieran lograr sin conocida destrucción de los vasallos de Vuestra Majestad, yo sería el primer cronista de sus aciertos.*

Por el contrario, continúa:

> *¿Puede ser en ningún tiempo buen servicio de Dios, ni de Vuestra Majestad, la total desolación de los Pueblos, la evidente ruina de los vecinos, la común congoja de las familias?*
> *Esta congoja es evidente a los ojos de los ministros de esa Corte, distantes la ven, pero no la miran, la oyen, pero no la representan, la conocen, pero no la remedian, sino la amenazan y, tanto como si fuera hurto el dolor, apenas pueden fiarles estos infelices a los más propios sin el riesgo de ser reprendidos o castigados.*

Dicho lo cual, con énfasis revolucionario, describe los tres Estados encaramados a hombros del pobre y sudoroso jornalero:

> *Vuestra Majestad y su Real Familia, la Nobleza de su Corte, la seriedad de los Tribunales, los bríos de los Ejércitos y la multitud de los habitantes de los pueblos: todos penden del sudor del jornalero. ¡Y por qué habiéndolo de limpiar la piedad, lo ha de sofocar el rigor? Bástele al infeliz su desdicha, sin querérsela duplicar con el desprecio.*

En el párrafo que sigue parece encontrar eco la conocida glosa inversa de Quevedo: “no he de callar”, por contraste con el *Panegírico a Trajano* de Plinio, y el “O tempora, O mores!” de Cicerón:

> *Y así señor, espero firmemente que la piedad*
> *ad de Vuestra Majestad ha de dar crédito a estas expresiones de mi reverente buena ley y humilde amor a Vuestra Majestad, tomando las providencias que fuere servido para el remedio y que, mediante él, pueda renovarse lo que se dijo de la felicidad del emperador Trajano “¡Oh feliz tiempo aquel en que se puede decir lo que se quiere y decir lo que se siente!*

> *A este fin aplico mis oraciones y sacrificios y en todos pido a Dios Nuestro Señor guarde la Real Persona de Vuestra Majestad dilatados años.*
> *Señor*
> *El Arzobispo de Santa Fe*

Esta hermosa carta no surtió el menor efecto. Por el contrario, de Madrid llegaron peticiones al Visitador Piñeres de que incrementase los envíos del Tesoro, para hacer frente a los mayores gastos que ocasionaba la guerra con Inglaterra.

Es probable que la carta de Caballero y Góngora se perdiera en el último trecho del camino que debía llevarla desde la sala del Consejo de Indias a la atención del monarca. Los consejeros se sorprendieron con su lectura y se preguntaban cómo el arzobispo podía esperar de ellos, a los que denunciaba, que apoyasen su causa. En consecuencia, cabe pensar que decidieran no presentar al Rey una carta en la que aparecían duramente criticados, no sólo ellos, sino también el mismo Rey:

> *Esta representación es del arzobispo más protegido del ministro de Indias Gálvez. Prescinde de cuanto le debe para hablar al Rey cuanto conviene; pero con la desgracia de peligrar su arribo, al estar en las mismas manos de los que fabrican las lástimas de que pide remedio.*[12]

Aquel año de 1781 se precipitaron los acontecimientos, dando la razón al obispo. Pero de ello hablaremos después.

Don Antonio Caballero y Góngora ejerció de obispo seis años y además de virrey otros seis, de modo que fueron doce los que residió en América; doce años en que sus vivencias, observaciones, proyectos y fracasos con respecto a la nación india fueron dejando huella en un espíritu nada dado a mantener opiniones en contra de la evidencia.

Uno de los pocos éxitos del obispo en su lucha por mejorar la suerte de los indios fue el acuerdo que logró con una tribu especialmente díscola, llamada de *los Mosquitos*. La palabra encendida del obispo logró convencer al rey de los Mosquitos para que aceptase someterse a la Corona, manteniendo la jerarquía india intacta, pero aceptando la oferta de enviar un misionero para que les diese a conocer la religión cristiana. Sorprendido hasta cierto punto de su buena fortuna, el virrey juzgó que aquella ocasión no debía perderse por una mala elección de la persona adecuada para adentrarse en las costumbres y creencias de la tribu. Envió a un misionero previamente aleccionado para la tolerancia y la paciencia y los *Mosquitos* se mantuvieron fieles a los españoles y, lo que es más

importante, insensibles a los halagos y promesas de los ingleses y franceses que trataban de tenerlos por aliados.

Pero aquel triunfo debió parecer insignificante a don Antonio.

No alargaremos la transición con nuevos detalles y concluiremos dejando constancia de lo que pensaba referente a los indios de Nueva Granada cuando ya su gobierno estaba declinando y las ansias de dejarlo todo aquello invadían sus horas de reflexión: los indios…

> *Están siempre prontísimos y siempre dispuestos para sus juegos, bailes y funciones, entregados a la ociosidad a la que ayuda la fertilidad del país; bastándoles muy poco trabajo para satisfacer sus cortas necesidades"*
>
> *Sus hijos, criados en esta escuela, los van imitando fielmente, se van propagando siempre unos mismos pensamientos y el mismo porte y rusticidad y, a pesar del aumento de población, en general sólo crece el número de tantos inútiles vasallos, que a largos pasos se van precipitando en la misma barbarie de los primeros habitantes"*
>
> *Tal es el abreviado relato del Nuevo Reino de Granada: con todo lo bueno se resiste y nada proporcionado para recibir con docilidad las provisiones más benéficas del Gobierno, aún aquellos que inmediata y directamente miran a sacarlos de su infelicidad, como, desde los primeros días de mi gobierno, informé difusamente a La Corte.*

Con el paso de los años, aquellos vasallos dejaron de parecerle tan dignos de lástima al comprobar lo difícil que era lograr que dejasen de ser *buenos salvajes* y se convirtiesen en ciudadanos de provecho.

Con no poca tristeza, se desahoga en la Relación de Mando, que escribió para su sucesor. Se advierte en las últimas líneas un poso amargo de realismo, cuando dice que en Nueva Granada "todo lo bueno se resiste". Aun así, no deja de aconsejar a su sucesor el remedio que considera más eficaz para acabar con aquel decaimiento de los brazos y las mentes: fundar nuevas colonias, nuevos pueblos, tal vez en las fronteras, abrir caminos entre poblados y obligar a establecerse en ellos a todos cuantos pululen por las calles de las ciudades, ociosos y vagos. Reunirlos en poblaciones con todos los servicios necesarios, pero sometidos a la permanencia en el lugar donde sean designados. En el fondo, propugna una versión algo más dura, casi punitiva, de las reducciones del virrey Toledo, virrey que se adelantó en muchos aspectos a posteriores gobernantes del Nueve Mundo.

Pasamos ahora a introducir un cambio retrospectivo, que da lugar a la tercera parte de esta semblanza.

Se centra en los años en que don Antonio ejercía de obispo, pero todavía no era virrey. El 31 de Marzo de 1781 estalló la revolución de Los Comuneros, que ya fue comentada al hablar del virrey Flórez. Ni el virrey ni el obispo Góngora estaban en Bogotá cuando se conoció el alzamiento. El obispo se encontraba de viaje por su diócesis, en visita pastoral. Así refiere su sorpresa al enterarse de la rebelión, en carta al ministro Gálvez:

> *Desde el día en que se me comunicó la primera noticia de tan deplorables sucesos, no pude contenerme en un país con el reposo y delicias de una profunda paz, antes creí que a ejemplo de un buen pastor que acude a donde se presenta a su rebaño mayor peligro, debí suspender por entonces la visita y anteponer a mi quietud y ventajas propias, las públicas, las del Estado y las del Real Servicio.*

En las últimas líneas hay un velado reproche a la ausencia de quien representaba la autoridad del *Estado y Real Servicio*, cuya defensa sólo le incumbía de forma muy indirecta y secundaria. Dándose cuenta de ello, a continuación, recula hacia una visión más pastoral de sus responsabilidades:

> *Lleno de temor y temblor de que, por mi omisión de alguna de mis obligaciones, se requiriera de mis manos la sangre de mis descarriadas ovejas, gemía en lo íntimo de mi corazón y lloraba y dirigía al Señor mis votos y sacrificios. Ordené oraciones públicas y escribí cartas a todos los curas y sacerdotes de mi diócesis, empeñándoles en mantener en la debida subordinación sus respectivos feligreses, por medio de frecuentes pláticas y amonestaciones.*

En el párrafo anterior llama mucho la atención su temor a que ay duda de que las descarriadas ovejas serían los insurgentes, la mayoría indios y mestizos, pero ¿Por qué se iba a requerir sangre de las manos del obispo? Solo cabe una explicación: la de que el virrey Flórez iba a quedar inhabilitado para arreglar el orden interior, ya que estaba en Cartagena de Indias dedicado a recomponer las murallas, y toda la responsabilidad podía caer en él. Como así fue.

Quien sí permanecía en Bogotá, ostentando la máxima autoridad, era el visitador Gutiérrez de Piñeres, cada día más odiado. Ya vimos en el capítulo anterior que la capital estaba totalmente falta de fuerza militar,

porque nadie pensaba en otros enemigos de España que los que tenía en Europa. Y a esos enemigos se combatía en el mar o en las costas. Por esa razón, cuando los Comuneros se alzaron y reunieron un poderoso ejército, la resistencia que hizo el visitador en Puente Real de Vélez, quedó en nada y los rebeldes lograron avanzar sin problemas hasta lograr la famosa capitulación (que se hizo oficial en Zapaquirá) y presentarse a las puertas de Bogotá.

El pánico se apoderó de la ciudad inerme. El visitador huyó como pudo. No quedaba nadie para intentar detener la invasión y el saqueo. Los instigadores de la rebelión, residentes en la capital, se encontraron con que gran parte de la fuerza que les amenazaba a las afueras la componían indios y mestizos, de quienes tenían bastante que temer. Los Oidores y el alcalde, carecían de *autoridad* para otra cosa que decir amén a cuanto se les pidiese, al ser parte del gobierno de Piñeres y ser considerados por los naturales tan culpables como él.

Surge entonces la figura de Antonio Caballero, quien explica así su intervención en su *Relación de mando*:[12]

> *Finalmente se resolvió que yo saliese al encuentro, acompañado de un ministro de la Audiencia y un alcalde ordinario: yo para persuadir y ellos para capitular.*

No tuvo que esforzarse mucho el obispo para encontrar palabras que convencieran a los insurgentes de que estaba totalmente de acuerdo con sus reivindicaciones. Podía hablar sin mentir y mostrarles el borrador de la carta que había escrito al Rey. La escena del obispo persuadiendo a los rebeldes de que perdonen el saqueo a la ciudad y se retiren pacíficamente a sus casas, más parece un episodio de la historia de las ciudades griegas que un acontecimiento real del siglo XVIII.

En la descripción de los acontecimientos que hacen los historiadores[59] hay algo que queda sin aclarar, aun aceptando que se hubiera producido ese extraordinario triunfo de la palabra, el verbo sobre la fuerza, haciendo que las armas volvieran a los armarios. Se acusa a Caballero y Góngora de que las condiciones de paz extraídas por los Comuneros alos jueces de la Audiencia, fueron explícitamente aceptadas por el obispo quien además prometió solicitar el indulto de todos ellos.[85]

Pero la secuencia de argumentos anterior resulta, cuando menos, cándida. No se explica por qué los capitanes Berbeo, Plata, Mosalve y Ardila, ni siquiera entraron en la ciudad para posesionarse de ella. Tampoco por qué los rebeldes se disolvieron antes de obtener la aceptación de las Capitulaciones de Zapaquirá por el virrey, dejándole la

coartada de no haber tenido nada que ver en la negociación. ¿Es verosímil que un virrey pusilánime como Flórez se atreviese a decir que no aceptaba las capitulaciones de Zapaquirá? ¿No se habían firmado por la presión irresistible de la rebelión? ¿Por qué al negarse a reconocer las Capitulaciones la rebelión no se renovó la lucha frente al virrey?

Lo lógico hubiera sido que, al conocer el perjurio de los españoles, con más razón que antes los patriotas independentistas hubiesen forzado una rendición incondicional. Pero no, los capitanes generales, aquellos caudillos de los comuneros autoproclamados en El Socorro, se excusaron ante el virrey diciendo que habían aceptado el mando al no poder resistirse humanamente a ello. ¿Entonces que quedó de aquellas presiones irresistibles en tan poco tiempo? Tampoco se explica por qué ni siquiera exigieron participar en el gobierno de Santa Fe estando aceptado este derecho en las capitulaciones recién firmadas. Y sobre todo no se entiende la posterior traición al único que no pidió perdón: José Antonio Galán.

Pese a estas incongruencias, la versión que ha calado en la Historia es que fueron simplemente las palabras de Caballero y Góngora las que detuvieron a miles de milicianos que no habían encontrado apenas resistencia en sus avances, sino todo lo contrario: rendiciones y avenencias a todas sus demandas.[59]

Así lo creyeron también Gálvez y el Rey, para sonrojo de los consejeros de Indias que habían leído y posiblemente ocultado la incendiaria epístola del obispo.

> *Consiguiendo con vuestro celo pastoral que todos se restituyesen a sus domicilios.*
> *He venido en confirmar, por vuestra intervención y merecimientos el referido perdón general, en los propios términos que lo acordó mi virrey y manifestaros con este motivo mi soberana y perpetua gratitud por los servicios que habéis hecho. Yo el Rey*

Para hacer justicia histórica al virrey Caballero y Góngora es imprescindible partir de este perdón general, que el obispo solicitó por la única vía correcta: a través del virrey Flórez.

Ya desde el otoño de 1781, Caballero y Góngora anticipaba el trágico final de aquella rebelión que había visto tan de cerca. Trató de evitar verse envuelto en medidas represivas (que imaginaba terminarían por precipitarse) y para ello adoptó dos estrategias: solicitar el indulto en contrapartida al servicio prestado a Su Majestad; y hacer ver a Gálvez, en

carta del 20 de Septiembre de 1781, que su condición de eclesiástico le impediría participar en causas criminales:

> *Perplejidad en que se hallaba de poner en ejecución las diferentes reales órdenes que le tienen encomendadas sobre la pasada sublevación y causas criminales, hasta obtener la dispensa y habilitaciones necesarias de Su Santidad.*

Gálvez, desde España había dispuesto que nada hiciera el virrey Flórez sin el visto bueno del arzobispo. Esta humillación impulsó al virrey a pedir el relevo, que le fue concedido. En cuanto al arzobispo, si bien la confianza de Gálvez le causaba alguna satisfacción, se temía que en España contestasen de forma negativa a sus evasivas, como así fue:

> *Disponga V.E. de todo escrúpulo y proceda con libertad poniendo en ejecución las reales órdenes que le han comunicado para el castigo de los delincuentes de las pasadas alteraciones de ese Reino, en el seguro supuesto de que con esta fecha se pide a Su Santidad la dispensa y habilitaciones necesarias para que V.E. pueda conocer con toda amplitud, directa e indirectamente, en los asuntos criminales y sus incidencias, sin recelo de que esto deje de conseguirse. Además, la dispensa que pide, debo añadir a V.E. que la Silla Apostólica tiene concedidas dos bulas sobre este asunto, a fin de que nuestros Reyes puedan emplear personas eclesiásticas en los gobiernos seculares y que ejerzan toda jurisdicción sin incurrir en prohibiciones canónicas.*

Al apagarse el fuego revolucionario, quedó vivo un rescoldo, el único coherente con la liberación que se había ofrecido a indios, mulatos, mestizos y negros. Desgraciadamente para ellos, ese rescoldo lo avivaba el general menos dotado y más inconsciente de los cuatro: José Antonio Galán. Galán liberaba de sus cadenas a los negros y ahorcaba a los propietarios explotadores. En cambio, se mostraba indiferente y neutral ante los actos de los gobernadores españoles, lo que explica que, habiendo capturado al visitador, Gutiérrez de Piñeres, ni le juzgase ni le condenase. Se puede decir que, gracias a la clemencia de Galán, Piñeres pudo escapar vivo.

José Antonio Galán y su ejército de indios, negros y mulatos, pudo moverse libremente por Nueva Granada varios meses después de la paz de Zapaquirá, visitando haciendas, oyendo agravios y haciendo de personaje justiciero. Casi siempre, sus intervenciones terminaban con la

muerte de los propietarios y sus familias. El terror se extendía por las comarcas sin que el virrey y sus menguadas fuerzas le causasen la menor preocupación. Por fin, Galán creyó llegado el momento de dirigirse a la capital, Santa Fe, y hacer lo que no habían hecho los Comuneros: invadirla con sus tropas y hacerse dueño de ella.

Y posiblemente lo habría conseguido de no haber sido traicionado por sus propios compañeros. Tampoco esto se entiende. ¿Cómo es posible que cuando más impunes y poderosos se encontraban los revolucionarios, ellos mismos se convirtiesen en "carne de horca"? Se aduce como razón que Galán había desobedecido a su jefe Juan Francisco Berbeo, por haber interceptado unos socorros del virrey a Santa Fe. Pequeño delito para tamaña desafección; en todo caso, la desobediencia de Galán estaba justificada a la vista de la docilidad de Berbeo con las autoridades españolas.[82]

No. La verdadera razón de que la revolución de los Comuneros fracasase, cuando había triunfado sin apenas otra resistencia que las palabras del obispo, fue que los beneficiaros del alzamiento se dieron cuenta de que el régimen anterior era mejor que el que se les venía encima. Primero dejaron de apoyarlo. Pero como seguía coleando con el iluminado Galán, tuvieron que rematarlo de manera expeditiva.

La condena y muerte de Galán también presenta preguntas sin respuesta. Se conserva una parte del proceso, la que hace a las acusaciones, pero se ha perdido la relativa a su defensa. ¿Nadie la conservaba siquiera para la historia de la futura nación? Este tipo de pérdidas es muy raro en la administración colonial. ¿Ignoraban los defensores de Galán que el virrey y el obispo habían pedido el indulto general?

Galán no fue ahorcado ni enviado a la hoguera. Él y tres lugartenientes suyos fueron fusilados. Se da como razón de esta forma militar de ajusticiamiento que el verdugo no sabía cómo preparar una horca. Más verosímil sería atribuirlo a las prisas de muchos en hacer desaparecer cuanto antes a la única cabeza activa de la rebelión.

Todo el ensañamiento posterior con el cadáver también resulta totalmente extemporáneo, teniendo en cuenta que se estaba contraviniendo la política de benignidad del obispo y el virrey, demostrada con la petición de indulto general. Parece como si existiera un interés distinto al de los gobernantes, un interés colateral que deseaba "dar ejemplo" a quienes se habían atrevido a llevar las ideas abolicionistas más allá de límites tolerables.

La pasión y muerte de Galán se produjo en febrero de 1782. El obispo no firmó la sentencia, pero tampoco la impidió, pudiendo hacerlo.

Así pues, Caballero y Góngora, es también responsable de la ejecución de Galán y sus tenientes. Cuando llegó la confirmación del indulto solicitado, en Marzo de 1782, era demasiado tarde. Había sido firmado en El Pardo el 21 de Enero. La goleta que lo llevaba también permitía al atribulado virrey Flórez entregar el mando a un sucesor y volver a España. El bastón debía pasar al gobernador de Cartagena de Indias, que lo era desde 1774, el mariscal don Juan Torrezar Díaz-Pimienta.

Todo se llevó a cabo en el plazo de un mes, y el 22 de Abril de 1782 los nuevos virreyes salieron de Cartagena hacía Santa Fe para la entrada triunfal, previa a la toma de posesión del cargo. Hicieron parte del viaje por río, la virreina en estado avanzado de gestación, y el virrey llevando consigo un hijo de dos años. Iban acompañados de numerosos porteadores de equipajes, pero sin tropa que les defendiese de la insurrección. Tardaron un mes más en llegar a la villa Honda. Dos días antes la virreina había tenido un aborto, como consecuencia de las penalidades del viaje. Tampoco el virrey iba con buena salud, pero a trancas y barrancas consiguió llegar a Facativá, donde ya fue objeto de agasajos y parabienes. Acudió el arzobispo a recibirlo y ambos pudieron comentar la noticia de haberse recibido la confirmación del indulto general y lo bien que iba a ser recibido por la población.

El día 7 de Junio llegó Torrezar a Santa Fe, pero en tan penosa situación que hubo que llevarle en andillas hasta el palacio virreinal, para ser atendido urgentemente por los médicos. Estos dictaminaron que el mal interior que padecía era irreversible, se pidió la administración de los sacramentos y el pobre virrey supo que iba a morir sin reinar. Entre sus decisiones: la de que no se gastase nada en funerales "por no poder costearlos" y que le enterrasen en el convento de las carmelitas. Dejó encomendado el cuidado de su mujer e hijo a los condes del Real Agrado.

Enseguida asumió el mando militar el visitador Gutiérrez de Piñeres y en lo civil el poder pasó a la Audiencia de Santa Fe, con lo que se volvía a una situación *antiguo régimen*, como si la revolución de los Comuneros no hubiese sido más que un sueño de libertad o una pesadilla espantosa. Sorprende también que esto pudiera suceder sin que se moviese una hoja, ni se produjese una reclamación.

El miedo había hecho que los milicianos superasen a soldados de carrera que procedían del ejército con mayores triunfos militares en aquellos tiempos. En 1805 manifestaba Boisrond-Tonerre ante los

generales que firmaban el Acta de Independencia: *Por rédiger set Acte, il nous faut la peau d'un blanc pour parchemin, son crane pour écritoire, son sang pour encre et une bäionette pour plume.*

En esas circunstancias de interinidad y desconcierto, la sombra agigantada del obispo Caballero y Góngora se proyecta sobre una población mitad culpable de cobardía, mitad víctima de su valentía. Entonces surgen las leyendas como coartadas del comportamiento de la población: en una de ellas el arzobispo era tan malvado que habría vertido un veneno potente en el banquete de agasajo que hizo en su bienvenida al virrey difunto con el propósito de sucederl**e** en el cargo; en otra, el arzobispo, cual lascivo gobernador Scarpia obtendría los favores una bella Tosca, ofrecida en sacrificio a cambio de la libertad de su padre Galán. Y en todas se le acusa de perjuro y pérfido, por incumplir lo pactado en Zapaquirá.[12]

Estas leyendas, marcarían el principio del gobierno de Góngora como virrey. Piñeres había tomado el mando al morir Torrezar y pensaba que su nombre estaría en el segundo pliego de mortaja, obligado trámite tras la muerte de un virrey. En el primer pliego, previsto para Flórez, cuando le nombraron en 1777, ya había quedaba nombrado como virrey don Juan Torrezar. Muerto éste, había que abrir el pliego siguiente: y en ese papel o pergamino, ya desde 1777, Gálvez había designado no a Gutiérrez de Piñeres sino a Antonio Caballero y Góngora.

El arzobispo tomó posesión de su cargo de virrey de Nueva Granada, de forma solemne el 4 de Agosto de 1782. Tres días después se publicaba en todo el virreinato el indulto general. Por si acaso, el virrey estableció una fuerza permanente de más de mil efectivos en Santa Fe.

Pasaron cinco años.

Desde Turbaco, el arzobispo virrey empezó a maniobrar para obtener la silla arzobispal de su lejana Córdoba, y, así, el 26 de Julio de 1788 podía comunicar a su secretario que había llegado el ansiado nombramiento. El papa aceptó la propuesta real en Septiembre de 1787. Sólo faltaba que el rey nombrase un nuevo virrey, lo que ocurrió poco después. En Diciembre ya está el don Antonio en Cartagena con todo preparado para la travesía y el 8 de Enero de 1789 entregaba el bastón de mando a su sucesor: don Francisco Gil de Taboada y Lemos.

Antes de embarcarse había tomado posesión de la sede arzobispal de Córdoba, por poderes ejercidos por la persona del Deán de la catedral. Este leyó ante los feligreses una carta llegada de América en la que el nuevo arzobispo daba gracias a la ciudad por la merced recibida.

Para don Antonio Caballero volver a Córdoba era volver a las raíces,

volver al suelo de sus padres, después de catorce años de ausencia y con algunas canas más y menos fuerzas en las piernas.

En Junio de 1789 su barco atraca en el puerto de la Coruña, y de allí viaja a Madrid donde permanece varios meses, dando cuenta de su gobierno al Consejo de Indias y al Rey. En Navidad, se presenta silenciosamente en su nueva sede cordobesa, donde viviría nueve años más. Los vecinos de Priego, importante villa de Córdoba, sabían que don Antonio había nacido en el pueblo y también que su padre había sido alcalde. Una tradición mantiene que el obispo quiso engrandecer la iglesia parroquial donando unas colgaduras de terciopelo de gran tamaño, con los extremos bordados en oro. Allí se dirigió en su coche episcopal, seguido de otro carruaje donde iban las preciosas colgaduras. Llegados a la entrada de Priego, el obispo se sorprendió de no ver a nadie que le reconociese ni nadie que saliese a recibirlo. Quedó algo pensativo en su coche y al cabo asomó a la ventanilla y ordenó al conductor girar en redondo y tomar tranquilamente la vuelta de Córdoba. Hoy lucen aquellas enormes colgaduras en las paredes de la catedral cordobesa. Y los de Priego que la visitan dicen que, en realidad, esas colgaduras son suyas.

Murió Carlos III, murió José Gálvez, el trono pasó a su hijo Carlos IV, quien se casó con María Luisa. Ya llevaba muchos años don Antonio en su sede cordobesa, cuando en Marzo de 1796, los monarcas hicieron una visita a Córdoba, donde fueron recibidos fastuosamente por el arzobispo. Acompañaba a los reyes Manuel Godoy, quien miraba a que todo transcurriese de la manera más placentera, cuidando también los gustos gastronómicos de los Señores.

Antes de que la comitiva real regresase a Madrid, el *Príncipe de la paz* tuvo el gesto de agradecer al obispo la comida dispensada, digna de cardenales. Aprovechó la ocasión el Cabildo de la catedral para pedir a Sus Majestades una bondad a favor del obispo; que solicitasen del Papa el capelo cardenalicio para don Antonio, no sólo por la comida.

Cuatro días más tarde, Godoy contestó al Cabildo por carta escrita en la parada que hicieron en La Carolina, diciendo que los reyes se habían dignado enviar a Roma la petición. Era el día 16 de Marzo. El día 20 empezaba la Semana Santa. Algo no debió de sentar bien a don Antonio en los días que los reyes honraron su palacio, algo que recordaba los problemas del virrey Torrezar, tras el banquete de Honda, en su égida hasta Santa Fe. El día de *Jueves Santo* moría en su cama de Córdoba, el arzobispo virrey.

José Ezpeleta[15]

Nueva Granada 1789-1797

Los Ezpeleta son de origen navarro. El virrey José, sin embargo, nació en Barcelona, donde estaba destinado su padre, que era capitán del regimiento de Artillería de Castilla y se llamaba Joaquín de Ezpeleta y Dicastillo. La madre de José, nacida en Olite, tenía por nombre Ignacia Galdeano.

Como muchos personajes sobresalientes, José se benefició de protectores y suerte con sus amigos. Al principio de su carrera sería Alejandro O'Reilly quien le serviría de modelo y patrón. Estuvieron ambos en las islas de Cuba y Puerto Rico, en 1763, cuando O'Reilly fue testigo privilegiado de la devolución de Cuba que hizo Inglaterra (a cambio de La Florida) y del regalo de la Luisiana por Francia, como pago de la pérdida de Menorca, todo ello resultado de la Paz de Paris.

Terminada la guerra de *los Treinta Años*, O'Reilly diseñó la estrategia defensiva y ofensiva de España en todo el Golfo de Méjico. Fue él quien se encargó de la renovación de las fortalezas que defendían La Habana, y quien organizó las milicias "disciplinadas" de Puerto Rico.

Cuando O'Reilly volvió a España, después de su breve estancia en Luisiana como gobernador implacable, Carlos III quiso aprovechar

sus dotes de organizador, encomendando a su severidad una nueva academia militar en Ávila para oficiales de élite.

Allí se encontraron como alumnos: José Ezpeleta, Bernardo de Gálvez y Esteban Miró. Entonces no lo sabían, pero varios de ellos habrían de jugar papeles destacados en la gobernación de las Indias españolas.[45]

Un año después, en 1775 O'Reilly disputó al general Cevallos el mando de la expedición que debería conquistar Argel, al prestarse a hacerlo con menos medios de los que exigía su compañero de armas. Ezpeleta estuvo en aquella desgraciada empresa que inició el ocaso de la estrella de O'Reilly y la aurora para oficiales más jóvenes, como Ezpeleta, Pedro Mendinueta y otros alumnos suyos, que se portaron bravamente.

La amistad entre Bernardo Gálvez y José Ezpeleta sería muy duradera. Compartieron hechos de armas ciertamente gloriosos en el sur de Estados Unidos, desposeyendo a los ingleses de ciudades como Mobile y Pensacola. José de Ezpeleta parecía seguir la estela de Bernardo Gálvez. Le sustituyó como gobernador de Cuba y luego también como capitán general de La Florida y de La Luisiana.

El paralelismo se repite en las vidas familiares. Ambos se casaron con damas criollas y de origen extranjero. Bernardo Gálvez con la acaudalada hija del empresario francés Gilbert de Saint-Maxent. Por su parte, José Ezpeleta conoció en Cuba a la hija de un empresario genovés, llamado Gerónimo Enrile, que disfrutaba intereses en el negocio de importación de harinas.

Un hijo de Gerónimo Enrile, el que se llamaba Pascual, sería marino. Llegó a ser el almirante que acompañaba al general Morillo en su expedición de reconquista frente a Bolívar.

Hermana de Pascual era María Paz Enrile, que fue la elegida por José Ezpeleta como esposa y cuyo matrimonio se celebró en La Habana en Noviembre de 1781, pocos meses después de su paso como gobernador de Mobile.

Bernardo Gálvez era entonces gobernador de Cuba y encomendaba a Ezpeleta misiones importantes. Junto con Miró logró controlar las acometidas de indios de las tribus *Creeks, Alabamons, Chickasaos y Choctaos*, que eran fronterizos de la Luisiana, asegurando una paz duradera y contractual.

En 1785, Bernardo Gálvez fue llamado a Méjico para sustituir a su padre, al morir éste siendo virrey de Nueva España. Su lugar en La Habana lo ocupó José Ezpeleta, lo que satisfizo a muchas familias

poderosas de la isla de Cuba.

El historiador Juan Bautista Amores ha escrito un libro titulado *Cuba en la época de Ezpeleta.*[15] El autor viene a decir que este gobernador continuó una especie de pacto o entendimiento entre la oligarquía criolla y la administración española, por el cual se ampliaba considerablemente la libertad de comercio (si no de derecho, al menos de hecho) a cambio de que se aceptasen buenamente las reformas fiscales que propugnaba la Administración de los Borbones.

Los ingleses habían potenciado el cultivo de azúcar en Cuba introduciendo de forma masiva la esclavitud de negros africanos, al estilo de Jamaica, y aunque en las colonias españolas el sentimiento esclavista no tenía la rotundidad propia de los colonos anglosajones, sus efectos se hicieron sentir en el incremento de la producción y del comercio. A sellar dicho "acuerdo de intenciones" se sumó la política de crear una aristocracia isleña, equiparada sin recelo a la ancestral de raíces peninsulares.

Dentro del mismo entendimiento estaba la noción de que una parte importante de los recursos obtenidos por vía fiscal debían gastarse en Cuba, mejorando el aspecto de las ciudades y las vías de comunicación. Un ejemplo de munificencia en tiempos de Ezpeleta es el sobresaliente edificio colonial de La Habana, conocido como palacio de los Capitanes Generales.

Cuatro años estuvo José de Ezpeleta gobernando Cuba y La Luisiana, que terminaron con su nombramiento como virrey de Nueva Granada en 1789.

El viaje de los nuevos virreyes a Colombia fue movido. Vientos fuertes del Este se oponían al rumbo previsto, lo que obligó a la fragata "*Nª Sª de las Mercedes*" a tomar refugio en Portobelo. Entre unas cosas y otras, los nuevos virreyes tardaron más de treinta días en entrar en el puerto de Cartagena de Indias, donde, como era de esperar, fueron bien recibidos.

Ezpeleta se interesó en conversar con el teniente general de ingenieros don Antonio de Arévalo, de quien hemos dado noticia en semblanzas anteriores de virreyes.

Arévalo era quien había ideado y llevado a buen término el cierre de la entrada al puerto por Boca Grande, construyendo una barrera submarina original, a base de continentes de madera, resistente al agua, y con bloques de piedra como contenido. Forzando a los

invasores a entrar por Boca Chica, estos quedaban expuestos a un fuego concentrado, tanto a la entrada como a la salida de la bahía.

El viaje desde Cartagena a Santafé era una aventura fluvial nada deseable. El suegro de Ezpeleta se preocupó de encomendar la organización a un empresario amigo, llamado Joseph Micaeli, quien gastó una pequeña fortuna (más de 5.000 pesos) en el alquiler de cuantas falúas y *tamanes* creyó conveniente para transportar muebles y alimentos.

También se esmeró el padre de María Paz Enrile en fletar desde Cádiz el buque de registro *La Suerte* con todo lo necesario para amueblar un palacio virreinal al gusto francés de la época, amén de las vajillas, alfombras, trajes, libros, sombreros, cintas, medias y demás enseres que sus amigos de España juzgaron podrían agradar a los virreyes. El primer encuentro con las autoridades de Bogotá tuvo lugar a la altura de Fontibón. Allí estaban los esperaban dos alcaldes. Uno se llamaba José María Lozano. El otro: Antonio Nariño.

Si se pensara aderezar la biografía de Ezpeleta con algunos tintes dramáticos, para la parte americana de su vida, la figura que serviría de contrapunto sería precisamente la de Antonio Nariño y, para la peninsular, después de ser virrey, la del general francés Duhesme.

Durante los tres primeros años de Ezpeleta en Nueva Granada, Nariño se amoldaba a la situación colonial con soltura, participando en la vida cultural y hasta administrativa de Bogotá. No sólo era alcalde de segundo voto; fue uno de los elegidos por el virrey para vocal de la Junta de Policía que se estableció para velar por el cumplimiento de los bandos municipales que daban normas de urbanidad y moral ciudadana, inspirados en la Ilustración francesa.

También se animó Nariño a participar en el periodismo incipiente de Bogotá como socio del *Circulo Literario* colaborando en *El Papel* que salía cada viernes. El director y fundador de esta publicación era el mulato Manuel Rodríguez del Socorro, activista que disfrutó de la protección especial del virrey.

Socorro había venido desde Cuba, en el séquito de los virreyes, y llegó a ser director de la Biblioteca Nacional del Nuevo Reino. Fue también el fundador de la primera tertulia, concebida según un estilo romántico y pre revolucionario, a la que dio el nombre característico de “Tertulia eutropélica” o de agudeza de ingenio; lo que los ingleses llaman *wit* y los franceses traducen por *bon mot*, mirando a su origen griego. Antes de fundar su propia tertulia, Nariño empezó asistiendo a

la de Manuel del Socorro, pero, al cabo, reunió en su casa a sus amigos tertulianos tomando el nombre, menos pedante, de "Tertulia de la filantropía".

El ejemplo siguió cundiendo y nacieron varias más, como la del "Buen Gusto" que se reunía en las salas de doña Manuela Sanz de Santa María, y era la más apreciada. Su biblioteca contenía gran cantidad de libros de Historia Natural en varios idiomas, idiomas en que doña Manuela leía y hablaba sin dificultad.

Una característica que hacía estas tertulias más atractivas que los clubs londinenses era que a ellas asistían casi tantas damas como caballeros, de manera que las lindezas y donaires se mezclaban con las lecturas cultas y las sentencias sobre política internacional y doméstica. A pesar de su carácter informal, se hacían constar en acta las intervenciones más llamativas, lo que excitaba el protagonismo de algunos, al tiempo que hacía moderar las instancias de otros. No todo lo que se decía en los salones constaba en acta. Eran tiempos de sentimientos exaltados y en aquellas tertulias se entrelazaban las inquietudes y las esperanzas de los ciudadanos.

Del gobierno de los Ezpeleta y Enrile se ha alabado su facilidad para la vida social y una innata elegancia de modales y costumbres. Esta tendencia a relacionarse con la sociedad criolla quedó patente desde los primeros días de la llegada de los virreyes a Bogotá.

El palacio virreinal no estaba en buenas condiciones y hubo que acomodar una mansión amplia, que cedieron en alquiler sus dueños, la familia Alzate, en el barrio de "La Candelaria". Durante un tiempo se conoció como "la casa del fantasma", por una leyenda de apariciones de algún mortal con casaca de terciopelo verde y golas de encaje que deambularía por sus habitaciones.

Desde el barrio de la Candelaria hasta la cascada de *Tequendama*, que está a 20 kilómetros de Bogotá, hubieron de salir muy de mañana los invitados a la fiesta que organizaron los virreyes nada más instalarse. La víspera se habían despachado carretas y mulas con víveres, tiendas y mobiliario para acoger a los asistentes con comodidades inusitadas en plena Naturaleza. En coches aparte viajaban los cocineros camareros, músicos y palafreneros, cuyas habilidades serían objeto de conversación durante varios días.

Antes de que llegasen los invitados, se ocupó una aldea cercana llamada Soacha para instalar tiendas con habitaciones para dormir, mesas para la cena, un espacio con luminarias para el baile nocturno y

lugares apartados para las caballerías, carretas y carruajes.

Los invitados fueron apareciendo a última hora de la tarde. Se les dejó un tiempo prudencial para reponerse en privado de la caminata, arreglarse y vestirse para la cena. Y dicen las crónicas que se bailaron *sones, minués, boleros, contradanzas, valses y paspiés...*[15]

La excursión duró tres días. El segundo, se dirigieron todos a admirar la cascada y sus alrededores, que entonces eran idílicos, para después compartir un banquete en pleno campo.

Y el último día, los virreyes agasajaron a sus invitados en las cercanías de *Piedrancha*, lugar en la ribera del Rio Guabo, donde los primeros pobladores habían visto con asombro una piedra redonda y descomunal en medio de la corriente. Dos años más tarde, ya en el palacio virreinal, los Ezpeleta repetirían una recepción memorable, con motivo del cumpleaños de la reina, el 16 de Diciembre de 1791, coincidiendo casi con el de una hija suya, una semana antes.

En ese mismo palacio era frecuente ver grupos de indios que esperaban en los pasillos antes de exponer sus reclamaciones. Ezpeleta no hacía con esto sino seguir una tradición secular y muy controlada, que obligaba a los virreyes a recibirlos personalmente varias veces a la semana.

En lo que afecta a la política general del virrey con las tribus indias colombianas, mucho de lo que hizo fue con el consejo, colaboración y apoyo del nuevo obispo de Santafé, que llegó a la sede ese mismo año de 1791 y que se llamaba Jaime Bautista Martínez Compañón.

Compañón era un obispo ilustrado, naturalista, humanista y entregado a los indios. Venía a Nueva Granada con años de experiencia obtenida en viajes por Perú y Ecuador, viviendo con los naturales, anotando sus locuciones y recopilando miles de ilustraciones de Botánica, gracias a que siempre se hacía acompañar de dibujantes.

En tiempos de Ezpeleta las relaciones entre virrey y obispo no fueron puntillosas. Compañón pudo influir en las decisiones del virrey sin que éste mostrase otra cosa que agradecimiento y respeto.

También fueron amigos Ezpeleta y Celestino Mutis. El virrey había proporcionado a Mutis un laboratorio donde reunir todas sus láminas y hallazgos.

Al lado del laboratorio, Mutis contaba con vivienda, jardín y una gran sala para su biblioteca. Mutis y el obispo se reunieron en aquellas estancias en muchas ocasiones, ambos apasionados de la Botánica. No menos de cincuenta y dos volúmenes reunió don Celestino en su obra

dedicada a la *Flora Colombiana.* Las láminas del obispo se salvaron de algunos percances y están custodiadas en un museo madrileño.

De cuantas recomendaciones el obispo hizo al virrey, la más recordada, por su relevancia política, fue la de quitar importancia a la sublevación del año 1794, protagonizada por Antonio Nariño.

El propio Nariño no daba a sus propias manifestaciones la trascendencia que se le atribuyó en el proceso a que fue sometido, junto con otros contertulios y amigos implicados en unas publicaciones subversivas.

Una prueba de que Nariño hacía vida normal y no pensaba en iniciar ninguna revolución era que en Mayo de ese mismo año había solicitado (y obtenido) licencia para recoger 3.000 arrobas de quina en los montes de *Fusagasuga*.

Aquel verano, tanto Antonio como su hermano Juan, estaban siendo acuciados por varios acreedores en sus participaciones societarias. Por esas circunstancias, produjo gran sorpresa y revuelo la denuncia de un complot revolucionario que hizo un tal José Arellano ante los fiscales de la Audiencia. Empezaba acusándose a sí mismo de haber pertenecido hasta el momento en que, miedoso por el alcance de la conspiración, había decidido denunciar a los implicados.

Según Arellano los conjurados planeaban sustituir el gobierno virreinal por uno republicano, tan pronto como se fuese de Santafé don José de Ezpeleta. La señal del comienzo sería la quema de una casa a las afueras de la ciudad, cuyo incendio se aprovecharía para apoderarse de las armas y derrocar al siguiente virrey. Es significativo que esta parte de la denuncia no fue tomada en cuenta ni perseguida, tal vez por parecer demasiado ingenua.

En cambio, se dio una importancia desmesurada al hecho de que hubiesen aparecido unos pasquines con el texto de *Los Derechos de*l *Hombre* que la Asamblea General había proclamado en Francia hacía poco tiempo. Hay quien dice que el original salió del propio palacio del virrey, lo que explicaría en parte el revuelo posterior.

El delito que se imputaba a Nariño era haber impreso sin licencia esa proclama en talleres de una imprenta de su propiedad, que acababa de serle autorizada. El caso fue que los jueces de la Audiencia no sólo arrestaron a Nariño, sino que decidieron confiscar sus no pocos bienes. Nada más saberlo, los acreedores se preocuparon por sus derechos, y los amigos salieron fiadores para asegurar la integridad del patrimonio.

La fortaleza moral de Nariño se vino abajo, enfermó, y en el interrogatorio admitió parte de culpa, como traductor y distribuidor de

las copias, de manera que estuvo preso hasta que recuperó sus fuerzas y se dedicó a montar una hábil y apasionada defensa, con la ayuda de su amigo Antonio Ricuarte.

El juicio se celebró meses después. Nariño construyó una pieza oratoria al estilo ciceroniano, con unas partes destinadas a desacreditar a sus acusadores, otras a probar su lealtad al rey de España como "vasallo no sólo fiel, sino amante y entusiasta de mi soberano" y otras a alabar la categoría humana del virrey, de cuya cultura esperaba comprensión.

Lógicamente, las páginas más numerosas fueron las encaminadas a probar su inocencia. Con respecto al móvil de publicar el documento francés, decía que sólo trataba de ganar dinero, vendiendo cada una de las copias. Con respecto al documento como tal: que era inofensivo. Y con respecto a su lealtad: que quemó las copias no vendidas en cuanto supo que le negaban las licencias.

Para probar la legalidad del documento, Nariño citaba autores de todos los siglos y países que han escrito en defensa de la libertad y fijando las limitaciones naturales del poder. Su argumento más convincente: la edición en Madrid, con las licencias necesarias, de una publicación que se vendía en La Plazuela del Ángel con el título *Espíritu de los mejores diarios literarios que se publican en Europa sobre temas...etc.* Ciertamente, aquella proclama era mucho más revolucionaria que *Los Derechos del Hombre.* Recordaba Nariño a sus jueces que *El Espíritu de los mejores diarios,* autorizado en España, "andaba aquí en manos de hasta niños y mujeres".

Coincidiendo con la celebración del juicio, Nariño por un lado y su mujer Magdalena Ortega, escribieron a Godoy, pidiendo que se interesase por sus problemas con la justicia.

El virrey, ante lo exagerado de las sentencias de los jueces, decidió embarcar a Nariño para que su juicio fuese revisado en España, junto con un escrito (que escribieron él y Jaime Compañón) pidiendo la absolución de los desterrados, absolución que razonaron con no menos de 81 motivos:

> *Por lo tanto uno mis súplicas a las de este obispo prelado para inclinar el real ánimo de Su Majestad a la condonación o perdón de los culpables, en los términos en que sean más de su real agrado, según el mérito que suministran sus causas respectivas y servicios prestados anteriormente a la Corona.*

Cuando las sentencias absolutorias entraron en vigor, salieron de la cárcel de Cádiz los procesados por aquel delito inexistente. Tanto Nariño como su amigo, el famoso doctor Louis Rieux, no estaban entre los liberados porque para entonces ya se habían fugado. Reseñables, como nos han parecido a nosotros estos sucesos, sorprende que no fueran citados ni una vez en la extensa *Relación* que el virrey dejó escrita para su sucesor, y amigo, Pedro de Mendinueta.

En las más de cien páginas de una de las ediciones de la *Relación de Ezpeleta*, [15] es difícil encontrar acontecimientos de relevancia especial. Las más interesantes se refieren al comercio, la agricultura y las minas. El virrey no cree en la necesidad de que lleguen más esclavos negros a las minas ni a las haciendas. Se muestra partidario de introducir nuevos cultivos y entusiasta de los progresos que se advierten. El cacao, el algodón y el tabaco son protagonistas destacados, pero también las salinas y el azúcar.

En asuntos de Hacienda, José de Ezpeleta se apoyó en un experto como Juan Martín Sarratea, superintendente de la Casa de la moneda, quien la reformó y modernizó a su gusto. Sarratea había asesorado a los virreyes de Nueva España desde Solís. Personaje aparentemente secundario pero decisivo por su capacidad de trabajo, integridad y acierto en sus diagnósticos y remedios.

Una de las fijaciones del virrey Ezpeleta era su aversión a los mendigos y a los hombres ociosos. Las ganas de sacarlos de las calles le impulsaron a fundar poblaciones donde poder obtener algún provecho de aquellos brazos caídos y que tanta falta hacían en otros sitios.

En la *Relación* se habla algo de educación, pero poco se dice de lo que ocurría en la Universidad y nada de la actividad cultural que se pudo ver en sus años de gobierno. Los estudiantes de Santafé, los del Colegio de San Bartolomé, y los del Rosario, se mostraron beligerantes sobre su escasa participación en las decisiones relativas al temario y asignaturas. Consideraban, con razón, que había que dedicar más tiempo a la Física y las Matemáticas, tal como propugnaba el difunto virrey Caballero y Góngora. Hicieron bandera porque se nombrase catedrático a un profesor llamado Joaquín Gutiérrez. Para dramatizar su apoyo ofrecían los ahorros del pan del desayuno, al que renunciaban, para costear su sueldo. Aborrecían las anticuadas teorías científicas y filosóficas, en especial las del autor francés Antoine Goudin, superadas por Newton y Descartes. El virrey no les hizo caso,

respetando las preferencias de franciscanos y dominicos.

Más progresista estuvo Ezpeleta en asuntos de Teatro. Cuando llegó a Santafé sólo había un local de comedias, bastante raído, lo que le infundió ganas de crear otro, más moderno. Y como no era correcto que el virrey se convirtiese en *impressario* único, buscó y logró convencer a tres accionistas: Joseph Thomas Ramírez, Dionisio del Villar y un tercero...curiosamente anónimo.

El proyecto fue aprobado por Ezpeleta el 25 de Mayo de 1792. Esta vez Ezpeleta hizo prevalecer sus gustos basándose en que servía "para divertimento y también para escuela de instrucción" de los asistentes. El diseño fue encomendado a Domingo Esquiaqui, un ingeniero que conocía el Teatro de la Cruz de Madrid, con su forma acusada de cerradura y foso para los músicos.[15] En el de Bogotá hubo sitio para más de mil espectadores, los palcos se cedían por abono y estaba permitido a los suscriptores adornarlos a su gusto por dentro. Se exigía un mínimo de etiqueta para acceder a las plazas con asiento, silencio riguroso durante las representaciones y no fumar. No se consideró excesivo el nombre de "Coliseo" y así se siguió llamando hasta que, cien años después, en 1892, se metamorfoseó en el actual Teatro Colón, uno entre los más elegantes y espectaculares de América Latina.

En 1797 concluyeron los años felices para José Ezpeleta y María Paz Enrile en su condición de virreyes de Nueva Granada. En España los acontecimientos de la Revolución habían causado la impresión imaginable, pues estaba en la mente de todos que los reyes españoles eran familiares de Luis XVI y María Antonieta. José de Ezpeleta dejó buena memoria de su paso por el gobierno. Refiriéndose a él, escribía el historiador colombiano Groot que:[59]

> *Ninguno se presentó quejoso en el juicio de residencia y sí todos pesarosos por el retiro de tan cumplido mandatario, que habrían querido conservar por todos los días de su vida.*

La figura de José Ezpeleta vuelve a aparecer en la Historia de España diez años más tarde, ya como conde de Ezpeleta, en circunstancias muy delicadas, cuando en Marzo de 1808 fue nombrado Capitán General de Cataluña, con un ejército francés a las puertas de Barcelona. El general que lo mandaba, Guillaume Philibert Duhesme, hizo saber a Ezpeleta que sólo se quedarían tres días en la

ciudad y que una negativa sería mal vista por su emperador, por contraria a las fraternales relaciones entre los dos países. Ezpeleta consultó a Madrid y obtuvo una respuesta recomendando trato exquisito. Ocuparon los franceses la capital, como habían hecho cien años antes en apoyo de Madrid, aunque en esta ocasión la intención oculta era segregar Cataluña de España y entregar Portugal a cambio.

Los días que siguieron Duhesme y Ezpeleta se dedicaron a invitarse a "souper" en sus mansiones, acudir al teatro y mostrar a la población una prueba de cordialidad.

El pueblo admiraba los desfiles militares de los ocupantes, pero empezó a inquietarse cuando Ezpeleta autorizó la salida de tropas españolas de la Ciudadela, después de que los franceses hubiesen accedido a su interior para "fraternizar". Posteriormente, Duhesme se interesó por el castillo de Montjuic, que defendía en Brigadier Mariano Álvarez, el cual, alarmado por la visita, pidió instrucciones a Ezpeleta, quien autorizó la posesión del castillo por los franceses.

El diario de Ferrer es respetuoso y admirativo con la prudencia de Ezpeleta, pero llegado a este punto no puede evitar la frase siguiente:

> *A las 11 de la misma noche estando los terrados de las casas de Barcelona coronados de frenéticos espectadores, se ha visto al favor de las fogatas entrar en Monjuich las tropas francesas. Qual haya sido la sensacion que ha causado en Barcelona, qual el abatimiento y variedad de pareceres sobre la conducta de nuestro Capitan General Conde de Ezpeleta, se dexa todo para la Idea de mañana como á 1.º de mes.*

Barcelona quedó en poder de los franceses. Vendrían después el dos de Mayo madrileño, el sitio de Zaragoza y la defensa de Gerona. Más tarde, la abdicación de los Borbones en favor de José Bonaparte. José Ezpeleta quiso tranquilizar su conciencia negándose a jurar al rey José, y manifestar su oposición abiertamente, lo que acabó con su prisión y destierro a Francia, en Montpellier donde permaneció cinco años. Sus méritos fueron reconocidos, tras algunas vacilaciones, con el cargo de virrey Navarra, dos veces, primero en 1814 y luego en 1823. Mientras duró el trienio liberal fue trasladado a un empleo menor en Sevilla. Murió en ruta a Pamplona, a los 84 años.

Pedro de Mendinueta[17]

Nueva Granada 1797-1803

La familia Mendinueta era gente importante en la villa de Elizondo. Unos fueron militares, otros eclesiásticos, todos nacidos en el valle navarro del Baztán, que en aquella época contaba ya con varios palacios, pese a tener solamente cien casas y dos molinos. Don Pedro se graduó alférez a los 20 años. Su carrera fue parecida a la de otros virreyes de los Borbones, que llegaban a serlo cuando ya contaban una edad avanzada, para la época. Mendinueta tenía 60 años.[45]

Es posible que en el recuerdo de don Pedro los años pasados en Nueva Granada sólo fuesen una parte no demasiado destacable de su vida, que aún después de volver de América duraría 22 años más. Fue miembro del Gobierno que precedió a la invasión francesa, poco amigo de los Bonaparte, y sufrió persecución. Con la caída de Napoleón volvió a España y obtuvo de Fernando VII el reconocimiento por sus servicios al ser nombrado capitán general de los ejércitos del rey, en 1816.

De su mandato como gobernador tenemos buena cuenta en la Relación que escribió para beneficio de su sucesor Antonio Amar. No menciona nada que le favorezca si ello carece de utilidad para el virrey siguiente. Por ejemplo: nada dice del Observatorio Astronómico cuyas primera y última piedras puso él mismo, y que empezó a funcionar antes que ningún otro en aquel hemisferio. Tampoco menciona su decisiva intervención en el progreso de la medicina, ni su patronazgo a las diversas expediciones científicas que tuvieron lugar durante su mandato.

La *Relación* de Mendinueta no es una pieza justificativa como tantas otras *relaciones,* sino una exposición de los asuntos pendientes o como lo haría un secretario con su jefe. Cuanto diremos a continuación está extraído de este documento, que refleja de su autor una personalidad agradable, inteligente, ponderada y voluntariosa. No es una pieza breve, porque don Pedro quiere dejar todo bien claro y con el debido detalle para que el virrey entrante no tenga que averiguar esas mismas cosas con más esfuerzo. Tal es la minuciosidad que, al menos en lo que respecta a las defensas, tropas, navíos, artillería, municiones, zonas poco guarnecidas, mejoras introducidas y demás precisiones, la *Relación* ofrecía más utilidad para los ingleses que para el propio Antonio Amar. Se comprende que un documento tan confidencial no fuera fácil de acceder entonces, pero no tanto como para tener que esperar al año 2003.

Puede decirse ya que la *Relación* está bien escrita y que toda ella es interesante. No obstante, vamos a limitarnos a unos comentarios sobre lo más singular o propio de este virrey.

En su apreciación global del estado del virreinato viene a decir que es demasiado extenso, demasiado rico e intrincado para poder ser objeto de posesión efectiva por parte de un contingente de personas, recursos y armamento tan escaso como el que se aposentaba en aquel reino.

Partiendo de esta premisa, su visión de la realidad es más bien optimista. Se concede a sí mismo y a la Nación un componente de suerte o buena fortuna, a lo que añadiría un buen uso de los escasos medios disponibles. Asume que todo es mejorable. O al menos casi todo. Apenas menciona un renglón en el que no diga lo que se ha hecho por corregir errores o encontrar nuevas soluciones. No son pocas las iniciativas que quedan a medio hacer o simplemente esbozadas. Pero son más las que deja en mejor estado que las recibió y con poco que añadir a su sucesor.

Hasta el penúltimo año, los demás de su gobierno estuvieron condicionados por la guerra que España, unida a Francia, mantenía contra Inglaterra. Por esta razón las comunicaciones con la Metrópoli fueron especialmente difíciles y menos frecuentes. Por eso, lo más determinante es el esfuerzo de atenciones y recursos que hubo que destinar a prevenir ataques del enemigo, recursos que en tiempo de paz habrían tenido más agradable uso.

Cuando termina su Relación, el virrey Mendinueta, escribe el siguiente párrafo:

> *No es por tanto de extrañar que mi gobierno no presente nuevos planos ni mejoras; pero yo, después de haber hecho en cada ramo lo que he podido, contaré por bastante la conservación de la tranquilidad interior, y tendré por singular fortuna la de haber concluido el tiempo de mi mandato sin que mis providencias hayan causado el menor resentimiento o novedad.*
>
> *En cuanto he hecho, he tendido siempre al servicio de Dios, del rey y del público; he procurado el acierto, y en la duda de haberlo conseguido, me tranquiliza a lo menos la rectitud de mis intenciones y deseos. Si alguno debo formar todavía es por la prosperidad de este reino, bajo el feliz gobierno de V.E. a cuyos ilustrados talentos queda mucho en qué ejercitarse dignamente.*
>
> *Nuestro Señor guarde a V.E. muchos años*
>
> *Guaduas, Diciembre de 1803*

Entre los problemas que el virrey dejó pendientes, por imposibles, el más llamativo es el de dos tribus indias: los *Goajiros de los Llanos* y los indios de *Darien*. Otras tribus sí que pudo el virrey reconducir a la buena vecindad, con una mezcla de fuerza y persuasión, pero éstas no. La ciudad fronteriza de Rio Hacha merecía ser abandonada por lo costoso de su mantenimiento, si no fuese porque servía para mantener a raya a los imprevisibles indios Goajiros:

> *Son bastantes en número, aguerridos, y provistos de armas y municiones por los extranjeros, con quienes comercian por Bahía Honda, Portete, Jarva y otros medianos puertos de aquella costa que están en poder suyo.*

> *El intento de sujetarlos por la fuerza no ha salido bien; el de reducirlos con suavidad, introduciendo en ellos nuestra relijión (sic) y leyes, es ya casi imposible, porque están resabiados con el trato extranjero y libertad de comerciar, incompatible con nuestro sistema. Con que no he tenido partido mejor que tomar, sino seguir el que encontré entablado, y lleva más de 12 años de fecha, y es el de mantener la paz, contemporizando con ellos, sin afectar al ejercicio del dominio ni renunciar al incontestable derecho del soberano.*

Luego reflexiona y dice que Rio de Hacha, tal como está no resistiría un ataque en toda regla. Habría que levantar una empalizada que costaría de 9.000 a 10.000 pesos. Sobre el peligro de que los ingleses entren por los puertos medianos de los Goajiros, tal peligro: "*debe mirarse aun en la clase posible, pero no muy contingente".* Peor ve la amenaza de los indios de El Darién:

> *El resto de la costa del norte del istmo, que regularmente se llama del Darien, y se extiende por espacio de 40 leguas, desde el golfo de este nombre hasta cerca de Portobelo, está habitado de Indios rebeldes y muy perjudiciales, cuya reducción es materia casi desesperada.*
>
> *Reciente es la época en que se intentó y notorio el mal éxito de la empresa. El clima malsano y la necesidad de vivir en los establecimientos, o más bien presidios, con una desconfianza, cuando no sea en guerra efectiva y perpetua, necesitados a obtener de fuera los más precisos renglones de la subsistencia, ocasionan consumo de hombres y dinero, que difícilmente puede soportar el reino, y la utilidad (que lo más breve se reportaría al cabo de dos o tres generaciones) convida poco a hacer desde ahora esta clase de sacrificios.*
>
> *No hallo otro medio sino adoptar la clase de manejo ya insinuado respecto a los Goajiros del Rio de Hacha, pero con éstos parece más difícil combinar la suavidad o el disimulo de su independencia con el decoro nacional, y necesidad de la propia defensa, porque, sea por mayor ferocidad o mala inclinación, sea por odio más inveterado y enemistad heredada de sus mayores, o bien, como hay muchos presuntos, por sujestión de los Ingleses que frecuentan mucho estos parajes, sus insultos son muy repetidos, y no sería muy raro el tener V,.E avisos de*

> *muertes, acontecidas en aquella frontera, en aquellos incautos; pues el deseo de ganancia induce a tentar algún tonto el hacer pesquería por aquella costa.*

Sobre las perspectivas de progreso en manufacturas, Mendinueta piensa que difícilmente se podrá lograr que nazcan nuevas industrias cuando una gran parte de la inmensa riqueza minera está sin explotar o se explota deficientemente, debido a su facilidad de extracción y a lo barato de la mano de obra. Hay minas de oro, plata, cobre, hierro, zinc y hasta del recién descubierto platino. Pero solo se explotan las de oro; algo menos, las de plata y casi nada las de cobre.

El virrey Góngora ya había atraído a Nueva Granada un científico que seguía residiendo allí: don Juan José Elhuyar. Se lamenta el virrey Mendinueta de que su talento se estaba desperdiciando en una mala mina de plata, la Mariquita, en lugar de hacerle consejero de las de Choco, Barbacoas, Antioquía, Viga de Supia y otras y dar clases en la Universidad.

Por lo que hace al platino, que los mineros despreciaban como un subproducto del oro, el virrey lo mantuvo en el estanco real y algunas rentas se obtuvieron ya desde 1789.

> *No es por tanto un objeto indiferente y sólo el aumento de su precio podrá contribuir a los fines que se ha propuesto el Ministerio de recoger cuanto se extraiga de estas minas.*

Lamenta también el virrey el retroceso científico con respecto a la época del virrey Góngora, debido a la reacción absolutista y al oscurantismo de los censores. Celestino Mutis se encontraba en el virreinato y todos reconocían su nivel científico y recordaban sus clases de matemáticas y física *moderna,* pero, comenta el virrey, "sus ocupaciones le impiden desempeñar personalmente esta cátedra y ha optado por dejar en su lugar a un sustituto nombrado por el arzobispo".

Y ya que ha salido Mutis a relucir, digamos algo del modo en que en virrey Mendinueta se enfrentó a un brote de viruela que se inició en Popayán y amenazaba seriamente la salud de sus súbditos. Nada más conocerse la noticia cundió el pánico, recordando sus asesores que la vez anterior habían muerto, sólo en Santa Fe, seis mil personas. Era antes de que se conociese la vacuna del doctor Jenner. Había pues que obtener vacunas cuanto antes. Lamentablemente las que llegaron de España se mostraron débiles e ineficaces. Mandó el virrey pedir

nuevas a Estados Unidos y llegaron nuevos envíos de Filadelfia. También defectuosas. Alguien informó al virrey de que en Jamaica se podían conseguir. No era el lugar del mundo más acogedor para ir a solicitar ayuda, pero el virrey supo dejar a un lado el orgullo y aconsejado por Mutis organizó una expedición con decenas de muchachos dispuestos a ser inoculados para traer en sus cuerpos la vacuna que se precisaba.

Las instrucciones del virrey a los ciudadanos y a las autoridades eran muy claras: mientras se recibían nuevas vacunas, los afectados debían permanecer en sus casas, lo más incomunicados posibles. No deberían llevarlos a hospitales generales, para evitar la propagación, sino que en cada núcleo urbano importante se establecerían a modo de lazaretos provisionales a las afueras, mientras durase la epidemia.

Se comprende que en los presupuestos de cada diócesis o corregimiento no existiese un apartado específico para la viruela, pero se comprende menos que los aludidos por el virrey contestasen que no podían poner en práctica sus instrucciones por "*carecer de medios*".

La bien probada paciencia del virrey no daba para tanto. Optó por ponerse al mando de la operación, ayudado por dos alcaldes menos egoístas a quienes dio plenos poderes para actuar y todos los fondos que se precisasen, empezando por los provenientes de la lotería. Se montaron los hospitales provisionales exclusivos para la viruela, se limpiaron las calles, se habilitaron cementerios apartados, se estableció un riguroso control de precios en los alimentos destinados a los enfermos y… se aplicaron las vacunas, todo lo cual costó al Tesoro más de 6.000 pesos.

Resultado: Total de infectados: 814 (718 de viruela natural y 96 por inoculación preventiva); Fallecidos: De viruela natural: 111; Por inoculación; 1. Fallecidos no contabilizados por no haber sido hospitalizados: 217.

De aquella experiencia el virrey sacó una pobre impresión de la caridad del arzobispo y de los canónigos, pero no mucho mejor de los alcaldes del Cabildo, que aún después de controlada la epidemia seguían quejándose de que aquellos fondos estaban destinados a otros menesteres.

Algo parecido ocurría con la resistencia de las autoridades a prestar servicios en lugares fronterizos o simplemente alejados de las ciudades como Cartagena, Santa Marta, Santa Fe o Quito. Para empezar, los sueldos eran mucho mejores en estas poblaciones, en lugar de primar el esfuerzo de vivir alejado. En esto no se había sabido

copiar la experiencia de la Reconquista, primando con exenciones y privilegios las repoblaciones "de frontera". De ahí que los conventos urbanos proliferasen y tuvieran recursos superabundantes, mientras que las parroquias de indios pasasen grandes apuros. Lo peor de todo es que precisamente por esa menor dotación, los que se animaban a aceptar esos cargos tenían que resistir la tentación de compensar sus apuros con mayores exacciones a los indios de las permitidas.

Mendinueta repite con insistencia la sugerencia de que haya menos conventos y que en cambio se creen lo que llama "Colegios de Misiones"; centros donde se enseñe lo preciso para ser útiles a los indios, lo que presupone un conocimiento de su lengua. Dice el virrey que ni los latines ni la teología son ciencias útiles para este fin, mientras que la agricultura y nociones de ganadería serían mucho más interesantes. Con estas ideas, Mendinueta no hace sino seguir la estela de don Antonio Góngora, el primer virrey ilustrado de Nueva Granada, pero la de Mendinueta era una voz clamando en el desierto.

Mejor iban las cosas en el terreno económico, y ello pese al parón de la guerra con Inglaterra. Durante la década anterior al año 1800, dice el virrey que arribaron al puerto de Guayaquil mercancías por valor de más de ocho millones de pesos (8,236.344) mientras que las exportaciones de oro, algodón, añil, palo de Brasil, cacao y quina alcanzaron la cifra de siete millones y medio (7,571.277), lo que insinúa una rentabilidad americana positiva del 8%.

Hubiera sido mayor de no tener que aguantar las restricciones de los productores que embarcaban sus productos en los puertos de Barcelona, Málaga y Cádiz. En el plano anecdótico, y por poner un ejemplo, hubo escasez de naipes (y por consiguiente de recursos para el estanco Real) debido a que sólo se admitían los que se fabricaban en la villa malagueña de Micharaviaya, lugar natal del poderoso ministro don José Gálvez.

Y no fue mayor el perjuicio por el incontenible contrabando, consecuencia de las limitaciones insostenibles, y que se producía por vías a cuál más ingeniosas, entre las que habría que contar el propio registro que se hacía a los buques extranjeros que tenían permiso para recalar en puertos por ser portadores de esclavos negros. Mendinueta recibió un escrito frío y conminador del Consejo de Indias, pidiendo un informe detallado sobre la extensión del comercio ilícito y las medidas que se estaban tomando para atajarlo.

En su contestación, Mendinueta dice que no hay tanto como se cree, debido a que las mercancías que entran de Estados Unidos son legales y pueden haberse tomado por contrabando equivocadamente. En consecuencia, se prohibió también ese comercio con Estados Unidos.

Se queja con razón Mendinueta de los impuestos que gravan el azúcar y la harina. Calcula el impulso que recibirían tales cultivos si se suprimieran y aconseja que se tenga en cuenta el bien que se está dejando de percibir por culpa de esta política. La escasez de harina y las importaciones se deben a que a los agricultores sólo les interesa producir para el consumo local, ya que al añadir los impuestos no pueden competir en las exportaciones.

Quejas aparte, Mendinueta reconoce que el comercio va en aumento y que se observa cierta prosperidad en comparación con años anteriores. Recuerda que, en 1802, sólo de Cartagena de Indias han salido para la Península 25 navíos, porteadores de un millón y medio de pesos en barras de oro y monedas, así como frutos variados por valor de más de medio millón de pesos (634823). Para aumentar esta segunda partida de una manera relativamente fácil, se recomendación es extender la extracción y secado del árbol de la quina, mejorando su calidad para tratar de igualar a la del Perú. Es un mercado conocido y seguro, que sólo exigiría algo más de actividad y conocimientos.

Como forma genérica de incrementar la rentabilidad de la ganadería y la agricultura, el remedio que propone es la creación de un Consulado en cada zona rural de cierta importancia, para que bajo sus auspicios agricultores y ganaderos se unan en defensa de sus intereses y en contra de los demasiados eslabones de la cadena de distribución, asumiendo algunos de ellos.

Dejando la economía y pasando a la urbanidad y el urbanismo, molestaba al virrey la suciedad de las calles de Santa Fe. Sobre todo, porque pensaba lo sencillo que sería que los vecinos no se desprendieran de la basura de forma tan inconsciente, pudiendo hacerlo ordenadamente. Incapaz de reformar sus costumbres por la vía persuasiva, el virrey decidió dotar al servicio de policía municipal de medios suficientes para limpiar las calles, para lo cual, en lugar de aumentar el impuesto sobre la miel, que se usaba para esto, prefiere acudir a un impuesto directo sobre las viviendas. Y para hacerlo

progresivo distingue: 1) casas de tejas 2) casas altas y 3) haciendas. En cuanto al gravamen sobre la miel propone sustituirlo por otro que grave “el ladrillo, la madera y la cal”, de manera que la policía urbana la costeen sus principales beneficiarios.

No son pocas las páginas que se dedican en la Relación de Mendinueta a asuntos relacionados con la Defensa del virreinato. Como en anteriores “Memorias” distingue los capítulos en 1) Tropas de Veteranos 2) Milicias 3) Artillería 4) Fortificaciones 5) Marina.

Muy de pasada, el virrey hace referencia a la pérdida de la isla Trinidad, tomada por la fuerza en Enero de 1797, justo antes de que Mendinueta jurase su cargo como virrey, pero que fue ratificada por el Tratado de Amiens, que puso fin a la guerra con Inglaterra, en 1803, último año de su mandato como virrey.

La toma de Trinidad ocurrió justo después de que allí arribase una escuadra de socorro enviada desde Cádiz, consistente en cuatro navíos de línea y una fragata. La escuadra invasora presentaba nueve navíos de línea, tres fragatas, tres corbetas y tres bergantines, más los buques de transporte para 6.800 soldados de tropa.

La ventaja naval de los ingleses era evidente, pero Trinidad hubiera podido ofrecer resistencia si el pusilánime gobernador, don José María Chacón hubiera sabido mantener la disciplina de su dotación de voluntarios y regulares que sumaban 3.000 hombres armados. En cuanto a la escuadra de don Sebastián de Apodaca, sólo supo guarecerse en el puerto, cuando llegó el aviso de la proximidad de los barcos ingleses. Todo cuanto se les ocurrió fue destruir sus propios barcos para no aumentar el poder naval del enemigo y rendirse sin luchar. Al día siguiente Chacón aceptaba la oferta de capitulación del almirante Henry Harvey y Trinidad dejaba de ser española.

Por contraste con la conducta de Apodaca y Chacón conviene saber que, animados por el éxito, los ingleses pusieron rumbo a Puerto Rico, esta vez con una fuerza aumentada que sumaba 13.500 soldados de infantería, a las órdenes del comodoro Ralph Abercrombie. La defensa del puerto de San Juan dependía de 6 barcos de poco porte y una docena de lanchas cañoneras. En tierra esperaban 4.000 hombres armados, a los que se sumaron doscientos presidiarios liberados al efecto. Los ingleses sufrieron más de doscientas bajas, perdieron 290 prisioneros y optaron por retirarse y volver a Trinidad. Esta defensa de Puerto Rico tuvo lugar el 17 de Abril de 1797. Mendinueta no era virrey de Puerto Rico; la isla pertenecía a Nueva España.

Hemos de terminar la semblanza de este virrey evocando unas líneas que han llamado la atención de varios cronistas. Era frecuente que los virreyes, al término de su mandato (y en muchos casos, ya en el ocaso de sus propias vidas) manifestasen un amargo escepticismo sobre la condición humana de sus súbditos, por no añadir la de sus altivos e inmisericordes superiores. Los que llegaban, por el contrario, preferían creer que todo tenía remedio y que gran parte de los males se debía al "mal gobierno", y, por consiguiente, susceptible de mejora con el "buen gobierno" que estaban dispuestos a desempeñar.

Las siguientes palabras de Mendinueta tienen especial valor por haberlas escrito *al final* de su mandato, consciente de las limitaciones de todo orden que ha dejado expuestas (de recursos, de mentalidad, de aislamiento por las guerras en Europa, etc.) y sin embargo de todo ello, valorar lo positivo y meritorio de los esfuerzos de la población criolla por alcanzar un nivel cultural y económico lo más cercano al de la lejana Europa.

Dirigiéndose a su sucesor, imagina que después de leer su *Relación* querrá conocer también los que escribieron en sus *Relaciones* otros virreyes antes que él. Aludiendo, sin nombrarlo, al arzobispo Góngora, inicia su alegato del modo siguiente:

> *El abreviado retrato de la población del Nuevo Reino de Granada, hecho en un papel público en el año 1789 es una pintura ideal, pero horrorosa de un monstruo que no existe.*
>
> *A juzgar por ella, se creería ser éste un país absolutamente despoblado, sin agricultura ni industria, sin comercio ni comunicación, sin muchas poblaciones regulares en su formación, y de competente vecindario; que los únicos sujetos acomodados son los dueños de un terreno inmenso, adquirido a vil precio; que abunda de gentes míseras, de holgazanes y facinerosos; que esos hombres, retraídos en las breñas y espesuras, son muchos y un objeto temible para los traficantes, para los pueblos y aún para e Gobierno; y, en una palabra, se tendrá por una verdadera desgracia la suerte de venir a gobernar a este monstruo que todo lo bueno resiste.*
>
> *Semejantes descripciones apenas convendrían a los rudos Hotentotes o a los bárbaros del Senegal. Son exajeraciones (sic) hijas de un celo desmedido, que ciega la vista y confunde la pequeña parte con el grande todo; pero son*

perjudiciales, porque presentan una idea equivocada al Gobierno, cuyo ánimo pudiera desfallecer con la representación de un desorden invencible, por general, arraigado y de imposible remedio, o aventuraría sus providencias sobre el supuesto de unos males tan abultados, no siendo unas mismas las que convienen a la conservación y fomento de un país regularmente civilizado, que las que se necesitan para sacarlo del estado de barbarie.

Demasiado expuesta se vería la reputación de cualquier jefe a quien le cupiese el infeliz destino de domesticar indios feroces, o no ser un Orfeo; pero por fortuna no se está en el caso de necesitar la armonía de la lira para amansar a los tigres, y me lisonjeo de poder ofrecer a V.E. ideas más consoladoras y más ciertas.

Quince años han pasado desde la fecha de aquel papel y en tan poco tiempo no puede mudar el aspecto de un país y menos este reino, que compite en extensión con los más dilatados de Europa, siendo por otra parte constante la falta de recursos para que, por un efecto de ellos, haya logrado mejorarse una población que puede regularse de dos millones largos de habitantes.

Treinta y más ciudades, que no desmerecen este nombre; porción de villas florecientes, como Mompox, Honda San Jil, Socorro, Medellín, San José, El Rosario de Cucuta, y otras varias; un número considerable de parroquias y pueblos Españoles e Indios; un caserío regular en la mayor parte de estos lugares; multitud de haciendas y establecimientos de todas clases de ganados y frutos, de ingenios de azúcar y añil; el consumo de telas y efectos de Europa, regulado en cuatro millones de pesos anuales; las acuñaciones de monedas en las Reales Casas de de Santa Fé y Popayán los considerables productos de la Real Hacienda; los de las rentas decimales, que son un termómetro de la agricultura y cría de ganados y que en sólo este arzobispado producen más de doscientos setenta mil pesos al año, y dan un aumento de casi tres millones de pesos fuertes de un año a otro en los frutos y ganados; la rara circunstancia de no haberse experimentado una falta, ni aún verdadera escasez de alimentos de primera necesidad en muchos tiempos; el constante curso de los correos por todo el reino; la feliz y envidiable seguridad con que se

trafica por todos los caminos, llevando un hombre sólo, a pié y sin armas, un caudal que correría riesgos en las inmediaciones de muchas ciudades de Europa; la docilidad que hace el carácter de estas jentes (sic); la observación de que las novedades, que han alterado poco o mucho la tranquilidad pública, no han salido de los montes ni bosques, sino de lo más poblado, y mil otras circunstancias que omito ¿no son unos hechos constantes, públicos y notorios?

Cuando no fueren, los califica en parte el mismo papel: el apéndice o adición que le hizo el Virey (sic) D. Francisco Gil, y la relación del estado de este reino, en 1796, no dejan la menor duda de su certeza.

V.E, podrá fácilmente comprobarlo, entre tanto, yo me contento con hacer al reino la justicia que le corresponde, no pudiendo convenir jamás en atribuir a sus habitantes la absoluta indolencia y abandono que se les supone, cuando observo que todo lo que viene de Europa se consume en el país, que lo paga con frutos y dinero, uno y otro efecto del trabajo y de la industria de los hombres, deduciéndose de esto mismo que se conocen muchas más necesidades que las meramente naturales, que se apetece y se desea satisfacerlas y que se hacen esfuerzos para lograrlo.

Es verdad que en este reino se encuentran terrenos despoblados y sin cultivo, que hay algunas poblaciones sólo de nombre, y que varios desertores de la sociedad, huyendo del castigo o de la sujeción, viven en lo más retirado de los desiertos; pero, lo he dicho ya, un reino tan vasto no ha podido poblarse en trescientos años en toda su extensión y sin población no puede haber agricultura; esta mantiene, conserva y aumenta aquella, pero la supone.

Mendinueta consideraba que la población de Nueva Granada, con sólo dos millones de habitantes, no había logrado poco en un territorio tan extenso y sometido a acosos periódicos de la Naturaleza y de la ambición de sus enemigos. En comparación: Colombia, Venezuela y Ecuador en los años que vivimos suman cien millones de habitantes.

Antonio Amar[21]

Nueva Granada 1803-1810

Poco se ha escrito en España sobre este virrey. Más en Colombia: José María Restrepo publicó en su día un libro con el título "El virrey Amar y su esposa", que se complementa con el clásico de José Manuel Restrepo sobre la revolución colombiana. Recientemente ha aparecido otra interesante biografía, escrita por el también colombiano Mario Herrán Baquero.

Aunque Antonio Amar nació en Zaragoza, los Amar eran de la villa de Borja, y de ahí que, en tan histórico lugar, se haya patrocinado una primera biografía española, debida a la historiadora Carmen Pumar, la cual se ha servido de documentos solo disponibles en archivos de allende el océano.

No faltan referencias a los acontecimientos de su gobierno. Por el contrario, son múltiples (y de variada de intención) las fuentes que aluden al virrey Amar al describir los principios de la independencia de las cuatro repúblicas de Nueva Granada. Pero los detalles familiares, los puramente biográficos, no han sido fáciles de encontrar hasta que Pumar los recogió en su libro.[21]

El abuelo de Amar y el padre de Amar fueron médicos de la Corte y vivían en Madrid, pero mantenían su arraigo con Aragón y

emparentaban con otras familias del reino. Antonio nació en Borja, hijo de Ignacia de Borbón y Joseph Amar, quienes lo bautizaron el 24 de Marzo de 1742. No aprovecharon su facilidad de acceso a la Corte para continuar con la tradición médica, sino que animaron a Antonio a hacerse militar. A los veinte años ya era cadete del regimiento de Caballería de Flandes. Su carrera puede decirse que fue afortunada, aunque no meteórica. Estuvo en la campaña de Portugal sirviendo a las órdenes del conde de Egmont, recibió las armas como caballero de Santiago a los 27 años y fue visto en el frustrado asedio a Gibraltar.

A los 50 años llegó a coronel del regimiento de Farnesio. Se había casado con una señora aragonesa, de nombre Francisca Villanova, que tenía heredades en Sádaba y pretensiones de gran dama. Pero por aquel entonces el matrimonio vivía de alquilado en una casa de la Corredera Baja madrileña.

Todo cambió al año siguiente. En lo militar participó con acierto en la campaña de Francia, con actuaciones notables en el país vasco (Basaburúa, Bulina y Berástegui); en lo económico le reportaron beneficios las herencias de sus padres y suegros. Conscientes de su mejorado *status* social, los Amar adquirieron una casa representativa en la cercana población de Vallecas. Entregaron la administración de su patrimonio a un experto, don Vicente Navarro, y se rodearon de servidores y de camareros, entre los que llamaba la atención un peluquero francés, de nombre Monsieur Perpignan.

Y así van transcurriendo las vidas de Antonio Amar y Francisca Vilanova hasta que, a los 60 años, don Antonio asciende y lo nombran comandante general de Guipúzcoa. ¿Qué más podía desear? Posiblemente él nada, pero doña Francisca recordaba que la hermana de Godoy y su marido italiano habían salido de Madrid rumbo a Nueva España para ser virreyes y debió pensar que un destino parecido no era imposible si sabían aprovechar las oportunidades que daba el generalato.

En el Río de la Plata iba a quedar vacante el cargo de virrey y los Amar se atrevieron a pedir a Carlos IV, a través del ministro Caballero, que les concediese el honor de sustituir a don Joaquín del Pino, que se iba a Nueva Granada. Al puesto de Mendinueta aspiraban, no sólo Joaquín del Pino, sino también el presidente de la Audiencia de Quito (barón de Carondelet) y el capitán general de Cartagena, don Anastasio Zejudo. La diferencia de salarios para ambos suponía triplicar los corrientes. Y en consideración social no era menor el aliciente.

Ninguno de los cuatro había previsto la oposición frontal de los comerciantes porteños a que Joaquín del Pino dejase de ser su virrey, oposición que fue vivamente comunicada al Consejo de Indias. Resultado: Del Pino tuvo que quedarse en Argentina y Antonio José Amar fue nombrado virrey de Nueva Granada. El decreto fue expedido el 26 de Julio de 1802. Francisca indagó sobre la buena o mala suerte de tal cambio. Entre las informaciones que le llegaron estaba lo penoso del viaje por tierra desde Cartagena a Bogotá, sobre todo en invierno.

En Agosto don Antonio Amar escribió al rey agradeciendo el nombramiento y en Septiembre al ministro Caballero, pidiendo que se retrasase el viaje, para evitar los temporales. Se les adjudicó la fragata *Santa Sabina*, que estaba lista para el viaje desde finales de Enero de 1803, pero por razones diversas los virreyes no se embarcaron hasta Junio, siendo recibidos a bordo por el capitán de navío don Miguel Gastón.

En los meses precedentes a la navegación, el general Amar había conocido a un naturalista, que quería pasar a América, como fuese, y que se proponía investigar los *cuadrúpedos del Reino de Nueva Granda*. Era francés, de nombre Casimiro Renault, pero su condición de extranjero pesó más que las promesas de revelaciones importantes sobre tal cantidad de animales, y la licencia fue denegada. En cambio, fueron autorizados dos parientes del virrey, por ser militares, seis sirvientes y criados y un ayudante mayor de la guardia valona. A la virreina le permitieron dos camareras.

Transcurrió la navegación felizmente hasta Cartagena de Indias, adonde arribaron al anochecer del 29 de Junio de 1803. El desilusionado gobernador saliente les recibió con más cortesía y atenciones de lo que cabía esperar. Animados por aquella acogida, los nuevos virreyes se demoraron en Cartagena los meses veraniegos, antes de decidirse a remontar el río Magdalena, ruta obligada para alcanzar la capital del reino. El 7 de Septiembre ya habían llegado a la altura de Honda, donde el general Amar juzgó oportuno enviar a su sobrino Manuel Jiménez Leary, para que anunciase su proximidad a las autoridades de Santafé.

La mala salud de la esposa de Mendinueta, achacable al clima Bogotá, había aconsejado que saliera de la capital y descansase en la villa de Guaduas, donde esperaba encontrarse con doña Francisca. El día 14 de Septiembre se presentó en Facativá el oidor don José de Leyva para cumplimentar a los nuevos virreyes. El 16 llegaron todos a la capital,

el 17 don Antonio tomó posesión del palacio y el 23 se produjo el juramento en la Audiencia y los festejos. Las celebraciones más dispendiosas se retrasaron hasta Enero de 1804. Hubo actos religiosos, luminarias, corridas de toros y hasta una espectacular sesión de suelta de globos aerostáticos.[21] La expectación generada por el sucesor del buen virrey Mendinueta se vio defraudada durante los años del gobierno de Amar, que fueron siete.

El defecto que le achacaban sus contemporáneos era debilidad de carácter, algo que parece una simplificación de la realidad. La manera de reaccionar de Amar no era la de un hombre de carácter débil sino la de alguien que no entendía la naturaleza de los acontecimientos, alguien que no se hacía cargo del estado de ánimo de sus súbditos, que actuaba conforme a criterios dispares y se sorprendía de los resultados. Cuando trataba de contemporizar lo hacía en sentido contrario al más indicado, desaprovechando las circunstancias a su favor, no por debilidad sino por falta de intuición o por celos de encumbrar a otros. Con ese proceder, de forma lenta pero continua se fue atrayendo antipatías y deslealtades. Obligaba a largas antesalas a algunos oidores, que solo pretendían aconsejarle en situaciones difíciles. Contemporizaba con quienes ridiculizaban el patriotismo español para así parecer más cercano a los criollos. Tal ocurrió con un comerciante de flores llamado José González Llorente, a quien mandó arrestar porque Llorente negó a que sus productos adornasen la ceremonia de constitución de la sedicente Junta de Gobierno.

Hasta el año 1810 las cosas no habían ido mal para Amar. Fue mérito del virrey haber recibido espléndidamente y dado todo su apoyo a los expedicionarios de la vacuna, los cirujanos Balmis y Salvany, que llegaron a costas americanas en Mayo de 1804. El primero se dirigió a La Habana, Yucatán y Méjico, mientras que Salvany arribó a Cartagena y subió por el río Magdalena logrando 28.000 vacunaciones en los pueblos ribereños y 6.000 más en Mariquitos y Guaduas. En Santafé se celebró solemne *Te Deum* en acción de gracias. Luego siguieron su benéfico periplo por Grajales, Bolaños, Neire y Popayán repartiendo vacunas hasta llegar a Quito donde se vacunaron 7.000 personas y otros pueblos cercanos.

Además de la viruela, preocupaba en América la fiebre amarilla que llegaba a los puertos escondida en los barcos. Amar solicitó del Rey falúas de control sanitario y permiso, en casos especiales, para requisar otras embarcaciones e incrementar la inspección médica. No

era tema fácil debido a las reticencias de la Marina a aceptar intromisiones de organismos terrestres. Mientras vivió el gobernador Atanasio Zejudo, su autoridad logró la concordia; pero en 1808 murió y volvieron las trabas de los marinos.

También hay que reconocer en Amar al virrey que inauguró el observatorio astronómico de Santafé. Lo dejó encomendado a Francisco José Caldas en lugar de nombrar director a Sinforoso Mutis, sobrino de Celestino Mutis, ambos residentes en Nueva Granada. No sería por eso, pero Sinforoso se convirtió al independentismo.

Caldas merecía el cargo y además era nacido en América, concretamente en Popayán.[59] De su pluma han quedado colaboraciones en el *Seminario de Nueva Granada*, y sobre todo sus 52 volúmenes científicos. También en época de Amar se empezó a publicar *El Redactor Americano*, que salía una vez al mes y tenía como director a su propietario Rodríguez del Socorro, mejor dotado como empresario que como editorialista.

En materia de impuestos, Amar fue un administrador juicioso y acertado, reorganizando las rentas monopolísticas del tabaco, los naipes y el aguardiente.

Se interesó por la minería, aunque no dejó de lamentarse de lo poco que podía hacerse al respecto, al faltar mano de obra para las minas tradicionales, que era relegada por la obtención del oro y la plata mediante simple lavado de los ríos. En aquellos años el interés de los empresarios iba más por la explotación de las salinas o la extracción de esmeraldas.

La ineptitud del virrey no se hizo sentir hasta que le tocó gestionar las intentonas revolucionarias de Quito y Santa Fe.

La primera tuvo lugar en 1809 y estuvo inspirada por el hijo del marqués de Selva Alegre, Juan Pío Montúfar, entonces la persona más influyente y respetada de Quito. En su casa de *los Chillos* se reunían señores de la capital para comentar los acontecimientos de la Península, tan preocupantes para la oligarquía ecuatoriana, sobre todo cuando llegó a saberse el rapto de los infantes de la familia real y el peligro de un gobierno napoleónico en América.

Informados de que en España se establecían Juntas de Gobierno en defensa de la integridad nacional, consideraron que estaban en su derecho de hacer lo mismo, con sólo manifestar su fidelidad a la dinastía. El día 10 de Agosto de 1809 se constituyó una Junta Suprema en Quito, bajo el gobierno de Juan Pio Montúfar, la primera vez que

una autoridad no reconocía la del virrey.

Desde Perú el virrey Abascal salió en defensa de su colega de Nueva España y mandó tropas para derrocar dicha Junta por la fuerza. Alarmado por la reacción de Abascal, el marqués de Selva Alegre, o sea Montúfar, renunció a su pomposo título de Alteza Serenísima y se sometió a los virreyes, aunque más de palabra que de corazón.

Peor fue lo que ocurrió en Bogotá el 21 de Julio de 1810. De la Península había llegado el comisionado del Consejo de Regencia, don Antonio de Villavicencio con el encargo de asegurar la fidelidad a Fernando VII, ocasión que fue aprovechada por los miembros del Cabildo para constituir una Junta a imitación de las españolas cuya acta de constitución tampoco aceptaba la autoridad del virrey, aunque se invitaba a Amar a presidirla. Este documento del Cabildo, que se había reunido con carácter extraordinario y constituyente, decía entre otras cosas:

> *Juramos por el Dios que existe en los cielos y cuya imagen está presente y cuyas sagradas y adorables máximas contiene ese libro* (el evangelio) *cumplir religiosamente la constitución y voluntad del pueblo expresada en este acta acerca de la forma de gobierno provisional que se ha instalado.*
>
> *Derramar hasta la última gota de nuestra sangre por defender nuestra sagrada religión católica, apostólica y romana, nuestro amado monarca Fernando VII y la libertad de la patria.*
>
> *Conservar la libertad e independencia de este Reino en los términos acordados; trabajar con infatigable celo para formar la Constitución bajo los puntos acordados y, en una palabra, cuanto conduzca a la fidelidad de la Patria.*

Semejante proclama debió parecer insuficiente a un personaje muy curioso de la historia de Colombia, llamado José María Carbonell. Como miembro copista de la expedición botánica de Celestino Mutis, participaba del entusiasmo de aquellos trabajos, un entusiasmo que poco a poco fue derivando a ensoñaciones libertarias, donde jugaban un papel preponderante los hombres y mujeres más humildes.[21]

La referencia del Congreso a unos misteriosos *términos acordados* no gustó a Carbonell, quien manifestó su rechazo erigiéndose en jefe de otra Junta, ésta más radical, que se nutría de

estudiantes y artesanos del barrio de San Vitorino. Más tarde se les sumaron indios, mulatos y mendigos, todos ellos enardecidos por su verbo encendido y lleno de promesas. A diferencia de la Junta de Santafé, la de José María Carbonell no aceptaba el sometimiento al rey Fernando VII.

De la noche a la mañana, José María Carbonell había logrado un apoyo tumultuario. Se adueñó de las calles y reemplazó la autoridad de la Junta General, la que el virrey había tolerado creyendo evitar un mal mayor. Aunque las fuerzas armadas en Santafé eran escasas, el virrey contaba con el batallón auxiliar de Artillería que mandaba el comandante Juan Sámano y que estaba dispuesto para entrar en acción en cuanto se les ordenase.

Los miembros de la Junta, para neutralizar ese peligro, pidieron al virrey Amar, que obligase a jurar fidelidad a la Constitución recién promulgada a cada uno de los oficiales y soldados de la tropa de Artillería, haciéndoles salir de su acuartelamiento. Juan de Sámano desconfiaba de todo aquello, pero Antonio Amar lo aceptó y en la plaza mayor tuvo lugar la curiosa escena de los artilleros jurando aquella Constitución tan extraña para ellos. Ya quedó dicho que, para enfatizar su buena voluntad hacia los disidentes, el virrey mandó reconvenir al "florista" Llorente y encerrarlo en prisión, por negarse a enviar sus flores en adorno del acontecimiento.

Notando la debilidad de Amar, el arrebato de los manifestantes subió de punto y pronto se oyeron voces exigiendo el arresto y prisión del virrey… y de la virreina, los cuales en aquel predicamento parecían no tener a nadie quien los apreciara y defendiera.

Las escenas de la prisión de los virreyes fueron captadas por un *pulpero* de la plaza, que apuntaba en un "diario" *lo que veían sus ojos y oían sus oídos.* En sus páginas quedan retratados los vaivenes y oscilaciones de ánimo de los vecinos de Bogotá, entre el deseo y el temor a la independencia. El atento cronista, de nombre José María Caballero,[39] se hace eco de la excusa popular para el arresto de los virreyes, que recuerda a similares rumores en el Paris de la Revolución:

> *El 25 de Julio se reunió el pueblo pidiendo se prendiese a los oidores y al Señor Virrey porque ya se sabía que estos señores en su acuerdo tenían sentenciados a muerte a más de cincuenta de las principales familias de Santa Fe.*

Cuenta cómo a las doce de aquel día, trescientos campesinos a caballo con sables cabalgaron hasta rodear la manzana del palacio

virreinal para no dejar salir a los virreyes. En las horas siguientes se formó una multitud en la plaza y de entre ellos surgieron emisarios que se dirigieron al Cabildo para advertir a los congresistas que *habían oído cargar cañones* en Palacio y que alguien dentro estaba *enterrando doblones*, circunstancias éstas que aconsejaban que las campanas de la catedral tocasen arrebato y que se hiciera un registro en la residencia de los virreyes.

Accedió la Junta y ordenó a la artillería que situase sus cañones frente por frente de las puertas del palacio. Añade Caballero que una muchedumbre de unas tres mil personas acompañó a los comisionados que eran cuatro: don Tomás Tenorio, don Francisco Morales, don Sinforoso Mutis y el canónigo Rosillo. Los comisionados pidieron a los virreyes que se dirigieran al convento de la Enseñanza, para lo cual necesariamente tenían que atravesar la plaza y pasar por el Tribunal de Cuentas.

La multitud no estaba conforme con esta medida por creerla demasiado suave y clamaba porque fueran enviados a prisión.

> *Todos pedían que pusieran al virrey en la cárcel y que le pusieran grillos y a la ex virreina en El Divorcio.*
>
> *Todos pedían a gritos, pero es de advertir que los que pedían esto eran gente baja, pues no se advertía que había gente decente.*
>
> *La infame plebe de mujeres se juntaron (sic) y pidieron la prisión de la ex virreina al divorcio. Forman éstas una calle desde el convento de la Enseñanza hasta la plaza, que pasarían de seiscientas mujeres.*
>
> *Como a las cinco y media la sacaron del convento y aunque la custodiaban algunos clérigos y personas de autoridad, no le valió, pues por debajo se metían muchas mujeres y le rasgaron la saya y el manto, de suerte que se vio en bastante riesgo y fue un milagro que llegase viva al divorcio.*

En cuanto al virrey, le aconsejaron que se escondiera en el Observatorio, el mismo edificio que había sido inaugurado por él y donde se había fraguado toda la conjura, de manera que algunos la llamaron *Conspiración del Observatorio*.

En ella estaban implicados el oidor Camilo Torres, que inicialmente había sido hombre de confianza de Amar, el sabio Caldas, a quien había nombrado director, y los dos Morales, padre e hijo.

Francisco Caldas fue el primero en dudar y estuvo oculto en el mismo Observatorio durante los acontecimientos. Cuando el virrey quiso guarecerse en aquel sitio era tarde. Fue enviado a la cárcel, con grilletes, tal como pedía la multitud. Al día siguiente, la *gente decente*, como decía Caballero, se lo pensó mejor y:

> *Se juntó toda la nobleza en la plaza y pidió a la Junta que sacasen a los ex virreyes de la prisión y los llevasen a palacio. Lo consiguieron. Fue la Junta a la cárcel y lo sacaron con una solemnidad no vista. Las señoras fueron al divorcio y la condujeron al mismo palacio.*

Pero no volvieron a la situación anterior. La Junta los había desterrado y habrían de descender el río Magdalena y embarcar para España, dejando todas sus pertenencias en Santafé. Para gastos de viaje se les había asignado una gratuidad de 12.000 pesos.

Como se temiera por la integridad física de los virreyes al atravesar su coche las calles, se les puso escolta y, para mayor tranquilidad, organizaron una procesión religiosa que al discurrir por el mismo trayecto disuadiera de algarabías a los revoltosos. Oportunamente, tal procesión se llamaba *la del Tránsito,* inconsciente alusión de sus súbditos a la rapidez de los cambios de la Fortuna.

¿Fue José María Carbonell el héroe independentista que luchara por la libertad del yugo hispano, en las turbulentas jornadas de Julio de 1810? Hoy se cree que sí. Entonces, no tanto. Ese mismo día, la Junta de Gobierno rebelde ordenó que fuese detenido y encerrado en el mismo lugar que había ocupado el virrey en la prisión de Santafé. Y junto con él, también fueron a la cárcel por decisión de la Junta, sus compañeros de ideales, Joaquín Eduardo Pontón y Manuela García.

El 15 de Agosto salieron los virreyes de Santa Fe hacia Cartagena, para allí embarcarse rumbo a España. El viaje se realizaba en condiciones que contrastaban penosamente con el recibimiento que los americanos habían ofrecido en su día a los virreyes.

Desembarcaron en La Coruña, desde donde don Antonio Amar escribió al Consejo de Regencia, con su particular falta de realismo, "solicitando destino, para desde luego emplearme en lo que se considerase de mi posible utilidad". Amar no era consciente de lo desairado de su situación. Su tendencia a la disculpa le lleva a imaginar que no había sido expulsado por sus súbditos, sino cesado por el Rey, como tantos otros virreyes. Prefería creer que el

comisionado Antonio de Villavicencio era portador de esa orden, el cual la habría entregado a la Junta Suprema que habría actuado en consecuencia.

La España a la que volvieron los virreyes estaba invadida por las tropas de Napoleón, por lo que se trasladaron en barco de La Coruña a Cádiz. El 25 de Enero, Amar envió una carta al ministro Quintana, solicitando apoyo económico, por "no haber destino proporcionado a mis circunstancias, como solicité". La situación de los Amar era preocupante. No tenían dinero, no tenían empleo, habían dejado en Santafé todas sus pertenencias y tampoco podían subir a sus posesiones de Borja y Sádaba, por estar Aragón ocupado por los franceses. Desde Cádiz, la virreina escribe a su amiga la esposa de Morales, en Bogotá:

> *Vivimos es esta plaza sitiada, pero se hallan todas las cosas de la vida. Yo poco disfruto, porque no salgo de casa. Como Aragón está, dentro y fuera, lleno de enemigos, no puedo saber de mi casa ni ver mi familia, y esto es muy incómodo después de tantos años y me quita todo el gusto.*

Poco más se sabe de la vida de estos virreyes durante los años que siguieron. En 1817 Antonio Amar se acordaba del florista Francisco González Llorente, pues no tuvo empacho en escribirle para que reclame al nuevo virrey los sueldos que tenía pendientes y recupere sus bienes. Cartas parecidas envió a Lorenzo Marroquín y Manuel Espejo. Como resultado de estas gestiones, en Junio de 1818, le fueron reconocidos los atrasos que se le debían y se le devolvieron los bienes embargados. La virreina murió ese mismo año de 1818 y su marido viudo empezó a pasar los veranos en la finca de Sádaba, en casa de sus cuñados. La ingenuidad de Antonio Amar, a sus 78 años, no remite un ápice en la forma de expresarse al escribir al florista Llorente:

> *también apetezco saber si vuelve a estar sociable esa capital y virreinato cuya prosperidad siempre deseo, pues, aunque su extremo conmigo ha sido tan capcioso y turbulento, no he llegado a creer que se me hubiese desestimado, ni darles causa de su protervia.*

Benito Pérez de Brito

Nueva Granada 1810-1813

Don Benito Pérez- González, Fernández, Brito y Ortiz, había nacido en 1749, en Barcelona. Como muchos militares españoles las efemérides de su vida dejan una estela de nombres de provincias que al final se convierten en ultramarinas. Su padre había nacido en Pamplona y su madre en Vigo.[45] Su mujer, Dolores, era de Alicante. Se casaron en Puerto Rico. Ella murió de parto y la hija María Dolores nació en Aguadilla, que está en esa isla.

Las dotes de don Benito como militar le hacían más proclive a proyectar ingenios defensivos que a destruirlos. Pertenecía al cuerpo de ingenieros. Era camarada de virreyes, como Ezpeleta, a quien acompañó en la conquista de Pensacola, y del segundo conde de Revillagigedo, de quien recibió el encargo de generar cartas y mapas de la costa occidental de Méjico.

En 1796 era teniente general y estaba destinado en Puerto Rico. Tres años más tarde, viudo y padre al mismo tiempo, fue nombrado capital general y gobernador de Yucatán.

En Yucatán se daban muy bien las plantaciones de *henequén*, o *agave*, cultivo que servía para cordelería y sogas y también para la elaboración del licor favorito de los indios: el pulque. En aquella

península, el único puerto autorizado por la Corona para la entrada de productos hacía el interior de Méjico era Campeche.

Don Benito Pérez, cuando se hizo cargo, pudo saber que, desde antes que llegasen a aquellas costas los españoles, los mayas se habían servido de una ensenada, más hacia poniente, que hacía las veces de puerto natural.

Como responsable de la seguridad del territorio, consideró que obligar a todos los barcos a utilizar el puerto de Campeche los hacía más vulnerables desde el mar. Creyó que habilitar un puerto alternativo era una buena decisión y se puso a ello.

Y el puerto de Sisa volvió a la actividad de antaño. Benito Pérez dispuso las obras para construir un nuevo muelle, drenar los fondos y habilitar una aduana. También solicitó las autorizaciones pertinentes para que los buques mercantes pudiesen desembarcar sus fardos, equipajes y cajas, acercándolos más a sus destinos finales.

Tan oportuna fue la decisión del gobernador, que la región se convertiría después en principal productora de unas cuerdas, muy finas, que se exportarían a todo el mundo con el nombre genérico de "sisal".

La benéfica presencia de Pérez en Yucatán abarcaría otros cuidados, entre los que merece recordarse la instauración de una Academia de Artes Nobles, donde se enseñarían elementos de Pintura, Escultura y Arquitectura.

El 15 de Agosto de 1810, los virreyes de Nueva Granada, don Antonio Amar y doña Francisca Villanova, eran devueltos a España por la Junta revolucionaria de Santafé, dando origen a un vacío de poder que era urgente remediar. Sin percibir la falta de idoneidad, la Regencia nombró sustituto de Amar a don Benito Pérez, para sorpresa y disgusto del nominado, que hubiera preferido seguir en su pacífico gobierno de Mérida.

No toda Nueva Granada había pasado a estar controlada por los rebeldes. La provincia de Santa Marta, tan importante, permanecía fiel a la Corona. Dos eran los motivos. Uno: que estaban hartos de que Cartagena de Indias se quedase, una vez sí y otra también, con una parte del *situado* (recursos que enviaban los virreyes desde Lima) que correspondía a Santa Marta; y dos: que los indios naturales de la región temían más a los hacendados criollos que a los españoles y en

Santa Marta se sentían más protegidos por sus alcaldes.

Por ello, don Benito dio prioridad a ayudar como fuera a la población de Santa Marta. Intentó conseguir refuerzos en Cuba, y luego en Portobello y Panamá. Algo logró, pero muy poco. Unos trescientos soldados que envió el gobernador Montalvo.

La capital del virreinato había quedado en manos de las Juntas revolucionarias que se habían establecido en todas las ciudades, incluida Santa Marta. Sólo que, en Santa Marta, sus componentes eran casi todos fieles a la Constitución y al rey.

Benito Pérez no se atrevió, sin embargo, a hacer de Santa Marta la nueva capital, sino que prefirió Panamá, alejada del conflicto bélico. Demasiado alejada para ser tomada en serio. Tras un breve lapso, los de Santa Marta decidieron no acatar ninguna autoridad; ni la de la Junta de Santa Fe, ni la de Panamá.

Hubo una pausa en las hostilidades que los pacifistas de ambos bandos aprovecharon para buscar una solución. Desde Cartagena, el dictador local, Manuel Rodríguez de Torices, envió dos emisarios a Panamá con autoridad para establecer un armisticio. Al principio todo fueron cortesías y promesas mutuas, pero llegó un momento en que los cartageneros se olvidaron de la diplomacia y terminaron con sus huesos en la cárcel.

Tanta insolencia dio pie a que desde Cartagena se montase una expedición de castigo que discurriría en paralelo por tierra y por mar. Las tropas de infantería irían mandadas por un coronel español (pasado a la insurgencia) de nombre Manuel Cortés Campomanes.

Campomanes respondía al tipo de *eterno conspirador*. Había huido de España por conspirar contra Carlos IV en 1796. Luego formó parte de otra conspiración en América, donde estuvo preso. Fue condenado a muerte e indultado. De ahí pasó a alistarse con los franceses de las Antillas. Con la guerra de la independencia española, se trasladó a Londres para conspirar con los ingleses contra los franceses y a favor de la independencia de Venezuela.

Campomanes se enfrentó a las tropas realistas del coronel Antonio Rebustillo en inferioridad numérica, y pese a ello, logró derrotarlas en la acción de *Goteras de Ovejas*.

La expedición marítima contra Santa Marta constaba de diez y seis barcos comandados por un curioso personaje francés, nacido en Cannes, llamado Pierre Labatut. El 6 de Enero de 1813 las variopintas milicias de Labatut, entraron en Santa Marta, con ánimo de

enriquecerse a base de saquear la ciudad. Sin embargo, se encontraron con que los vecinos más ricos habían huido con lo mejor de sus pertenencias a Santiago de Cuba y Portobello. (Una cuarta parte de la población nunca volvió, escarmentada, y sus descendientes siguen viviendo en tierras del Darién y de Cuba). El gobernador José del Castillo y el derrotado Rebustillo también desaparecieron de Santa Marta.

Don Benito Pérez llamó a Castillo para recibir explicaciones y como no le parecieran suficientes le instruyó consejo de guerra, en el que la acusación de cobardía y abandono del puesto no prosperó, gracias a que se pudo probar que el acusado puso de su parte algo de resistencia. El terror reinó en Santa Marta durante los dos meses en que las hordas de Labatut saquearon y robaron cuanto se les antojó, logrando un botín que solo en joyas, oro y plata provenientes de objetos diversos, fue valorado en 80.000 pesos.

Quienes pusieron fin a aquella pesadilla no fueron tropas de españoles o criollos leales, sino los indios de Santa Marta. Labatut había cometido el error de tomar prisionero a un indio de la localidad de Mamatoco. Su cacique, que se llamaba Antonio Núñez, reunió a sus seguidores de aquel pueblo y del contiguo de Bonda y todos ellos pusieron cerco a Santa Marta. Visto desde dentro de la ciudad el espectáculo debía ser tan amenazante para los habitantes invasores que cundió el pánico y se rindieron en masa. Núñez les hizo devolver lo robado, salir a las afueras uno a uno y embarcarse para Cartagena.

Aquello ocurrió el día 5 de Marzo de 1813. Los vecinos conservaron en la memoria ese día, que sustituyó al 4 de Febrero en que Labatut había proclamado la independencia, en un ambiente hostil.

Llegaron las noticias a Cartagena, pero no llegó Labatut, que fue a esconderse prudentemente en un lugar de las Antillas. De nuevo se habló de tratar de lograr un armisticio y de nuevo fue rechazada la idea, pues el virrey no tenía autoridad para disponer otra cosa que seguir defendiendo la integridad del territorio.

Misma situación del año anterior y misma respuesta de Cartagena, que organizó una segunda expedición contra Santa Marta. También esta vez las tropas iban mandadas por un francés algo menos pintoresco, pues se trataba del coronel Louis Ferdinand Chatillon. Con mejores barcos, pero menos, y unos dos mil hombres armados, Chatillon intentó repetir los pasos de Labatut, que consistían en ocupar San Juan de Ciénaga, y reunirse allí con las tropas de Manuel

Rodríguez Torices, antes de dirigirse a la ciudad de Santa Marta.

Esta vez no llegaron a pisarla. En la Ciénaga les esperaban los indios, apoyados por gran parte de la población blanca y mestiza, que se les había unido en defensa de su ciudad. El combate fue muy violento, hasta el punto de que en él perdieron la vida Chatillon y varios de sus oficiales. Las bajas en el bando cartagenero casi llegaron a medio millar, y muchos de los atacantes fueron hechos prisioneros. Los indios vencedores se apoderaron de cuanto material bélico traían los insurgentes. Ocurrió el 11 de Mayo, del mismo año, solo un par de meses después de la derrota de Labatut.

Los socorros de Francisco Montalvo llegaron el treinta de Mayo, cuando ya no hacían falta. En la ciudad se echaba de menos a muchas personas y familias a quienes los ataques de Cartagena habían desparramado en puertos del Caribe. El valor del cacique de Mamatoco fue reconocido en España al nombrarle capitán de los Reales Ejércitos, con mando y sueldo, y recibir la gran cruz de Isabel la Católica.

A partir de ese momento, la sede virreinal de Panamá empezó a adquirir un aire de irrealidad, que contrastaba con la presencia de Montalvo en Santa Marta, mandando sobre el terreno. Don Benito se vio desbordado por los acontecimientos, interiorizó su falta de relevancia para asumir un cargo tan difícil y pidió ser relevado. Su petición fue aceptada y el 19 de Julio de 1813, Francisco Montalvo ocupé el cargo vacante, si bien no a título de virrey, que la Regencia tenía por vocablo anacrónico, sino como capitán general del Reino de Nueva Granada.

Sólo quince días después, moría en la villa panameña de Chagres el virrey ingeniero.

Francisco de Montalvo[28]

Nueva Granada 1814-1818

Generación tras generación, las familias criollas, por ley natural, iban aumentando en relación con las de "forasteros", como llamaban a los nacidos en la Península. Por esta razón, la independencia en toda Iberoamérica se veía como algo inevitable, si bien no había demasiada prisa, mientras los impuestos fueran razonables y las autoridades no se mostrasen demasiado impertinentes.

Uno de los lazos que seguían uniendo a los hacendados de ambos lados del Atlántico era su común utilización de mano de obra servil, o simplemente esclava, en sus campos, de manera que los intereses de los hombres blancos siempre acababan prevaleciendo sobre los de los "pardos" y más aún de los "negros".

Con la ocupación de Cuba por los británicos, la isla vivió unos meses decisivos para la orientación de su economía, que dejó de basarse en la agricultura autosuficiente y de frutos varios (sin apenas esclavos ni ingenios de transformación) a convertirse en un monocultivo de la caña de azúcar, al estilo de Jamaica, que tantos millonarios generaba en la metrópoli de Londres. Entre las familias de cubanos que más al principio se aprovecharon de aquel capitalismo insular estaban los Ambulodi y los Montalvo.

Un teórico de aquella transformación, tan citado como

Francisco de Arango y Parreño, se lamentaba de lo lentos y retardatarios que eran los propietarios de tierras cubanos en comparación con los de otras islas antillanas, pero admite excepciones y pone como ejemplo de empresarios valientes y benéficos a los Montalvo y a los Jaruco. Puede leerse en su *Discurso sobre la Agricultura de la Habana y medios para fomentarla*.

Ambas familias, pese a copiar de los ingleses su sistema de vida colonial, no quisieron aceptar la mano tendida de Earl Albermarle durante la breve ocupación británica y se mostraron fieles al rey de España, Carlos III. En reconocimiento a su lealtad y a su papel protagonista en la vida de Cuba, el monarca español concedió a unos el título de condes de Jaruco y a los Ambulodi el de condes de Macurigues. Por su parte, los Montalvo se habían hecho merecedores de la Intendencia General de Marina y don Lorenzo de Montalvo era en 1765 ministro de la Real Hacienda y Cajas de La Habana.

Oriunda de un pueblo de Soria, de Arévalo de la Sierra, la familia Montalvo supo emparentar con la incipiente nobleza cubana. Lorenzo se casó en primer matrimonio con doña Ana Bruñón, de quien nacieron José Montalvo y María Jesús. A los cinco años de la boda se quedó viudo, cuando sólo tenía él 36 años. Como segunda esposa eligió a doña María Teresa Ambulodi y Arriola, que ya era condesa de Macurigues, propietaria de los hatos *macurises* y de un impresionante ingenio conocido como *San Ignacio de Blanco*, que contaba con autorización del rey para importar y emplear allí hasta un límite de 2.000 negros "bozales".

Este segundo matrimonio también tuvo hijos, uno de los cuales fue Francisco; otro, el primogénito, Ignacio y una de las hijas, María Francisca. Cuando murió doña María Teresa, la madre, el título de Macurigues tenía que pasar al primogénito. Unos entendían que debía ser el primogénito del padre (el hijo de Ana Bruñón) mientras que otros interpretaban que el primogénito sin duda era el de la madre (el hijo de María Teresa Ambulodi). El asunto pasó a España donde se decidió que correspondía a su primer hijo. Esta resolución enfureció a Ignacio Ambulodi, que inició gestiones en España, alegando el deshonor que suponía para sí y para la Marina española (?) verse despojados de sus derechos. Tanto insistió, que quienes podían hacerlo optaron por crear un nuevo título. Ignacio pudo elegir el nombre, y, sin esforzarse mucho, optó por el de "Casa Montalvo".

Esta ya tediosa introducción, no tiene otro motivo que presentar en su entorno habanero la figura del virrey Montalvo, a quien el azar situó al mando de las mermadas fuerzas realistas en los territorios de Colombia y Venezuela, cuando ya habían caído bajo el dominio casi total de los libertadores Bolívar, Castillo, Urdaneta y Campo Elías. Al evocar su memoria en los extremos de un triángulo desigual, emergen poderosas las siluetas de dos hombres totalmente diferentes: diferentes de Montalvo, desde luego, pero también diferentes entre sí: Bolívar y Boves. Y en el tercer ángulo: Montalvo.

Francisco de Montalvo y Ambulodi empezó su educación en España, siguiendo la carrera la militar. Tuvo ocasión de servir en la armada que el general Pedro de Cevallos dirigió contra los portugueses del Río de la Plata. Obtuvo algunas distinciones, llegando a ser mariscal de Campo y teniente del rey en La Habana.

Su vida transcurría apaciblemente cuando fue informado de que el capitán general de Nueva Granada, Benito Pérez de Brito, asediado por los rebeldes, había abandonado su puesto y se había largado a Panamá, poniéndose a salvo. Como se temía, de Madrid le vino la orden de sustituir al huidizo y trasladarse a Tierra Firme, con el fin de dirigir las precarias defensas de Portobello, Santa Marta y otras plazas fieles a la Corona.

El menor de los Montalvo era persona más a propósito para obedecer órdenes que para darlas, lo que explica que aceptase el cargo, pese a no sentirse llamado a grandes hazañas. Y ciertamente se precisaba de ellas para evitar el colapso de la dominación española en Nueva Granada. Solo permanecían fieles en Venezuela las plazas de Corro y Puerto Cabello. Santa Marta estaba asediada por las tropas independentistas.

Antes de entrar en la ciudad, Montalvo decidió enviar barcos de guerra en su socorro, pero no hubo necesidad y llegaron cuando los propios vecinos, ayudados por indios y mestizos, habían expulsado a los insurgentes. El 6 de Agosto de 1813, se había presentado ante la ciudad el francés Pierre García de Labatut con una corbeta y dos bergantines. La ciudad montó fuerte resistencia y la pugna ocupó a los franceses los días 14 y 15 de Agosto. Al no lograr avance alguno y sufrir pérdidas lamentables, optaron por retirarse. Dice Montalvo, desde Cuba, donde seguía sin decidirse a pasar a Tierra Firme:

> *Yo entretanto observaba una rigurosa defensa y me guardé muy bien de dar pasos precipitados, a pesar del parecer contrario de algunos.*

El 30 de Mayo el gobernador Montalvo lograba dormir en Santa Marta, no muy convencido de su permanencia. Sobre los heroicos vecinos de Santa Marta, escribe lo siguiente:

> *Los vecinos venden sus joyas para dar fondos (a la resistencia;) cuando se trataba de rechazar al enemigo peleaban con el mayor denuedo.*
>
> *No podía ponerse mucha confianza en unos hombres que se resistían a salir de sus pueblos, aunque es menester confesar que, bien o mal, ellos hicieron todo.*

La pusilanimidad y amaneramiento de Montalvo, queda patente en sus propias reflexiones plasmadas en la *Relación* que escribió para su sucesor, de las que sólo extraemos unos párrafos significativos:[28]

> *El haber de obrar sin instrucciones en casos extraordinarios, en que las leyes no pueden tener su justa aplicación, suele ponernos en una gran perplejidad y embarazar el acierto, privando al servicio de las ventajas que tal vez se conseguirían procediendo un jefe con la seguridad de no errar, como sucedería obrando arreglado a una instrucción.*
>
> *Nada más duro en los peligros que carecer de los medios de defenderse y arrostrarlos. Yo prefiero en el día cualquiera otra suerte, la más amarga, a volverme a ver en la situación que estuve en Santa Marta durante tres años, expuesto a perder lo más sensible para un militar: la reputación.*

Montalvo dudaba de las ventajas obtenidas en Santa Marta, que consideraba efímeras, e impresionado por las victorias de Simón Bolívar en Venezuela, por lo que pidió auxilios urgentes a España. Ciertamente las noticias eran alarmantes. No sólo por la rapidez de las conquistas de Bolívar sino por la barbarie con que los ejércitos libertadores ejecutaban a los prisioneros y confiscaban sus bienes.

Desde Enero de aquel año, ya no se trataba de una guerra entre ejércitos, (uno continuista y el otro secesionista) sino de un esfuerzo conjunto de fuerzas insurgentes y algunas tropas inglesas, para

eliminar físicamente a todos los "españoles y canarios" en cada batalla, sin distinción de edad o sexo, salvándose sólo los que se pasasen a las filas independentistas.

Quien primero había tomado nota de las ventajas de la guerra sin cuartel no fue Simón Bolívar, sino un aliado suyo llamado Antonio Briceño. El temible Briceño encontró en la aplicación sistemática del terror la explicación de que un ejército de ignorantes milicianos hubiera podido derrotar en Vertieres a las tropas francesas de Napoleón Bonaparte. El miedo había hecho que los milicianos superasen a soldados de carrera que procedían del ejército con mayores triunfos militares en aquellos tiempos. En 1805 manifestaba Boisrond-Tonerre ante los generales que firmaban el Acta de Independencia: *Por rédiger set Acte, il nous faut la peau d'un blanc pour parchemin, son crane pour écritoire, son sang pour encre et une bäionette pour plume.*

Con la excusa de que, según la ley española, los militares rebeldes debían ser condenados a muerte Briceño ordenó expropiar los bienes de los españoles, como botín de guerra. Con ello lograba atraer a sus filas a indecisos y aumentaba las deserciones. Dicen algunos panegiristas de Bolívar que su proclama no hizo más que dar forma a una práctica extendida. Entre todos lograron que Bolívar anunciase en Junio de 2013 la declaración de "Guerra a Muerte":

> *Españoles y canarios, contad con la muerte, aun siendo indiferentes, si no obráis activamente en obsequio de la libertad de la América. Americanos, contad con la vida, aun cuando seáis culpables.*

Así pues, tenía razones suficientes don Francisco de Montalvo para pedir socorro urgente al Consejo de Indias. Lo previsible hubiera sido que tales socorros hubiesen llegado tarde y que los generales Bolívar, Castillo, Miranda, Mariño y Campo Elías hubieran culminado en pocos meses la independencia de Venezuela. Apenas quedaban focos de resistencia y la Segunda República vivía días de anticipación gloriosa. Montalvo sólo contaba con las tropas de los militares Juan Manuel Cajigal, Domingo Monteverde y Eusebio Antoñanzas. Pero en medio de aquella tormenta, en que la nave del virreinato se dirigía a un naufragio inevitable, apareció en el horizonte la silueta de una especie de isla, con su ensenada donde guarecerse.

Para explicar la brusca y repentina detención de los avances independentistas en Nueva Granada, durante los años de 1813 y 1814, hay que remontarse treinta años, uno antes de que naciera Bolívar, y situarse en una iglesia de la ciudad asturiana de Oviedo. Allí se encontraban reunidos, el 18 de Septiembrede 1782, celebrando un modesto bautizo, Manuel Rodríguez, su mujer Manuela de La Iglesia, y el cura, quien imponía el nombre de José Tomás, el niño que estaría llamado a dar la réplica a la proclama bolivariana de "guerra a muerte".[36]

No nació en Gijón, como reclaman algunos autores de aquel concejo, aunque su nombre aparece en una lista de vecinos de la calle Corrida cuando contaba 12 años y estudiaba para marino mercante en el Real Instituto. Su padre había muerto hacía tiempo y su madre trabajaba como podía para sacarlo adelante.

A los 16 años José Tomás termina sus estudios de Náutica, como Piloto de segunda, y se despide de su madre para emigrar a la costa mediterránea, donde las Casas de Comercio ofrecían más oportunidades. Entra al servicio de una de ellas, propiedad de los empresarios Pla y Portal, y en 1803, ya obtiene el título de Piloto de primera. Era frecuente entonces la importación de cueros de ganado caballar, procedentes de América, por no estar permitido su comercio en España.

Actuando como tratante de ganado, José Tomás se puso en contacto con unos representantes asturianos, Lorenzo y Joaquín García Jove, emigrantes prósperos de Nueva Granada, quienes le animaron a que se embarcase para Cartagena de Indias. Una vez allí, los negocios le llevaron a la ganadería de caballos e iniciar gestiones con los llaneros. A pesar de no estar involucrado en cuestiones políticas, su condición de *forastero* lo hace sospechoso a los patriotas y es encarcelado. Intervienen los hermanos Jove y sale de prisión. Siguiendo con sus propósitos comerciales, José Tomás intenta crearse un pequeño patrimonio y se traslada a la villa de Calabozo, donde monta una tienda de artículos varios, posiblemente obtenidos de contrabando.

Los avances del general español Domingo de Monteverde causaron inquietud entre los rebeldes, que decidieron poner en práctica una "limpieza" de españoles, limpieza que alcanzaba a José Tomás, quien fue condenado a muerte. Próxima a cumplirse la sentencia, el teniente del pelotón la conmutó a instancias de otro asturiano, don Ignacio Figaredo.

José Tomás siguió en prisión hasta que fue liberado por las tropas de Eusebio Antoñanzas. El recluso que salió de la cárcel ya no era el pacífico comerciante que entró en ella. Su animosidad contra la injusticia recibida le transformó en una especie de ángel exterminador, sin otro afán que la venganza. Terminaba en un calabozo de Calabozo una etapa de la vida de José Tomás Rodríguez de la Iglesia y comenzaba la del caudillo Boves, o Bobes, nombre tomado del segundo apellido de su padre. [36]

Las huestes del improvisado guerrero se nutrían exclusivamente de hombres "pardos", mestizos y mulatos, excelentes caballistas y carentes de propiedades que no fueran sus propias monturas.

Del mismo modo que la mayoría de las haciendas pertenecían a propietarios criollos, también los esclavos (fueran éstos: indios, mestizos, mulatos o negros) estaban más al servicio de blancos americanos que de blancos españoles. Bolívar, el Libertador, no tenía prevista esta clase de liberación. La sublevación de *pardos* contra *blancos* surgió inesperada bajo el liderazgo del asturiano Boves, a quien las enardecidas tropas del Llano llamaban "Taita" (padre).

En esencia, la veta rebelde de los caballistas de José Tomás Boves era la misma que había enardecido a los seguidores de Galán en Colombia, con la diferencia de que el segundo creyó contar con el apoyo de los insurgentes de El Socorro, sin darse cuenta de que la sociedad neogranadina llegó a temerle más que los propios españoles. En cambio, Boves, desde el primer momento se puso a las órdenes de su libertador, Antoñanzas, y del jefe de éste, el general Domingo de Monteverde.

Boves era un estratega autodidacta. Leía libros sobre el arte de la guerra y aplicaba los principios a su manera. Su ayudante de campaña se llamaba Francisco Tomás Morales. Las tropas de Boves eran nómadas, muy móviles y no dejaban una hora de procurarse nuevos efectivos, entre los liberados de las haciendas por donde pasaban. En 1813, el ejército de Boves sumaba más de diez mil hombres.

Apenas proclamada la Guerra a Muerte, Bolívar encargó a su general Vicente Campo Elías que eliminase la amenaza que para la Segunda República representaban los llaneros de Boves. En este primer encuentro con Elías, que ocurrió en Caño Mosquitero, las huestes de Boves llevaron la peor parte y huyeron. Replegado en

Guayadal, Boves reconstruyó sus fuerzas, mejoró su estrategia y poco después obtuvo dos victorias contque supusieron la recuperación del dominio español en toda Nueva Granada.

La primera de ellas fue la batalla de La Puerta, contra el general Elías, y la segunda también en La Puerta, contra Elías y Bolívar juntos. Simón Bolívar huyó del país a una isla del Caribe y Boves se dirigió a tomar Caracas y Valencia, sin dificultad. En ambas ciudades, Boves aplicó a los prisioneros la misma medicina que prescribió Bolívar con la Guerra a Muerte, causando aún mayor espanto por ser los verdugos de color *pardo*. De ahí el pánico contagioso, que muchos años después se seguía transmitiendo a los niños blancos que se portasen mal. Mencionar a Boves y los suyos, era como hablar de ogros o brujos.

Boves no dirigía sus batallas desde una loma, al estilo de Napoleón o Bolívar, sino al galope y al frente de sus tropas, más parecido a Atila o a Gengis Kan. Dormía al raso junto a su caballo, tras departir y compartir esperanzas y ocurrencias con sus llaneros, en torno a las hogueras que se formaban en las noches previas a las acciones bélicas. Por lo dicho, no cabe imaginar personajes más antitéticos que Montalvo y Boves. El llanero era insensible al dolor, a la piedad y al miedo. El virrey en funciones era asustadizo, compasivo y rebuscado. Sólo tenían en común el enemigo.

Hubo un momento en que Francisco de Montalvo pudo asumir personalmente el mando supremo de la guerra, coordinando a Juan Manuel Cajigal y José Tomás Boves (Monteverde ya había vuelto a España) y unificando los esfuerzos de la reconquista. Fue a raíz de la retirada de Boves y Cajigal a Guayana. Boves había aceptado depender de Cajigal, como quería Montalvo, pero cuando su jefe adoptivo le dijo que ambos ejércitos debían cruzar el Orinoco y abandonar los Llanos, Boves se negó a ello. Entonces, Cajigal, en lugar de hacerlo prisionero allí mismo por insubordinación, optó prudentemente por autorizar que siguiera la guerra por su cuenta.

Y así fue. Cajigal cayó derrotado en Carabobo, mientras que Boves fue sumando victoria tras victoria. La decisión de Montalvo de poner a Cajigal entre Boves y él no sólo había sido equivocada, sino que pudo ser fatal, puesto que había dado una excusa a Boves para pasarse al bando del Libertador, sumando los esclavos a la causa de los criollos. De nuevo, Montalvo tuvo suerte con que el asturiano odiaba a la oligarquía imperante y no quisiese unirse a ella. Siguió leal a la Corona y tomando nuevas plazas.

Un conocido escritor venezolano del romanticismo, Juan Vicente González, reconoce en alguno de sus ensayos que la devastación demográfica que trajo consigo la proclama de la "guerra a Muerte" no fue consecuencia de las atrocidades de Boves sino su causa principal.

> *Esa proclama creó a la República millares de enemigos, pues en dos años hizo bajar al sepulcro 60.000 venezolanos, formó al temible Boves, y fue causa de los desastres en las sangrientas batallas de Urica y La Puerta.*

No todos los cronistas venezolanos han mostrado la imparcialidad de Juan Vicente González. Por el contrario, la mayoría ha convertido a Boves en el contrapunto de Bolívar. Frente al virtuoso Libertador, Boves es presentado como un modelo de maldad arropado por siniestras hordas, y para rubricar el tópico lo pintan oscuro y renegrido, siendo así que lo único de cierto que se sabe sobre su aspecto es que era "roxu", que significa *pelirrojo* en bable. La tentación de crear una leyenda que oculte la causa del levantamiento de los pardos contra los criollos ha popularizado un imaginario desengaño amoroso con una hija de Guillermo Zarrasqueta, al oponerse el padre a la boda.

Montalvo era consciente de los temores que inspiraba Boves entre los propietarios de haciendas, incluidos algunos españoles. Sobre Boves, reconoce Francisco de Montalvo en su *Relación* que:

> *El activo Boves había recorrido la mayor parte de las provincias de Venezuela en persecución de los rebeldes, siempre victorioso, y desbaratado cuanto se oponía a su marcha hasta haber arrojado al mar, por Cumaná, a Simón Bolívar y gran parte de sus partidarios.*

Pese a lo cual, añade que lo hacía con:

> *La fea nota de insubordinación y con la imprudente sed de venganza"*

Preocupaba más al virrey una imagen de gobernante desobedecido que la de comandante supremo y afortunado de una súbita reconquista que tuvo como resultado obligar a Bolívar a refugiarse en Haití.

La dominación militar de Boves en Nueva Granada terminó con una lanzada certera que le atravesó el pecho mientras dirigía la

segunda batalla de Urica, con victoria póstuma de los "pardos", aunque allí perdieran a su "Taita" para siempre. Anonadados, lo enterraron en la iglesia de aquel pueblo.

Desconocedores en España de la "campaña admirable" del asturiano, los consejeros de Indias sólo tenían ante sus ojos las alarmantes y dolidas peticiones de ayuda emitidas desde Santa Marta por Francisco de Montalvo. Sabían de lo ganado por Simón Bolívar y llegaron a la conclusión de que serían necesarios unos 10.000 soldados de reemplazo para recuperar el reino. Ello suponía fletar cuarenta barcos de transporte, y su correspondiente defensa con navíos de guerra. Y así se hizo.

La responsabilidad de mandar la escuadra recayó en un marino de gran experiencia, don Pascual Enrile y Acedo, quien dispuso de los navíos S*an Pedro de Alcántar*a, *Diana,* e *Ifigenia*, la corbeta *Diamante*, las goletas *Patriota,* y *Gaditana* y doce cañoneras, haciendo un total de 18 barcos de guerra.

En los buques que completaban la flota de 52 barcos se embarcaron 10.209 hombres, bajo la autoridad militar de un teniente general que se había distinguido en la guerra contra Napoleón en Bailén, junto a Castaños y en Vitoria, junto a Wellington. Antes estuvo en el desembarco de Cerdeña y en la toma de Toulon. Se llamaba este general: Pablo Morillo.

Había nacido 1775, de una familia de labradores zamoranos, parece que en Fuentes Secas. Este niño tenía 7 años cuando nació José Tomás Boves y 40 cuando llegó a Nueva Granada. En la elección del militar que debía someter a un Bolívar (que imaginaban triunfante) participaron los generales Castaños, Palafox, O'Donnell, O' Donojú, Wimpfen, y el infante Don Carlos.

Pablo Morillo y Pascual Enrile se hicieron a la mar el 17 de Febrero de 1815 en Cádiz con rumbo aparente al Rio de la Plata, hasta que a siete jornadas del puerto, Enrile dio orden a cada barco de ponerse en facha de la almiranta *San Pedro de Alcántara*, donde recibieron la noticia de que su destino era Nueva Granada, noticia que intimidó a los pusilánimes.

La travesía transcurrió sin grandes incidentes y duró dos meses. Algunas fragatas inglesas fueron apresadas y puestas en libertad bajo promesa de dirigirse a Barbados. El 2 de Abril avistaron la isla de Tobago y el día 5 llegaron a las costas de Cumaná y fondearon en

Puerto Santo. El virrey Montalvo había enviado a Francisco Morales para recibir la expedición y enterar a Morillo de las hazañas de Boves. Morillo y Enrile no daban crédito a lo que oían de boca de Morales. Los temibles libertadores estaban huidos y sólo les quedaba el bastión de Cartagena. ¿Y para eso había hecho llegar el gobernador Montalvo la expedición más formidable, y costosa, que se había reunido en España desde Trafalgar?

Morales profesaba un odio especial al general rebelde Arismendi, a quien con bastante razón culpaba de ser el primer instigador de la guerra a muerte. Arismendi se había refugiado de Boves en la isla Margarita con unos 3.000 hombres y ofrecía un blanco perfecto para la primera acción militar de Morillo. Morales no quiso perderse la satisfacción de ver caer a Arismendi y se embarcó con Morillo. Cuando la flota española se presentó frente a la isla, los sitiados propusieron rendirse si eran perdonados. Morillo pensó en el ahorro de vidas y munición, y accedió.

Morales le dijo que estaba equivocado y que allí se practicaba otro tipo de guerra, sin piedad para los vencidos: la guerra que había conocido con Boves. Se esforzó en informar a Enrile y Morillo de la matanza que Arismendi había realizado en ochocientos españoles de Caracas, a los que había añadido los enfermos de hospitales, y consiguió que le condenasen a ser fusilado, junto con sus oficiales. Sin embargo, llegado el momento, Arismendi solicitó el perdón de rodillas y Morillo accedió a cambio de que renunciase a hacer la guerra a los españoles.

Morales se quedó asombrado de la torpeza de los recién llegados, mostró su absoluta disconformidad y auguró a Morillo toda clase de decepciones.

Era aún pronto. Morillo y Enrile no sabían qué hacer con sus 10.000 hombres a quienes alimentar y sin apenas objetivos que atacar, tras la rendición de isla Margarita. El encuentro en Santa Marta entre Morillo, Enrile y Montalvo fue penoso para los tres. Por momentos pensaron en dejar una parte del ejército para la toma de Cartagena y dirigirse con el resto al Río de la Plata, donde podía hacer más falta en aquellos momentos.

Finalmente, seguros de añadir una victoria a sus carreras, Morillo y Enrile decidieron poner asedio a Cartagena. Que la ciudad era impugnable se sabía desde tiempos de la Armada de Vernon. Era el baluarte más importante de la revolución, desde que los vecinos aceptaran las propuestas de los insurgentes.

Morillo decidió rendir la plaza al estilo romano: por hambre. Para ello se dispuso a rodearla por tierra con sus fuerzas y situar la flota de Enrile frente a las ensenadas del puerto, impidiendo la llegada de víveres. Los barcos extranjeros que había ya en el puerto fueron apresados mediante un ardid de Enrile, que decidió entrar usando el pabellón de los insurgentes para evitar los cañones de Boca Chica.

Morillo había instado al virrey Montalvo para que le acompañase en la expedición que juzgaba fácil y éste accedió, aunque, por la forma de dirigirse a él de Morillo, se dio cuenta de que no le había causado buena impresión. Para contrarrestar la imagen de insignificancia, Montalvo concibió la esperanza de que la plaza se le rindiera utilizando como arma la persuasión, y hacerlo de forma que todo el crédito fuera suyo.

Lo sucedido en isla Margarita le animaba a suponer un desenlace similar en Cartagena. El virrey tomó la pluma y empezó a escribir una carta secreta, que a través de emisarios de confianza haría llegar a los jefes de la plaza. En esa larga, retórica, y discordante epístola, Montalvo concluye de la manera siguiente:

> *Próxima a finalizar mi existencia, no teniendo ya otra cosa que ambicionar sino un descanso, sería para mí la última satisfacción presentar a la clemencia de mi Soberano y a la nación, la ciudad y provincia de Cartagena, tan obediente y leal como ha sido siempre, lo que igualmente sería la señal decisiva de restituirse el Nuevo Reino a su antigua y feliz tranquilidad, lleno de este honor que miraré como el mayor premio a mis servicios; concluiré mis días con el dulce recuerdo de haber dejado en paz a mis conciudadanos de la América del Sur" "Espero de la ilustración de V.S. y de las obligaciones en que le constituye su encargo la pronta y categórica contestación que exige en las circunstancias el bien común.*

El resultado puede leerse en la Relación de gobierno de Montalvo:[28]

> *Aunque mi carta fue bien recibida, no pasó de aquí, pues el Gobernador de Cartagena dijo en contestación que, por la gravedad de su contenido, la remitiría al Congreso, que era quien podía resolver acerca de aquello.*

> *En este caso es cuando eché de menos la falta de instrucciones que, dando seguridad a mis procedimientos y desvaneciendo el recelo de una desaprobación, me hubieran inspirado confianza para dar mayor extensión a la empresa, lo que tal vez hubiera producido mejores resultados, siendo manejada por un hombre hábil, autorizado por mis poderes cerca de los revolucionarios si yo lo hubiera podido enviar.*

Para Morillo no había necesidad de enviar cartas. Eran los propios habitantes quienes tenían que rebelarse contra sus jefes y si esto no ocurría, eran los jefes los que tenían que pedir cuartel.

La realidad era que la ciudad estaba literalmente tomada por tropas inglesas y francesas, en número de 2.600 soldados, a los que los defensores habían añadido 1.000 milicianos de color. Llegaron por mar y sus barcos se encontraban en el puerto cuando entró Enrile con su flota. Dueñas de la ciudad eran dos familias americanas rivales, los García de Toledo y los Gutierrez Piñeres.

Al principio del asedio se impuso la voz de José María García de Toledo, que tenía de su lado al gobernador civil Juan de Dios Amador y al militar Manuel del Castillo. Pero en Octubre de 1815 los hermanos Germán y Gabriel Gutiérrez Piñeres dan un golpe de mano, destituyen a Castillo y ponen en su lugar a José Francisco Bermúdez. A partir de entonces se instaura un régimen de terror en la plaza, los soldados denuncian y persiguen a los indecisos, castigando con la muerte todo destello de rebeldía o capitulación.

En Noviembre la situación se presenta insostenible; Bermúdez huye y el hambre hace estragos dentro de las murallas. También en el campo de los asaltantes cunde el desaliento por causas tan poco heroicas como la disentería, el escorbuto y los mosquitos. El 30 de Noviembre, un irritado Morillo da orden de bombardear la ciudad y un día después observa que los sitiados han obligado a que salgan mujeres, niños y ancianos, tanto para preservarles la vida, como para ahorrar alimentos. Poco duraron los pocos víveres que les quedaban: Morillo y Montalvo entraron en la ciudad el 6 de Diciembre de 1815. El virrey describe su impresión con estas palabras:

> *El aspecto terrible que presentaba la ciudad a nuestros ojos no se puede describir exactamente. Cadáveres por las calles y casas; unos de los que acababan de morir al rigor del hambre y otros de los que habían expirado dos o*

> *tres días antes, que no hubo tiempo de sepultarlos; otras personas próximas a fallecer de necesidad; una atmósfera sumamente corrompida, que apenas permitía respirar, nada en fin se dejaba sentir en estos infelices habitantes sino llanto y desolación.*
>
> *A su vista y considerando por otro lado que la causa de la mayor parte de todas las desgracias era la frialdad de este pueblo indolente, que se había dejado sujetar por una facción extranjera y de caraqueños, se apoderaban del ánimo de cualquiera: la compasión, el desprecio y la indignación. Un pueblo de 16.000 almas no tuvo valor de hacer desaparecer a 400 bandidos caraqueños, franceses, ingleses e italianos, ocasionadores de estos males.*

Muchos de los soldados ingleses y franceses embarcaron en Boca Chica y se hicieron a la mar, arrostrando el cerco naval de Pascual de Enrile. No tuvieron suerte: sólo dos de los doce navíos consiguieron burlar el bloqueo y llegar a Jamaica.

Con la caída de Cartagena, que valió a Morillo el título de conde de esa ciudad, se inicia un largo período de cinco años, durante el cual el virrey *de facto* fue el general zamorano. Hasta 1817, compartió el poder con el almirante Enrile, sin anular el estado de emergencia que trataba de justificar por las especiales circunstancias que se daban en el reino. Las relaciones entre Morillo y Enrile siempre fueron distendidas y afectuosas, admirando cada uno las cualidades del otro y dejándose influir en la toma de decisiones.

No queriendo descender al día a día en el gobierno de aquellos territorios, ambos delegaron en el militar Salvador Moxó, que era el jefe Superior de Policía, con todo lo que ese cargo implica de inquisitivo y punitivo. Morillo aleccionó a Montalvo para que permaneciese en Cartagena de Indias, en la tarea de devolver algo de vida a la ciudad y dejándolo con una guarnición menor de la solicitada. Desde allí, Morillo y Enrile se dirigieron a Santa Fe de Bogotá, donde les habían preparado un gran recibimiento que Morillo rehusó, pensando en los castigos que iba a imponer a los ideólogos de la independencia.

Nada de cuanto hacía Morillo parecía bien a Montalvo, quien veía cómo se suprimían las garantías constitucionales a favor de tribunales al servicio de Moxó. Morillo copió de Boves y de Bolívar el recurso a la confiscación de propiedades para financiar el

Ejército. Las Cajas para Sueldos que se guardaban en las bodegas del *San Pedro de Alcántara* se hundieron por una explosión en la santa bárbara, no bien explicada, cuyo valor se estimaba en un millón de pesos.

Frente a la dictadura de Morillo y Enrile, Montalvo encontró una voz amiga y aliada en uno de los jueces de la Audiencia, esos que habían sido ninguneados por el recién creado Tribunal de Apelaciones. De forma valiente, este juez, llamado Juan Francisco de Heredia, denunció la justicia de Moxó, convertida, según él, en una farsa. Decía que: "Venezuela tiene el raro honor de ostentar el tribunal más monstruoso que han visto los siglos". A lo que contestaba Moxó que la Audiencia que lo acusaba tenía el "raro honor de no haber condenado a uno sólo de los culpables de asesinar españoles" en años anteriores.

En los que duró el gobierno de Morillo, Moxó liberalizó el comercio con países amigos (y por extensión: no enemigos), se subieron los sueldos de los oficiales de manera notable, se dedicaron muchos recursos y jornales a la mejora de los caminos (en esto de los caminos tuvo mucho que ver Pascual de Enrile) se equipararon a los de los blancos los derechos de los pardos (a instancias de Morales) y se abolió la esclavitud, obligando a los amos a que practicasen manumisiones parciales y continuadas, según un calendario preestablecido.

Estas medidas fueron enviadas por Morillo a Madrid para su conocimiento y ratificación, ante la incredulidad y estupor de Montalvo, que no comprendía que aceptasen las medidas de Morillo al mismo tiempo que él seguía recibiendo cartas amables y correctas, sin la menor queja. Mayor aún fue su asombro cuando, en 1816 le ascendieron a teniente general y confirmaron como tal virrey.

La larga resistencia que opuso Cartagena a Morillo había hecho reflexionar a los consejeros de Indias, quienes a partir de entonces usaron de una política con dos caras: una, que personificaba Morillo, consistente en descabezar la rebelión por la vía militar, y otra, encarnada por Montalvo, que se basaba en ofrecer legalidad, orden y clemencia. Ninguno estaba al tanto de la doblez, y de ahí que Morillo despreciase a Montalvo y Montalvo cargase contra Morillo y se doliera de ver sus protestas ignoradas.

En la Relación[100] de Montalvo a su sucesor pueden leerse estas contradicciones:

> *Y esto es lo que ha sucedido entre el general Don Pablo Morillo y yo. Aquél ha pedido para sí a todas las Cajas Reales los caudales existentes en ellas sin contar con mi anuencia y acuerdo para cubrir mutuamente nuestras necesidades; y ha impuesto contribuciones a provincias haciendo pasar el producto a la tesorería de Ejército, junto con las cantidades que en calidad de multas ha exigido de muchos habitantes, de cuyos particulares no me ha dado el menor conocimiento oficial, habiéndome impuesto de ellos por diferentes conductos.*

Aun así, Montalvo pudo restablecer el poder de la Audiencia en 1815 y terminar con el Tribunal de Apelaciones. Nombró una comisión de jueces que se reunieron con Moxó y le convencieron de que les cediese todas las causas pendientes. Uno de los baldones que caen sobre la figura de Morillo son las siguientes líneas de la Relación del virrey:

> *A esto se agregan las ejecuciones de más de 7.000 individuos de las principales familias del virreinato, que han sido pasados por las armas por sentencias del Consejo permanente a las órdenes del general Morillo, unos delincuentes y otros no tanto, los cuales hubiera convenido más al servicio del Rey deportarlos para siempre de su país, adonde no pudieran perjudicar, después de haber hecho algunos ejemplos en cabezas principales de la revolución. El concurso de causas referidas infaliblemente ha de producir el descontento y la desesperación de los pueblos y de las consecuencias de este descontento es de las que no me toca responder.*

Francisco de Montalvo dejó el virreinato el 9 de Marzo de 1818. El Consejo había escuchado las preferencias de Morillo y nombrado sustituto en la persona de Juan José Sámano. Fue una mala elección.

Juan de Sámano[29]

Nueva Granada 1817-1819

Aunque don Juan de Sámano sólo fue virrey dos años, ya llevaba treinta y siete sirviendo a la Corona como militar. Apareció por América de teniente en 1780, destinado en Puerto Rico y luego en Cartagena de Indias, donde se mantuvo hasta 1785. Hay luego un intermedio de nueve años que pasó en España, donde ascendió a capitán y participó en la guerra de la Convención, de la que siempre recordaría las heridas que recibió en sus piernas, que le dejaron algo cojo. Su siguiente destino fue en Nueva Granada como comandante del Batallón Auxiliar que defendía Santafé. Ya nunca volvería a España a pesar de que lo pidió alguna vez. Era montañés, de un pueblo que se llama Selaya y que no parece recordarlo mucho ni poco.

La serie de ejecuciones sumarias, indiscriminadas y en masa, tanto a militares como a civiles, tenían un comienzo puntual en la declaración de *guerra a muerte* que hizo Simón Bolívar el 15 de Junio de 1813, inaugurando su régimen de terror como arma revolucionaria. El hecho de añadir, como botín, las confiscaciones a todo "español o canario" que no se sumase a la revolución, contribuyó a lograr adeptos, que no lo hubieran sido sin aquella proclama. Ya se vio, en la historia del virrey Montalvo, cómo el asturiano Boves aprovechó la

idea para ofrecer el mismo premio a los no blancos, lo que le permitió expulsar a Bolívar del Continente y hacer innecesaria la costosa expedición del general Morillo, que se sorprendió de lo tranquilo que estaba el virreinato a su llegada.

Los comienzos de la independencia de Nueva Granada son objeto de un libro escrito por una profesora inglesa, de nombre Rebecca N. Earle.[47] Sus apreciaciones sobre la facilidad con que se produjo, cuando, según ella, en 1816 no era algo que la sociedad criolla desease particularmente, se sustentan en observaciones verosímiles. Antes de pasar a enumerarlas, digamos que la conclusión a la que llega la autora es que los gobernantes españoles jugaron mal las pocas cartas que les quedaban.

Uno de los errores fundamentales que señala Rebecca Earle sería la duración excesiva de la estancia de las tropas de Morillo. La manutención de tantos soldados errabundos fue una dura prueba que la sociedad criolla no perdonaría a sus causantes. En cuanto a los oficiales de Morillo, su manera de tratar a los militares de carrera que los recibieron dice Earle que no fue ni correcta, ni inteligente. El excesivo orgullo de los recién llegados se hacía tanto más odioso por el favoritismo con que repartían los ascensos. (A ello añadimos nosotros que Morillo no supo aprovechar el atractivo que Boves y su lugarteniente Francisco Tomás Morales ejercían sobre los mestizos y mulatos, los cuales, junto con los indios, eran aliados naturales de los españoles.

La tesis de, Rebecca Earle es que la Corona española, dudando entre aplicar una política de severidad y dureza o una de benevolencia y perdón, optó por la peor solución: no decidirse claramente por ninguna de las dos.

La política del perdón propició ocasiones de lograr una pacificación duradera, pero se malograron por los incumplimientos de quienes no creían en ella o clamaban venganza. La del rigor tuvo fallos tan estrepitosos como la deserción en Andalucía de la expedición de Riego o la connivencia entre militares masones de ambos bandos.

El efecto sobre la población blanca del virreinato fue de confusión y dudas permanentes sobre el triunfo final de unos u otros. Ya dijimos al hablar del virrey Montalvo, cómo la fórmula de “Guerra a muerte” adoptada también por Boves, con el apoyo de los *pardos*, si bien favorecía al bando realista, no por ello dejaba de preocupar a los españoles, que coincidían con los criollos en sus intereses de clase burguesa.

Cuando Morillo hubo de resolver la insurrección de Cartagena de Indias, en lugar de atacar con un ejército muy superior y eliminar a sangre y fuego aquel foco de resistencia, adoptó la táctica blanda de rendir la ciudad por asedio. La ventaja aparente era que no habría derramamiento de sangre y permitía ser benévolo cuando se produjera la rendición. Pero los inconvenientes fueron mayores: porque los sitiados aguantaron más de lo previsto, el hambre causó muchas más víctimas y los principales responsables, la mayoría extranjeros, escaparon por mar.

La clemencia que Morillo aplicó al general Arismendi en la toma de isla Margarita había perdido fuerza ante la opinión, por la inconformidad de Francisco Tomás Morales. Para mayor confusión, el virrey Montalvo era partidario de otorgar un indulto general. Esta vez el Rey escuchó a Montalvo y el indulto se produjo el 6 de Abril de 1816, cuando ya se había juzgado y ejecutado a nueve de los principales responsables de la rebelión.

Juan de Sámano, en este tira y afloja permanente entre gobernantes, fue uno de los más destacados partidarios de la mano dura. Como gobernante fue quien tomó la decisión de ejecutar a dos figuras que son héroes nacionales de Ecuador, por simbolizar los primeros brotes de resistencia al dominio de la Corona española. Nos referimos a la heroína Policarpa Salvatierra y a Carlos Montúfar, hijo del marqués de Selva Alegre. Hablaremos primero del aristócrata ecuatoriano:

Carlos Montúfar había sido enviado a Europa por su padre, con el fin de completar su educación. Se conocía su amistad, íntima, con el naturalista Humboldt, a quien acompañó a París para presenciar la coronación de Napoleón. Luego se separaron; Alexander marchó a Berlín y Carlos a Cádiz. En España participó en la guerra de la Independencia, asistió a la jornada de Bailén y fue comisionado por la Junta de Sevilla para asegurar la lealtad de la Audiencia de su país al trono vacante de los Borbones. Pero cuando llegó a Quito se encontró con que una parte de la oligarquía ecuatoriana, su padre incluido, temerosa de los Bonaparte, se había constituido en Junta Suprema sin admitir dependencia alguna de aquel trono vacío. Y se unió a la causa.

Llegado el momento, en 1812, el virrey Montalvo nombró gobernador de Quito a don Toribio Montes, y para asistirle en su toma de posesión le proporcionó el apoyo de la II División, división que mandaba, precisamente, don Juan Sámano. Tras una victoria inicial en Mocha, Sámano puso cerco al montículo que defiende la ciudad de

Quito, el que llaman del *Panecillo*. Incapaces de resistir, la mayor parte de los rebeldes huyeron; entre ellos el más destacado: Carlos de Montúfar. Ya dentro de Quito, don Toribio encomendó a Sámano la persecución de los insurgentes, los cuales fueron rodeados y hechos prisioneros en San Antonio de Ibarra. Siguió una discusión sobre qué hacer con ellos. Montes ofrecía el indulto, Sámano exigía ejemplar. Montúfar fue desterrado. La mayoría de los prisioneros de Sámano fueron indultados, con la excepción de Francisco Calderón. Desde entonces Toribio Montes tuvo a Juan de Sámano como persona difícil y de pocos escrúpulos.

Al igual que ocurrió con Antonio Nariño y con otros rebeldes que fueron enviados a España, a Montúfar se le vio reaparecer en Colombia con la misma beligerancia unos años más tarde. Cuando volvió de su destierro, se unió a Bolívar quien lo nombró coronel y como tal se encontró de nuevo frente a Juan de Sámano en Cuchilla del Tambo. Fue en una batalla desigual porque las fuerzas realistas eran más numerosas. Los insurgentes no debieron presentarse, pero el ardor o la inconsciencia de Pedro de Monsalve los llevó directamente a la catástrofe. Esta vez Montes no pudo perdonar y Montúfar fue condenado como traidor y fusilado por la espalda.

Entre los prisioneros de la contienda de *Cuchilla del Tambo* estaba también un joven llamado José Hilario López que luego llegaría a presidente de la República de Colombia. En aquella ocasión fue condenado a muerte, pero fue indultado con la condición de servir en el Ejército español. La idea del indulto partió, como era previsible, de Toribio Montes.

De nuevo en Bogotá, Hilario López aprovechó para conspirar en las reuniones de la familia Almeida, gentes ricas de la región colombiana de Pamplona. Entre los asistentes hubo un delator; José Hilario y su hermano fueron denunciados y capturados en la redada que se produjo después. Entre los detenidos iba una joven llamada Policarpa Salvatierra.

La decisión de fusilar a Policarpa Salvatierra tuvo mucho que ver con la animosidad de Sámano contra un coronel de Nariño. Venía de los tiempos en que Sámano era gobernador de Popayán, una villa muy cerca de Quito, justo después de que ayudase a Toribio Montes a recuperar la ciudad en 1812.

Desde Colombia, Antonio Nariño había logrado cruzar al Sur y junto con fuerzas locales mandadas por Francisco Cabal e Ignacio

Rodríguez se dispusieron a atacar a Sámano. Mientras del ejército de Nariño puede decirse que era una tropa más o menos convencional, los hombres reclutados por el coronel Rodríguez se distinguían por su vesania. Pero les separaba algo más: Nariño postulaba una confederación de Estados bajo la tutela del Libertador, mientras que Rodríguez ya pensaba en un Ecuador independiente.

Antes del enfrentamiento con los rebeldes, el ejército de Juan de Sámano se vio reforzado con tropas de los coroneles José Solís y Antonio Azín. Hubo dos encuentros sangrientos contra la insurgencia: uno en *Alto Palacé* y otro cerca de la hacienda de don Marcelino Mosquera, conocida como *el Calibio*.

En ambas batallas vencieron los independentistas. Más de trescientos españoles fueron hechos prisioneros. Qué les ocurriera después, no ha quedado claro en los anales. Lo único comprobado es que su desaparición fue causa de la ruptura entre Nariño y Rodríguez.

Juan de Sámano había huido con parte del ejército a la zona india de Pasto, en lugar de volver a Popayán, dejando la ciudad inerme, lo que facilitó la entrada de Nariño unos días más tarde. De Solís se dice que murió luchando valerosamente, aunque otros dicen que estaba entre los prisioneros.

El componente truculento del relato tiene que ver con la cabeza del coronel Antonio Azín, que fue expuesta en Popayán para que no cupiese duda a los vecinos sobre la fragilidad del poder monárquico. Puede que haya algo de leyenda o exageración en la narración del escritor Pablo Victoria[101]sobre el tormento y agonía de Antonio de Azín a manos del coronel Ignacio José Rodríguez y sus compañeros de armas. Tan fatídica suerte habría sido perpetrada para todos los oficiales capturados, en los patios de una hacienda cercana, posiblemente la misma de Mosquera. Según Pablo Victoria, el prisionero Azin llevaba unas horas atado a una pared, cuando

> *Un soldado le agarró del pelo y le dio un tajo en el cuello. Murió de manera estoica y sólo se le escuchó lanzar un gemido cuando le hizo un segundo tajo para separarle la cabeza.*

Testigo de la batalla de Calibio y el que da más detalles de todo lo que ocurrió en aquellas horas, fue el mencionado José Hilario López, el cual, al llegar al tema de los prisioneros, dice que:[101]

> *Duró tres horas largas, y al fin, después de reñido combate, se decidió la victoria en nuestro favor, sufriendo los*

> *españoles la más completa derrota, y quedando el campo cubierto de cadáveres, entre ellos el de Asín y ocho Oficiales más.*
>
> *Contamos como 400 entre muertos y heridos, y se tomaron más de 300 prisioneros, entre ellos el Coronel Solís y seis Oficiales. Todo el armamento, con ocho piezas de artillería, cayó en nuestras manos.*
>
> *Nariño intentó salvar la vida de Asín, pero éste no quiso rendirse, y murió como un héroe, peleando valerosamente espada en mano.*

Una explicación sería que Hilario López quisiera hacer menos repugnante la acción de mandar la cabeza de Azín a Popayán, al escribir que el general español murió en combate y añadiendo que Nariño "intentó salvarle la vida".

La versión que pudiéramos llamar oficial y la que salvaguarda la honorabilidad del *Precusor*, como llamaban a Nariño, es la que aparece en un pasadizo escondido de la segunda planta de la antaño mansión de los Mosquera y que dice ser el lugar donde fue decapitado el coronel Azín. Allí aparece escrito que lo hizo Ignacio José Rodríguez.

Que el asesino de Azín estuviera escondido en el mismo lugar donde fue arrestada Policarpa Salvatierra no podía pasar desapercibido a Juan de Sámano. El coronel Ignacio Azín había sido su amigo y compañero de armas en la jornada de Calibio, en la que ya vimos que Sámano huyó tempranamente y por cuya cobardía Montes hizo que fuese procesado y relevado del mando. Con tales antecedentes, por la mente de Juan Sámano debieron pasar sentimientos de venganza al saber que Policarpa y el verdugo de Asín eran cómplices.

De Policarpa Salvatierra, aparte de su admitida culpabilidad de espionaje y acopio de fondos y armas a favor de la conspiración, poco más se sabe. Esta ausencia de datos biográficos, combinada con su entereza y violento independentismo ha hecho de su figura un personaje mitad histórico, mitad legendario. Parece cierto que era persona protegida por la familia Almeida, en cuya casa se celebraban reuniones que acogían el fervor nacionalista.

El apellido Salvatierra pudo ser de adopción; no queda memoria de la fecha de nacimiento ni ha aparecido la partida de bautismo. Los supuestos padres caen pronto en su biografía, víctimas de una

epidemia. Sus hermanos también. Hay quien dice que se ganaba la vida como costurera en un pueblo cerca de Bogotá. [34]

Nos la imaginamos como una joven animosa, servicial con algunas familias de Bogotá y muy valiente. Y hábil para moverse en aquellos círculos que trataban de emular a las Juntas ibéricas con idéntico patriotismo, trasportado al mundo americano. Muchos recados, muchas armas cambiadas de manos y muchos sobornos de carceleros fueron llevados a cabo por Policarpa sin despertar sospechas. Importante en sus manejos era el tener la vivienda fuera de la capital; así su presencia en Bogotá era menos advertida, por lo esporádica. Fue descubierta por casualidad (el investigado era su novio) pero los documentos no dejaban lugar a dudas. Cuando se supo que *La Pola*, como la llamaban, estaba presa, algunos miembros de familias influyentes temieron por sus vidas y haciendas.

En su novela, *La pasión de Policarpa*, el autor Pedro Badrán[34] deja claros los pasajes que se ajustan a la verdad histórica y los que se deben a su imaginación de novelista. Al describir la ejecución de Policarpa y sus compañeros rememora las palabras de aquella mujer, que pronunció en voz alta y sin quiebros, en las que echaba en cara la apatía y resignación de quienes, debiendo haber hecho más por ella y por la causa (si no rebelarse resueltamente) asistían silenciosos a su sacrificio.

A partir de aquella fecha, un sentimiento de temor colectivo se adueñó de los represaliados, por lo que los verdugos se esmeraron en que el miedo no desapareciera del todo, vistos los aparentemente buenos resultados en apagar el fuego del independentismo.

En el archivo militar de Segovia se guarda un documento en el que, Juan Sámano, se describe a sí mismo triunfante y pasa por encima de hechos como las derrotas de Alto Panacé y Calibio, así como las protestas de la Audiencia por sus métodos de persuasión heredados de Morillo, a su vez heredados de Boves, quien los había heredado de Bolívar.

Los años 1815, 1816, 1817 fueron propicios a la ambición de Juan Sámano. A pesar de que Montes lo había cesado y sustituido por Baltasar Aymerich, no llegó a ser condenado por cobardía porque renunciaron a juzgarle los jueces de Quito, que aprobaban su conducta. Rehabilitado, volvió a Pasto como gobernador y comandante general. Fue entonces cuando logró vengarse de Nariño al retomar Popayán al frente de una División que derrotó a los independentistas el 29 de

Junio en la mencionada batalla de *Cuchilla del Tambo.*

Aquella derrota de los independentistas conllevó el fin trágico de Montúfar, y la elevación de Juan Sámano a comandante de los restos del ejército de Morillo, a quien sucedió ascendido a mariscal de campo. Luego vino su nombramiento como gobernador interino de Bogotá en Noviembre de 1816. En el verano de 1817 Fernando VII , siguiendo el consejo de Morillo, nombró a Sámano virrey de Nueva Granada. Dice Sámano:

> *Fui comisionado desde la ciudad de Quito a la de Pasto y marchando a dicho paraje, sesenta leguas distante de aquella, con la gente que pude recoger y formar, emprendí marcha para Popayán y posesionándome de la Cuchilla de Tambo, los volví a derrotar a los enemigos superiores en número, siendo el resultado de esta victoria la conquista de toda la Provincia; y además, logrando reunirme con el Ejército Expedicionario del general en jefe don Pablo Morillo, quien me nombró comandante general de la III División y gobernador de las provincias de Venezuela, cuyo cargo he desempeñado hasta que la piedad de Su Majestad se sirvió conferirme el virreinato de mismo Reino.*

Esta buena opinión de sí mismo no era compartida por la Audiencia, cuyos jueces se manifestaron en contra de su nombramiento, precisamente por disentir de su política de escarmientos. Escribieron a la Corte pero la victoria de Cuchilla del Tambo pesó más en Madrid que la mala impresión de haber convertido en mártires a Montúfar y Policarpa.

Instalado ya Sámano como virrey en Bogotá el 9 de Marzo de 1818, y ausente Morillo, por haber regresado a la Península, la reorganización del ejército correspondía a un joven militar llamado José María Barreiro. Mucho había que hacer, pues en las filas del Ejército expedicionario ya no quedaban más que unos pocos de los que salieron de España.[45]

La mayoría había desertado o causado baja por enfermedad. En su lugar se acogía a indios, mestizos y mulatos a cambio de sueldos, no siempre satisfechos puntualmente, o exención de tributos. Barreiro consiguió así un contingente de más de 3.000 hombres, aparentemente disciplinados, pero faltos de experiencia. En cuanto a la población, los mismos indios sufrían las consecuencias de tener que mantener aquella tropa, cediendo parte de sus escasos bienes.

Sámano observaba los progresos del coronel Barreiro con una

mezcla de admiración e inquietud. Dudaba del comportamiento de la gente de color, en tesituras difíciles. Propuso a Barreiro que cediese el mando a Calzada, como más experto en el mando de gente de poco fiar, pero el afán de Barreiro por destacar y obtener una gloria temprana se impuso a la prudencia.

Las campañas de Barreiro se iniciaron a principios de 1819 en la zona de Casanacre, foco de guerrilleros insurgentes, con buena fortuna al principio, aunque las deserciones fueron en aumento y el ejército acabó retirándose de Los Llanos en el mes de Junio. Conociendo la precaria moral de los soldados realistas, Bolívar cambió sus planes: tenía pensado intentar la reconquista de Caracas, pero se dirigió a los Llanos, con un ejército que incluía oficiales y mercenarios ingleses.

En su marcha, Bolívar logró nuevos alistamientos y llegó a Tunja en Agosto, mientras el ejército de Barreiro había quedado reducido a la mitad después de las jornadas de Casanate. Sabedor de la inminente llegada de Bolívar, Barreiro se sintió desasistido y trató de reunirse con las tropas del virrey en Bogotá, antes de hacer frente a los enemigos. En la trayectoria a seguir se encontraba el puente de Bocayá. Allí les esperaban el coronel rebelde Francisco Santander y, algo más rezagado, el general Anzoátegui. La avanzada del ejército español se encontraba almorzando tranquilamente cuando se vieron atacados por los fusileros del coronel Santander. El caos fue instantáneo y la resistencia desorganizada animó a que interviniese Anzoátegui.

Cuando Barreiro quiso acudir en ayuda de su avanzadilla, fue observado por Simón Bolívar desde una atalaya, y dejando pasar un tiempo que consideró oportuno, ordenó el ataque a sus tropas. Se inició así la batalla propiamente dicha, que no fue nada heroica por parte del ejército español, con la sola excepción del coronel Tolrá y sus hombres, que murieron luchando valientemente.

Duró menos de dos horas; más de cuatro mil soldados participaron en uno y otro bando. Los independentistas solo tuvieron 13 muertos y los españoles no más de cien. Menos de una baja cada cuatro minutos entre los vencedores y una baja cada minuto y medio entre los vencidos. Es difícil imaginar en qué consistía una lucha tan poco cruenta, salvo que haya durado bastante menos tiempo de lo que dicen los partes de guerra. La aritmética insinúa una rendición temprana y masiva.

La noticia de que Bolívar y Santander se acercaban victoriosos a la conquista de Bogotá, sembró el pánico en la residencia de Sámano.

El relato del virrey al gobernador de Quito (lo era entonces el general Aymerich que en varias ocasiones rivalizó con Sámano al propugnar una política menos dura) es un involuntario y confuso "autorretrato" de Juan Sámano, poco favorecedor:

> *Nare, 12 de Agosto de 1819*
>
> *Excelentísimo Señor*
>
> *En la noche del 8 del corriente, entre las ocho y las nueve de ella, se me presentaron en Santa Fe el ayudante del comandante general de la Tercera División don Manuel Martínez Aparicio y el comisario de la misma don Juan Barrera, con la noticia verbal inesperada de que el enemigo había derrotado enteramente nuestra División, habiendo quedado muertos diversos jefes; que no se sabía del comandante general don José María Barreiro y que los enemigos podían entrar en Santa Fe el día siguiente, según consta en la declaración judicial que dieron.*

Pasa a quejarse de una anterior decisión de Morillo, por haber mudado a un coronel de su misión:

> *Por desgracia, los fugitivos Aparicio y Barrera no vinieron por el Camino Real, desde el cual podía haberse difundido la noticia al valle de Tenza, donde se hallaba el teniente coronel don Antonio Plá, y adonde la había hecho pasar el comandante general, apartándole de Chocontá, donde estaba mejor apostado...*
>
> *Se ve que todo lo erró dicho comandante general.*

Describe luego los informes de Barrera y Aparicio:

> *Engañó a éste Bolívar, pues con un movimiento de su ejército, ni previsto ni observado, tomó la retaguardia de Barreiro, ocupando Tunja y quitándole las comunicaciones con la capital, provocándole también a Barreiro, con su aparente dirección a dicha capital, a que le siguiera, y teniéndole prevenido emboscadas, le esperó en el camino proyectado y lo despedazó.*
>
> *Fue la acción de Bocayá el 7 del corriente en la Casa de la Teja, o sea de Postas, de la ciudad de Tunja, que está pasada ésta para Santa Fe.*

Viene luego una crítica, merecida, contra Barreiro:

> *Ya ve V.S. qué comprometido quedó con el engaño que padeció Barreiro, y su peor dirección; pues poco me hubiera importado la marcha de Bolívar hasta dicha capital, si aquel hubiera conservado sus fuerzas, siendo el engañado, en tal caso, Bolívar.*
>
> *Y es de advertir que hacía ocho días que no me había escrito Barreiro, y, como dije, me vi sin otro arbitrio, por la premura de tiempo que escribir aventuradamente (porque el enemigo no daba lugar a otra cosa) a los fuertes destacamentos que tenía en batallón… a fin de reunirse con unos cuatrocientos hombres de dicho cuerpo, entre reclutas inútiles e instruidos, con que me hallaba en la capital, al mando del coronel Sebastián de la Calzada, a quien encargué procurase ganar dos marchas siquiera, para librarme de la caballería enemiga*
>
> *Y yo, al mismo tiempo que dichas tropas con Calzada, salí para la villa de Honda, a fin de proteger la salida de la Audiencia, Tribunales, caudales y emigración, proporcionando chamanes y barquetas a dicho puerto.*
>
> *Todas aquellas acciones se hicieron en el discurso de la noche del 8, y en día y medio ¡Me puse en Honda!*

A partir de esa "noche del 8 de Agosto", la sombra del virrey es la de un alma en pena a la que nadie hace caso y que se refugia en Cartagena de Indias. Siguió llamándose a sí mismo virrey, se trasladó a Jamaica y de allí a Panamá, donde murió el 1 de Agosto de 1821, justo a tiempo para no llegar a ver la independencia de ese país.

Ya tampoco era virrey. El 2 de Septiembre del año anterior en España se nombró sustituto de Sámano, en la persona del gobernador de Panamá: un militar que había rechazado los ataques del comodoro inglés Mac Gregor, recuperando Portobello y fortaleciendo el país.

Se llamaba el nuevo virrey Alejandro Hore y, pese al apellido, era vasco de San Sebastián. Cuando llegó la noticia a Nueva Granada, Alejandro Hore había fallecido dos meses antes. Fue así don Alejandro un virrey no solo postrero sino póstumo.

Como epílogo del gobierno de Juan de Sámano, habría que no dejar en el olvido la triste suerte de José María Barreiro y los oficiales derrotados en el puente de Bocoyá[46]

Él y todos sus ayudantes fueron conducidos prisioneros a Santa Fe, donde vieron entrar victoriosos a Bolívar, Santander y Anzoátegui. Los independentistas celebraban haber asestado un golpe muy importante al poder de España, pero no eran conscientes entonces de que Bocayá era su victoria definitiva. Sabían que en la Península se estaba organizando una nueva expedición más potente y numerosa que la de Morillo. Pero la temida invasión jamás salió de Cádiz, debido al levantamiento de Riego.

La historiadora Rebecca Earle, citada al principio de esta reseña, dice en su libro[47]: "La afirmación de que el levantamiento de Riego contribuyó a la pérdida de América está totalmente justificada."

Antes de partir para Angostura, Simón Bolívar hizo saber a Francisco de Paula Santander que convenía guardar las vidas de los prisioneros importantes, para canjes eventuales. La recomendación se filtró entre los miembros de las familias conocidas de Bogotá, lo que alegró no poco a los oficiales cautivos, que eran treinta y seis. Durante el mes de Septiembre de 1819 las visitas a la cárcel de la ciudad fueron en aumento por la simpatía que inspiraban aquellos jóvenes, entre los que destacaba la presencia de José María Barreiro.

Tanta condescendencia acabó irritando al coronel Santander, quien, para poner fin a las visitas de una vez, no encontró nada más expeditivo que fusilarlos a todos. Las sentencias se cumplieron de forma inmediata en Octubre del año 1819.

Juan Cruz [30]

Nueva Granada 1821

Don Juan Cruz Mourgeon era sevillano. Como los buenos toreros, sabía hacerse notar exponiendo su cuerpo ante el peligro. Un cuerpo no de torero sino de soldado, y si las cicatrices fueran medallas, el de Juan Cruz tenía varias grabadas en la piel.

De sus comienzos, lo poco que se sabe lo ha escrito en una reseña don Enrique de la Vega[30]. Allí dice que nació en 1766 y que aún adolescente se alistó de soldado raso como voluntario, llegando a sargento a los 25 años.

La campaña del Rosellón le permitió acreditar valentía, recibiendo una primera herida en el muslo derecho durante el ataque a una batería francesa situada en el *Puig d' Oriol*. Apenas curado, recibió otra herida en la acción de *Las Millas*.

La tercera herida fue de una bala que le penetró el brazo izquierdo en los intentos de ocupación del *convento del Roble*, con la guerra en suelo catalán.

La cuarta, también en el mismo brazo, se produjo durante los combates al pie de *Monrroch*.

Terminó sus servicios en aquella guerra con el grado de teniente y fue ascendido a capitán en 1808. Aquellas muestras de valor no habían

dado como fruto una carrera rápida. En cambio, la autoridad que demostró en organizar y disciplinar la primera unidad de infantería que tuvo a su mando agradó a sus superiores, que le nombraron teniente coronel de un nuevo batallón, al que denominaron "Tiradores de Cádiz".

Este regimiento, con Cruz al frente, estuvo en Andújar, preparando la batalla de Bailén, y ocupó el ala derecha del ejército del general Teodoro Reding, siendo parte del que derrotó finalmente a Pierre Dupont, general al que Cruz persiguió en su retirada y al que logró capturar 700 prisioneros más.

En el pueblo de Arjonilla tuvo lugar un encuentro singular con las tropas francesas. Cruz advirtió la buena disposición para el combate de un capitán y le situó a la vanguardia de su regimiento. La unidad se encontró con un grupo de dragones franceses en una posta de caminos. En aquella breve escaramuza los franceses tuvieron 17 bajas y los españoles ninguna. El capitán, sin embargo, cayó de su caballo herido y estuvo en manos de los enemigos hasta que un soldado de los húsares de Olivenza le pudo rescatar. El parte del día de Juan de la Cruz dejó constancia del hecho y del nombre del capitán: se llamaba José San Martín.

Con tales méritos, Juan Cruz, que había comenzado el año 1808 con el grado de teniente, en Agosto ya era coronel. Su siguiente actuación fue en apoyo de la villa de Lerín, junto al río Ebro. Después de una defensa honrosa, la rindió al enemigo, porque los franceses lograron que los sitiados se quedasen sin agua.

Fue hecho prisionero y enviado a Francia y allí pasó casi dos años, tratado con alguna consideración, hasta que pudo escapar y reaparecer en Cádiz, para sorpresa de sus compañeros.

En Enero de 1811, Cruz recibió instrucciones de expulsar a los franceses de la villa de Medina Sidonia, orden que cumplió al mando de un contingente de 890 soldados, mitad caballería mitad infantería. El día 28, entraron en el escarpado lugar a bayoneta calada y lo liberaron.

Vino después la cruel y sangrienta batalla de La Albuera, donde su aportación fue premiada con el cargo de mariscal de campo y 500 escudos de vellón... mientras durase la guerra. También le valió el nombramiento de Comandante General de Asturias.

En el puerto de Cádiz estaba ya listo Juan Cruz para embarcarse rumbo al Principado, cuando recibió contraorden de permanecer en

Andalucía por ser más necesaria su presencia allí. Se trataba de reconquistar el Campo de Gibraltar y Sevilla. Primero debería transportar tres mil hombres a Tarifa y dirigir la toma del istmo. Luego las tropas de Cruz, en número de once mil, debían unirse a las del teniente coronel inglés John Scrope Colquitt, frente a Sevilla.

La campaña de Cruz se inició de manera envolvente, tomando en primer lugar la villa onubense de Niebla y rodeando Sevilla por el Oeste, hasta llegar a la ribera del Guadalquivir, que cruzó por un improvisado puente de barcas a la altura de Triana. Tuvo ayuda de los hombres que mandaba un curioso aventurero escocés, llamado John Downie, que perdió un ojo en aquella ocasión.

El Cabildo de Sevilla, cuando pudo hacerlo, escribió al rey en el tono que sigue:

> S*e digne conceder al ayuntamiento y habitantes de Sevilla la dulce satisfacción de ver teniente general y con la Cruz de San Fernando, al mariscal de campo don Juan de la Cruz Mourgeon, en justo reconocimiento del pueblo...etc., etc.*

No hubo contestación. Pero algo de aquel elogio debió alcanzar al auditorio donde importaba, pues en 1817, el todavía coronel Juan de la Cruz fue nombrado para regentar la capitanía general de Andalucía, viendo así colmadas sus aspiraciones.

En esas felices circunstancias, se comprende que el pliego con su nombramiento como capitán general (no virrey) del Reino de Nueva Granada se le cayera de las manos. Pero no había más remedio; su sustituto en Sevilla ya estaba nombrado. Sería el conde de la Bisbal, don Enrique O'Donnell.

Fue bajo el gobierno de este O'Donnell cuando los liberales de Cádiz alumbraron el alzamiento contra el régimen absolutista de Fernando VII, sublevando las tropas que debían haber zarpado rumbo a América en ayuda de los gobernantes de la Corona. Enrique O'Donnell (tío de Leopoldo) fue acusado de ineptitud al no enterarse ni lograr impedir la conspiración de Riego.

Aquel ejército, que debió marchar a defender el virreinato, fue detenido y vuelto atrás, para convencer al monarca de las bondades de la Constitución del año 12. Semejante revés a las esperanzas de refuerzos al otro lado del Atlántico ha sido considerado decisorio en los acontecimientos que se sucedieron a partir de entonces en los virreinatos.[47]

El 1820, que comenzó con la jornada de Cabezas de San Juan, transcurrió sin que el nombramiento de Juan de la Cruz para reemplazar a Sámano en Nueva Granada se hiciera efectivo. Ese mismo año se nombró a John O'Donohou para sustituir a Ruiz de Apodaca en Nueva España. Cuando Cruz se enteró del sueldo y honores que se habían concedido al irlandés, se sintió menospreciado. Se conserva la carta que escribió al Rey, aduciendo sus servicios sin atisbos de modestia, y dejando caer que alguien sin dudad los habría minusvalorado a los ojos de S.M. Dado que su carta tendría que pasar por el despacho del ministro de la Guerra, no sorprende demasiado la fría respuesta:

> *He dado cuenta al Rey de la instancia de V.E. del 1º actual, en solicitud de que se le conceda el ascenso a Teniente General, en razón de los perjuicios que V.E. alude y en atención al nombramiento de Capitán General del Nuevo Reino de Granada excluyéndole del Virreinato…y su Majestad, en su vista, no ha tenido a bien conceder esta solicitud...concediéndole el Virreinato cuando ocupe Santa Fe, restablecido que sea el orden.*
>
> *Lo comunico a V.E. para su noticia y conocimiento.*

El 30 de Mayo de 1821 zarpó de Cádiz la flota de Indias, llevando en el navío *Asia* a Juan de la Cruz y John O'Donohou. Llegaron a Puerto Cabello el 4 de Julio. Allí les causó sorpresa encontrar al general La Torre, de quien oyeron el relato de la rendición de Cartagena a Morillo por hambre y la derrota de Cajigal en Carabobo.

El escenario no podía ser más sombrío. De los cuatro países actuales que en 1821 componían Nueva Granada, Venezuela y casi todo Colombia ya se habían declarado independientes, y solo se mantenían leales Panamá y Ecuador.

A bordo del *Asia* conferenciaron los tres militares. La Torre insistió en la necesidad de pedir más refuerzos a Madrid. Aconsejó a Cruz que se quedase en Puerto Rico y que no entrase en Nueva Granada, hasta recibir respuesta. Por su parte, O'Donohou sabía que era ilusorio convencer a los ministros liberales. Cruz se propuso intentarlo todo sin pedir ayuda y dejar el resultado en manos de la providencia o la fortuna.

En lugar aceptar el consejo de retirarse a Puerto Rico, se dirigió a Curasao, para fletar una fragata donde embarcar los oficiales y la escasa tropa que le proporcionó La Torre y dirigirse a Chagres, a

donde llegaron el 15 de Agosto.

En Panamá gobernaba el brigadier Pedro Ruiz Porras, y entre los militares destacaba uno en particular, llamado Isidro León, que fue persona muy valiosa para Cruz por sus consejos y apoyo en el esfuerzo de reclutar y adiestrar un ejército respetable en tan breve tiempo. En esta tarea la experiencia de Juan Cruz con los "Tiradores de Cádiz" dio fruto, al disponer en pocos días de 800 hombres bien aleccionados. En cuanto al armamento y munición, tan decisorios como el número de reclutas, Cruz tuvo la suerte de contactar con un comerciante de nombre Murrieta, que había llegado del Perú con la misión de gastar 20.000 pesos en armamento y medicinas para el virreinato. A la cifra se unieron los fondos aportados por vecinos pudientes de Panamá.

Cuando parecía que todo estaba listo para la expedición, Cruz cayó enfermo y hubo que esperar. Ello hizo que sus planes fueran conocidos por el comodoro Thomas Cochrane, cuya ocupación parecía no ser otra que atacar a cuantos navíos españoles se pusieran a su alcance n aguas del Pacífico.

Juan Cruz, en lugar de silenciar su partida, optó por dejar que se supiera, indicando como lugar de su próxima arribada la isla de Plata en Monte Christi, pero sin fijar fecha. Embarcó sus tropas en la corbeta "*Alejandra"*, acompañada de tres goletas y de algunos barcos menores de transporte. Estando ya todos abordo y navegando, Cruz ordenó al comandante de la *Alejandra*, Benito Larraigada, un cambio de rumbo. El nuevo destino era la playa de *Atacames*, en la costa del río Esmeraldas. Así pues, no irían a Quito por Guayaquil, sino atravesando la selva.

Llegaron a *Atacames* el 23 de Noviembre de 1821. El éxodo duró un mes y treinta y un días de muchas las penalidades. Fueron bien recibidos por la población, que era poco proclive a la independencia, y aún mejor por las tropas del brigadier Melchor Aymerich, contentas de verse reforzadas en momentos tan críticos. Aymerich había tenido buenos resultados en sus enfrentamientos con el ecuatoriano Antonio Nariño, y además contaba con un conocimiento del terreno y de los indios de Guayaquil, que resultó muy valioso para Cruz.

Cruz Mourgeon modificó la estrategia que proponía Aymerich, más partidario de practicar una guerra de desgaste y atrición. Cruz, tratando de recuperar Bogotá (como tenía ordenado) propugnaba concentrar los efectivos y aumentarlos considerablemente para reconquistar el terreno perdido e infligir una derrota a Bolívar que inclinase los ánimos de la población a la causa realista.

Una de sus primeras medidas fue conceder libertad y sueldo a todo esclavo soltero que se incorporase al ejército del Rey. Ya quedó dicho que adiestrar soldados sin experiencia era una de las cualidades de Juan Cruz.

La siguiente medida fue asegurar el tránsito libre a Guayaquil, aprovechando que la escuadra de Cochrane había abandonado el Pacífico para servir, no sin cobrar por ello, al emperador de Brasil.

Durante unos meses renació la esperanza entre los oficiales, hasta el punto de mostrar deseos de enfrentarse a un enemigo que menospreciaban.

Demasiado tarde. Noticias funestas iban llegando de los cuatro puntos cardinales. En Méjico, Juan O'Donohou había capitulado ante Iturbide y después había fallecido. En Perú, aquel valiente capitán San Martín, que Juan Cruz había tenido bajo su mando en Arjonilla, se había apoderado de Lima. En Guayaquil, los marineros de la corbeta *Alejandra* y los de las goletas que utilizó para transportar su ejército a *Atacames*, en lugar de acatar sus órdenes de defender Guayaquil, habían vendido los barcos a los insurgentes, haciendo imposible la comunicación por mar.

Lo peor fue la traición del gobernador de Panamá, a quien Cruz había elevado al rango de coronel antes de partir para Quito. Cruz había ofrecido la responsabilidad de aquella provincia al brigadier Isidro León, pero éste la rehusó porque quería regresar a España. Entonces pensó en el siguiente candidato, que era el comandante José Fábrega, un militar panameño, entonces gobernador de la provincia de Santiago de Veraguas.

El excesivo interés de Cruz por reunir un ejército poderoso en Ecuador había dejado casi desguarnecido el istmo. En el ánimo del gobernador Fábrega debieron surgir potentes dos sentimientos. De una parte, el temor a tener que defenderse, con escasos recursos, de las tropas conjuntas de Venezuela y Colombia, capitaneadas por Bolívar. De otra parte, el hecho de no ser español de nacimiento, en unos tiempos en que la deserción no parecía delito, sino mérito.

De la conjunción de un temor y una esperanza nació en Fábrega la decisión de proclamar la independencia de Panamá y ponerse a merced y disposición de Simón Bolívar, quien, entusiasmado, tardó poco en encumbrarle como general de brigada y gobernador del Istmo, "centro del mundo" según Bolívar, que pasaba a quedar como un nuevo departamento de la Gran Colombia.

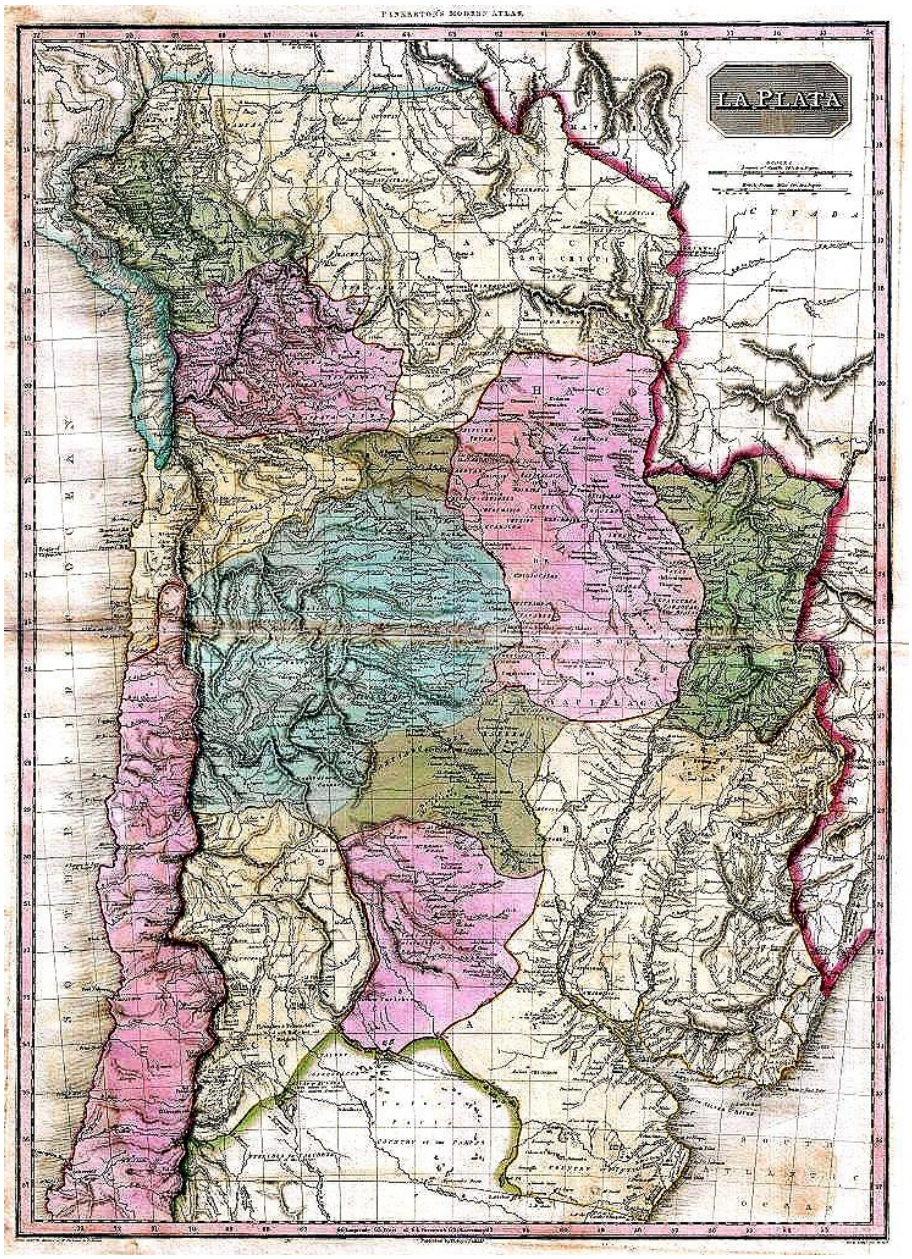
A comienzos de 1822 Cruz ya no se veía a sí mismo como el virrey que habría de reconquistar Santa Fe. Las malas noticias no ayudaron a su salud, que ya venía maltrecha desde que se cayó en Esmeraldas, tras resbalar al cruzar un riachuelo. O desde antes, cuando se manifestó la hidropesía en Chagres.

En Quito, la enfermedad reapareció con fuerza y fue preciso recurrir a un cirujano para operar en aquel cuerpo de las cuatro cicatrices.

En la primavera de 1822 Juan de la Cruz se sintió morir. La intervención no había servido de nada. En las páginas que Vega Veguera dedica a su paisano de Sevilla, se pueden leer las siguientes líneas sorprendentes, aparentemente extractadas del testamento:[30]

> *El cronómetro de oro se lo dejo al Físico, para que arregle en lo sucesivo sus cálculos, pues de no hacerlo pronto quedará destruido el género humano, encargándole lo que la esfera demuestra en el paso de los segundos, pues hombre sin prudencia y sin medida no sirve para la profesión que ha abrazado.*

Sorprendentes las líneas, no solo por el resignado humor que destilan, sino porque un año antes moría de la misma enfermedad en Buenos Aires un indigente Manuel Belgrano, olvidado de todos los suyos, menos de tres[75]. No pudiendo pagar de otra manera a su médico, Belgrano dejó mandado que le entregasen su reloj de oro.



**John Pinkerton 1818, de mapas antiguos de Argentina por Gonzalo Prieto*

EL VIRREINATO DEL RÍO DE LA PLATA

Los actuales Estados de Argentina, una parte de Brasil, una parte de Chile, Paraguay, una parte de Perú y Uruguay eran partes del extenso virreinato del Perú hasta que, en 1776, se segregaron del Perú para constituir un nuevo virreinato con el nombre de Río de la Plata

Pedro de Cevallos

Río de La Plata 1777-1778

De Pedro de Cevallos (o Ceballos) puede decirse que fue un militar al que las Armas sonreían y los Tratados desdeñaban. El primer tratado que le fue esquivo fue el de Aquisgrán. Cevallos había tomado la ciudad de Niza y en reconocimiento a su valía fue nombrado gobernador de la plaza, ocupación no ingrata. Los documentos de la paz se firmaron en Niza precisamente y su texto más o menos venía a decir que la Guerra de Sucesión austríaca era como si no hubiese ocurrido y que todo lo conquistado por los países beligerantes tenía que ser devuelto.

Cevallos hubo de volver a España y en compensación recibió, con el apoyo del marqués de la Ensenada, derechos de propiedad en Toledo y Lérida. Al año siguiente, que fue el de 1750, España y Portugal firmaron un curioso Tratado por el cual los españoles recuperaban la fortaleza de Sacramento, en el Río de la Plata, a cambio de entregar a sus vecinos siete misiones de los jesuitas de Paraguay.

Para entender este trueque hay que situarse en el ambiente de las cancillerías de la época. Las intrigas de la corte de Fernando VI inclinaban la balanza unas veces a favor de intereses de Gran Bretaña y otras a favor de Francia. Los ingleses tenían como aliados

en España a muchos personajes cercanos a la reina doña Bárbara de Braganza, portuguesa señora a quien el rey admiraba y quería. Por su parte, los franceses contaban con los potentes lazos la familia Borbón.

Como protegido de Ensenada, Cevallos prefería Francia. La idea de entregar a Portugal los indios hispanos del Paraguay le parecía descabellada, pero el ministro del rey, que era entonces casi portugués, estaba empeñado en ello. En 1754 murió aquel ministro, que era José de Carvajal y Alencastre. Pensando que nadie se enteraría, el marqués de la Ensenada explicó las intrigas de los portugueses al hijo del rey, que entonces reinaba en Sicilia. Supieron de ello los afines a doña Bárbara y el rey padre desterró a Ensenada lejos de la Corte.

Pasaron dos años del Tratado de Madrid y los lusitanos se impacientaban porque recibían quejas del Rio de la Plata de que no se estaba cumpliendo lo pactado. Sospechaban que el gobernador de Buenos Aires, que se llamaba José de Andoanegui, no hacía lo que debía a pesar de haber el rey encargado a un hombre de confianza (el marqués de Valdelirios) que asegurase el cumplimiento y controlase a Andoanegui.

Como Valdelirios estaba fallando, los de Madrid pensaron en Pedro de Cevallos y lo llamaron. Mostrando una confianza ciega en Cevallos, los consejeros firmaron una cédula secreta por la cual se le encomendaba una tropa de 1.000 hombres para que procediese a delimitar claramente la nueva frontera con Brasil, trasladando los indios de las siete misiones a otras, castigando a quienes se opusieran a sus decisiones y “cambiando o agregando o dejando de cumplir cualquiera de las órdenes impartidas, siempre que redundase en beneficio del Rey de España”.

Esta condición final la impuso el mismo Cevallos, desconfiando de lo que iba a encontrar en América y le sirvió después para desligarse de la idea con que fue concebida inicialmente su expedición. Tranquilizado de no estar siendo desleal a Ensenada, Cevallos se dispuso a avituallar la tropa con esmero castrense: 825 fusiles, 2.392 sables, 1.000 trajes de infantería, 4.000 quintales de pólvora, y una larga lista que termina con 3.000 camisas azules para las tropas de abordo y 110 ollas.

Todo se embarcó en los navíos *Panteón* (almiranta), *Nuestra Señora de Begoña*, *Nuestra Señora de Belén*, *San Pascual Bailón,* y el transporte *San Julián*. Con don Pedro viajaba un hijo del ministro

Wall, Edward Wall, con la comanda de asegurar que todo se hacía conforme a los intereses anglo-lusos. Pasaron junto a Rota el 23 de Mayo de 1756. Hicieron una larga parada en la isla de Santa Catalina y llegaron a Buenos Aires el 4 de Noviembre.

Cedemos a la minucia de consignar algunos de los ingredientes del banquete con que fueron recibidos los visitantes en Buenos Aires: 48 pollos, 38 pichones, 2 pavos, 4 jamones, y así hasta los menores detalles; canela (3 pesos) clavo (5 pesos) azafrán (1 peso). Costó todo ello 529 pesos "y seis reales al repostero". Al hacer el recuento final se debían 800 pesos a los músicos y algunos más a los dueños de las vajillas, por roturas.[8]

Las primeras semanas las pasó Cevallos ocupado en dirimir disputas entre comerciantes y en enterarse de los progresos en el cumplimiento del Tratado de Madrid. Las casas de comercio se estaban disputando entonces la primacía en el nombramiento del Juez de Comercio; los "vecinos" (criollos) tratando de excluir a los "forasteros" (españoles). Cevallos decidió no dar la razón a ninguno y remitir el nombramiento al virrey, como se había hecho antes de que éste lo cediese a Buenos Aires.

Dos personalidades encargadas de lo mismo estaban casi eximidas de no entenderse. A Cevallos le irritaba la parsimonia y buena vida del marqués de Valdelirios, quien no se movía de Buenos Aires y dejaba todo encargado al gobernador José de Andoanegui. Por su parte, don Gaspar de Murive, que así se llamaba Valdelirios, no comprendía por qué le habían mandado a Cevallos, ya que los indios habían sido derrotados por Andoanegui y los jesuitas habían aceptado entregar las misiones, tal como se le había pedido desde Madrid.

Con el fin de cerciorarse sobre el terreno, Cevallos se puso en marcha río arriba en Enero de 1757, llevándose consigo a un Valdelirios recalcitrante. En su caminar por los pueblos observaba en las caras de la gente un destello de esperanza al verle y una clara desconfianza en Valdelirios.

Por fin Cevallos pudo hablar con José de Andoanegui. Por él supo que efectivamente los indios guaraníes habían sido derrotados y aniquilados con ellos sus jefes Sepe Tarayú, Joaquín Nessa, Ignacio Aconquipa y, el principal: Nicolás Neenguirú. Es ya leyenda la historia de este Nicolás, porque ese mismo año se imprimía en Francia una novela anónima, al estilo picaresco, con el título de "Nicolás I, emperador del Paraguay", de contenido fuertemente anti

jesuítico, que tres años más tarde inspiraría un episodio del *Candide*. de Voltaire.

Lo que Cevallos vio se alejaba mucho del cuadro pintado por la Corte de Madrid. Comprobó que los indios se habían defendido de una agresión injusta y que los jesuitas no habían opuesto resistencia, sino todo lo contrario. Nicolás Neenguirú antes de tomar las armas había escrito una carta al gobernador, pidiendo continuar fieles al rey de España y solicitando que se les permitiese seguir en sus dominios. Nadie les había dado respuesta alguna.

En esa tesitura Cevallos recibió de los jesuitas la custodia de 28.686 indios de los 30.000 que debían pasar a dominio portugués.

Se produjo entonces el encuentro con el gobernador de Sacramento, que era la persona nombrada como negociador por parte de los lusitanos, don Freire, y Cevallos le exigió que entregase la plaza, como estaba pactado. Pero era obvio que ni Freire quería abandonar Sacramento ni Cevallos estaba dispuesto a entregar los indios. En realidad, lo chocante de esta historia es que el único interesado en que se cumpliese el tratado era precisamente el marqués de Valdelirios, de quien habían dudado en la Corte. En cambio, Cevallos hacía para retrasar la operación, esperando que muriese el muy debilitado Fernando VI y el pacto se viniese abajo con la accesión al trono de su hijo. La evidente simpatía de Cevallos por los indios y su comprensión por la situación de los jesuitas no pasó desapercibida a don Gaspar ni al *espía* Edward Wall. El hijo del ministro escribe a su padre en la forma siguiente:

> *Al marqués de Valdelirios debo mil favores; es un caballero de amabilísimas prendas; los padres no le quieren ni tampoco los últimos ascendidos*

Cevallos, por su parte en febrero de 1759 informó haciendo responsable a Valdelirios del retraso por no exigir la devolución de Sacramento, al tiempo que destaca de los jesuitas "su profundo respeto, amor y fidelidad a Su Majestad". En el fondo, prefería que Freire no aceptase entregar Sacramento, puesto que había decidido tomar la ciudadela por la fuerza, no entregar las misiones y dejarse de tratados.

Efectivamente, murió doña Bárbara, murió el rey Fernando VI y en 1761 se anuló el Tratado de Madrid y se firmó el Tratado de El Pardo. El 4 de Enero de 1762 España y Francia entran en guerra contra Gran Bretaña. Al punto Cevallos recibe instrucciones de

reclamar la colonia de Sacramento a Gomes Freire y, como este se negase, en Octubre inicia el asedio por tierra y por mar.

Inexplicablemente, el comandante de la flota española, Carlos Sarriá, levó anclas nada más terminar el desembarco, retirando sus barcos a la zona de La Ensenada. Nada pudo hacer Cevallos para convencerle de que volviera a situarse frente a Sacramento, y de esa forma muchos habitantes pudieron salir y embarcarse en barcos portugueses, dejando atrás la Colonia. La plaza estaba defendida por Silva Fonseca que resistió menos de lo que Cevallos calculaba, dado que contaba con víveres casi ilimitados (4.500 cabezas de ganado) y 112 cañones. La rendición se produjo el 1 de Noviembre, quedando prisioneros 2.000 soldados.

Mayor repercusión que la toma de Sacramento tuvo la defensa de esa plaza que realizó Cevallos, enfermo y en cama, cuando, a los pocos meses, se presentó frente a los muros de Sacramento una escuadra inglesa, reforzada con un navío portugués, y seis bergantines de desembarco, todos ellos dispuestos a tomarse la revancha, como preludio a una invasión que planeaban ambos países en los territorios del Rio de la Plata.

Se supo después que los barcos que llegaron de Londres creían que Sacramento seguía siendo portuguesa y contaban con establecer allí su centro de operaciones. En Río se enteraron de la mala noticia y dudaron si debían atacar o no Sacramento, ya que sus intenciones iban más allá y una posible derrota, echaba al traste la expedición.

Era una expedición un tanto anómala, mitad militar mitad privada. La financiaba la Compañía de la Indias Orientales y era portadora de géneros de interés comercial por valor de 40.000 libras esterlinas. Consideraban factible establecerse en Buenos Aires e iniciar una colonia británica en el Estuario, que después sería fortalecida con el producto de sus ventas. A los tripulantes se les añadía el incentivo del saqueo indiscriminado de las plazas que se rindieran o que fueran tomadas por la fuerza.

Como jefe absoluto de esta peculiar empresa iba el capitán John MacNamara, quien había negociado con la Armada británica la cesión y rearmamento del barco *Kingston*. John MacNámara estaba a sueldo de la Compañía de Indias Occidentales y juzgó de buena suerte rebautizar su navío con el nombre de “Lord Clive”, quien entonces estaba en el apogeo de su fama por sus logros comerciales en las Indias Orientales. El siguiente barco de la flota era una fragata

de nombre *Ambouscade*, mandada por el capitán Roberts. Sumaban entonces solo 114 cañones. Para ampliar la capacidad de fuego, y obtener infantería, arribaron a Lisboa y allí se les unieron dos fragatas con 500 soldados y seis barcos más con armas, munición y mercancías. Al mando del contingente portugués iría don Vasco Fernandes Alpoin, si bien la expedición seguía estando bajo la autoridad superior de MacNamara. En Río de Janeiro, el gobernador Gomes Freire aportó un tercer navío de guerra, el *Nossa Sra de Gloria*, con 34 cañones, añadiendo algunos bergantines privados que sumaban otros 700 hombres armados.

La flota llegó al Rio de la Plata en Enero de 1763 y estuvo explorando la zona, sin decidirse a actuar. MacNamara era de la opinión de que la toma de Sacramento iba a ser muy difícil, si no imposible. Desgraciadamente para todos ellos, el capitán del *Ambouscade*, William Roberts, dejó caer algún comentario desfavorable a Macnamara. Ocurrió que una balandra portuguesa se había cruzado en su camino y fue abordada para obtener más información sobre la Colonia. El capitán de aquel barco manifestó que los bastiones San Miguel y San Pedro eran vulnerables, Roberts se sintió respaldado por aquel testimonio y por no ser acusado de pusilánime, John MacNamara cedió.

El 6 de Enero al amanecer se situaron tres navíos frente a la Colonia, dos dispuestos a bombardear los fuertes citados y el tercero encañonando la fortaleza frente a la playa. A las cuatro de la tarde ya se habían disparado más de 2.000 bombas, sin poder los ingleses dar la orden de desembarco al resto de la flota. La diferencia en el alcance de los cañones protegía a las dotaciones de la escuadra inglesa, pero no las hacía invulnerables. A las ocho y media habían muerto ya unos 130 hombres entre los atacantes, cuando una bomba alcanzó la santabárbara del *Lord Clive*, que se incendió. Los supervivientes, unos 300 se arrojaron al mar y sólo 80 pudieron ser rescatados. Su capitán John MacNamara fue visto en cubierta permanecer inmóvil abordo hasta caer abatido por el fuego. Los otros dos barcos se retiraron, con muchas bajas, y pusieron rumbo a Rio de Janeiro, seguidos de los demás barcos.

En el *Ambouscade*, como teniente de navío, navegaba el poeta Thomas Penrose. La impresión que le causó aquella tragedia quedó plasmada en su *Elegy on leaving River of Plate*, de la que son los versos siguientes:

Ah! nought avails their anxious busy care;
Far, far they lie, on hostile seas they fell
The wife's, sire's, infant's joy to share
The tale of glorious deeds no more to tell"[81]

Tras el incendio, el *Lord Clive* seguía flotando. Los vencedores lo tomaron al día siguiente y tras requisar lo más valioso, fue hundido definitivamente en un lugar donde aún dormita.

Así pues, las armas sonreían a don Pedro de Cevallos, aunque estuviera enfermo y en cama, pero los tratados desharían lo logrado. Ese mismo año de 1763 se firmó el de París, dando fin a la guerra. España recuperaba Cuba, que devolverían los ingleses, y obtendría La Luisiana de mano de los franceses, pero se obligaba a restituir otras posesiones, entre las cuales se encontraba…la colonia de Sacramento.

De su época como gobernador también merece ser recordado el nuevo Reglamento de Correos, por el cual Cevallos puso fin a la práctica anacrónica de que las cartas llegasen a Buenos Aires… vía Lima. Consiguió que, al menos una vez al mes, vinieran en un bergantín directamente de la Península.

También logró independizar las minas platenses de los envíos de azogue de Huancavelica (una imposición que se prestaban a toda clase de irregularidades) haciendo realidad las importaciones directas desde Almadén. Controló las matanzas de ganado, excesivas por el auge del precio de los cueros, reduciéndolas a proporciones más razonables. Reguló la práctica de la medicina, con su nuevo Reglamento de Cirujanos.

Cevallos siguió tres años más como gobernador de Buenos Aires, hasta que fue sustituido por Francisco Bucareli en 1764.

De vuelta a Madrid, Gálvez consultó a Cevallos antes de instar al Rey para que pidiese a los franceses que entregasen las islas Malvinas a la Corona española. Nadie se había entretenido en ocupar este archipiélago hasta que un sabio militar, Luis Antonio Bougainville, propuso a su rey, Luis XV, fundar un poblado en aquel lugar, y establecer un puerto permanente. Accedió el rey francés y el capitán Bougainville llevó a las islas unas cuantas familias francesas y puso el nombre suyo (que coincidía con el de su rey) a Port Louis.

También Bougainville hubo de sufrir la insensibilidad de los tratados: Carlos III obtuvo de Luis XV que las Malvinas pasaran a ser españolas. Para endulzar un poco la píldora amarga de la devolución, el monarca galo ofreció al militar, explorador, científico y escritor la oportunidad de un viaje alrededor del mundo, como comandante de una expedición científica a su gusto y sólo le pedía una cosa: que, de paso se encargase de la entrega pacífica y amistosa de las Malvinas a un teniente de navío español, a quien debía ser presentado en Río de La Plata.

Bougainville no podía rehusar y a finales de 1766 ya tenía todo preparado para zarpar en Saint Malo. Después de entregar las Malvinas, se dirigió a Buenos Aires y allí conoció a Francisco Bucareli, quien le recibió con delicadeza. En su libro *Voyage autour du Monde*[35] Bougainville no habla bien de los portugueses de Rio de Janeiro. Comentando sobre Colonia de Sacramento dice:

> *Antes de la última guerra se hacía aquí un contrabando enorme con la colonia del Santo Sacramento, plaza que los portugueses poseen en la orilla izquierda del Río, casi enfrente de Buenos Aires; pero esta plaza está en la actualidad de tal modo cerrada por las nuevas obras con que los españoles la han murado, que el contrabando con ella es imposible, si no hay connivencia; los portugueses mismos que la habitan se ven obligados a obtener por mar sus subsistencias del Brasil.*[35]

Sobre la dependencia de Lima que sufría Buenos Aires, Bougainville cita que:

> *El comercio ha decaído desde que está prohibida lo que allí llaman la internación de las mercancías; es decir: desde que está prohibido hacer pasar las mercancías de Europa por tierra, de Buenos Aires al Perú y a Chile; de suerte que los únicos objetos de su comercio con estas dos provincias son el algodón, las mulas y el mate o hierba del Paraguay*[35]

Cevallos acabaría con esa situación.

El nombramiento de Pedro de Cevallos como primer virrey del Río de la Plata es de 1776, año en que José de Gálvez vuelve a dirigir la política de Ultramar. Gálvez se había hecho eco ante Su Majestad de las quejas del gobernador Vértiz sobre el contrabando a lo largo de toda la frontera de Brasil. Cevallos era

entonces gobernador militar de Madrid. Había estado a punto de dirigir la campaña de Argel, pero solicitó para ello más tropas (unos 30.000) que lo hiciera don Alejandro de O'Reilly (sólo 20.000), y fue este último quien recibió finalmente el encargo.

Consultado también sobre la mejor forma de atajar las insolencias portuguesas en Rio de la Plata, el virrey Cevallos, teniendo presente que Inglaterra estaba concentrando todos sus esfuerzos bélicos en la rebelión del Norte de América, se atrevió a aconsejar a Carlos III:

> *Debiendo ceñirme a lo que Su Majestad manda he de omitir entrar en el discurso de si sería más conveniente tomar aquí la satisfacción que en América.*

No quiso recoger la indirecta el monarca y a cambio nombró a Cevallos jefe de la mayor expedición naval que se recordaba en mucho tiempo, sin ocultar los preparativos, para darle publicidad y favorecer la disposición de los portugueses a una claudicación honrosa.

La flota que salió de Cádiz el 13 de Noviembre de 1776 estaba compuesta de más de 116 barcos, de los cuales 96 eran de transporte y 20 de guerra. La almiranta se llamaba *Poderoso* de 70 cañones. Con el mismo número de cañones iban *Santiago, San Dámaso, Septentrión, Monarca, San José, Santa Rosa, Santa Margarita, Santa Tecla, Venus, Liebre, Santa Clara, Andaluza, Guarnizo, Santa Casilda, Santa Eulalia, Marte, Júpiter, Hoop, y Florentina* (A esta flota se añadió el 13 de Diciembre otra, menos numerosa, que llevaba solamente pertrechos de guerra). La dotación de hombres consistía en 4 regimientos de Dragones, sumando 642 jinetes y 8.400 infantes procedentes de 12 batallones, de 700 hombres cada uno, organizados en 4 brigadas.

Semejante demostración de fuerza fue comentada en los periódicos de Europa y hacer que el ministro Pombal desaconsejase a sus militares sacrificar vidas vanamente en caso de verse atacados. Terminada la travesía atlántica (que cada barco había realizado con libertad de navegación) todos ellos se reunieron en la isla de la Asunción y de allí partieron hacia el Rio de la Plata. Tras algunas divergencias de criterio, prevaleció la idea de tomar enseguida la isla de Santa Catalina, como base para las operaciones que habían de seguir.

Ni la isla de Santa Catalina ni la Colonia de Sacramento ni los fuertes de Santa Teresa y San Miguel presentaron resistencia a Cevallos, que además no aceptaba otros términos de capitulación que la rendición incondicional.

Mas era el sino de Cevallos que sus conquistas durasen poco. En plena campaña de anexión de aquellos territorios, en el palacio de La Granja de Segovia se firmaba el Tratado de San Ildefonso. A Cevallos le llega una comunicación del Rey en los siguientes términos:

> *He convenido ahora con la Reina Fidelísima, mi amada sobrina, en una entera cesación de armas para que, desde luego que recibáis esta mi Real Cédula, se acaben absolutamente de presente y de futuro las hostilidades y toda efusión de sangre.*

Cevallos no daba crédito a tanta sinrazón; la guerra había costado millón y medio pesos de plata, dejando de lado las ilusiones, esfuerzos y acciones valerosas, desde que salieron de costas españolas. Desengañado de ver reconocidos sus esfuerzos, al menos insistió (y obtuvo) no tener que devolver los fuertes de San Miguel y Santa Teresa, basándose en una argucia legal.

Como primer virrey de Río de la Plata, don Pedro de Cevallos hizo cosas apreciables. La más importante fue promulgar el *Acta de Ampliación del Libre Comercio de Buenos Aires* en Febrero de 1778. Esta decisión contribuyó al desarrollo económico de Buenos Aires, que se veía estrangulado por las limitaciones impuestas desde Sevilla (no tanto desde Cádiz) por los intereses de las Casas de Comercio. Para que esta idea fructificase era necesaria la aquiescencia del ministro de Indias, José Gálvez, que fue concedida.

Unos meses antes, el virrey Cevallos dictó e hizo público el *Auto de Internación del Comercio de Buenos Aires*, auto que en esencia derogaba la prohibición de vender géneros en las provincias del interior. Esta prohibición había pretendido negar estos mercados al contrabando portugués, que desde el Rio de la Plata tenía como destino todo el virreinato hasta el de Perú. Pero el remedio había demostrado ser peor que la enfermedad, ya que los principales perjudicados por la prohibición eran los comerciantes porteños. Coordinados por uno de ellos, llamado Blas Gascón, expusieron sus quejas de forma muy razonada y

sensata, lo que ocasionó que el virrey Cevallos escribiese a Gálvez con los mismos argumentos. Y sin siquiera esperar a que llegase la respuesta de la Metrópoli, el virrey promulgó dicho *Auto de Internación*.

No fueron pocas las protestas de quienes vieron sus negocios perjudicados, advirtiendo a Gálvez de las "gravísimos perjuicios que causaba al común del Reino", pero fueron baldíos porque el Auto salió adelante y el contrabando no aumentó por ello, sino todo lo contrario. Una autoridad argentina de reconocida ecuanimidad, como lo fue don Ricardo Levene[68], dice de estas medidas lo siguiente:

> *El historiador que quisiera conocer los orígenes de la nacionalidad tendrá que detenerse en el estudio de la administración del primer virrey de Buenos Aires que echó las bases de la emancipación económica y política del Plata con respecto al dominio del Perú.*

El prestigio de don Pedro de Cevallos en la Corte era grande, tanto que los consejeros no se atrevían a nombrar sucesor, pese a contar ya sesenta y dos años. Cuando lo hicieron, fue con la coletilla de que el nuevo virrey "tomaría posesión cuando así lo quiera Ceballos". Y Cevallos lo quiso el 27 de Octubre de 1777, defraudando con su retirada a los Cabildos de Buenos Aires y de Santiago del Estero, que temían ver su política modificada por los futuros virreyes. Para contentarlos, permaneció en la ciudad hasta el 12 de Junio de 1778, en que inicia su retorno a España, con escala en Montevideo, donde se embarcó en un navío que tenía un nombre original: *El Serio*.

A Cádiz llega el 17 de Septiembre, a las tres y media de la tarde. Era su ciudad natal, pero la obligación le mueve a tomar el camino de Madrid para rendir cuentas de su gestión al Consejo de Indias y al Rey. Y de camino, en la ciudad de Córdoba, sus fuerzas le abandonan y se ve obligado a guardar cama en un convento, para no levantarse más, muriendo el 26 de Noviembre.

Pocos años había estado como virrey, aunque añadidos a los que ejerció como gobernador son muchos los que pasó en Argentina. Aparte de la edad, se dice que su interés por regresar tuvo algo que ver con un matrimonio que deseaba formalizar ante Carlos III. Ello explicaría lo apresurado del viaje a Madrid.

Parece ser que en Buenos Aires residía un matrimonio formado

por don José Pinto de Rivero y doña Tadea Ortega, propietarios de una no muy grande "estancia" en La Magdalena, que daba para mantener ocho esclavos. Por razones de lejano parentesco, llegaron a conocer al virrey Cevallos e invitarle a visitar sus tierras, lo que proporcionó a éste la ocasión de admirar a Luisa, la hija de José y Tadea. No de forma distinta a lo que ocurrió a Ambrosio Higgins con los Riquelme, el virrey Cevallos habría puesto su afecto en la joven, de 23 años, de modo tal que un año después se bautizaría en la Magdalena a una criatura con el nombre de Pedro Antonio, que era el nombre completo de Cevallos.

De ser todo ello cierto, la suerte de aquel hijo debió ser la mayor preocupación del virrey moribundo en la celda del convento cordobés de los Capuchinos, donde se sabe que habló en privado con el obispo y le encomendó unas gestiones secretas, al margen del testamento en que dejaba como heredera a su hermana. El obispo, impresionado por las recientes jornadas vividas en los Capuchinos por el virrey, organizó un deslumbrante y suntuoso funeral, que fue seguido de entierro en una capilla de la catedral.[8]

En aquellos años triunfaba en la escena española un escritor hoy olvidado, hijo de un apuntador y una actriz de teatro, que conocía bien el oficio y no desdeñaba parecerse literalmente a autores extranjeros. Tanta facilidad y lucro disgustaba a autores como Moratín, quienes se lamentaban de su perniciosa influencia en el gusto teatral de la época. Se llamaba Luis Moncín, era catalán y estos versos son suyos:

Desembarca su gente en la Campaña
Tomándola valiente en buen concierto
Acuerda a sus soldados, son de España,
Sólo en esto fundarse el triunfo cierto.
Viendo en la Plaza, que a tan alta hazaña
El gran Cevallos viene, el valor muerto,
Como del suyo tienen ya experiencia,
Se rinden sin ninguna resistencia"

José Vértiz[10]

Río de La Plata 1778-1784

A Pedro de Cevallos le habían garantizado que podía seguir de virrey todo el tiempo que quisiera. En plena gloria creyó que, si proponía un sucesor y era aceptado, siempre contaría con un amigo y aliado en las Indias. Su favorito era el marqués de Cajigal y lo puso en segundo lugar para disimular, consciente de que el brigadier Victorio de Navia, mencionado en primer lugar, no aceptaría.

La carta iba dirigida ministro José Gálvez y fechada 28 de octubre de 1777. Gálvez contestó acusando recibo e ignorando ambas sugerencias. Por si fuera poco, en la misma carta le comunicaba el nombramiento de José Manuel Vértiz como nuevo virrey, a quien elogiaba profusamente. Sin duda el ministro de Indias estaba enterado del menosprecio que Cevallos sentía hacia Vértiz, su subordinado como gobernador de Buenos Aires. Para un militar tan brillante como Cevallos, las humillaciones que los portugueses infligieron a los españoles (antes de llegar él) eran culpa de la ineptitud de Vértiz. Eso explica que Gálvez añadiese unas líneas para exculparlo de la pérdida de Río San Pedro.

La figura desbordante y osada de Cevallos tenía amedrentado a muchos, y entre ellos al gobernador Vértiz. La

entrega del mando se hizo sin los honores y celebraciones que se rindieron a don Pedro. Para distinguirse *a contrario*, el nuevo virrey prohibió que se hiciera nada que costase dinero, decisión que ocasionó un pequeño problema por tener que reponer, con cargo al Tesoro, los donativos, que ciertos particulares ya habían desembolsado.

Gálvez rara vez se equivocaba en su apreciación de las condiciones para el mando de las personas que merecían su atención. En Vértiz apreciaba su visión y capacidad para reorganizar las fuerzas armadas según patrones aprendidos durante estancias en Alemania. Había aceptado mantener vigente el virreinato del Rio de la Plata, a sugerencia de Cevallos, y nadie mejor que el fiable Vértiz para asentar la presencia militar española en aquellos territorios, tan alejados de Lima.

El hecho de ser americano también era un punto a favor de don José, cuya carrera se movía en sentido inverso de lo habitual, pues cuando cruzaba el Atlántico dejaba a su familia en América.

Su madre, María Violante Vives Salcedo era española, con pretensiones aristocráticas. Su padre, José Vértiz Hontañón, nacido en la Mérida mejicana, era algo más sencillo de carácter. Tal vez por instancias conyugales viajó a España para obtener el hábito de la Orden de Santiago, no sin alguna dificultad. Luego volvió a su ciudad natal en Yucatán, de donde había sido nombrado Gobernador. El matrimonio tuvo cuatro descendientes, siendo José el menor. De aquella familia se recuerda su integridad como funcionarios, algo que quedaba patente en su modo de vida espartano y su visible falta de medios.

El conflicto entre su heredada aversión a la venalidad y las exigencias mínimas del cargo hizo que, en repetidas ocasiones, Vértiz presentase su dimisión, la primera en 1771, cuando ya había cumplido un año como gobernador interino. Su primer cargo en América había sido de segundo inspector de tropas de Buenos Aires.

Luego sucedió a Francisco Bucareli como gobernador, pero al hacerlo en calidad de interino no recibía el mismo sueldo. En una carta a Gálvez le recuerda las mejoras que ha introducido en el gobierno de la ciudad, sin olvidar la inauguración del primer Teatro de Comedias, para quejarse a renglón seguido diciendo:

> *A la natural repugnancia u horror con que siempre ha mirado del mando en Indias (hoy con mayor razón que nunca) por el conocimiento que le asiste de estar expuesto al más activo y acrisolado honor no bastando en estas partes la recta intención ni el justo obrar.*

No dice muy claro lo que pretende, pero se le entiende. Al año siguiente volvió a la carga y esta vez recibió contestación del rey diciendo que en ningún sitio serviría mejor a su patria que donde estaba. Así que se resignó y siguió en Buenos Aires diez años más hasta que en la tercera carta (alegando enfermedad) logró que le dejaran renunciar. Durante los cuatro últimos años, ya como virrey, algo de dinero sí consiguió ahorrar.

Al ceder el mando a su sucesor le hizo entrega de la *Memoria* acostumbrada, que nos servirá para recoger lo más digno de mención.

Bastantes páginas, inevitables, se dedican a la manera en que queda organizado el Ejército en las distintas provincias, con detalle de los efectivos disponibles, medios y utilidad. Es de destacar, por la trascendencia que tendría años después en la insurrección, la organización de milicias y su preocupación por dar a los milicianos un aspecto lo más castrense y favorecedor posible, así como retribución por el tiempo y afanes dedicados.

A Vértiz se debe el primer censo de población del virreinato que cifra los habitantes de Buenos Aires en 24.255 y los de la campiña en 12.925. Cifras como ésta tienen la virtud de poner en perspectiva la realidad de aquellos tiempos. Lo escaso de la población se corresponde con la dificultad de contar con recursos suficientes para proveer de servicios modernos a los ciudadanos y a las ciudades. También parecen escasos los efectivos para la defensa de territorios tan vastos.

Entre los adelantos que Vértiz proporcionó a Buenos Aires, se destacan los que hoy equivaldrían a una incipiente seguridad social, con hospitales y asilos, así como una serie de actuaciones municipales dirigidas a mejorar la higiene y el aspecto de la ciudad.

En la *Memoria* dedica algunas líneas al comienzo del empedrado de las calles, hasta entonces todas de barro. Dice que con los pocos recursos de que dispone sólo se han podido llevar a cabo algunas calles, pero viendo que quedaban bien, los propios vecinos están empezando a reunir fondos para colaborar e ir extendiendo la idea.

Aun siendo un recorte del original virreinato del Perú, los territorios del Río de la Plata se le antojaban inmensos. Vértiz envía expediciones a la Patagonia y la región del Chaco (en Bolivia y Paraguay). En lo que hace al Cono Sur, una vez explorados los territorios, desiste de fundar allí poblaciones y recomienda mantener una presencia testimonial a base de viajes intermitentes. Pensaba lo mismo con respecto a las Islas Malvinas: reconocía su importancia para otras potencias, pero lamentaba el coste de tener que evitar que cayera en sus manos. En cambio, sí hizo fundaciones en Uruguay, con partidas entusiastas de pobladores asturianos, gallegos y algunos castellanos.

Hay una tendencia curiosa en las actividades de los virreyes del Rio de la Plata, como es el de fomentar la introducción de la esclavitud a petición insistente del Consejo de Indias y ante la indiferencia de la población criolla.

En la metrópoli se conocía el descontento de los indios con el sistema de "repartimientos", que estaba dando lugar a revueltas en algunas provincias. A su vez los economistas borbónicos lo consideraban un sistema atrasado y perjudicial, por lo que tenía de rígido, al restringir el libre comercio en unidades estancas, que servían de base a una tributación con intermediarios innecesarios y a veces corruptos.

En su lugar se proponían las Intendencias de Hacienda, proyecto estrella del ministro Gálvez, que había nombrado a Vértiz. Tomando como ejemplo el capitalismo anglosajón, los economistas de la Península veían en la incorporación de esclavos negros a grandes haciendas e ingenios, un motor de progreso.

Estas ideas no eran compartidas por los terratenientes criollos, quienes preferían la continuación de los repartimientos y sólo reclamaban contra los impuestos que habían de pagar. Ahora bien, al estar el comercio de esclavos cedido a buques ingleses después de la guerra y tener éstos prohibida la entrada con mercancías que no fueran esclavos, la aparición de un barco con esclavos suponía poder fletar de vuelta los preciados cueros de vacuno y caballar, que eran los productos más rentables.

Semejante situación daba lugar a sacrificios extemporáneos de ganado que mermaban la ganadería por mor de un lucro a corto plazo. Vértiz se ocupó de moderar esta práctica.

En cuanto a lentitud y parsimonia en la importación de esclavos, al redactar su *Memoria* trata de ponerse méritos para no

ser juzgado como inútil, a la vista de lo poco que prosperaba la idea. Transcribimos íntegro el siguiente texto extraído de la *Memoria*[10] de Vértiz, que podría ampliarse con uno muy parecido del siguiente virrey Arredondo:

> *En el proyecto de Don Bernardo Wuard (*Ward, el ministro de Fernando VI*) se afirma que en las colonias extranjeras es libre esta introducción que aún en las francesas se gratifica al introductor con diez libras por cada negro, acreditándose así la utilidad y ni cómo puede dudarse cuando de la población resulta la industria y consumo al Erario y al estado considerable aumento.*
>
> *Oh, si en nuestras Américas se concediese, cuando no otro beneficio, la libertad de derechos, ¡Cómo se poblarían muchos campos desiertos, cuánto no se descubriría en ellos y produciría su fertilidad Entonces es de creer que los Catalanes, hombres industriosos y frugales, pasarían desde Europa a los Establecimientos (africanos) de Ingleses, Franceses, Olandeses y Portugueses, de África, y que hiciesen abundar los negros en el Perú y por consiguiente los vendiesen en precio acomodado. Por este medio han poblado y enriquecido los extranjeros sus colonias.*

Otra de las ideas que le llegaban de España, y que los emprendedores criollos no se animaban a poner en práctica, era el negocio de la salazón. En teoría, los productos en salazón tenían un gran mercado en España donde se echaba de menos una oferta consistente y barata. Pero los comerciantes del Rio de la Plata decían que la madera disponible no era adecuada para salar y que los españoles no les daban garantías de colocación ventajosa en los mercados de la Península.

Algo parecido ocurría con la caza de la ballena. Vértiz sabía de los muchos barcos ingleses e "imperiales" que surcaban las aguas del Cono Sur en busca de cetáceos y se preguntaba si no deberían hacer lo mismo los empresarios de Buenos Aires y Montevideo.

En general, la opinión de los historiadores sobre el gobierno del virrey Vértiz es favorable. La única biografía que conocemos es la de don José Torre Revelló[10], que es hagiográfica, ya que no encuentra pero que poner a don José, a excepción del último párrafo que dice:

> *Durante su mandato estalló la revolución de Tupac Amaru, que fue reprimida sangrientamente, único hecho luctuoso de su gobierno, cuyo foco inicial pudo extinguir sin embargo sin sus trágicas consecuencias con una actuación más urgente y comprensiva.*

La salvedad es importante con la óptica actual, porque la aquella revolución se tiene por precedente de las guerras de independencia rioplatense. Es un episodio de la historia de América que merece ser más ampliamente comentado en las páginas dedicadas al virrey de Perú, Agustín de Jáuregui, que es a quien corresponde. Aquí lo que interesa es la parte que tuvo Vértiz en la sofocación del levantamiento y que se estuvo limitada al envío de tropas.

Aunque cuando redacta su *Memorial* el susto de la revolución ya había pasado, aún se advierte la ansiedad que produjeron las noticias de los ahorcamientos y decapitaciones de corregidores que los rebeldes cometieron en unas provincias, aunque lejanas, encomendadas a su custodia.

Los hechos violentos sorprendieron al virrey Vértiz ensimismado en otra preocupación: el Consejo de Indias le había dado instrucciones de que concentrase todo su poder militar en la defensa de Montevideo, amenazada de invasión por las escuadras inglesas. El virrey estaba dispuesto a trasladarse a Montevideo, para demostrar su celo y dedicación a tan perentorio asunto.

Por esa razón, tardó en decidirse a prescindir de una parte importante de sus efectivos antes mandarlos a aumentar las tropas del general del Valle, encargado de hacer frente a la rebelión de Tupac Amaru II.

> *Por fin, aunque tuve mucho que pensar, me resolví a desprenderme, en tan crítica como expuesta situación, de doscientos infantes y dragones que con los antecedentes componían sobre seiscientos escogidos veteranos, que componían la principal*

> *fuerza de la Provincia, haciéndome cargo de desamparar la puerta de la casa amenazada por ocurrir al incendio que ya era efectivo en el interior y que devoraba lo más precioso de ella.*

Siguiendo con la metáfora, hay que decir que la paz con Inglaterra libró a Vértiz de seguir preocupado de la puerta de Montevideo y que los veteranos que fueron a Perú apenas tuvieron que luchar para someter al inca que "incendiaba las habitaciones".

La tercera carta de dimisión de Vértiz fue aceptada. El intendente del virreinato, que se llamaba Francisco de Paula Sanz, recibió instrucciones de anunciar a todo ciudadano del territorio que tenía seis meses para hacerle llegar cualquier queja contra el virrey saliente. Los bandos se publicaron el 31 de Enero de 1784, de manera que el plazo terminaba el 30 de Junio.

Vértiz había logrado ahorrar 70.000 pesos durante sus 14 años de estancia en la Indias. Después de entregar el mando a su sucesor, en Febrero de ese año, solicitó permiso para traer consigo su pequeño capital a España, permiso que fue denegado mientras durase el juicio de residencia. A cambio le dijeron que contaba con medio sueldo y 20.000 pesos más de gastos de regreso. El resto se quedaba en Buenos Aires como garantía de posibles responsabilidades.

No muy contento, José Vértiz se embarcó el 7 de Marzo de 1784 en la fragata *Santa Perpetua.* Tardó mucho, cuatro meses, en llegar a Cádiz, donde permaneció aguardando el resultado del informe del intendente Paula Sanz. Y el resultado fue que nadie se había quejado. Se supo el 7 de Septiembre, pero el informe definitivo no llegó hasta el 20 de Enero de 1786. Dice Paula al Consejo de Indias que:

> *Era notoria la integridad, celo y justificación con que Vértiz había gobernado la región durante quince años, aprobándosele su conducta en varias ocasiones y dándosele las gracias por sus servicios, pareciéndole conveniente que el Consejo manifestara al monarca que en el día no quedaba otra cosa que hacer que premiarse sus méritos y servicios con una de aquellas gracias y distinciones que haga notorio su mérito y que dispensa S.M. a vasallos de su distinguido carácter.*

Pese a lo reiterativo del exordio, el rey se limitó a contestar:

> *He tenido presente y quedo bien enterado del distinguido mérito de este general.*

El marqués de Loreto[13]

Río de La Plata 1784-1789

Antes de empezar estas notas sobre don Nicolás del Campo, vamos a decir algo sobre don Andrés de Torres, secretario que fue de don Nicolás como virrey. Ambos eran sevillanos: tío y sobrino. Los "del Campo" era gente muy rica, de origen flamenco, que se había cambiado el apellido holandés *van der Velde* por su equivalente en Castellano. Los "Torre" admiraban a sus parientes y en cierto modo trataban de emularlos.

Cuando Nicolás Felipe del Campo fue nombrado virrey tenía casi 60 años y consideró imprescindible llevarse consigo alguien de su confianza como secretario. El Consejo de Indias solía colocar en ese puesto una persona más leal al propio Consejo, como forma de limitar el poder absoluto que se cedía a los virreyes. Sabedor de ello, Nicolás pidió licencia al ministro José Gálvez, quien se la otorgó en gracia a la condición andaluza de todos ellos.

Don Andrés no deseaba el oficio de secretario, que le parecía hacer de menos a su grado de capitán del regimiento de Dragones de Pavía. Fue la familia del sobrino la que acabó por convencerlo a base de pintar una vida fastuosa y las ventajas de contar con el apoyo de un valedor tan importante como el marqués de Loreto.

La realidad se mostraría muy distinta. Como don Andrés no tenía otra preparación para ejercer de secretario que su etapa como sargento mayor, se propuso suplir con celo la falta de experiencia. En Noviembre de 1783, antes de embarcarse en Cádiz, empezó a escribir un Diario de Gastos que, al leerlo hoy, refleja con detalle aspectos pintorescos de aquella economía virreinal doméstica y nos acerca a lo cuotidiano con anotaciones tales como: "chocolate, medias de seda, paja y cebada, etc." Abriendo el libro al azar, por la mitad, encontramos:

Año de 1789 Enero

2; De gasto de enfermedad del indio Pablo de San Julián q. murió cristianamente…… . 74,4

6; Al cuerpo de Tambor que vino a dar Parada a S.E……. 16,4

De lavado de Ropa de Mesa según papeleta Nº2… ……. .12,6

De la papeleta Nº 3 de Socorro de esclavos…… …. . … .22,4

8; De varias composturas de Coches…… .. 39,2

9; De 4 Fanales de cristal…… …… ……..73,4

12; Por Aguinaldo de los Presos de Annobora por mano Del Gobernador de Montevideo…… … … … ……..52,0

15; Por varias Impresiones según consta de
Don Alfonso Sostoa…… …… …. ….124,0

22; Por la del Nº 10 del Sastre de varias composturas de Libreas,

Volver un juego y otras componendas …… ……..170,1

Por otra del mismo, Nº 11 de otras obras para S.E … ……. 82,4

Por la del Nº 12 de los criados del Coche de Compañía el día de San Sebastián…… ……. .. 8,2
De la paja y grano encerrada para el año según
Papeleta Nº 13…… …..69,6

23; Iluminación, Gastos de Caballeriza y otros…… .…..14,7

24; Por la del Nº 15 de Seis pares de medias de seda blanca para S.E…… …… nn ……..24,4

28; Por lavado de Ropa de Mesa según la del Nº16 …nn……10,3

Por gastos hechos en la enfermedad del indio Pedro de San Julián q. murió cristianamente, según la Nº 118……. ……nn……..114,2

TOTAL…… ……986,6

Don Andrés se sentía avergonzado de tener que hacer este tipo de trabajo. Varias veces solicitó a su tío, en vano, volver a España y reintegrarse al puesto que tenía allí. Pero el marqués de Loreto parecía no tener tiempo para dedicarlo a su sobrino y esa falta de afecto era notoria, lo que favorecía la imagen austera y desinteresada del virrey, pero hacía la vida ingrata a don Andrés. Cuando alguien le pedía que se interesase por un tema o que intercediese en un conflicto, reconocía su falta de acceso al virrey en asuntos que no fueran los rutinarios de la Secretaría.

Para mayor decepción, notaba que era comparado desfavorablemente con el anterior secretario. Cuando pudo regresar a España, después de siete largos años en las Indias, el capitán de Dragones andaluz se alegró.

A juzgar por lo que ocurrió después a don Andrés, en su carrera como militar, le hubiera ido mejor quedándose en América. Godoy en sus Memorias es implacable contra la conducta de Torres en la no defensa de la plaza de Figueras y atribuye la rendición a "un pavor" [55]

Había empezado bien, participando en la guerra contra Francia con una intervención honrosa en la evacuación de miles de heridos en el asedio de Toulon, y esa mención fue inscrita en su hoja de servicios. Nunca ocurriera, pues aquella acción le valió ser elegido para defender la fortaleza de Figueras, orgullo de la ingeniería militar europea. Se conocía con el nombre de Sant Ferrant y había sido terminada sólo dos años antes.

Inesperadamente, al producirse el avance de las tropas de la Revolución, el brigadier Torres izó bandera blanca y rindió la plaza sin un solo tiro. Del recinto salieron miles de prisioneros y todos los oficiales. Tan asombroso fue el asunto que los vencedores relacionaron este hecho con la masonería, suponiendo a don Andrés unido a la Logia. El barón suizo Antoine Jomini en su

libro *Histoire critique et militaire des guerres de Revolution*[65] se refiere a este hecho como una "honteuse transaction" y sólo encuentra explicación en que Torre hubiera "perdido la cabeza" o que los soldados españoles estuviesen a favor de la Revolución.

Tras de esta introducción, caprichosa e innecesaria, dejamos al avergonzado sobrino para ocuparnos del incansable tío. Tenía un alto concepto de sí mismo, que se materializaba en exigirse más que a sus subordinados y dejar constancia de ello. La soltería le hacía poco comprensivo con las flaquezas humanas. De todos los virreyes es tal vez el más visceral en sus opiniones sobre quienes se aprovechaban del erario para hacer negocios privados.

En su haber como gobernante se citan obras benéficas que no le deberían ser atribuidas, tales como su apoyo al Hospital de los Bethlemitas, a la Casa de Expósitos, o la mejora del puerto de Buenos Aires. Todo lo contrario: al virrey Loreto le irritaba los proyectos que, siendo aparentemente buenos, pasaban a ser adoptados y financiados sin un examen minucioso de su necesidad y de la relación coste/beneficio.

Especial repugnancia le producían las obras de empedrado tan queridas de su predecesor Vértiz. El marqués de Loreto hacía notar que, al rebajar el nivel de las calles en busca de cimientos, se habían puesto en peligro los de las casas, con gran preocupación de los vecinos. Comentaba que los desniveles, mal calculados, propiciarían inundaciones y que los adoquines no encontraban base firme para quedar bien igualados.

Como los adjudicatarios de las obras proseguían insensibles a los errores y al descontento, el virrey decidió pararlas y congelar los gastos. Tan en contra del empedrado estaba el virrey, que llegó a decir que no serviría más que para obligar a herrar las caballerías y poner aros de hierro a las carretas. En su relación al sucesor Arredondo dice sobre estas obras que:

> *Dejan la pena de ver enriquecidos a unos pocos hombres con la sustancia de innumerables familias o la desolación de los fondos públicos que tienen más privilegiados proveedores en otras necesidades comunes.*[13]

El privilegiado proveedor se llamaba Joaquín Mosquera, a quien, a pesar de tenerle animadversión, el virrey no se atrevió a destituir, si bien clamaba:

> *Nunca se vieron peores las calles; parece que los gastos se hicieron para que no tuviesen más remedio que el de hacer otros mayores para redimir la vejación.*

Sobre el Hospital de los Betlemitas, el marqués de Loreto empezó creyendo que era necesaria su ampliación o su traslado y estuvo a punto de autorizar el gasto, pero algo le detuvo: los cuidadores no tenían reparos en organizar grandes fiestas por pequeños motivos, lo que le disuadió de emplear un solo peso de las arcas públicas en beneficio de "personas que de todo hacen negocio".

> *Habiendo notado que en medio de la escasez sobre que clamaban, excedían en las fiestas y novenas los aparatos y los costes, que convertidos en socorros para las enfermerías les asegurarían una asistencia de que distraen tales funciones los Hospitalarios y sus congregados.*

Tampoco la Casa de Expósitos merecía ser objeto de mayor atención, según Loreto, porque:

> *En casa de Niños Expósitos admite esta ciudad una economía y un ahorro muy grande a que proporcionan la costumbre del país y particular inclinación de las familias a recibir estas criaturas si se las hacían a sus puertas; y el disgusto que habían recibido, que por establecida la Cuna, no se repartían aquellos hallazgos.*

Ni siquiera las obras del puerto le parecían necesarias. Ello a pesar de haber recibido un informe firmado por el ingeniero hidráulico don Domingo Pallares empeñado en remediar la falta de un embarcadero bien protegido del mal tiempo. Preguntó el virrey cómo se las arreglaban entonces y le contestaron que las naves se guarecían en las márgenes del Riachuelo.

Observó el virrey que, si se hacía el nuevo muelle, el acceso al Riachuelo quedaría impedido. Cuando preguntó si no era mejor seguir como hasta ahora, le contestaron que el fondo precisaba de drenaje o se haría impracticable para barcos de gran calado. Añadían, que el coste del drenaje podía imputarse como menor del proyecto. Siguiendo con sus pesquisas, el marqués averiguó que, al dejar de drenarse el riachuelo, las aguas iban socavando otra vía hasta lograr el mismo efecto. Desestimó la necesidad.

En esta aparente intolerancia del marqués subyacía un elemento de liberalismo económico, que repugnaba la asignación de recursos comunes para obras que estimaba "particulares". No creía en la buena fe de quienes argüían la importancia del primer impulso "oficial" para el fomento de actividades beneficiosas para el país.

Su antecesor Vértiz, sí había sido partidario de promover negocios. Un ejemplo fue la ayuda que se destinó durante su gobierno a la salazón de alimentos, para permitir su conservación y exportación. Don José había otorgado unas condiciones muy ventajosas al empresario don Francisco de Medina, dándole un cuasi monopolio de la navegación en las costas de Patagonia para traer la sal. Las ganancias de Medina animaron a otros empresarios y surgieron más proveedores, los cuales se quejaban de competencia desleal por parte de Medina. Ni que decir tiene que el marqués de Loreto se puso de parte de éstos últimos:

> *Éstas han sido las consecuencias de una fábrica tan protejida (sic) y gravosa a la real hacienda y al público, al mismo tiempo que prosperaron otras sin gravarla ni gravarle; y como éstas no hubieran tenido contra sí las influencias de una empresa vinculada a determinadas personas, habrían prosperado aún más.*

El virrey redujo cuanto pudo las subvenciones a la sal y las desvió al objetivo que creía más urgente y benéfico: fomentar la cría de ganado con medidas disuasorias de las odiosas "matanzas indiscretas" que diezmaban la cabaña virreinal. La causa de los exterminios era el alto precio que en Europa recibían los cueros, grasa y sebo, y la dificultad de vender tanta carne en el mercado local. La sal era una solución, pero, no queriendo hacer más rico a Medina, el virrey optó por subvencionar la carne.

El carácter pesquisidor del marqués de Loreto le impulsaba a indagar el origen de las fortunas con empeño detectivesco. Conocida fue su ocurrencia de enviar a uno de los oidores de la Audiencia en misión secreta a Montevideo, como lugar donde se cocían los negocios derivados del contrabando sin demasiada ocultación.

Allí se fue don Josef Cabrera Enríquez portador de una carta de su virrey para el gobernador de la plaza, que era entonces don

Joaquín del Pino, con instrucciones de que le facilitase la labor. Cabrera se instaló convenientemente con algunos guardaespaldas y disimuló su misión presentándose como consejero en materia de la demarcación de fronteras con Portugal.

Pronto tuvo ocasión de cazar defraudadores: fue a raíz de la quiebra del administrador de la Aduana de Buenos Aires, don Francisco Ximénez de Mesa. Al instarse el procedimiento pudo verse que en aquella quiebra fraudulenta había involucradas personas como el propio Francisco Medina, don Francisco Ortega Monroy (que se fugó ayudado por el fraile Julián Pedrel) juntamente con el segundo comandante del Resguardo, don Cipriano de Melo. También un comerciante de apellido evocador: don Domingo Belgrano.

Eran demasiados para que el celo del virrey Loreto prosperase sobre tantos potentados, de forma que no faltaron recusaciones a lo irregular de sus misiones secretas. Reconoce el marqués a su sucesor que: "quedó ilusorio mi celo, porque fui inhivido (sic) de estos conocimientos".

La animadversión de Loreto contra los grandes empresarios se compensaba con sus atenciones y benevolencia hacia negocios menores, como eran los panaderos, a quienes dotó de silos para equilibrar el precio del trigo.

En su falta de respeto por las decisiones de su antecesor, el marqués de Loreto cambió la política de abandonar las Malvinas y la Patagonia por la de volver a poblar aquellos territorios, con el argumento, repetido luego por otros virreyes, de que los extranjeros los utilizaban ilegalmente para la caza de la ballena y del lobo marino. Insistía Loreto en que el aceite y la piel de estos animales eran buen negocio y ordenó a don Antonio de Viedma que regresase a la Patagonia.

En algo supo aceptar la herencia recibida: nos referimos a la creación de la Real Audiencia, lograda por Vértiz en 1783, que cupo inaugurar al marqués de Loreto en solemne apertura el 8 de Agosto de 1785.

El virrey don Nicolás del Campo aprovechó la bonanza de la post guerra y pudo ahorrar fondos para la Hacienda. Le contrariaba que, sin necesidad, se siguiese pidiendo tanta cantidad de municiones y pólvora:

> *Un manejo que lleva en sí tantos perjuicios para el Erario como ventajas a los manipulantes y que éstos son capaces de pervertir a las mismas personas a quien se libra esta confianza*
>
> *En cuanto a municiones observé que había mucha franqueza en pedirlas por los Cuerpos*

Sin iniciar guerra alguna, el marqués logró mantener la paz interior. Los indios más hostiles, recelosos al principio, acabaron aceptando sus condiciones de paz al comprobar que eran sinceras.

El hombre de confianza del virrey en asuntos de indios fue el maestre de campo don Manuel Pinazo. Su inteligencia resolvió tres conflictos potenciales: a) lograr que los indios de las zonas de las salinas aceptasen la presencia de blancos y permitieran la explotación; b) calmar a los indios *Pengueches*, fronterizos con la ciudad de Mendoza, y que éstos a su vez influyesen en otras tribus para que respetasen a los vecinos blancos; y c) establecer pactos razonables con los *Chiriguanos* que se hacían ver peligrosamente por la parte de Tarifa.

Hizo cosas meritorias el marqués de Loreto. Continuó la mejora de los correos con nuevos enlaces, o mayores frecuencias, para mejorar las comunicaciones de Montevideo con Lima y Potosí. "Curiosamente- dice el marqués- que en ésta última villa se quejaban algunos (deudores) de que con estas medidas se veían perjudicados antes sus acreedores".

Pese a su natural desconfiado, el virrey sabía delegar si encontraba a alguien que le parecía incorruptible. Para la gestión del Correo, se fio de don Manuel de Basabilbaso. A quien más apreciaba Loreto era al teniente de Dragones don Manuel Cerrato. Fue Cerrato quien le indicó la mejor forma de ser obedecido en sus instrucciones para mejorar la conducta urbana de los vecinos de Buenos Aires. Se quejaba en privado el marqués de que lo poco efectivos que eran sus bandos de buen gobierno. Para evitar la evidencia de que nadie los hacía demasiado caso, cejó el virrey de empapelar las esquinas con escritos conminatorios y se sinceró con Cerrato. Cerrato se ofreció a ocuparse y algo haría, pues a partir de entonces la tranquilidad en calles y plazas fue en aumento.

> *Y bastó por todo que el teniente de dragones Don Manuel de Cerrato fuese temido por su espíritu y experiencia*[13]

El virrey Nicolás del Campo era poco accesible. Se dice que resultaba difícil lograr una audiencia y que en las conversaciones se expresaba con poca claridad, como si recelase decir algo de lo que tuviera que arrepentirse. Al ser soltero, tenía mucho tiempo para dedicarlo al gobierno, y no se le conocían muchas aficiones que pudieran distraerlo, en parte porque el hecho de gobernar ya le resultaba suficientemente distraído.

Sobre su ambigüedad y falta de claridad al expresarse, sirvan de muestra las líneas iniciales de la *Relación* de gobierno que dirige a su sucesor el virrey Arredondo:

> *No cabe gran distancia entre el principio y fin de las cosas; abrevia el plazo su vicisitud misma, y con todo que estén tan próximos ambos puntos, con dificultad se pone la vista en uno y otro a un propio tiempo, porque se interpone una multitud de objetos sin remedio.*
>
> *Ya por este exordio habrá conocido V.E. que la relación que propongo hacerle de mis actuaciones, su estado, exijencias (sic) y mi sentir sobre ellas, a (sic) de componerse de artículos, que hallé empezados y aún no bastó el espacio de cinco años y unos meses para concluirlos.*

Discurre luego el virrey sobre la condición de los políticos que los lleva a terminar proyectos iniciados por sus antecesores, mientras que los apadrinados por ellos mismos quedan sin terminar.

Enfrentados a esta contingencia, algunos, como él mismo reconoce candorosamente, son sorprendidos por lo efímero del tiempo disponible:

> *Si supieron renunciar a los engreimientos del poder, se envelesaron no obstante en obrar útilmente, de tal modo que hubieron de olvidar que fuese pasajero.*

Nicolás Arredondo[14]

Río de La Plata 1789-1795

Nicolás fue uno de los dos hermanos Arredondo que llegaron a ser virreyes en América. Manuel lo fue en Perú. El gobierno de Nicolás en Río de la Plata duró más tiempo y fue más placentero. No tuvo que participar en ningún proceso con condenas de muerte ni que perseguir revueltas. La ciudad de Buenos Aires empezaba a tomar conciencia de su importancia continental, mientras la de Lima notaba que iba perdiendo la suya.

Los asuntos que más preocupaban a los gobernadores del virreinato del Río de la Plata en las postrimerías del siglo XVIII eran tres:

El de peor solución era la pérdida de territorios en la frontera con Brasil, por las incursiones de los vecinos portugueses, en especial las protagonizadas por los temibles “bandeirantes”.

El segundo asunto era de índole comercial: podía resumirse en la palabra “contrabando”, pero implicaba algo más complejo, derivado de notables desajustes entre la oferta y la demanda de productos, desajustes que la Metrópoli se empeñaba en ignorar.

El tercer tema de atención preferente era más agradecido, para Arredondo. Se refería a la reordenación territorial y comprendía la colonización de Patagonia. Por último, y dentro de la acción sobre el territorio tenían importancia el empedrado de calles, la canalización del agua y la iluminación.

Vamos a repasar brevemente la actividad de este virrey en cada materia, con la ayuda de la *Relación* que escribió para beneficio de su sucesor en el gobierno.[14]

En el asunto de los límites con Brasil, el saldo fue poco halagüeño. Tal vez por ese motivo, sus explicaciones ocuparon la mayor parte del documento. Cuando llegó a Buenos Aires, Arredondo se encontró con que:

> *¿Cuál sería mi sorpresa al ver que, después de un dispendio de tiempo de cerca de tres años, y de los ingentes gastos del erario en realizar la demarcación, este negocio tan importante, no solo se hallaba en sus principios, sino casi de todo punto violadas las principales convenciones del Tratado*?

Se lamentaba el virrey de que los portugueses no cumplieran los pactos, siendo así que del lado español se observaban con escrúpulo. Es significativo un párrafo de la *Relación*, que se refiere a las ilusionantes promesas que los portugueses hacían a los moradores de los pueblos en disputa:

> *Esta especie, que supieron insinuarla los portugueses en los vecinos de la Concepción, produjo en toda la provincia una conmoción general.*
>
> *... concluyeron que el lucro que produciría a la provincia la venta de sus caldos, ganados de asta y género de Castilla y de la tierra de que necesitan los portugueses, le sería ventajosísimo, pues por ellos recibirían el oro de éstos (cuya onza se vende a 22 pesos plata) al paso que lograban dar salida a unos efectos que para ninguna otra parte pueden tenerlo.*

Tanta era la atracción que ejercían estas ofertas, que el mismo Arredondo parece dudar:

> *Este (intercambio) de conocidas utilidades, no solo inclinó el ánimo de muchos comerciantes, que desde luego se*

> *prepararon para dar principio a este comercio, sino también el del Gobernador Intendente...*

Un sentimiento de impotencia emana de las palabras del virrey. Reconoce que los españoles parecen estar deseando ser invadidos para vender más, pero prefiere escudarse en que desde Madrid le obligan a contemporizar y a no irritar a los vecinos brasileños:

> *Ya en el día podemos asegurar que vamos casi a medias en el goce de este precioso mayorazgo, que reservó el Criador para los españoles; y si no mudamos de sistemas, vendrá a ser más de ellos que nuestro el fruto de estas provincias, sin haber tenido parte en los gastos y peligros de la conquista.*
>
> *Ya ha oído Vuestra Excelencia en esta relación, que nos tienen usurpado los mejores minerales hacia Moxos y Chiquitos, y de antemano consta a Vuestra Excelencia las populosas estancias de ganado que tienen fundadas en la otra banda de este río.*

En los párrafos siguientes de la Relación a su sucesor, Arredondo más que aconsejar, como se suponía que debía hacer, se dedica a justificar la situación con que se va a encontrar.

> *No es posible guardarlo todo por medio de atalayas o de centinelas, ni bastaría todo el ejército de Su Majestad para defender unas pertenencias de tan vastos y remotos términos. Tenemos expresa prohibición de defendernos con las armas, y no se nos permite otra licencia que la del ruego.*
>
> *... con que podemos decir, que cuanto han emprendido, han alcanzado; y que sólo somos dueños de lo que no han querido arrebatarnos.*
>
> *A fuerza de oro y plata, y a costa de donaciones y liberalidades, está deteniendo nuestra Corte las invasiones de una nación, su más amiga y aliada, por no venir con ella a un rompimiento: y lo sensible es, que tanto oro y galanteo no producen otro efecto que el de avivar la codicia, y ocasionar desdenes en quienes deberían pagar tributo y hacer pleito homenaje a Su Majestad Católica, por el terreno que se les dejó tomar la primera vez hacia el fin del siglo XV.*

Los argumentos no son del todo convincentes. Pudo haber tomado ejemplo de su predecesor don Pedro de Cevallos. Cevallos, en situación idéntica, se dejó de contemplaciones y atacó a los portugueses sin pedir permisos ni hacer demasiadas averiguaciones. Las ofensivas de Cevallos provocaron en su día la misma irritación en los portugueses que éstos causaban a Arredondo. El problema no había cambiado; la actitud distinta.

Arredondo contaba con un comisario que conocía el terreno en disputa como su palma de la mano y que era capaz de encontrar argumentos jurídicos para acciones de reconquista, con pruebas difíciles de rebatir. Este funcionario ejemplar se llamaba Félix de Azara. Demostró errores topográficos en la ley de demarcación que favorecían a los portugueses. El virrey comunicó sus conclusiones a la Corte y la Corte hizo suyos los razonamientos de Azara. Pero todo lo que se le ocurrió a Arredondo fue mandar al propio Azara a que convenciera a los portugueses, en lugar de imponer la legalidad por la fuerza.

> *En virtud de esto... previne a don Félix de Azara tentase por los medios posibles ver si asentían los portugueses a admitir que la línea fuese por los ríos Yaguarey y Corrientes.*

El historiador de virreyes José Montoro dice, comentando la parsimonia de Arredondo, comenta que: "para el virrey, Azara era una persona que le había hecho sombra". [76]

El segundo asunto grave y recurrente en el Rio de la Plata era la impunidad de que parecían gozar las actividades relacionadas con el contrabando de productos ingleses y holandeses.

La demanda de cueros por parte de curtidores europeos era tan pujante como difícil de desdeñar por las casas de comercio y también por los hacendados porteños. Consecuencia de ello era el sacrificio incontrolado de reses, desaprovechamiento de la carne y su mayor precio. La predilección por el comercio de cueros en detrimento de la oferta de carne venía irritando a las autoridades desde comienzos del virreinato. Fueron varios los bandos publicados por Arredondo, imponiendo controles a los traficantes, implantando la necesidad de licencia para matanzas, obligando a marcar reses y fomentando las denuncias.

La llegada intempestiva de barcos con esclavos era recibida con expectación debido a que era el único comercio autorizado a los ingleses. Por lo mismo, constituía la sola forma que tenían los

compradores y vendedores de comerciar con puertos de Europa. Ese interés explicaba que los esclavos no llegasen directamente de África sino desde puertos europeos.

Los virreyes se daban cuenta de que la demanda de esclavos negros no justificaba el desembarco de tantas "piezas", como los llamaban los ingleses. Buenos Aires recibía más esclavos que precisaba. Pocos encontraban ocupación, como domésticos, en los hogares. Los rioplatenses preferían el trabajo personal de los indios y mestizos. Por esa razón muchos de los esclavos eran redirigidos a otros puertos americanos, algunos tan lejanos como los de América del Norte. Que esto era sí es aparente en los párrafos siguientes de la *Relación* de Arredondo a su sucesor:

> *A la verdad no debe ser el comercio de Negros cosa tan llana para los españoles, cuando estamos observando que hasta de presente no ha entrado un solo barco de negros en Montevideo ni Buenos Ayres, traídos derechamente de África, por cuenta de nuestros Comerciantes Europeos, entre los que cuento a los animosos catalanes, admirándome de que los mismos que han sabido emprehender el Comercio y la dureza de los márgenes del Báltico, no nos hayan dado siquiera una pequeña muestra de que también aspiren a interesarse en la Navegación de África ...*

La Corte era partidaria de llenar las pampas argentinas de negros que cultivasen los enormes territorios y se obtuviesen los "frutos" que harían grande la economía del país. Este impulso dejaba bastantes fríos a los capitalistas porteños, poco inclinados entonces al fomento de la agricultura. Desde Madrid se esperaba que los argentinos llegasen hasta la Patagonia. Que se sembrase todo el trigo posible y que los negros sirvieran para aliviar la escasez de mano de obra.

Con el fin de dar un poco de aliciente a la compra de esclavos, el virrey Arredondo autorizó el pago de cada negro en especie, con frutos de la tierra, tratando de incentivar la agricultura, pero no funcionó. Finalmente, la evidencia de que solo el cuero, el sebo y la carne en salazón eran los productos que movían los resortes financieros, decidió al virrey a autorizar que los esclavos también pudieran pagarse con cueros en especie.

Aquella decisión indignó a muchos comerciantes y la recurrieron ante los tribunales. Argumentaban que los cueros no podían ser considerados "frutos" y que el virrey se excedía al hacer esta interpretación de la norma. Pero los tiempos iban cambiando y la

libertad de comercio se iba abriendo paso, obligando a los comerciantes a cavilar nuevas fuentes de ingresos.

En temas como el fomento del comercio, el virrey Arredondo se movió con mayor soltura y determinación que en el asunto de las fronteras. Su gobierno dejó como huella la creación del Consulado de Comercio de Buenos Aires, que Arredondo implantó con decisión, calcando las ordenanzas del homónimo instituto de Bilbao.

La cédula de creación estuvo dispuesta para la firma en la mesa de despacho del Rey Carlos IV en su palacio de Aranjuez, el 30 de Enero de 1794. Para entonces el virrey ya se conocía bien el *Gotha* de la sociedad bonaerense de manera que en el documento aparecen, por consejo suyo, los nombres de los primeros Cónsules, Consiliarios, Síndicos y al del Secretario Hasta tanto se formase la Junta de Comerciantes (quienes elegirían de forma democrática a sus representantes) el virrey nombró a los primeros cónsules.

Este instituto tenía como fin principal "la más breve y fácil administración de justicia en los pleitos mercantiles y la protección y el fomento del comercio en todos sus ramos". A lo que el virrey añadió unas líneas que iban dirigidas superar la falta de interés de los comerciantes por cambiar el *statu quo*:

> *Encargo especialmente a la Junta, que tome desde luego en consideración la necesidad de construir nuevos caminos y establecer rancherías en despoblados para mutua comunicación y seguridad de los transportes…*

Y no dejó de repetir la necesidad de hacer un puerto digno de la ciudad, proyecto al que ponían trabas los conservadores:

> *Limpiar y mantener limpio el puerto de Montevideo y construir en sitio proporcionado un muelle o desembarcadero en Buenos Aires.*

Los nombres de aquella lista de Cónsules fueron luego apellidos notorios en la sociedad que floreció con la independencia. Nos detendremos en cinco de ellos:

Para el cargo de Prior entre los Cónsules, el virrey nombró a don Manuel Rodríguez de la Vela. Este señor era un prócer entregado a la obra de la Casa de Expósitos, institución a la que financiaba sin exigir la devolución de sus préstamos. Y como viera que todo socorro era poco, decidió legar su fortuna. Un cuadro que reproducía la escena del

otorgamiento se mantuvo colgado en una sala de aquella institución hasta hace pocos años.

El segundo nombre que eligió el virrey sorprendió a algunos. Para primer cónsul optó por un navarro oriundo del valle del Baztán, llamado Juan Esteban de Anchorena. Se había iniciado como tendero en 1767, pero de aquello ya había pasado tiempo, el mostrador quedaba muy lejos, y Anchorena brillaba como comerciante financiero, destacando por sus innovaciones entre los asentistas de la ciudad. El nombramiento como cónsul supuso un espaldarazo a la ambición de Juan Esteban. Al año siguiente ya pudo casarse con Romana López del Valle, unión que habría sido impensable sin aquella promoción.

A diferencia de las generaciones de plutócratas que acaban dilapidando los ahorros de los fundadores de dinastías, los descendientes de Juan Esteban Anchorena (luego convertidos en Ansorena) supieron acrecentar sus patrimonios de forma espectacular, en todas las acepciones del adjetivo. Sus palacios y mansiones estaban llamadas a asombrar a sus herederos. El autor del "*Martín Fierrro*", piensa en esta familia cuando un Mefistófeles ultramarino susurra a un Fausto redivivo:[61]

Se quieres, plata tendrás.
Mi bolsa siempre está llena
Y más rico que Ansorena
Con decir "quiero" serás.

Otra persona señalada por el virrey Arredondo, fue don Gaspar de Santa Coloma, como vicecónsul de Juan Antonio de Lezica. Era de origen vasco, nacido en un pueblo de Álava. Se había casado con una dama criolla llamada Flora de Azcuénaga. Eran ricos y tenían cuatro hijos. Entre comerciantes se acostumbraba a adoptar un protegido, a quien formaban para que custodiase los patrimonios y asegurase la continuidad de las operaciones. Los Santa Coloma pusieron sus preferencias en un joven llamado Martín Alzaga. De lo acertado de esta elección da idea que cuando los ingleses, después de Trafalgar, decidieron invadir Montevideo y Buenos Aires, quienes lograron expulsarlos de ambas ciudades fueron el virrey Santiago de Liniers y el financiero Martín de Alzaga. Con dinero y tenacidad, Martín Alzaga adiestró una tropa de milicianos que acudieron a la lucha en momentos críticos, inclinando la suerte del lado de los defensores.

Otro nombre digno de mención ligado al Consulado sería el de Manuel Belgrano y fue elegido por su sintonía con la política de

reformas que los Borbones, que chocaba con las usanzas establecidas. En su labor como secretario, Belgrano se lamentaba de la estrechez de ideas de los principales miembros del Consulado. Los más reticentes al libre comercio eran los Agüero, pero también ponían trabas los Santa Coloma, Alzaga, Villanueva, Romero, Neyra y Marcó del Pont, entre otros. Belgrano, en cambio, coincidía con la Metrópoli en su elogio de la agricultura:

> *Hay que separar a los negros y mulatos de las artes y destinarlos a la labranza y otros oficios.*

También es de Belgrano la frase siguiente:

> *El valor de los Estados no consiste en el tesoro Público sino en la cantidad de fanegas de tierra bien labrada.*

Hay un quinto nombre entre los cónsules que es pertinente añadir. No apareció hasta 1797, cuando ya Arredondo había vuelto a España. Se trata de don Martín de Sarratea, que fue elegido primer Prior por la Junta del Consulado, conforme a las ordenanzas. Una hija de Martín de Sarratea, sería la segunda mujer del heroico virrey Santiago de Liniers.

El tercer tema de atención preferente para Arredondo se refería a la reordenación territorial. Antiguamente, con los Habsburgo, el cuidado de las ciudades no era asunto de gobernadores, sino que estaba delegado en el Cabildo. Pero con los Borbones cambiaron estas prioridades y el urbanismo y el gobierno de los municipios pasó a ocupar un lugar primordial en la atención de los virreyes.

Dicha responsabilidad admitía matices. Ya vimos cómo el marqués de Loreto, por ejemplo, veía en las contratas municipales un foco de malas prácticas y gastos innecesarios y susceptibles de amaño por los contratistas. Con el virrey Loreto las reformas iniciadas por Vértiz se estancaron. El intendente real, don Francisco de Paula Sanz, que había sido nombrado por Vértiz responsable de urbanismo y policía, había quedado ninguneado, para satisfacción de los alcaldes, algo dolidos de ver sus competencias invadidas.

El virrey Arredondo retomó la antorcha de Vértiz. Empezó aceptando la renuncia de los alcaldes de distrito hartos de luchar contra corriente, pero fue para nombrar muchos más. Aumentó el número de barrios y cuarteles y ordenó que en cada uno de ellos se eligieran a 16 vecinos cada quince días para que hicieran rondas nocturnas.

> *Les concedí la separación que pretendían, dándoles las gracias, como era debido, por lo que habían servido sin interés ni estipendio alguno; y en lugar de ellos nombré veinte personas que hoy ejercen Alcaldías, aumentadas hasta este número, con mucho celo y satisfacción, cada uno en su Barrio o Cuartel, condecorados con las insignias y un bastón de puño de marfil que les he concedido para que sean conocidos y respetados*.

Para que los nuevos alcaldes supieran a qué atenerse, se publicaron unas ordenanzas, copiadas de las de Madrid, con el título de *Auto General de Buen Gobierno*, que salió de la imprenta el 1 de Marzo de 1790. Tenía solo veinte artículos, pero ya muestra un alto grado de intervencionismo ilustrado, del que puede ser ejemplo el siguiente:

> *El que quiera construir una casa o cualquier otro edificio presentará, como está mandado, ante esta superioridad, el plano que lo demuestre, pues, aunque a ninguno se impedirá la justa libertad de sus derechos, debe no obstante ser examinado en razón de la seguridad y decoración pública que ha de observarse, como igualmente aquella uniformidad que tanto contribuye al exterior ornato y hermosura de los pueblos.*

Se ha dicho por algunos que la semilla revolucionaria tuvo algún aliento en la irritación de los vecinos ante una hipotética indiferencia o incapacidad urbanística de los gobernantes españoles. Más cierta sería la tesis contraria, que habla de la resistencia de los poderes fácticos de las pequeñas urbes de entonces (Buenos Aires tenía menos de 30.000 habitantes) a aceptar innovaciones copiadas de metrópolis como Paris que veían implantadas sin su consentimiento.

De la investigadora y arquitecta argentina Graciela Favelukes son las líneas siguientes, sobre las transformaciones de Buenos Aires en tiempo de los Borbones:[49]

> *Pero también es cierto que, con marchas y contra marchas, al final del dominio hispánico la gestión de la ciudad presentaba una organización que fue continuada por los gobiernos revolucionarios.*

Mención especial merece a doña Graciela, el asunto del empedrado de calles. Lugar destacado ocupa este proyecto en la Relación del virrey Arredondo a su sucesor:[14]

> *Las calles de Buenos Ayres sabe V.E. muy bien cuánto cuidado han merecido al Gobierno. Su empedrado era indispensable para evitar el lodo y los Pantanos del Invierno, que las ponen intransitables……pero ¿Dónde estaba la piedra, el dinero y los arbitrios para poner en ejercicio esta insigne y tan necesaria empresa?*

Arredondo sacó el dinero de unas donaciones para celebrar la exaltación al trono de Carlos IV, logrando que el Cabildo renunciase a las fiestas y le entregase lo recaudado. Con aquellos fondos se compraron dos barcos para traer piedra de la isla de San Martín. Cuando se acabó este dinero, el virrey aplicó muy pequeñas cantidades al mayor número de vecinos, para que el esfuerzo individual fuera lo menor posible.

El miedo a reacciones en contra aconsejaba inaugurar tramos pequeños que sirviesen de muestra y acallar así a los más protestones. Lo primero que quedó empedrado fue la Plaza Mayor. Luego el trecho hasta el Fuerte y más tarde la calle de las Torres, que causó un gran efecto de emulación. Tan contento y ensimismado estaba Arredondo con sus piedras que se congratulaba de que el nuevo virrey iba a poder hacer su entrada triunfal en un recorrido totalmente pavimentado. No pudo cumplirlo del todo:

> *Yo ahora tengo el sentimiento de que V.E. no vea concluido el empedrado de esta hermosa carrera…"*
>
> *Esta grande obra tiene a mi parecer un cierto privilegio que no permita la abandone V. E. sino más bien la considere digna de su alta protección.*

Pedro Melo de Portugal[16]

Río de La Plata 1795-1797

Los Melo de Portugal, como su nombre indica, eran de origen portugués, aunque habían echado raíces en España. Descendían de los duques de Braganza, estaban emparentados con las familias reales de ambos países y tenían grandes propiedades en Extremadura.

Al no ser hijo primogénito, correspondía a Pedro la carrera de las Armas. Eligió en principio la Marina y le fue bien en ella. En su hoja de servicios aparece recogido un hecho de valor cuando navegaba en la fragata *Perla.* Sin embargo y por aproximarse a la Corte, se pasó al Arma de Caballería. Fue primer caballerizo de la reina y gentilhombre de Cámara.

Luego hay nueve años en su vida (entre 1778 y 1787) que transcurren en Paraguay, donde ejerció de gobernador. Es significativo que la Corte eligiese un aristócrata medio portugués para el gobierno del territorio más conflictivo entre ambos países.

La coincidencia de gobernadores con apellidos portugueses a ambos lados de la frontera con Brasil nos incita a pedir al paciente lector que nos deje hacer un breve inciso. En Brasil, desde Felipe II, el gobierno también lo ejercían virreyes. En tiempos de Melo de Portugal

el virrey de Brasil era don José Luis de Castro y Cunha de Tavora.

Las similitudes entre los acontecimientos que tienen lugar en tierras americanas bajo control de España o de Portugal animan a la reflexión. Son tan paralelas las situaciones y la forma de encauzarlas que los componentes individuales pierden fuerza explicativa y en cambio, se agranda la evidencia de lo mucho que las circunstancias influían en decisiones simétricas.

El virrey portugués José Luis Castro es recordado por haber sido él quien firmó la condena a muerte del dentista “Tiradentes". Que perdonase a todos los demás conspiradores de Minas Gerais, en cambio, no se menciona y pasa como desapercibido.

El paralelismo entre Tiradentes y Tupac Amaru está en lo macabro. Ambos, después de ajusticiados sufrieron el desmembramiento y la exposición de sus restos para escarmiento público. Errores, con la perspectiva histórica actual, que hacen de ellos mártires de la causa de la independencia. Lo que entonces se consideraba necesario (por repugnante que pudiera parecer) se demostró con el tiempo no sólo inútil, sino contraproducente.

El virrey José Luis Castro era contemporáneo de Melo de Portugal. Los logros del virrey portugués en agrandar las fronteras del Sur de Brasil equivalen estrictamente a los fracasos del virrey español en defender las propias. Pero Castro es menos reconocido por ello que por lo de Tiradentes, asunto que a él debió parecer un tema menor y, además, resuelto con generosidad para con los demás rebeldes.

Por parte española, Melo de Portugal abandonó a los portugueses trece pueblos, que previamente habían sido arrasados por forajidos “bandeirantes”, pero es más recordado por los pueblos que fundó que por los que perdió.

Durante su mandato como gobernador de Paraguay, el virrey se recorrió la frontera y ello le permitió elegir bien los sitios donde erigir nuevas poblaciones.

Al poco tiempo de hacer su juramento como virrey, puso el nombre de Melo a dos nuevas poblaciones; una en Uruguay y otra en Argentina. La primera en terreno de los indios *arachanes.* La segunda cerca de Córdoba, a raíz una visita que realizó a la región colindante con el virreinato de Perú.

Del virrey Melo de Portugal, dejando a un lado las anécdotas sobre la asonada de los estudiantes del Colegio de San Carlos o la historia de las hormigas de su tumba en el convento de las madres

capuchinas, nos interesa añadir algo sobre actividad como colonizador de tierras alejadas.

Aquellas actuaciones tuvieron un protagonista, una vez más, en la figura del naturalista y expedicionario, don Félix de Azara. Tal era su conocimiento de las costumbres y vida de los indios que tres virreyes se atribuyeron los descubrimientos de Azara durante sus viajes. Mostraban interés en ver sus grabados, cartas geográficas y notas. Cuando Azara se percató de que lo hacían *pro domo sua,* se mostró más reticente y con sus dilaciones provocó la pérdida del favor virreinal.

En 1794, harto de que en lugar de ayudarle le hiciesen la vida imposible, Félix de Azara pidió volver a España, pero el retorno le fue denegado y tuvo que permanecer en el Río de la Plata siete años más. Cuando llegó Melo de Portugal acababa de recibirse la negativa, de manera que este virrey también pudo beneficiarse de sus servicios.

El motivo por el que don Félix Azara estaba en América consistía en la delimitación sobre el terreno de la frontera con Brasil, que se derivaba del Tratado del Pardo, firmado en 1778. Su primer viaje fue un encargo real que se inició en el puerto de Lisboa en 1781. Aquella misión servía para asegurarle un sueldo, pero pronto otras inquietudes se añadieron a las estrictamente jurídicas. Los trabajos de Félix de Azara eran apreciados en toda Europa y en especial en Francia. Conocidas eran sus críticas al naturalista francés conde de Buffon, a quien llegó a acusar de fabricar pájaros exóticos con plumas de aves diversas.

En la Península pasaba más desapercibido. Sus *Viajes por la América Meridiona*l[34] se publicaron antes en Paris que en Madrid. Azara encomendó sus manuscritos el investigador Charles Walckenaer, quien se encargó de la edición y, de paso, tomó buena nota del capítulo que Azara dedicaba a los insectos, tema éste de los insectos favorecido en la obra del francés.

Uno de los asuntos que llamó la atención del virrey Melo de Portugal, al hacerse cargo, fue la circunstancia de que en Buenos Aires y alrededores vivían decenas de familias cobrando un sueldo del erario sólo por dedicarse a la ganadería o la agricultura. Cuando pidió información precisa le dijeron que así venía ocurriendo desde hacía veinte años. Se trataba de una fallida expedición a colonizar la Patagonia que había sido organizada en la Metrópoli, pero que no había logrado el objetivo previsto de poblar aquellos territorios, ya que sus integrantes habían ido regresando de modo continuo a Buenos

Aires por motivos diversos. Melo de Portugal solicitó la ayuda de Félix Azara para ubicar aquellas gentes en el lugar que le pareciera más idóneo y liberar de paso a las arcas públicas de tan gravosa servidumbre. El desenlace de este asunto pertenece al gobierno de los siguientes virreyes, Antonio Olaguer Feliú y Gabriel de Avilés, que en este tema actuaron siempre de acuerdo con los consejos de Melo y de Azara.

Y ello fue así porque Melo de Portugal murió repentinamente. Desde España se había decidido, en Noviembre de 1796, que la región de Puno pasase a depender del virreinato del Río de la Plata. Quiso el virrey hacer una visita a los territorios anexionados para rubricar el hecho con su presencia. En aquel viaje don Pedro de Melo sufrió una caída de caballo, con tan mala fortuna que, después de algunos días en cama, falleció en la misma villa de Puno, el 15 de Abril de 1797.

Sus restos fueron llevados a Buenos Aires por deseo de que fueran sepultados en una iglesia restaurada por su intercesión, que era parte del convento de las monjas clarisas.

Además del recuerdo de su nombre en las dos ciudades mencionadas, hay un museo en Buenos Aires, el Histórico de Cornelio Saavedra, donde se conserva un retrato de este virrey, firmado por el pintor Ignacio Chivichia, cuyo modelo nos mira desde el lienzo como cuando lo estaban pintando.

Antonio Olaguer[18]

Río de La Plata 1797-1799

Al igual que Pedro Garibay en Méjico, Antonio Olaguer Feliú se encontraba en el lugar adecuado y en el momento oportuno cuando el virrey Melo de Portugal se cayó del caballo en Pando. Su fallecimiento, poco después de aquel accidente, convirtió a Olaguer Feliú en el sucesor. Recibió la noticia estando de gobernador en Montevideo con categoría de coronel.

Olaguer llevaba en el Rio de la Plata catorce años, por lo que había servido y conocido de cerca a virreyes como el marqués de Loreto, Nicolás Arredondo y Melo de Portugal.

Experiencia en asuntos americanos no le faltaba. Con menos de veinte años ya participó en la expedición de Alejandro O'Reilly a las Antillas, partiendo de El Ferrol como ayudante suyo en el Regimiento. Sirvió a O'Reilly en las islas de Santo Domingo, Cuba y Puerto Rico y siguió después en América por más de una década. Retornó luego a España como profesor en la Academia militar de Ávila y fue más tarde Sargento mayor del Regimiento de Guadalajara.

Su segundo periplo americano le vino como combatiente en la expedición de don Pedro de Cevallos, en 1776, a la que concurrió

como teniente coronel del Regimiento de Saboya, participando, cómo no, en la toma de la isla de Santa Catalina y de la colonia de Sacramento.

Volvió España y continuó en el mismo Regimiento, hasta lograr ser su coronel en 1782. Tenía entonces cuarenta años y su hoja de servicios le hacía idóneo para el delicado cargo de Inspector de las Tropas de Buenos Aires. Asumió esta misión en 1784.

La personalidad de don Antonio era la de un hombre de maneras agradables, sociable y cuidadoso con las formas. Sabía compaginar las exigencias de severidad propias del mando, que en él eran una segunda naturaleza, con una cara amable frente a la sociedad civil, a la que respetaba y halagaba. Cuando se convirtió en virrey llevaba diez años casado con una dama nacida en Buenos Aires, de apellido Basavilbaso por parte de madre, y, por tanto, perteneciente a la oligarquía platense.[18]

Ana de Azcuénaga y Basavilbaso era treinta años más joven que el virrey, amiga de los Anchorena y los Santa Coloma. Al año de casada con Olaguer Feliú, les vino a ambos el nombramiento como gobernadores de Montevideo, donde la pareja ejerció por primera vez funciones civiles y de representación, añadidas a las militares de siempre. La compañía de Ana fue muy valiosa para Antonio Olaguer en la sociedad de Montevideo, donde le ayudó a hacerse apreciar como gobernante amable, culto y desenvuelto en las recepciones palaciegas.

Cuando los esposos Olaguer, después de ser gobernadores, fueron nombrados virreyes, Ana de Azcuénaga vio reconocido el acierto de su boda con un sencillo brigadier. Pronto el palacio de Buenos Aires fue ocupado y acondicionado para la vida social que Ana imaginaba. No hubo necesidad de grandes obras porque el virrey Melo de Portugal había hecho todo el gasto, sin poder disfrutarlo.

Desde el punto de vista argentino, se tiene bien presente que Ana de Azcuénaga fue la primera virreina nacida en su país.[18]

En aquel tiempo, el protocolo palaciego no podía limitarse a las sencillas normas de la sociedad en que se había educado la virreina. En palacio se seguía practicando la rígida etiqueta hispana, proveniente de Lima. Al no querer ceder el virrey, es fama que la virreina se excusaba ante amigos e invitados, alegando la intransigencia del esposo y todos quedaban conformes.

Era frecuente en el Rio de la Plata poner un adjetivo a los virreyes, como antes en la Europa medieval y aún después; a don

Antonio dieron los porteños en llamar "El ceremonioso". Las ceremonias de don Antonio duraron casi dos años. Durante ese tiempo poco hay que destacar que ocurriese en el Rio de la Plata, sobre todo comparado con lo que estaba sucediendo en la Francia revolucionaria.

Sus actuaciones reflejan la doble personalidad de Olaguer. Como militar se esforzó en cuidar el mantenimiento de las defensas de Montevideo y Buenos Aires, frente a posibles invasiones, tanto de franceses como de británicos, según fluctuaba la fortuna de las armas en Europa. En reconocimiento de que estaba actuando bien, desde Madrid le llegó el nombramiento de caballero de la Orden de Carlos III, al año de haber iniciado su gobierno.

Ya convertido en virrey de los rioplatenses, sus cuidados se centraron en dar facilidades al Consulado de Comercio, fundado por Arredondo.

Para favorecer a los cumplidores, Olaguer hizo lo que pudo por perseguir el comercio ilícito, sin olvidar la necesidad de ampliar las vías de acceso a productos de origen inglés, facilitando la entrada de buques extranjeros en los puertos del Rio de la Plata[46.]

No todos los comerciantes estaban por la labor de mejorar las instalaciones del puerto de Buenos Aires, que Arredondo había procurado impulsar. Con Melo de Portugal se diseñó un proyecto con la firma del ingeniero Francisco de Escalada. Olaguer quiso darle el refrendo definitivo y lo envió al Ministerio de Indias, proponiendo su ejecución inmediata. Sin embargo, la facción de agricultores y comisionistas, que se sentían perjudicados por el previsible incremento de las importaciones, presentaron razones en contra de las obras a la atención de la Corte y lograron pararlas.

Los Olaguer Feliú, al igual que otros militares españoles, tenían tendencia a entroncar con familias dedicadas a los fletes y a las finanzas, a las que conocían por sus parientes en puertos españoles donde éstas tenían casas de Comercio. El padre de Antonio Olaguer estaba casado con una Heredia, hija de un Heredia y Domecq. Una hermana de Antonio, María Pilar, se casó con el empresario Piriz, forma que adoptaba el apellido Pires, o Pérez, en el exilio.

Durante el mandato del virrey Olaguer llegó a Buenos Aires la real Orden que autorizaba la creación del *Protomedicato,* propuesto por el virrey José Vértiz. Su finalidad era disponer de un centro que regulase y ejerciera de supervisor sobre la enseñanza y la práctica de la medicina, formando nuevos médicos y moderando el curanderismo.

Con la promulgación de la orden por el virrey Olaguer, los claustros del antiguo colegio de los jesuitas vieron reconocida su nueva utilidad y don Manuel O' Gorman fue confirmado en su cátedra de Medicina. Con esta concesión se afianzó una nueva dinastía irlandesa que daría que hablar en la ciudad del Plata, no sólo por los amoríos del virrey Liniers, sino mucho después por el triste sino de la joven Camila O 'Gorman.

En su vida doméstica, el matrimonio Olaguer Azcuénaga fue tranquilo y prolífico, con doce hijos, de los cuales los primeros nacieron en Buenos Aires. Como virreyes fueron respetados, pero sin lograr ser populares del todo.

Cuando le llegó la orden a don Antonio Olaguer de ceder el mando al general Avilés, los virreyes no deseaban volver a España, sino quedarse a vivir en Buenos Aires. Al encontrarse en expectativa de servicio, pudieron alargar su estancia un par de años, pero tuvieron que desistir al ser reclamados en 1803 para desempeñar la Comandancia del Ejército en Guipúzcoa.

Cinco años después, Antonio Olaguer alcanzaba el cargo de Secretario de Estado y ministro de la Guerra. Ascendió a teniente general a finales de 1807, meses antes del motín de Aranjuez. Parece ser que fue el mismo Olaguer quien comunicó a Godoy la orden por la que se le apartaba del gobierno.

En el libro de Memorias de Manuel Godoy, aparece mencionado Olaguer Feliú en dos ocasiones[55]. La primera formando parte del gobierno que había tolerado la entrada de tropas francesas sin que previamente Napoleón solicitase la autorización prometida. Godoy se esfuerza en pintar sus temores a una traición del emperador. Tras escuchar sus malos augurios, Carlos IV se habría mostrado menos pesimista:

> *Yo no veo tan negro el horizonte como tú lo pintas-dijo el rey...*

Se lamenta Godoy de la tranquilidad de los ministros:

> *Ningún ministro me ayudaba, y aún uno de ellos (no tengo bien presente si Cevallos o el ministro recién nombrado de la guerra don Antonio Olaguer Feliú) se esforzó en persuadir que los cuerpos que habían entrado del segundo Ejército de la Gironda iban en derechura a Portugal y eran parte del primero, sin que en rigor fuese una cosa digna de extrañarse...*

La segunda referencia a Olaguer aparece en las páginas del motín de Aranjuez, cuando ya Godoy no era nadie y Fernando VII tenía nuevo gobierno. Según Godoy durante esos meses los ministros de Carlos IV hicieron verdaderos esfuerzos para cambiar de chaqueta a toda prisa con la esperanza de seguir mandando y formar parte del venturoso futuro que imaginaban.

> *Lo que yo veía en ellos, lo que yo notaba tan diferente de otras veces, los colores del disimulo y la doblez pintadas en sus rostros mal compuestos, la insignificación de sus palabras tan lisonjeras como vanas, cierto estudio que yo notaba en todos ellos de evitarme, cierta manera de mostrarse y de tratarme semejante a la que tiene un heredero que está ansiando el último suspiro del que muere...*

En esta prueba de lealtades, don Antonio Olaguer Feliú no salió mal parado. Nada debía a Godoy y por tanto era libre de mostrarse tan contrario al favorito como el más ardiente de sus enemigos. Por otra parte, uno de los más fieles aliados de Godoy, como era don Pedro de Cevallos, se había pasado con armas y bagajes al bando de Fernando VII, al igual que el ministro de Marina Gil de Taboada, otro ex virrey. También Caballero, enemigo de siempre de Godoy, confiaba en poder seguir ofreciendo sus servicios al nuevo rey. En cuanto a Olaguer Feliú, recuerda Godoy:

> *Más tibio, aunque también sumiso a la facción y en defección con Carlos IV, no menos que conmigo, don Antonio Olaguer Feliú, ministro de la Guerra recibió su retiro con un cumplido testimonio que el nuevo rey le despachó de hallarse complacido de sus actos*.

Efectivamente, en el decreto de 21 de marzo de 1808 puede leerse:

> *...y asimismo conceder su retiro de secretario de Estado y del Despacho Universal de Guerra al teniente general don Antonio Olaguer Feliú, que ha servido este destino a mi satisfacción.*

Su sustituto sería un cubano de origen irlandés, llamado Gonzalo O'Farrill. Parece verosímil que el cese de Antonio Olaguer Feliú como ministro de Fernando VII fuese voluntario y debido a no querer participar en las intrigas de los demás. No tenía por qué significarse ni

favor ni en contra de Manuel Godoy.

Del mismo modo que don Antonio estaba en el sitio adecuado y en el momento oportuno cuando le hicieron virrey, puede decirse que también supo retirarse a tiempo cuando fue ministro.

Gabriel de Avilés[19]

Río de La Plata 1799-1801

"Si no fuera por mis convicciones religiosas, me habría suicidado". Don Gabriel de Avilés no había perdido una esposa o un hijo, o contraído una enfermedad incurable o visto evaporarse su fortuna de la noche a la mañana. Nada de eso le ocurría. Simplemente, cuando llegó como virrey a Buenos Aires sentía *ennui de vivre*, no se hacía ilusiones sobre la naturaleza humana, no apetecía honores y sus pensamientos afloraban teñidos de un escepticismo crepuscular.

Para evitar caer en un pozo de melancolía, Avilés se había hecho acompañar de un espíritu burlón, en la persona del minero frustrado y naturalista entusiasta: don Miguel Lastarría. A este biólogo, geógrafo e ingeniero peruano se le ocurrían proyectos geniales que explicaba con entusiasmo, para luego dejarlos por otros aún mejores... y vuelta a empezar; no consiguiendo otra cosa que entretener y arruinarse.

Lastarría era bastante anticlerical y volteriano, de manera que el hecho de que Avilés frecuentara su amistad no concuerda con la descripción de quienes tildaban a este virrey de beato y santurrón.[19]

Gabriel de Avilés no tenía hijos (dos habían muerto al nacer) y su mujer se había quedado a vivir en su país, que era Perú. Cuando le

nombraron virrey del Río de la Plata, él se encontraba sirviendo en Chile como gobernador. El viaje, atravesando los Andes, era penoso y largo. Desde Santiago le hizo escolta una guardia armada chilena que se detuvo en San Luis. Allí descansaron y los soldados chilenos fueron relevados por un destacamento llegado desde Buenos Aires.

En Luján se encontraron con la *elite* porteña, representada por familias conocidas como los Sarratea, los Saavedra, los Santa Coloma, además del virrey saliente Olaguer Feliú, de Thomas Romero, José Gainza y otros muchos. La cena de honor perpetrada consta en los archivos de la nación argentina. Como detalle de lo inusitado, baste decir que para el cuidado de las cabezas y sus postizos aditamentos se desplazaron cinco peluqueros, o, que siendo 44 los invitados se sacrificaron 126 animales. La cocina estuvo encomendada a Joseph Duré; como repostero actuó Pierre Botet, cuya especialidad era el "gateau" de almendras y la responsabilidad de los vinos se encomendó a *Monsieur Ramón.*

El virrey Avilés trajo consigo a Buenos Aires un número elevado de sirvientes, entre ellos, su mayordomo Manuel Fernández de Arredondo, en quien tenía confiados los asuntos domésticos y su economía particular, que era poco boyante. También solía verse en palacio a su ayuda de cámara, don Tomás de Heredia y al simpático negro Mateo, a quien premiaría con la libertad, en un pliego póstumo.

Los virreyes eran observados con interés (en sentido literal) cuando iniciaban sus primeros pasos en el gobierno. Saber de qué pie cojeaban o qué arrancada mostraban ante los capotes que les tendían, era misión que se encomendaba a quienes acudían en audiencia por razón del cargo o de negocios urgentes. Sus primeras apreciaciones eran confiadas a los más cercanos y más tarde se expandían, hasta ser conocidas y compartidas por todos.

En una carta familiar, Francisco de Letamendi Orueta (un comerciante afortunado de Buenos Aires) comenta que:

> *Al virrey no se le conoce amigo; don Blas de Gaínza le ha merecido alguna atención, pero me persuado de que no querrá meterse en empeños con él, porque no los admite.*

Cuanto acabamos de decir sobre este virrey está extraído del libro que escribió en 1987 el historiador argentino José María Mariluz Urquijo, con el título *El virreinato del Rio de la Plata en la época del marqués de Avilés*.[19] El retrato que hace de Avilés al comienzo de esta

obra se separa bastante del que presenta otro biógrafo, Luis Nadal, contemporáneo del biografiado.[19] Queriendo mostrar a su paisano de Vich lo más favorecido posible, el bosquejo de Nadal acaba siendo tópico y, a lo último, contraproducente.

Más creíble es Urquijo cuando habla de "desmayada majestad", o del "perfil aguileño embotado por una capa de blanda grosura" y "las ojeras de cansancio que subrayaban los ojos penetrantes".

Para ahorrarse malquistos, Avilés tenía buen cuidado de delegar en sus subordinados el cumplimiento de aquellas decisiones que fueran a causar daño o perjuicios a los afectados. Tampoco es que le preocupasen demasiado las reacciones, pero mejor le parecía mantenerse alejado de los malos humores. Muestra de ese estado de ánimo fue su no asistencia a las sesiones poéticas que las Universidades americanas solían organizar a la llegada de un virrey, para lucimiento de vates expertos en panegíricos culteranos. En su carta al Claustro se excusa:

> *Porque la penosa fatiga de sufrir manifiestas adulaciones y fastidiosas alabanzas es muy distante de la simplicidad filosófica de un congreso de literatos que debe explicarse sin afectación y con naturalidad.*

Avilés no estuvo más de dos años como virrey en el Río de la Plata. En 1800 los servicios de información de la Metrópoli evidenciaron al Consejo unas maniobras conspirativas del hijo del virrey del Perú, Bernardo O'Higgins, por lo que hubo necesidad de cesar al padre, sin más. El 20 de Junio se firmó el nombramiento de Avilés como sustituto.

Fueron dos años, los de Buenos Aires, con variedad de actuaciones en cada uno de los campos de gobierno, como se refleja en la *Relación* que presentó a su sucesor Hidalgo de Cisneros. Antes de abandonar Río de la Plata, el virrey Avilés se preguntaba si había hecho algo que mereciera la pena y recordó dos asuntos que eran espinosos a su llegada y que parecían resueltos a su salida: Uno: "sacar de su opresión a los indios guaraníes" y dos: "descargar al Fisco de las pensiones a los fallidos pobladores de Patagonia".

Empezando por este último: Todo comenzó cuando en 1778 (es decir veinte años antes de Avilés) los españoles decidieron que La Patagonia tenía un valor estratégico y no podía seguir deshabitada. Dado que nadie en América estaba dispuesto al viaje, se pensó a atraer a gentes de Galicia, a quienes se ofrecería toda clase de seguridades,

vivienda, ganado, utensilios y un sueldo suficiente hasta que pudieran valerse por sí mismos.

Veinte años más tarde lo único claro de aquel proyecto eran los sueldos que se seguían pagando, porque los gallegos se habían quedado en Buenos Aires y alrededores, ante la inoperancia de las autoridades.

El virrey Olaguer Feliú expuso a Gabriel de Avilés la situación. Según Olaguer nadie parecía tener la culpa de que no estuvieran en Patagonia; nadie se hacía responsable. Y la persona que podía reconducir y resolver el problema era, en su opinión, el geógrafo don Félix de Azara. Azara conocía bien las posibilidades de cada provincia y la manera de explotar sus recursos. Con el beneplácito de Olaguer Feliú (que se había quedado a vivir allí) el nuevo virrey encargó al señor Azara la resolución del *imbroglio* patagónico.

Azara hizo un estudio de las habilidades y costumbres de los gallegos venidos como pobladores. Dictaminó que no eran adecuados para poblar Patagonia porque en aquellas latitudes se tenía que vivir de lo que produce el mar, la pesca y también la caza de la ballena. En Galicia había gente marinera que hubiera podido valer, pero los que habían venido estaban mal elegidos para eso. Eran agricultores o ganaderos y, aunque consiguieran cosechas o carne, no podrían explotar sus productos por el coste del transporte y la mayor fertilidad de otras tierras en la Pampa.

Hay que decir que el razonamiento de Azara pasaba por alto que, a efectos de logar la presencia estratégica, hubiera bastado con un asentamiento autosuficiente. Pero es que Azara no podía olvidar que durante los años en que se dedicó a recorrer palmo a palmo la frontera con los portugueses de Brasil, a menudo había cavilado sobre lo conveniente de establecer más poblaciones, precisamente allí.

Creía Azara que en lugar de confiar todo a la defensa armada contra los portugueses, lo que se precisaba era atraer explotadores que pusieran en valor los recursos antes de que llegasen otros. Las ideas de Azara no satisfacían el objetivo de poblar Patagonia, pero podían ahorrar 50.000 pesos al Tesoro, de manera que el virrey Avilés sólo puso como condición que el propio Félix de Azara asumiera el mando de la aventura.

Ocurrían estas disposiciones en la primavera de 1810. La “trabajosa comisión”, como llamaba don Félix al encargo, empezó congregando en torno suyo no menos de 94 familias, que hacían un total de 212

individuos en caravanas a la tierra prometida, cuyo moisés parecía iluminado por la certeza del éxito. El sitio predestinado por Azara se llamaba Batoví.

Batoví era un lugar perfecto por su fertilidad y por las benéficas aguas del río Yguarí. A partir del 27 de Octubre y durante el mes de Noviembre, fueron llegando los pobladores con sus ganados. En tiendas improvisadas se levantaron planos para el establecimiento del pueblo, al que pusieron por nombre San Gabriel de Batoví. Gabriel, por el virrey, pero sin pedir permiso, que habría negado, como ocurrió en ocasiones parecidas.

Algunos de los que llegaron a Batoví ya habían tenido tiempo de destacar como ganaderos. Por ejemplo, un Manuel de Vargas, su mujer y sus ocho hijos, traían 4.000 cabezas de vacuno y 1.000 de caballar. O un Bernardo González que aportaba más de 4.000, entre ambos tipos de ganado. De muchos de aquellos colonos se podría decir que ya se habían convertido en "gauchos" argentinos.

Para la erección de pueblos, las leyes establecían el trazado y los servicios mínimos, con Ayuntamiento, iglesia, escuela, hospital y cárcel. Alrededor del pueblo se levantó una empalizada. El comandante Artigas era partidario de batir los alrededores con sus tropas de soldados "blandengues", mientras que Azara prefería entablar amistad con los indios y que se incorporasen a la población para progresar más deprisa y lograr su complicidad frente a los portugueses.

Con el pasar de los meses, las dudas de Azara se fueron confirmando. Sin poderlo remediar, empezó a sentir una creciente desconfianza hacia sus colonos, a los que acusaba de que rara vez obraban "de buena fe". En cambio, la idea de compartir el asentamiento con gentes venidas del bando portugués, más laboriosas, le parecía cada día mejor.

El curso de la Historia, con sus vericuetos, haría que San Gabriel de Batoví, a poco más de un año de su creación, se convirtiera en *Sao Gabriel de Batovy* y que aquellos colonos pasasen a depender de Brasil. Cuando Gabriel de Avilés se refería a haber resuelto un problema, se refería al ahorro de los 50.000 pesos que costaban los pobladores sin población. En todo caso, la conversión de San Gabriel en *Sao Gabriel* correspondería asumirla al siguiente virrey.

El segundo asunto que recordaba con satisfacción era haber protegido los indios *guaraníes.* Eran indios abandonados como consecuencia de

la expulsión de los jesuitas en las misiones de Paraguay. Los guaraníes quedaron sin un guía que defendiera sus intereses personales, para lo que eran precisos abogados altruistas, que no aparecían por ninguna parte.

Faltos de iniciativa, como colectivo perdido en un mundo de libertades individuales, muchos habían emigrado a Buenos Aires en busca de trabajo. Otros seguían laboreando la paja a precios ridículos que enriquecían a los comerciantes. El virrey estaba muy informado del desbarajuste, gracias a los informes de un amigo suyo llamado Joaquín de Alós, que estuvo destinado en Santiago procedente del Río de la Plata.

También en este asunto el virrey Avilés creyó oportuno pedir consejo a Félix de Azara, como conocedor de la mentalidad de los indios y la forma de reconducir la situación creada por el vacío de la Misiones.

El diagnóstico de Azara no se hizo esperar. Según él, la no incorporación de los *guaraníes* a la vida normal del virreinato tenía poco o nada que ver con su manera de ser. El principal obstáculo era jurídico: al quedar los indios englobados en una comunidad de bienes, faltaba el principal incentivo pues, decía Azara, "*no hay hombre que le guste trabajar para otros".*

Manifestaba Azara su extrañeza de que no se permitiera la entrada de españoles en los recintos, pues con su ayuda y consejos se hubiera podido evitar la situación de esclavitud de hecho en que se encontraban. Lo fundamental era abolir la comunicad de bienes, repartir las tierras y aperos entre los indios, darles títulos de propiedad y todos los utensilios necesarios para sus trabajos tradicionales.

Se lamentaba de que estas medidas no se hubieran tomado en el momento de la expulsión, pues el lugar de los jesuitas había sido ocupado por gentes que solo buscaban beneficiarse de la mano de obra barata y docilidad de los internados.

Nada gustaron a esas personas las propuestas de Azara y menos que nada la de suprimir la comunidad de bienes, pieza fundamental en el negocio. Pero, afortunadamente, Gabriel de Avilés siguió las recomendaciones de Azara. Hizo frente a las protestas de los propietarios, entre las que no podía faltar la del deán de la catedral de Córdoba: Gregorio de Funes. Azara había convencido al virrey de que tanto interés por mantener ese sistema era más reflejo de avaricia que de filantropía y desoyó las quejas. Transcribimos el juicio que merece la actuación de Avilés en el asunto de Misiones, al citado historiador

José María Mariluz Urquijo:

> *El balance de la gestión de Avilés en lo referente a Misiones arroja un saldo netamente favorable. Supo comprender la gravedad de la crisis, encaró con prudencia las reformas y expidió atinadas providencias, que desgraciadamente se frustraron al dejar el gobierno.*[19]

Otro asunto de indios agraviados que hubo de afrontar el virrey Avilés fue el de los *chiriguanos*. En esta ocasión no parece que pidiera consejo a Félix Azara; se fio más del veterano gobernador de Cochabamba, Francisco de Viedma.

A finales de 1799 un grupo de indios chiriguanos asaltó la reducción de franciscana de Parapití (hoy en el sur de Bolivia) que cinco años antes había fundado el padre Francisco del Pilar; lucharon contra los indios conversos de la misión y los vencieron, incendiaron la iglesia y saquearon el poblado.

Como gobernador de Charcas, correspondía restablecer el orden a Francisco de Viedma, cuya animadversión hacia los franciscanos era notoria. En un informe que redactó en 1788 titulado "*Descripción geográfica y estadística de la provincia de Santa Cruz de la Sierra*", se puede leer:

> *La religión cristiana florecería (sin los escandalosos excesos que se notan) mayormente si las religiones se sujetasen a los ordinarios de estas Américas, con total independencia de su general, suprimiendo los provinciales, y dejando en libertad a los religiosos para que elijan sus prelados en sus respectivos conventos a su satisfacción*
>
> *¡Cuántas simonías, cuántos escándalos, y tal vez homicidios no se encausarían con tan santa providencia, a más de la sujeción que tendría en la vida monástica!.*[103]

Viedma mandó un oficio al virrey diciendo que el origen de la revuelta provenía del castigo que fray Pablo Jobe había impuesto en Santa Cruz de la Sierra a una india llamada María Tambora y a su hijo Hermenegildo Azuyaré como penitencia por "algunos chismes que habían inquietado a la Comunidad". Ambos habían sido llevados a la plaza pública para sufrir azotes, lo cual no era demasiado raro, y para ser pelados al rape, lo cual era muy inusual, porque a los chiriguanos eso les parecía mucho peor que ser azotados. Viedma aconsejó al virrey la "pronta remoción, corrección y relevo del referido padre

Conversor, haciendo entender esta providencia a los naturales para así mejor facilitar el sosiego"

Avilés recibió el oficio y contestó que, no obstante, se persiguiese a los insurgentes con el rigor debido. Acudió Antonio de Seoane con 150 milicianos en auxilio de Saypurú. Por su parte, Viedma reunió cuantos pudo y junto con Seoane organizó una expedición punitiva de más de 1.000 hombres, contando soldados, indios leales y arrieros.

La operación terminó favorablemente por no incomparecencia del enemigo. Apenas se produjeron unos breves combates, a excepción de la toma de un cerro, que Viedma describió al virrey con palabras exaltadas. Por su parte los franciscanos trataron de minimizar su parte de culpa, echándosela toda a Viedma, por no proteger Parapití, y a la conducta "escandalosa" de *la bruja* Tambora y la de su *perverso hijo* Hermenegildo.

En cuanto a la orden recibida de castigar a los culpables con el rigor que correspondiese, Viedma encontró un aliado en la persona del hijo de un jefe llamado Maruama, muerto a manos de los indios acaudillados por su enemigo Sacuarau. Los hombres de Viedma y los indios leales volvieron juntos a reconstruir la misión. Cuando fueron atacados de nuevo por Sucuarau, éste fue apresado.

En Parapití la autoridad máxima correspondía a dos misioneros, que compartían el orden espiritual y el material. Sin embargo, el brazo ejecutivo lo detentaba, como era costumbre, un gobernador indio, elegido por los neófitos y auxiliado por varios alcaldes, también indios. El gobernador de la Provincia, Viedma, tras someter a juicio sumarísimo a Sucuarao, firmó su sentencia a la horca. El reo fue entregado al hijo de Maruama, que lo había reclamado como cómplice de la muerte de su padre. El cuerpo de Sucuarao, tras ser descolgado por los indios hostiles, fue acribillado a flechazos.

Aquello no pareció bien al fiscal de la Audiencia de Charcas, Valeriano Villalta, que veía injustos tanto el juicio sumarísimo como la sentencia. Consideraba que, al no haber firmado ningún acuerdo de sumisión a la Corona, los indios *chiriguanos* no quedaban sometidos a la justicia española. Por tanto, la ejecución de Sucuarao podía ser considerada un acto de venganza. Viedma contestó que, sin necesidad de ser miembro de la sociedad, el hombre puede delinquir contra el derecho natural y puede ser castigado por ello. Avilés no terminó de dilucidar aquella disputa de jurisdicciones. El tema pasó al siguiente virrey, don Joaquín del Pino; éste tampoco quiso pronunciarse y remitió el asunto a Madrid, preguntando qué criterio seguir.

El comportamiento del pueblo chiriguano ha interesado a historiadores sociólogos por lo especial de su idiosincrasia. Los chiriguanos combinaban anarquismo e independencia, con gran oportunismo. En sí mismo esto no les haría muy diferentes de los araucanos y otros pueblos igualmente orgullosos. Lo que distinguía a los chiriguanos era una rara habilidad para fingir sometimientos y luego negarlos, siempre de acuerdo con sus conveniencias.

Así, unas veces, se resistían a aceptar la religión cristiana haciendo oídos sordos a las pláticas más suaves y, otras, ellos mismos salían de sus poblados pidiendo urgentemente evangelización y misiones. Casualmente, estas segundas instancias solían coincidir con periodos de escasez por malas cosechas o catástrofes naturales.

También eran expertos en concitar el apoyo de los misioneros en sus conflictos internos, haciéndoles creer que valoraban su opinión, olvidando luego todas las sugerencias como si nunca hubieran existido. Los jesuitas, que fueron los primeros en tratar de atraerlos al cristianismo, después de años de perseverancia y paciencia se dieron cuenta de que les tomaban el pelo y los dejaron por imposibles. A sustituirles vinieron, como de costumbre, los franciscanos, logrando unos comienzos prometedores. Luego, todo iría de mal en peor. Dado que en otros lugares los indios eran sencillos y sin dobleces ¿por qué los chiriguanos lograban engañar a los misioneros?

Quien más se ha ocupado de estudiar los indios chiriguanos ha sido el francés Thierry Saignes.[91] Viene a decir Saignes que la particularidad de esta raza era que en las misiones introducían quintacolumnistas, conversos fingidos, mezclados con los demás indios de las poblaciones, y dispuestos a soliviantar a los neófitos según instrucciones venidas del exterior. En el arte de fingir tenían a su favor la paciencia de los misioneros, que, aun sospechando, esperaban que la gracia del Señor iluminase sus corazones, lo que a veces ocurría y a veces no.

Hemos desviado al lector un trecho de la atención al virrey Avilés, el cual, en este asunto, mantuvo su costumbre de delegar en otros. En su manera de pensar, sólo los indios perjudicados de forma individual por la burocracia y el engaño merecían su atención personal. En grupo, podían ser tratados como enemigos.

Antes de dejar Buenos Aires y emprender viaje a Lima, recordaba don Gabriel de Avilés la cena que, cuando llegó, le dispensaron en Luján y repasaba los acontecimientos de su mandato en la vertiente comercial

y de negocios.[19]

Los bloqueos napoleónicos habían hecho mella en las importaciones, con aumento de precios y recurso inmediato al comercio interno y entre virreinatos. Esto había favorecido a los mejor posicionados en las Provincias del interior, pero había traído también más contrabando. Los comerciantes con corresponsalías europeas vieron mejoradas las transacciones con países neutrales, como Dinamarca o América del Norte. La dificultad de distinguir un navío americano de uno inglés propiciaba la entrada clandestina de productos británicos. No se puede decir que Gabriel de Avilés hiciera mucho por evitar el comercio ilícito, aunque no participase en las actividades de quienes lo fomentaban.

Ya al final de su mandato le llegó notica de una fragata de nombre *Mariana* que parecía sospechosa de querer desembarcar productos prohibidos. Avilés esta vez quiso intervenir y encargó al alférez de blandengues Gabriel Casado que siguiese su pista discretamente hasta ver si los del barco se atrevían a pasar a tierra las mercancías y, en caso de que esto ocurriese, apresar a los culpables.

Gabriel Casado hizo lo que le habían mandado; la fragata fue incautada. Las averiguaciones posteriores localizaron una parte del cargamento en la hacienda de don Carlos Wright. El *Mariana* venía de Providence y su comodoro dio explicaciones que no coincidían con las de Wright ni con las del resto de la tripulación. Al final el misterio de su fletador se desveló cuando apareció una carta en poder de uno de los pasajeros donde se mencionaba el destinatario último de los fletes, que no era otro que don Thomas Romero, uno de los anfitriones de la cena de Luján.

Ya era tarde para seguir ocupándose de aquellos asuntos. Don Gabriel de Avilés pensaba sólo en otras personas y otros horizontes. Tal como había pronosticado su esposa, doña Mercedes Risco y Ciudad, el destino seguía disponiendo que Avilés ocupase los puestos que iba dejando vacantes don Ambrosio O'Higgins.

En Junio de 1800 supo que tendría que volver a Lima para sustituirlo como virrey del Perú.

Joaquín del Pino[20]

Río de La Plata 1801-1804

A finales del siglo XVII Orán seguía bajo dominio español. Entre las fuerzas allí destinadas se encontraba un oficial de nombre Francisco del Pino y Romero, casado con María Sánchez de Rossas. Estuvieron en aquella plaza bastantes años, hasta que el bey Mustafá ben Yusef, en 1708, se aprovechó de la Guerra de Sucesión para expulsar a los ocupantes.

El matrimonio del Pino tuvo que regresar a la Península y eligió nueva residencia en la villa de Baena, en la provincia de Córdoba. Allí nació Joaquín y allí vivieron más de veinte años hasta volver a Orán, cuando España recuperó aquella posesión en 1732. Joaquín tenía entonces sólo cinco años.

En Orán creció y siguiendo la tradición familiar ingresó de cadete en la academia de Artillería en 1741. En sus estudios, el joven Joaquín mostraba preferencia por las matemáticas, la física y la química sobre otros temas, más de letras. Por eso se graduó de ingeniero, prestando sus primeros servicios en Cataluña, donde vivió nueve años de su carrera militar. Conoció a un profesor destacado, llamado Juan Martín Zermeño, quien se interesó por las aptitudes de Del Pino y le dirigió en sus trabajos de mejora de las comunicaciones entre Barcelona y Lérida.

La siguiente etapa de su vida transcurre en el país vasco, en San Sebastián, donde fue presentado a la que sería su primera mujer, María Ignacia Rammery. No se había olvidado Juan Martín Zermeño de su pupilo y cuando tuvo necesidad de encontrar un ingeniero con capacidad para renovar las defensas de Montevideo, propuso a Joaquín. Contaba Del Pino entonces 42 años y estaba siendo infrautilizado en la costa Cántabra, donde ya había modernizado no menos de 20 baterías, en previsión de un inminente conflicto con Inglaterra.

Los Del Pino, con cuatro hijos, zarparon de El Ferrol el 15 de Octubre de 1771, ostentando Joaquín el grado de comandante de Ingenieros y director de fortificaciones del Río de la Plata. Aquél fue ya un viaje sin retorno para ambos.

El carácter del comandante Del Pino, como buen de militar de Academia, estaba impregnado de un sentido del deber y de la responsabilidad que no le abandonaba ni de día ni de noche. Tuvo diez y siete hijos. Ocho con María Ignacia y nueve con la que sería su segunda esposa. Se esforzaba en cumplir y hacer cumplir lo ordenado, con precisión y oportunidad sobresalientes. Su norma de vida era simple, aunque no cómoda: hacer lo que le mandaban y en, caso de duda, no precipitarse y consultar al superior. Comentando los sinsabores y estrecheces que le propinaba tan castrense modo de vida, solía terminar diciendo, en familia: *Vita militia est*.[20]

Nunca estuvo sobrado de medios económicos, sino más bien falto de ellos, como la mayoría de los virreyes militares. Sus ascensos venían a rescatarle de los préstamos que se veía obligado a recabar para mantener un estilo de vida decoroso.

En 1773 fue nombrado Gobernador interino de Montevideo y en 1776 se le concedió el destino en propiedad. Ejerció de gobernador hasta 1791, diez y ocho años bien aprovechados, dedicados a la defensa de la frontera con los molestos portugueses del Brasil y a la población de lo que hoy es Paraguay, donde muchas localidades se beneficiaron de sus impulsos de reforma.

Viviendo allí, quedó viudo y a los dos años contrajo nuevo matrimonio con una dama de la villa de Santa Fe, al norte de Argentina. Cinco años más tarde, cargado de hijos, e incluso de sobrinos, más una hermana, Joaquín obtuvo, por fin, un cargo bien pagado, aunque poco codiciado por sus compañeros de armas: el de Gobernador de la provincia peruana de Charcas,

recién incorporada al virreinato platense. Tenía fama de clima insalubre, peligrosidad de los indios y lejanía del mundo civilizado.

Las vicisitudes del viaje y llegada del recién nombrado gobernador a su destino en la villa de Plata traen a nuestra mente el llamativo contraste entre la austera vida privada y familiar de los últimos dignatarios de Indias y los barrocos agasajos con que eran regalados por los españoles que dependían de ellos.

Desde Montevideo don Joaquín había confiado el transporte de las pertenencias que mantenía en Buenos Aires a los buenos oficios de un acaudalado bonaerense llamado Thomas Romero, pero, por lo que fuera, esta ayuda no se produjo y hubo que acudir en el último momento a un carretero de los que portaban el azogue. Los nuevos gobernadores de Charcas tenían previsto reunirse con esta expedición mobiliaria cuando llegasen a Córdoba, mientras descansaban algo allí. Pero pasaban los días y las carretas de Buenos Aires no aparecían. Entonces escriben a su hija María Josefa, por vía de su yerno, contándole que:

> *Nosotros llegamos aquí el 13 del pasado (abril de 1790) creyendo hallar al carretero que, con conducción de azogues, debía venir de Buenos Aires y conducir mi equipaje; pero todo ha salido contrario a esta esperanza, en primer lugar por haber faltado Don Tomás Romero a la palabra que me dio en punto a carretero y esto ocasionó el que Lecica se viese obligado a ajustar con un infeliz, que casi se hallava (*sic*) en la imposibilidad de cumplirla contrata que con él celebró, en cuya virtud le adelantó doscientos pesos.*
>
> *Agregóse a esto el haber muerto el pobre en el camino, cuya insidencia (*sic*) le ha ocasionado el haverse perdido la expedición y aún no aparecen las carretas: de modo que no pudiendo yo marchar con ellas (aun cuando llegasen luego) y hallarse Rafaela entrada en los siete meses; me he visto obligado a disponer mi marcha por el camino de la Posta (y creo principiarla pasado mañana) pues, aunque no podré ir con mucha aceleración, porque ella no lo podrá sufrir.*
>
> *Con todo espero llegar a Jujuy a fines de éste, en donde puede Vd. escribirme, por si llega a tiempo, y el duplicado a Chuquisaca, para sacarnos de cuidado.*

Rafaela era obviamente la segunda mujer de Joaquín. Se llamaba Rafaela por haber nacido el día de San Rafael, un 24 de Octubre de 1753; por la fecha se ve que era mucho más joven que su marido. Sobre su ascendencia se ha ofrecido recientemente[20] una cadena genealógica que lleva hasta el mismísimo Guzmán el Bueno. Los eslabones están bien construidos, si bien dos de ellos nos retrotraen a un cardenal de maneras harto renacentistas y a un hijo suyo que debió parecérsele.

No importa mucho, ya que la alcurnia de Rafaela se apoyaba en los apellidos de su padre, don Antón de Vera y Mújica, y los de su madre doña Melchora Arias Montiel, más conocidos y apreciados en Santa Fe que el propio Guzmán el Bueno. Cuando Joaquín y Rafaela llegaron al extremo norte de Argentina, descansaron en Jujuy. Más tarde volvieron a escribir a un yerno suyo, en ciudad de La Plata, término de su odisea:

> *Nosotros después de cuatro meses y muchos sustos en los coches hasta Jujuy, y en mulas llegamos, bendito sea Dios, aunque sumamente molidos y atropellados (pues aún no he vuelto a mi ser): buenos, el día 30 del pasado (*Mayo de 1790*).*
>
> *Tuvimos un recibimiento general tan completo, cual nunca se ha hecho otros Presidentes, según aseguran gentes de mi país…*

A pesar de los grandes agasajos, no todo eran satisfacciones en aquellas cartas de don Joaquín. Especial mención hace en ellas del acuciante problema económico causado por los ineludibles gastos del viaje, que cifra en más de 5.000 pesos. Se pregunta si no podría computarse el aumento de sueldo desde el momento en que fue nombrado. La contestación oficial llegaría con bastante retraso en sentido afirmativo.

Despejada esta nube, podemos detenernos a leer lo que fue la llegada de los Del Pino a la capital de Charcas, que entonces se llamaba La Plata, o Chuquisaca por los indios, y que hoy se conoce con el nombre de Sucre:

> *Relación de la entrada pública del Presidente Don Joaquín del Pino en la ciudad de Plata, la tarde del 30 de Mayo de 1790.*

> *El día 27 de Mayo durmió el Presidente don Joaquín del Pino en una casa que se halla a tres leguas cortas de Chuquisaca, que los recibió con Arcos Triunfales y repique de campanas…*
>
> *(*los gobernadores*) se apearon en la casa que era de Corregidores. En su patio y frente a la principal habitación se había hecho una gran ramada, toda colgada y cubierta de damascos, donde serían puestas las mesas en las que se sirvió una abundante y exquisita comida y, a la noche, un magnífico refresco de helados delicados, suma abundancia de dulces secos, chocolate, etc. y, últimamente, la cena, todo con una continua música de instrumentos…*

Los anfitriones habían salido a buscarlos al cercano pueblo de *Yatola*, con el fin de informarles de lo que tenían preparado en La Plata.

> (El Presidente) *salió de Iotala a cosa de las dos y media de la tarde del día 30, juntamente con todas las milicias, y se le iban juntando varios sujetos de Chuquisaca que habían salido a encontrarlo y cumplimentarlo con muy buenos caballos y jaeces exquisitos (y el Presidente) iba en uno, que en iguales términos le llevó el Subdelegado la mañana que fue a encontrarlo, llevando otro con sillón y gualdrapas, todo bordado de realce, para que montara la Presidenta; de modo que fue tanta gente que salieron con los Milicianos, que se cree irían más de quinientos todos.*
>
> *Llegaron por fin el Presidente y la Presidenta a la entrada de Chuquisaca, a cosa de las cuatro y media de la tarde, donde estaban a caballo aguardándolos los tres Oidores que había (excepto el Regente que quedaba para recibirlo en la casa de la Presidencia), toda la ciudad, Universidades, Doctores y Colegios, sin contar la inmensidad del Pueblo y gente que en calle, puestos y balcones no cabían.*

También las damas de la ciudad se vistieron, engalanaron y salieron para recibir a la presidenta y ofrecerle acomodo en un coche, que debió ver como descendido del cielo, dada su interesante condición.

> *Igualmente estaban a la entrada del Pueblo todas las*

señoras Oidoras a pié, aguardando a la Presidenta y con tres coches para conducirla, como así lo hicieron a corta distancia del Presidente, quien, junto con la Presidenta y acompañado de los Oidores, Cabildos, etc. cerraba la comitiva, llevando detrás una Compañía de Granaderos, de Milicia a pie, todo precedido de clarines y demás instrumentos músicos y el continuo y general repique de campanas.

La carrera era bastante larga y había tres arcos triunfales, magníficamente adornados.

Se repitieron en La Plata las mismas ceremonias de *Iotala*, esta vez con el fin de celebrar la Jura del cargo en el palacio de la Audiencia.

Llegó la comitiva a la casa del Presidente, al patio de la Audiencia. Allí se apeó, y haciendo cortesía a todos los acompañantes, subió a su habitación, con los Oidores (y el Regente, que lo recibió a la entrada). En ella había hasta treinta y seis señoras para recibir a la Presidenta y después concurrieron allí los Cabildos y demás que acompañaron; y se ofreció un lucido refresco de helados y dulces.

Algunas de las mujeres presentes comprendieron que la Presidenta estaba haciendo un gran esfuerzo para atender a tantos cumplidos:

Y, últimamente, haciéndose cargo del cansancio que había ocasionado el camino, se retiraron todos temprano –quedando solos los Oidores Villa Umbría y Palomeque, con sus mujeres para acompañar a los Presidentes en la cena.

A los actos del día siguiente sólo era necesario que asistiera el Presidente.

Por la mañana del día 31 vinieron los Oidores y condujeron al Presidente a la Sala de Justicia, quien estuvo sentado debajo de dosel, mientras en la Sala del Acuerdo se leía su título, estando presentes todo el Tribunal, los Cabildos, Universidad, Colegios y Prelados, que para este acto habían sido llamados por la Audiencia. Concluido esto, fueron los dos Oidores a buscar al

> *Presidente y lo condujeron a la Sala del Acuerdo, y en presencia de todos los antes dichos, púsose hincado de rodillas en una almohada y leyó el mismo el juramento. Al instante lo llevaron a un sitio preferente a la derecha del Regente, luego tocó la campanilla para que le trajesen el Sello Real que se hallaba sobre la mesa, junto al Misal o Evangelio que había servido para el juramento.*
> *Concluida esta lectura, abrazó a todos los Oidores, por su orden de antigüedad; y después subió a su habitación, donde habiéndose colocado debajo de dosel fue saludando a todos los que habían asistido al juramento, adelantándose los que gustaron para tener con él conversación.*

Cuando despertó la Presidenta, ya habían concluido los actos de la Audiencia y había que acudir a un almuerzo en casa de Villa Urrutia:

> *A medio día dio en su casa Don Antonio Villa Urrutia un sobresaliente convite de unos treinta cubiertos, y a la noche un refresco magnífico de helados, dulces y un brillante baile de mucho concurso.*

Aquellos días fueron los primeros en nueve años de gobierno del Brigadier Joaquín del Pino en la provincia de Charcas. Mas tarde ocuparía la magistratura suprema en lo que hoy son varios países independientes, cuya Así, Joaquín del Pino fue la máxima autoridad de Uruguay durante casi dieciocho años, de Chile durante dos años, y de Argentina durante cuatro años.

La gobernación de Chile le vino por haber cesado el virrey Ambrosio Higgins, circunstancia que obligó a mover el escalafón a partir del nombramiento de Avilés como virrey del Perú. De no haber sido por esta ocasión, estaba previsto que el mariscal de campo Joaquín del Pino se mantuviese en Santiago de Chile durante ocho años.

El viaje a Chile lo planeó con mucho más cuidado que el que le llevó a la Plata. Recordaba la pérdida de una escribanía con todos los documentos y todas las sillas del comedor, que lo costaron reponer en Plata más de 300 pesos cada una. Afortunadamente Ambrosio Higgins y Juan Garland habían civilizado bastante el paso desde Córdoba hasta Santiago, por lo que el traslado del equipaje pudo hacerse con menos contratiempos.

Algunos comentaristas del gobierno de don Joaquín del Pino en Chile[20] creen advertir en este gobernador criterio estrecho en aspectos formales de la moral pública, poniendo como ejemplo el *Bando de Buen Gobierno* que publicó a poco de llegar, tras asegurarse que en España estaban de acuerdo con el texto. No están teniendo en cuenta que los *Bandos de Buen Gobierno* de entonces equivalían a las actuales *Ordenanzas Municipales* y que se daban en todas las provincias de ambas Españas, incluidos los municipios de la Península. Cada infracción contenía la correspondiente multa y lo único que hacían los gobernadores era cambiar las cuantías de las multas según la frecuencia de las transgresiones, así como introducir nuevos supuestos delictivos y eliminar otros.

Del Pino puso al día el Bando de la Provincia de Chile y además creó un cuerpo de policía especializado para velar por su cumplimiento. El *Bando* en cuestión contenía 70 artículos y se parecía bastante al anterior derogado. Los cambios que introdujo reflejaban los avances de responsabilidad ciudadana en las urbes del virreinato.

El escenario donde mejor podía calibrarse el grado de respeto por la libertad ajena era el que presentaban las calles de las villas y ciudades. De día los vecinos tenían que portarse bien y podían transitar libremente a condición de que:

1. *Llevasen los perros atados*
2. *No arrojasen basuras*
3. *No cantasen coplas indecentes*
4. *No fueran disfrazados o embozados*

También se les pedía que:

1. *Limpiasen la parte de la calle que correspondía a cada casa, todos los sábados*
2. *Iluminasen la calle frente a sus casas*
3. *Blanqueasen las casas cada 30 días*
4. *Si tenían perros peligrosos, los mantuviesen en patios interiores*

A los bodegueros se les prohibía vender vino y a los pulperos organizar timbas o juegos de naipes. A los sastres, poner puestos en plena calle ; a los fruteros, proveedores de leña y captores de aves: el vender sus productos en las carreteras y

caminos ; a los pobres mendigar sin licencia del Cabildo (para conseguirla había que demostrar que no tenían otro medio de subsistir) ; a los albañiles construir sin licencia, a los propietarios mantener casas en estado ruinoso (tenían que derribarlas) ; a los pescadores poner puestos en la Plaza Mayor ; a todos vender vino en parques y alamedas; a los carreteros ir subidos en sus carretas, a los madereros arrastrar leños por las calles, y así: una serie de prohibiciones bien atinadas.

Los padres de familia consiguieron que se incluyese en el *bando de Buen Gobierno* una prohibición especialmente deseada: la de que nadie pudiese comprar objetos de valor a los hijos de familia o a los esclavos que trabajaban en ella.

El panorama bullicioso de las calles virreinales cambiaba con el toque de queda: a partir de esa hora no estaba permitido:

1. *Portar armas*
2. *Portar bolsas largas*
3. *Quedarse parado, sobre todo en las bocacalles*
4. *Ir en cuadrilla*
5. *Ir embozado*
6. *Ir a caballo*
7. *Dar posada a desconocidos*

En todos estos extremos el bando de Del Pino se parece a otros bandos anteriores y posteriores al suyo como gotas de agua.

Lo que dio fama de hombre estrecho de moral al nuevo gobernador no fue tanto la letra del *Bando* como su determinación a que las normas se cumplieran sin excusas ni dilaciones.

Sucede a veces que un solo episodio sirve para marcar la personalidad de un gobernante en un aspecto de su gestión. En la biografía de Joaquín del Pino ha quedado grabada su indignación ante la sorpresa de un amigo extranjero que estaba invitado y se le ocurrió asistir a las fiestas de un pueblo.

En la villa de San Martín de la Concha se celebraba todos los años la onomástica de San Martín, con gran concurso de vecinos del pueblo y otras localidades cercanas. Una de las principales atracciones era la instalación de casetas en la plaza mayor, construidas con ramajes de paja, muy aparentes al exterior y cómodas en el interior, dentro de las cuales, aparte de rendirse culto al dios Baco, tampoco se olvidaba a la diosa Venus.

Las repetidas denuncias del párroco habían caído en saco

roto en años anteriores a la llegada de Joaquín del Pino, posiblemente por considerarse previsibles, viniendo de quien venían. Pero cuando Del Pino supo que aquello había chocado a quien menos podía suponer, pidió el nombre del subdelegado responsable, tomo la pluma y escribió lo siguiente, siempre con su peculiar ortografía:

> *Me contrahigo a intimidarle que Vd. responderá en conciencia y residencia a los cargos que por esta causa le resultaren, mientras que, en adelante y todo el tiempo que subsista como Subdelegado, le prohíbo que vuelva a disponer diversiones y concursos semejantes, en bien de la satisfacción pública de todo el Reyno que se ha escandalizado del libertinaje habido en esa villa.*
>
> *alzando la voz a hombres que han corrido mundo, y no haber visto aún en países donde se tolera la libertad de costumbres, siendo esto tanto más reprobable, al tomarse por pretexto la celebridad de los Santos para estos desórdenes.*

Cambiamos de tema. En Chile, los gobernadores siempre tuvieron preocupación por asegurar la coexistencia con la nación araucana. Ambrosio Higgins había perfeccionado una forma de encauzar las difíciles relaciones, que consistía en ir acumulando las quejas de los indios y de los españoles en sendas requisitorias, para ser abordadas en largos y ceremoniosos "*Parlamentos*", con asistencia de numerosos invitados por ambas partes.

Del Pino continuó esta tradición. En carta a su yerno, el teniente general comenta su participación en uno de estos parlamentos:

> *Han venido a visitarme sesenta y cinco indios Araucanos, treinta y un caciques, cuatro gobernadores y los demás indios de servicio de los primeros y los segundos. Tuvimos tres días de parlamento y pláticas por medio de intérpretes, reducidos a promesas de fidelidad, de paz y de sumisión y manifestar el cumplimiento de las órdenes de mis antecesores. Todos ellos concluían con genuflexiones y abrazos, de cuya ceremonia no exceptué a Rafaela.*

Es digno de observar que, mezcladas con reclamaciones genuinas de los indios, aparecían otras que nada tenían que ver con la nación india.

> *El primer día asistí acompañado de algunos caballeros del pueblo y oficiales, y también estar presente Rafaela. El segundo, con la Audiencia; y el tercero con el Fiscal y otros asistentes como el primero. Últimamente juraron obediencia, hicieron súplicas peculiares a sus intereses y otros que los acompañaron en algunas gracias, y se despidieron el 3 del corriente, alegres y obsequiados de vestido competente a sus empleos y graduación.*

Del Pino solo estuvo dos años en Chile, donde aún es recordado como fundador de la villa de *San Carlos de Nuble*, algo que añadir a otras muchas fundaciones que dejó en Uruguay, como fueron las de *Guadalupe, Pando, San Juan Bautista (*hoy Santa Lucía*), San José, Minas y El Espinillo,* todas ellas fundadas en los años en que fue virrey del Rio de la Plata.

Su mandato, ya como virrey, comenzó en Marzo de 1801. La noticia de su nombramiento no le sorprendió, ya que su yerno le había adelantado que en Buenos Aires se daba por seguro que iría allí como virrey. No dilató mucho el traslado ni ocultó la alegría que le producía poder reunirse con su familia en condiciones muy ventajosas, que premiaban una larga carrera militar, pues del Pino contaba entonces 54 años.

En Buenos Aires, las grandes fortunas se preguntaban sobre la personalidad del nuevo virrey, sospechando que no iba a ser tan tolerante como su antecesor Avilés en lo que respecta al comercio con los ingleses y holandeses.

Entre las tareas encomendadas a los virreyes eran natural que unos dieran más importancia a unas responsabilidades que a otras. Al producirse el relevo, las bien atendidas no llamaban la atención del recién llegado mientras que las relegadas se mostraban con toda su crudeza. En el asunto del contrabando, si un virrey actuaba con firmeza lograba que no se practicase de forma palmaria, y forzaba a subterfugios cada vez más costosos y complicados. Por el contrario, si otro virrey miraba las toleraba, los comerciantes dejaban de disimularlo y no pasaba nada.

Joaquín del Pino se encontró en Buenos Aires con esta segunda situación. El enfrentamiento con los infractores más

atrevidos se hizo inevitable. En la biografía de Joaquín del Pino que escribió Manuel Horcas Gálvez,[20] se repite lo ya sabido: que la entrada de barcos extranjeros con esclavos era aprovechada para importar mercancías de contrabando.

Desde que Felipe V concedió el derecho de "asiento" a Inglaterra, los barcos británicos ejercían un monopolio virtual de tráfico de esclavos a plantaciones americanas. En las colonias españolas no había demasiado interés en este negocio; los comerciantes de Buenos Aires estaban más interesados en las manufacturas inglesas y en fletar cargamento de cueros en el viaje de vuelta, negocios ambos prohibidos por el Consejo de Indias. De manera que cuando llegaban los barcos de esclavos descargaban los fardos en algún lugar de la costa antes de llegar a Buenos Aires, para luego pasar a recoger las mercancías ocultas entre plantas y malezas.

Justo cuando llegó don Joaquín del Pino a Buenos Aires como virrey, acababa de entrar en el estuario un barco inglés, de nombre *Mariana*, cuyo cargamento de 550 cajas, procedentes de Londres y de Amberes, fue desembarcado a unas treinta leguas del puerto en un paraje denominado Punta Piedras. Los destinatarios eran don Thomas Romero y un socio suyo, llamado Andrés García. Ambos personajes se sentían protegidos por la Audiencia y por el Consulado, extremo éste que pudo comprobar Del Pino cuando, tras proceder al alijo de aquel contrabando, fue la propia Audiencia quien dictaminó que se entregase a los dueños aparentes.

El virrey consiguió que el Fiscal de la Audiencia impugnase aquel acuerdo y ordenase arresto domiciliario contra los culpables, en espera de juicio. Pidió el fiscal la pena de muerte y el embargo de todos los bienes, dejando estupefactos a los inculpados.

Aquí, conviene recordar la carta en que Joaquín del Pino se lamentaba de que un tal Thomas Romero había dejado incumplido su compromiso de organizar el transporte del equipaje, cuando fue nombrado gobernador de Charcas. Esta circunstancia sirvió a Romero para pedir que el virrey fuera apartado del proceso, por falta de imparcialidad. Y fue más allá, solicitando fuese relevado del cargo y acusando al virrey de connivencia con los portugueses en las incursiones desde Brasil.

Mientras estas cosas ocurrían, Joaquín del Pino permanecía impasible e inalterado. No dejó de asumir el control de todo lo decomisado y dispuso de ello según le pareció oportuno. En Madrid hubo quienes desaprobaron el rigor del virrey, y en principio pareció que la balanza se inclinaba en su contra. Joaquín del Pino fue cesado, pero cuando le llegó la noticia supo defenderse y enseguida quedó repuesto en su cargo. En cuanto a don Thomas y don Andrés sólo fueron condenados a pagar las costas del juicio por toda pena, aparte de la pérdida de los alijos incautados.

Ocurrió este incidente al principio del mandato de Del Pino y, pese a la tenue repercusión de su celo vigilante, no cejó en los cuatros años que duró su gobierno de perseguir el contrabando, diferenciándose en esto de su predecesor don Gabriel de Avilés.

Dice el virrey en una carta al Consejo de Indias, donde denuncia las prácticas abusivas de los comerciantes:

> *Los demás barcos españolizados con el título de negreros han sido compras españolizadas figuradas y meramente escritas en el papel, siendo en realidad negociación extranjera o asociada con Españoles, fletándose el buque de quenta de la compañía.*

En Noviembre de 1804, llegó a Buenos Aires la fragata de guerra francesa *Venus*, portadora de 200 esclavos negros, procedentes de Buena Esperanza. Algo debió parecer extraño en el comportamiento del capitán y tripulación del barco, por lo que el virrey fue alertado de ello. Se interesó Del Pino en recibir a los oficiales franceses, dándoles la bienvenida, si bien no dejó de ordenar que una falúa del Resguardo se situase cerca de la *Venus* y vigilase cualquier descarga nocturna o movimiento sospechoso del barco francés.

El capitán del barco, al darse cuenta, se enfadó, pretendiendo ante el virrey que aquello era un insulto al gobierno francés y poco menos que podía ser considerado como un *casus belli*. Del Pino por toda respuesta le dijo que podía desembarcar lo que quisiera, siempre que las mercancías prohibidas quedasen consignadas en el puerto y volvieran al barco antes de zarpar de vuelta. En cuanto a los negros podían pasar a tierra para ser atendidos, debido a las inclemencias del viaje, pero también quedaban retenidos en las casetas del muelle.

Según escribe Manuel Horcas[20], cuando murió el virrey del Pino, la fragata *Venus* aún seguía fondeada en el puerto de Buenos Aires. El marqués de Sobremonte, que sucedió a Joaquín del Pino, estuvo tentado de ceder a las exigencias del capitán francés, para ahorrarse disgustos, pero al fin pudo más la fidelidad a las convicciones de su antecesor y se mantuvo intransigente. Posiblemente la carga ilícita acabaría siendo descargada en algún paraje de las riberas del río de La Plata, y la nave francesa volvería a Europa con cueros y metales.

Joaquín del Pino y la virreina "vieja" (como la llamaba la mujer de Sobremonte, cuando Rafaela se quedó viuda y seguía siendo conocida como virreina) están enterrados ambos en una iglesia principal de Buenos Aires.

Entre los descendientes de este cumplidor virrey, se cuentan miembros de familias con protagonismo en la reciente historia de España, como los propios Del Pino, los Kindelán, los O'Shea, y los Calvo Sotelo.

Rafael de Sobremonte[22]

Río de La Plata 1804-1807

Es difícil hojear los libros que tratan del virrey Sobremonte (o Sobre Monte) sin que salga a relucir la cuestión sobre si fue cobarde e inepto (como le pintan la mayoría) o fue un mandatario *progresista* y *benéfico* (a decir de otros) .[22]

Lo que sorprende no es la discrepancia, sino lo permanente y apasionado de esta singular polémica. Se discute aún si su ausencia de la capital fue una huida (como la de Luis XVI) o una retirada (como la de Charles de Gaulle).

Desde aquel 26 de Junio hasta el 12 de Agosto de 1806, durante 46 días, los ingleses fueron dueños absolutos de Buenos Aires. La bandera inglesa lucía en lo más alto del fuerte y los escoceses del 71 Regimiento paseaban sus orgullosos uniformes por la ciudad, ante las miradas de los porteños que escondían sensaciones muy diversas según sus intereses y expectativas.

Los oficiales españoles del Regimiento de Veteranos no sabían dónde esconderse, tras haber sido llamados por el mando a desistir de la resistencia que habían intentado fuera de la muralla. Ya dentro de la ciudad, se les informó de que el abandono de la capital era una retirada estratégica para ganar tiempo y reunir fuerzas que permitieran expulsar al invasor.

A las pocas horas de esta decisión, el virrey se marchó y dejó a los 130 veteranos que se las entendieran con los atacantes como mejor pudieran. Su jefe, el coronel José Ignacio de la Quintana, redactó unas condiciones generosas que fueron presentadas al general William Carr Beresford, quien las aceptó buenamente, sorprendiendo así al propio Quintana.

Cuando los oficiales ingleses comprobaron la calidad y cantidad de armamento y munición que quedaba sin utilizar en el fuerte, se extrañaron de no haber encontrado mayor resistencia. Por su parte la oficialidad española, avergonzada, les contestaba que la verdadera batalla se libraría cuando el virrey agrupase las fuerzas dispersas en el interior y las concentradas en Montevideo. Que los ingleses hubiesen optado por desembarcar frente a Buenos Aires había cogido a todos por sorpresa.

Viéndose con la autoridad máxima de aquella importante ciudad, el general Beresford saboreó la dulzura del éxito y la amabilidad que le mostraban sus improvisados súbditos.

Todo había ocurrido tal como los confidentes de Buenos Aires le habían hecho saber. Todo, menos lo más importante para él: el tesoro. Debería haberse encontrado en las cajas de la Intendencia, pero estaban vacías. Las autoridades y el virrey habían decidido sacarlo de allí el día 25 y ponerlo fuera del alcance de hipotéticos invasores ¿Y las joyas y monedas en las casas de los ricos? También estaban lejos de la ciudad, junto con el tesoro de la Corona.

Cabe imaginar la contrariedad del general inglés. Y no extrañarse de que cuando le presentaron, ya en limpio, el documento con las diez garantías de Quintana, se negase a firmarlo si no aparecían los caudales. Las generosas concesiones serían eliminadas. Adiós a la libertad de culto, adiós a la protección de vidas y haciendas, adiós al mantenimiento de la Audiencia y del Cabildo.

Algo más calmado, Beresford llamó a su presencia a los personajes que creyó más representativos de la ciudad para hacerles ver lo grave de su situación: les confió que la toma de Buenos Aires había sido hecha sin consultar al Almirantazgo. Solo el envío de una gran cantidad de oro, plata y joyas podría justificar su conducta ante el rey Jorge. Era preciso que entendiesen que el resto no le importaba gran cosa, y de ahí su magnanimidad, pero, por lo mismo, lo del tesoro tendría que resolverse de inmediato.

El mensaje y la amenaza estaban muy claros. Ese mismo día, el 28 de Junio, el Cabildo envió un oficio urgente al virrey marqués de

Sobremonte rogando que ordenase la vuelta del tesoro a la ciudad para ser entregado a Beresford. En la carta se le hacía ver la normalidad de la vida en la villa y lo funesto de negarse a la demanda del inglés. La contestación afirmativa llegó el 29 de Junio. Prometía enviar los caudales solicitados en consideración al buen tratamiento de personas, familias y bienes.

Sin esperar más, Beresford despachó una comisión armada para que siguiese la ruta del virrey y recogiese el tesoro antes de que a los españoles se les ocurriera dividirlo y esconder una parte. Los comisionados salieron el 30 de Junio y regresaron con la preciada carga el día 2 de Julio. Finalmente, el general británico pudo adoptar un aire conciliador y hasta bondadoso hacía los atemorizados donantes. Nada más ver las cajas, William Beresford promulgó un bando dando publicidad a las condiciones pactadas con Quintana.

La ley británica permitía a los apresadores de fortunas quedarse con algo de lo incautado, y el jefe británico recompensó a oficiales y tropa con bastante más que algo. En total serían unos 600.000 ducados, cifra mareante hasta para los propios ingleses, acostumbrados a este tipo de incrementos patrimoniales.

Algunos comerciantes trataron de que les fueran devueltas sus riquezas, según la promesa firmada de respetar las propiedades. Pero Beresford no lo entendió así, argumentando que aquellos fondos podían considerarse como pago anticipado de la futura libertad de comercio. A los no comerciantes, les ponderó la variedad y calidad de productos, maquinaria y financiación disponible en el Reino Unido, que traería niveles de prosperidad no imaginados por quienes sólo estaban pensando en el presente.

Los miembros del Consulado de Comercio se reunieron para tratar de adoptar una postura común. La mayoría creyó inevitable, y hasta sugerente, aceptar el cambio de régimen. Otros, pocos, optaron por abandonar la ciudad, para no tener que acudir a la ceremonia de jura de fidelidad al rey Jorge III, prevista para el día 7 de Julio. Según un popular biógrafo de Belgrano,[75] Manuel estaba entre los que abandonaron Buenos Aires, dejando dicho que lo único decente era elegir entre “los viejos amos o ninguno”. También los jueces de la Audiencia se excusaron, manifestando que en esas condiciones no podían seguir asumiendo el gobierno civil.

Los partidarios de la independencia (los había en el Cabildo, en la Audiencia, en el Consulado y en las órdenes religiosas) sufrieron una

desilusión al constatar que el aliado natural de sus aspiraciones tenía más pinta de querer ocupar el lugar de los españoles que de liberar a los platenses.

¿Y el pueblo de Buenos Aires? Digamos que se le veía menos acomodaticio que las clases dirigentes. Hubo al principio una gran alegría entre los esclavos de color, porque habían creído oír que los ingleses les otorgarían la libertad. Algunos lo hicieron saber a sus amos y éstos no tardaron a acudir al general inglés pidiendo explicaciones. Lo que dio lugar a un segundo bando de Beresford que quitaba toda esperanza a los negros y mulatos. En cuanto a los indios y mestizos, ninguno se hacía muchas ilusiones. El respeto que los oficiales ingleses demostraban hacía los vecinos ricos y blancos no se extendían a las gentes pobres o no blancas.

Las primeras semanas, la venta de artículos venidos del extranjero sirvió de entretenimiento y llenó los bolsillos de los vendedores, los cuales a su vez gastaban más que antes y de esa forma el dinero circulaba más rápido entre las clases sociales de la ciudad.

Cosa distinta eran los modales y pretensiones de los escoceses sobre el acomodo que recibían en las casas modestas y las atenciones ellos esperaban de sus moradores. Algunos comercios cerraron sus puertas y ventanas por miedo a ser robados o simplemente en señal de protesta. Ello dio lugar a un nuevo bando de Beresford, conminando esta vez a reabrir los comercios o sufrir “severas penas”.

Cuando las capitulaciones se firmaron, la Iglesia se sintió aliviada por el respeto que mostraban los ingleses a sus representantes, templos y ceremonias, incluidas las procesiones. Quienes se distinguieron en la adulación al vencedor fueron los padres Predicadores, cuyo prior obsequió al nuevo viso-rey con una *Laudatoria* que el inglés apreció, aunque no la entendiera muy bien.

Los dominicos le dieron apoyo explícito, publicando una proclama en la que se afirmaba que lo encomiable era adaptarse y lo reprensible el inmovilismo. Luego siguieron los franciscanos y demás ordenes, con la tranquilidad evangélica de que se podía dar al César lo que era del César, sin ofender a Dios por ello. Tanta condescendencia alarmó al obispo y a los eclesiásticos de la catedral, cuya hostilidad hacia los extranjeros iba creciendo de día en día. Se pudo evidenciar en aquella ocasión cómo unos eclesiásticos sentían más cerca la autoridad del papa y otros la del rey.

Para los pocos españoles que vivían en la ciudad, la posibilidad de una pérdida definitiva de Buenos Aires era muy preocupante porque

iba a suponer el exilio, teniendo que malvender sus propiedades o comercios.

Todos reconocían, sin embargo, que las condiciones logradas por Quintana habían sido buenas. Las vidas no estaban en peligro y el gobierno seguía en manos de los de siempre, o sea las suyas. Preocupados también por los sucesos de Europa (la derrota de Trafalgar, los triunfos de Napoleón en el Continente, la crítica situación de los portugueses) aquellos peninsulares se encerraban en sus casas o evitaban el contacto con los extranjeros.

Los criollos no se ocultaban. Durante bastantes días experimentaron algo de lo que se había hablado en las tertulias: la ventaja de depender de un país moderno y avanzado como Inglaterra. El principal aliciente de la nueva situación era que desaparecerían las restricciones al comercio. En el platillo contrario de la balanza, unos pocos lamentaban la inminente desaparición de sus monopolios y privilegios.

Un capitán inglés, de nombre Alexander Gillespie, fue encargado por Beresford de recibir las adhesiones individuales que se fuesen presentando. Se trataba de poner nombres y apellidos a quienes quisieran significarse, pese a los riesgos que ello pudiera conllevar. Durante los casi dos meses que duró el dominio inglés, a decir de este capitán y escritor, fueron 56 los que dejaron unas líneas en el álbum de su vivienda, y no fueron más, según los atrevidos firmantes, por comprensibles cautelas de amigos y conocidos que hubieran deseado hacerlo también.

Las primeras semanas de Julio fueron las más tranquilas y transcurrieron sin sobresaltos en la ciudad invadida. Sin embargo, con el pasar de los días, la brecha que dividía las clases burguesas del pueblo llano se fue ahondando.

El estamento donde más notoria se hizo la benevolencia de los invasores fue, sin duda, el femenino. Los salones de las casas de familias preeminentes se acondicionaron para la celebración de bailes de sociedad, lo que necesariamente suponía contar con un piano y un pianista, al cual se añadían guitarras con sus músicos.

Nada de eso ocurría en las casas modestas, donde se trataba de evitar cualquier ocasión que pudiera servir de disculpa para un atrevimiento. Se invitaba a un número limitado de oficiales y de señoritas conocidas que aparecían acompañados de “invitados de invitados” a quienes no cabía rechazar. Se bailaba a ritmo vals y en los intermedios era frecuente que los asistentes entonasen canciones en los

idiomas de cada uno.[54]

En cualquier caso, al fallar las esperanzas libertarias, solo quedaba a los más humildes la convicción de que los nuevos dueños iban a ser (y ya lo eran) más duros con los no blancos, y en especial con los esclavos negros, como no deja de reconocer el libro citado de Gillespie.

En esta atmósfera de satisfacción incompleta, llegó a Buenos Aires una noticia que acabó de enajenar a los porteños contra el virrey. Nos referimos al oficio que Sobremonte firmó el 14 de Julio, anunciando la proclamación de la ciudad de Córdoba como nueva capital del virreinato. Con el cambio, desaparecía la superioridad jurídica de Buenos Aires sobre Montevideo y sobre las ciudades del *Interior*. Bien es cierto que el decreto decía que la medida era provisional, hasta que se lograse liberar la capital de siempre; pero ante la perspectiva de una invasión de la gran armada del comodoro Popham, la ventaja adquirida por Córdoba podría considerarse definitiva.

A esta mala noticia vino a sumarse la petición a la Corte por parte de la ciudad de Montevideo de que se crease allí un Consulado de Comercio a imitación del de Buenos Aires. De concederse, este paralelismo marcaría aún más la rivalidad entre ambas ciudades. Sin olvidar que fue la idea de concentrar toda la capacidad defensiva en Montevideo, lo que hizo a Buenos Aires presa fácil de los británicos.
Del aspecto del virrey a su llegada a Córdoba hay constancia en las actas del Cabildo de dicha ciudad. No como le pintan algunos[22]: custodiado y protegido por miles de soldados de caballería y trayendo consigo el tesoro de la Corona. Sino que:

> *Llegó a la ciudad el 12 de julio* «con lo puesto y sin equipaje"

Imaginando el estado de ánimo de los porteños, el virrey Rafael de Sobremonte concentró sus energías en recuperar la capital cuanto antes. Para ello hubo de reunir y adiestrar a toda prisa tropas sacadas de las provincias interiores, pedir refuerzos al virrey del Perú y que se añadieran soldados regulares del Río de la Plata. La pregunta que muchos se hacían era quién llegaría antes: ¿el grueso de la flota de casi ochenta barcos británicos, con más de 10.000 hombres disponibles para el desembarco? ¿o el ejército liberador que preparaba el virrey?

Las actas del Cabildo de Córdoba coinciden en que Sobremonte logró en poco tiempo un contingente para ponerse en camino. En

contra de la opinión del Cabildo, el virrey decidió acompañar al improvisado ejército en lugar de permanecer en la recién nombrada capital.

> *A su arribo, se puso de inmediato en la tarea de reclutar hombres para la reconquista y, en el increíble lapso de 18 días, logró reunir un ejército de casi dos mil efectivos. El día 30 partía al mando de las tropas, de regreso al puerto a marcha forzada, desoyendo las recomendaciones del Cabildo cordobés que le reclamaba que no fuera.*

La marcha de las tropas liberadoras hacia la costa comenzó el día 30 de Julio, solo dos semanas y media después de llegar a Córdoba el virrey. Haciendo marchas forzadas, junto con la caballería del coronel Santiago Allende, se fueron acercando a Buenos Aires. Les iban llegando avisos de los movimientos de reconquista que se organizaban desde otros puntos, tales como la Colonia de Sacramento y el mismo Montevideo. Los nombres de Concha, Puyrredón, Liniers y Alzaga salieron a relucir.

El 20 de Julio se produjo una conferencia entre Sobremonte y Pascual Ruiz Huidobro, que era entonces el gobernador de Montevideo, donde se decidió que Huidobro asumiera la iniciativa. Más decisiva fue la correspondencia entre el virrey y Santiago de Liniers. Sobremonte escribió al marino el día 7 de Agosto, anunciando su llegada junto con los refuerzos de Santiago Allende y le indicó que esperara a reunir todas las fuerzas antes de atacar.

Liniers no obedeció la orden de Sobremonte. La razón que adujo es que no había tiempo que perder, pero se trataba de una excusa. El virrey estaba lo bastante cerca para que un retraso de pocos días no hiciera peligrar la reconquista.

En favor de la orden de Sobremonte pesaba el precedente de un intento prematuro de Puyrredón, con funesto resultado: la ejecución pública en Buenos Aires de un artillero anónimo que permaneció disparando su cañón cuando los demás compañeros de armas se iban retirando bajo el fuego de los ingleses.

No sólo la caballería improvisada de Allende sino las milicias de Concha hubieran podido añadirse al ejército combinado de las provincias, si Liniers hubiera obedecido y esperado.

Hay que decir que Santiago de Liniers había demostrado siempre ser un militar disciplinado y respetuoso con el mando. Y en el caso concreto de su relación personal con Rafael de Sobremonte (a diferencia de otros subordinados suyos) Liniers siempre defendió las

actuaciones del virrey durante la presencia inglesa en Buenos Aires.

¿Entonces, por qué Liniers no quiso esperar a reunirse con Allende y los refuerzos de Montevideo? Hay dos razones: una derivada de que el plan de Liniers era incompatible con la estrategia militar ortodoxa. Y la segunda que el ánimo del marino en aquellos días estaba aquejado de sentimientos lúgubres y suicidas.

Los días 24 y 25 de Junio, antes de que se produjera la invasión inglesa, Liniers había presenciado cómo la escuadra enemiga pasaba ante su vista en dirección a la capital, tomándole desprevenido en su casa fuera de la ciudad, por lo que no tuvo ocasión de colaborar en la defensa.

Esta desazón se unía al abatimiento causado en su ánimo por la muerte reciente en un naufragio de su mujer y del hijo que esperaban, todo lo cual le impulsaba a realizar alguna acción arriesgada, donde ganarlo o perderlo todo. Con tales pensamientos había acudido a Huidobro, para ofrecerse a reconquistar Buenos Aires, para lo cual precisaba 500 soldados. Pero en Montevideo ya estaban preparando una fuerza de mil efectivos, considerada mínima para reconquistar Buenos Aires.

Ocurrió, sin embargo, que la noticia de que la invasión británica dejó de ser una suposición para convertirse en una amenaza inminente. Huidobro no se atrevió a prescindir de mil defensores de Montevideo y aceptó la oferta minimalista de Liniers. Se le concedieron sólo los 500 hombres que pedía.

De vuelta a la capital, Liniers contactó con los intermediarios del obispo, logrando la colaboración del clero de la Colonia de Sacramento en la preparación de la revuelta contra Beresford. La estrategia de recuperación de la ciudad diseñada por Liniers consistía en provocar un alzamiento popular, aprovechando la irritación de la gente contra la Audiencia, el Cabildo y el clero regular.

Liniers sabía que Sobremonte no habría sancionado esa solución porque, para los gobernadores españoles armar al pueblo suponía de pérdida de prestigio y creaba un peligroso del precedente (como así ocurrió).

Liniers era consciente de que, para dirigir una revuelta popular, se precisaban magnetismo personal y audacia, cualidades que él sentía poseer en esos momentos y de las que carecían Huidobro y Sobremonte. Su plan era incompatible con el carácter de ambos, de los

que sólo cabía esperar una operación militar clásica y conforme a los libros de las academias.

En esa tesitura, la próxima llegada de las tropas del virrey más que una ayuda era un obstáculo. Con sus cartas y su acercamiento, Sobremonte no hizo sino confirmar en Liniers la decisión de atacar por su cuenta. De haber fracasado el ataque, el responsable ante el Consejo de Indias habría sido no solamente Liniers sino también el virrey Sobremonte, por no haber sabido evitar su indisciplina.

Gracias a que la estrategia de Liniers triunfó, Buenos Aires pudo ser liberada pero ya nada volvería a ser lo mismo. Personajes como Castelli, French, Funes, Saavedra y el mismo Belgrano, habían comprobado de cerca lo utópico de esperar que Inglaterra regalase la independencia a cambio de la libertad de comercio. Ante una esperanza perdida habían sentido, como en un sueño, la visión de un pueblo enfervorizado…y en armas.

Ciertamente, las vivencias en Buenos Aires habían cambiado mucho en 46 días, pero el virrey no lo sabía y quiso que los soldados venidos de Córdoba desfilasen por la ciudad, esperando un cierto agradecimiento, aunque hubieran llegado tarde. No debió hacerlo. A decir del cordobés Ambrosio de Funes, el virrey y sus tropas fueron increpados con gritos soeces y sobre sus cabezas llovieron cuerpos de ratas y cueros de animales.[48]

La situación tomaba un tinte libertario y la Audiencia creyó llegado el momento de imponerse halagando al pueblo. Para ello nada más expeditivo que convertir a Liniers en la única autoridad militar de Buenos Aires y pedir a Sobremonte que cediese el gobierno por no encontrarse en condiciones para seguir manteniendo el orden, misión que de momento asumiría la Audiencia. Aquella nueva situación no convencía al estamento más elevado de la sociedad bonaerense que mantenía una opinión despectiva sobre Liniers. Esta apreciación encuentra un reflejo en las siguientes líneas entresacadas del libro de Gillespie *Gleanings and Remarks*: [54]

> *En esa época, y desde mucho antes, enjambres de agentes franceses estaban desparramados por el país, cuyas identidades y domicilios eran sobradamente conocidos por este aventurero desleal (Liniers).*
> *Con razón contaba con ellos como cómplices, siempre podía servirse de ellos, y aunque no pudiese presumir de la capacidad o del carácter que son esenciales para encabezar una empresa, sin embargo, compensaba tales deficiencias*

> *con una astucia sin escrúpulos y con una confianza sustentada más en los recursos ajenos que en los propios.* (posiblemente en estas líneas del autor haya una alusión al apoyo financiero de Alzaga).
>
> *Una vida disoluta y unas costumbres despreciables que suelen engendrar semejantes asociaciones lo habían hecho muy conocido y quizá popular entre muchos de las clases inferiores.*
>
> *De esa clase podía reunir miles que le siguiesen al campo de batalla. La permanencia de Liniers en Buenos Aires no duró más que lo suficiente para familiarizarse con nuestros números, de nuestro sistema militar, y para acordar con algunas autoridades, un plan de revuelta simultánea.*
>
> *En esta gran concurrencia, el obispo tuvo su parte por medio de sus subordinados. Durante todo el mes de Julio, y sobre todo a últimos, fue muy notable la emigración del clero a la zona de la Colonia, pretextando deberes sacerdotales, y con pasaportes que rara vez se negaban.*
>
> *Después de desembarcar, unos se dirigían a Montevideo y otros, en sentido contrario, iban al interior; pero unos y otros sólo tenían como misión reunir todas las tropas de la Corona, que estaban en esa fortaleza, con los pequeños destacamentos estacionados en las guardias de la frontera con los indios, así como promover el levantamiento general del pueblo.*
>
> *Tan extendido estaba el complot que los curas, en largas distancia que debían recorrer todos los domingos, ejercían todas sus facultades para estimular a sus oyentes a tomar las armas.*

Las líneas siguientes son significativas:

> *Estos son detalles de cómo se originó y cuáles fueron los medios empleados para la reconquista de Buenos Aires en 1806.*

Tales fueron los acontecimientos que precedieron a la defenestración de Rafael de Sobremonte como virrey. Las tropas cordobesas que reunió componían un ejército mercenario, y como tal fue rechazado por sus compatriotas tanto en Buenos Aires como en Montevideo.

Sin amigos ni apoyos en las instituciones, el virrey se refugió en la Colonia de Sacramento. Allí participó de las discusiones sobre qué hacer con los prisioneros capturados en Buenos Aires, apoyando a Liniers y Allende en sus instancias por darles libertad para volver a Inglaterra. No pensaba así Ruiz Huidobro, quien advirtió que si se los dejaban libres se incorporarían a la flota que amenazaba Montevideo. Prevaleció esta cautela y Sobremonte decidió que los prisioneros se repartiesen en cupos y fuesen obligados a dirigirse a las provincias del Interior.

Uno de los prisioneros fue el mencionado autor inglés Gillespie. Santiago Liniers llegó a conocerlo y le pidió la lista de anglófilos que había elaborado en Buenos Aires. Ante la negativa del capitán inglés, Liniers reconoció un punto de caballerosidad y lo dejó estar.

Al final de sus experiencias en Argentina, Alexander Gillespie se despide afectuoso de sus amigos.[54]

> *Llegó la hora de decir adiós a Buenos Aires, pero antes de despedirme, la pluma que tengo en la mano os dirige un tributo a vosotros ¡los mejores entre los criollos!*
>
> *Hemos sido testigos, sin excepciones, de lo humildes, humanos y hospitalarios que sois; y si en aquellas ocasiones en que vuestra conversación adolecía de interés, se compensaba ampliamente con la amabilidad"*
>
> *…podemos exaltar vuestra raza entre las más benignas bajo el cielo y confiamos que pronto estaréis en el rango de las naciones más ilustradas. Nuestros ojos os siguen en todos vuestros futuros destinos, al tiempo que nuestros corazones nunca dejarán de implorar vuestra eterna prosperidad.*

Tras la breve connivencia de *los mejores criollos* con los invasores se trató de encontrar un culpable. Al fin y al cabo, los españoles seguían mandando y era conveniente una justificación. La figura de chivo expiatorio recayó en Sobremonte, el virrey huidizo.

A partir de la liberación se produjeron informes con disculpas ante la Metrópoli. El 20 de Agosto, el ejército de Buenos Aires, por medio del coronel Pedro de Arze, se dirigió por carta a Godoy, dando explicaciones, prometiendo pruebas y rogando que no diera crédito a otras versiones hasta tanto le fueran llegado los documentos anunciados.

Al día siguiente, José Márquez de la Plata, fiscal de la Audiencia,

envió otra carta en los mismos términos al mismo destinatario.

Ese mismo día 21, la Audiencia se dirigió al rey haciendo valer cómo los jueces no juraron fidelidad al rey Jorge III y cómo pidieron al general Beresford que les permitiera salir de la ciudad.

El 30 de Octubre, el Cabildo mandó un oficio al rey donde decían que el tesoro real fue entregado a los ingleses en Buenos Aires el 6 de Julio por orden del marqués de Sobremonte (sin reconocer que lo habían solicitado) y detallaban las cantidades que los británicos embarcaron para Inglaterra.

El 31 de Octubre, el Cabildo envió nuevo oficio al rey, justificando su actuación en la pérdida de Buenos Aires.

Lejos de allí, para contrarrestar los rumores sobre su cobardía, Sobremonte decidió presentar batalla a los invasores tan pronto éstos aparecieran sobre Montevideo. Al no poder hacerlo desde la ciudad, por la negativa de Huidobro, la ocasión se le presentó cuando el general Samuel Auchmuty procedió a desembarcar en las cercanías. Mas, viendo que las fuerzas enemigas eran muy superiores en número, desistió de presentar resistencia y la reivindicación que buscaba para su fama quedó en nada.

En la capital aquella retirada volvió a verse como otra huida y en consecuencia se empezó a hablar decididamente de deponer al virrey. La posterior caída de Montevideo en manos inglesas el 3 de Febrero, solo 18 días después del desembarco, sería la gota que haría colmar el vaso.

El 19 de Febrero, a instancias de Martin de Alzaga, el Cabildo logró que la Audiencia asumiera el mando militar y político, bajo pretexto de que el virrey estaba enfermo. El 20 de Mayo de 1807 la Audiencia dirige una carta al rey diciendo que asumen el gobierno atendiendo a los deseos del pueblo, al tiempo que solicitan que Sobremonte sea depuesto de su cargo por su conducta cobarde, por ser responsable de la rendición de Montevideo y por haber solicitado ayuda al virrey de Perú. El 7 de Julio el virrey Rafael de Sobremonte fue arrestado, y encerrado en el convento de los padres betlemitas.

El contraste es apabullante: ese mismo mes, Liniers no solo derrota definitivamente a los ingleses en Buenos Aires, sino que también logra la devolución de Montevideo.

La ciudad comunica la buena noticia al rey el 29 de Julio. La

respuesta llega en Noviembre, nombrando a Buenos Aires *Muy Noble y Muy Leal Ciudad* y haciendo que a los integrantes de su gobierno se les dé el tratamiento perpetuo de *Señorías*. Anteriormente, el día 20, Santiago de Liniers ya había escrito a Napoleón Bonaparte una carta ilusionada en la que le hacía partícipe de la victoria.

El 24 de Diciembre de 1806 Santiago de Liniers fue nombrado virrey.

La demonización posterior del virrey Sobre Monte tuvo su primer proponente en el hermano de Gregorio Funes, el deán de la catedral de la ciudad de Córdoba. Se llamaba Ambrosio y escribió un libro titulado *Ensayo de la Historia Civil de Argentina.*[48]

Ambrosio se remonta al momento en que Sobremonte llegaba a Córdoba, huyendo de Buenos Aires, con la pretensión de ser recibido con honores en la catedral y hacer de Córdoba la nueva capital. Sobremonte, efectivamente, había enviado un oficio a Gregorio Funes donde:

> *Avisaba al muy venerable Deán y Cabildo la elección que había hecho de esta ciudad para capital interina del virreinato a consecuencia de la toma de Buenos Aires por las armas inglesas, para que en caso de que a la entrada en esta ciudad viniese en derechura a la iglesia, se le recibiera con arreglo a lo dispuesto sobre el recibimiento de señores virreyes.*

A esta petición el Deán contestó diciendo que "desde luego se ejecutaría cuanto S.E. les prevenía en el referido oficio*".* Su hermano Ambrosio escribe al respecto:

> *¡Cuál fue la sorpresa del autor de este Ensayo, cuando gobernando la diócesis de la sede vacante, se halló con un oficio del virrey datado a seis leguas del pueblo, en que le prevenía de ser recibido con un Te Deum en el momento en que sufríamos el azote del Cielo y que para aplacarlo serían más propias las Lamentaciones De Jeremías!*
>
> *Mas reflexionado que este pobre hombre llamaba todo este aparato exterior en socorro de su ignominia, desistí de mi pensamiento por no hacer más duro su suplicio.*

El documento más elaborado sobre la responsabilidad de Sobremonte en la caída de Buenos Aires lo escribió en 1933 el historiador argentino don José Torres Revelló.[22] Aunque Revelló trata

de parecer imparcial y limitarse a exponer los hechos, la narración que hace contiene errores y omisiones que no parecen casuales. Su veredicto (algo camuflado en una nota a pie de página) refleja bien los sentimientos de una parte de la sociedad argentina de la época:

> *Sobremonte es el sólo y único responsable de cuanto ocurrió en Buenos Aires a partir del día 24 hasta la entrega de la ciudad. No puede repartirse responsabilidad tan grave con los jefes que actuaron en días tan desgraciados a las órdenes emanadas de la primera autoridad, como está plenamente demostrado, responsabilidad que, por otra parte, jamás negó el virrey, aunque alterando los factores y circunstancias de los hechos.*

Sobremonte fue responsable de que los ingleses atacasen Buenos Aires por serlo (en última instancia) de tres circunstancias, las cuales, por separado, podrán tener alguna justificación, pero unidas conforman un alegato incriminatorio e irrefutable.

La primera fue la publicidad dada por el virrey a su convencimiento de que Buenos Aires se encontraba en situación de no poder ser defendida "de un ataque formal". La segunda: el hecho de que el tesoro real se guardase precisamente en una ciudad que, según el propio virrey, no podía ser defendida. Y la tercera: su tolerancia para con las entradas y salidas de agentes extranjeros y de confidentes locales durante los meses que precedieron a la invasión y su falta de servicios de contraespionaje.

Sobremonte fue procesado. Un consejo de guerra en España le obligó a regresar a la Península en 1810. Las acusaciones provenían de la Audiencia de Buenos Aires y tuvieron un fiscal en la persona del brigadier Blas de Soria y un ardiente testigo en el contador del Consulado de Comercio, José Fernando de Castro. (El juicio de residencia había sido relativamente favorable a Sobremonte, pues los agravios personales que se presentaron contra él solo arrojaron como resultado una multa de 200 ducados).

El virrey no quiso dejar en manos de un letrado defensor sus argumentos y pidió defenderse él mismo. Le fue concedido su deseo y pudo hacerlo realidad en la segunda semana de Noviembre de 1812. La sentencia del Tribunal llegó en 1813 y fue absolutoria. La absolución de Sobremonte cayó muy mal al otro lado del Atlántico. Enterado, el Cabildo de Buenos Aires nombró apoderado a don José Requena para que recurriera el fallo, pero cuando lo hizo Sobremonte ya era miembro de Consejo de Indias y quedaba lejos de su alcance.

Lejos del alcance de la ley, sí, pero no de la memoria de los porteños, que desde entonces abundaron aun más en la imagen de virrey inepto, cobarde y ladrón. A título de ejemplo, cabe citar una obra de teatro recientemente representada en Buenos Aires,[22] cuyo principal y casi único protagonista no sería otro que el virrey Sobremonte. En el curso de la comedia, su espectro, desfigurado y monstruoso, se dirige a los espectadores gritando:[22]

> *¡Pueblo miserable! Suciedad de gentes. Perros de lomo negro y patas descalzas.! ¿Qué hace el marqués de Sobremonte entre la espuma rabiosa de los bárbaros?*
>
> *¿Qué hace el Virrey huyendo del criollo, ya no del inglés?*
>
> *Mi carroza se hunde entre ellos… Debo huir. No hay otra cosa que esta huida. Es el destino, y los brutos que se quedan jamás podrán comprenderlo.*

Y en el acto quinto y último:

> *Ahora estos bufones se toman las cosas en serio. No recuerdan que mandar es estar por encima de ellos, es gobernar organizando banquetes. La quintaesencia del poder.*
>
> *Esta noche mando yo*
> *Mañana mande quienquiera*
>
> *¿Quieren resquebrajar el principio rector del mando, la ilusión de eternidad? ¡Qué asunto más serio! ¡Qué nativos ilustrados! Pronto querrán ser gobernados por hombres comunes, pero no lo serán (ríe).*
>
> *En su sangre está mi herencia. El amor del oro, la vanidad. Oh, sí, me olvidarán, por supuesto. Y no sabrán de dónde diablos les llega esa nostalgia. La nostalgia, frívola como un banquete; la sed de fiesta sobre el escenario del poder, montado por encima de la mierda.*
>
> *Esta noche mando yo*
> *Mañana mande quienquiera*
>
> *Por encima de la mierda. (ríe a carcajadas) ¡Adiós, Buenos Aires! ¡Mañana mande quienquiera y mañana montad banquetes, por encima de la mierda!*

Lejos del teatro San Martín de la capital argentina, en la calle Rosario

de la ciudad de Córdoba, su Ayuntamiento ha rehabilitado y abierto al público la casa donde vivió de alquiler el marqués de Sobremonte durante los once años que fue gobernador de aquella provincia.

Son varios los libros dedicados en la ciudad de Córdoba a ponderar sus méritos.[51] En dicha ciudad de Argentina se le tiene por el mejor de los virreyes. Uno de los argumentos más repetidos lo toman sus defensores de la pluma de los hermanos Funes. Del primero se citan las siguientes líneas:

> *Sobremonte se nos presenta en Córdoba dando siempre un movimiento rápido a la política de su gobierno.*
>
> *Un aumento de pueblos que mudasen los desiertos en tierras habitables. Este fue el gran proyecto de Sobremonte en los últimos años de su mandato como gobernador. Formó su plan y en el entraban casi tantas villas jurisdiccionales de Córdoba como curatos…*

El párrafo siguiente deja pocas dudas:

> *Con este mismo espíritu, acompañado de una concentración infatigable a los objetos del mando, levantó a Córdoba a un punto de decoro desconocido hasta su tiempo y dio a la Provincia un nuevo ser.*

Sigue una larga relación de las reformas urbanísticas que la ciudad debe a Sobremonte:

> *El marqués de Sobremonte hacía tiempo que se atormentaba por agregar al cúmulo de sus servicios el haber concluido un acueducto que debía fertilizar muchos suelos incultos y proveer de fuentes públicas de elegancia y utilidad. El empeño era muy desproporcionado a los arbitrios de que podía valerse para el logro del primer fruto y mucho más para poner la obra al abrigo de los tiempos.*

No creía posible el Deán Funes que el gobernador pudiera realizar este plan hidráulico. Sin embargo, Ignacio Garzón, en *Crónica de Córdoba*[51] recuerda que a Sobremonte había que agradecerle:

> *El establecimiento de aguas corrientes para el servicio de la urbe, obra de las más considerables de su época, que liberaba a la ciudad del afanoso trajín y de otras molestias y dificultades que le ocasionaba el acarreo de agua del río, a causa de los arenales que había que cruzar.*

Para contrarrestar las alabanzas de los hermanos Funes, dicen los porteños que la gratitud de los cordobeses se refiere a Sobremonte como gobernador, pero no como virrey en Buenos Aires. Contestan los de Córdoba que el importante barrio bonaerense de San Fernando nació por iniciativa de Sobremonte. En una de sus actuaciones urbanísticas más audaces, el virrey decidió que se desecasen los terrenos insalubres de aquella margen ribereña y fundar allí una villa que llamó de San Fernando, por el hijo de Carlos IV, villa que con el tiempo ha quedado absorbida por la capital.

El más denostado virrey en Buenos Aires es también el más alabado en Córdoba. Entre los elogios: unas líneas de la carta que enviaron a Carlos IV los franciscanos de dicha ciudad, el 13 de Septiembre de 1804.

> *Entre sus manos recibieron nuevo ser todos los ramos que abrazó esta Vasta Gobernación.*
>
> *Administró justicia sin detenerse por humanos respetos, guardó a cada uno de los fueros que le correspondían, trató con humanidad a los delincuentes, persiguió con tesón el contrabando, amplió esta ciudad, aumentó sus decoraciones, disciplinó sus Milicias…*
>
> *Fortificó las fronteras, pacificó a los indios infieles, arregló las Cajas Reales y trató de las mejores seguridades de este Real Erario*
>
> *Jamás se dio a la voz del oro, ni a los atractivos de la Gobernación ni a los hechizos del sexo débil.*

Sobremonte se había casado en América con una joven criolla, hija de Marcos José Larrazábal y de Josefa de la Quintana, cuando la novia solo contaba 18 años. Se llamaba la esposa Juana María. El matrimonio tuvo lugar en Buenos Aires, el 24 de Abril de 1782.[44]

Los Sobremonte tuvieron catorce hijos, muchos de los cuales arraigaron en la sociedad rioplatense. Cuando el virrey fue llamado a España pare responder a las acusaciones de traición y abandono de su puesto, la familia decidió quedarse en América. Algunos se fueron a Brasil. Entre ellos su esposa Juana María, que falleció en Rio de Janeiro con pocos medios de subsistencia.

Algo raro debió de pasar en aquella numerosa familia. En España, Rafael de Sobremonte conoció a la viuda de un hijo del virrey Hidalgo de Cisneros, que tenía treinta años menos que él y se enamoró. Los

hijos de su primera esposa trataron por todos los medios de que no se casase con ella, pero el marqués y la viuda, (que se llamaba María Teresa Millán) contrajeron matrimonio en 1820.

Cuando murió Sobremonte en 1827 y se abrió su testamento, una parte importante de sus bienes la había dejado a instituciones benéficas.

Santiago de Liniers[23]

Río de La Plata 1807-1809

Hubo un tiempo en que una calle importante de Buenos Aires se llamaba Santiago Liniers, después se cambió el nombre por "Reconquista" y actualmente se conoce como "Defensa".

La ambigüedad con que se ha tratado la figura de Liniers, tanto en Argentina como en España, surge como consecuencia de los conflictos de lealtades que la invasión Napoleónica generó a ambos lados del Atlántico.

En el bando de los españoles, Liniers pudo ser sospechoso de favorable a la causa de Bonaparte por motivos que hoy no parecen determinantes. Uno sería el hecho de haber nacido en Francia y el otro el haber escrito una carta a Napoleón, detallando la defensa y reconquista de Buenos Aires por las tropas y milicias que tenía a su mando como gobernador de la ciudad. Esta carta no recibió respuesta, por lo que, si algún entusiasmo tenía Liniers hacia el emperador francés, debió enfriarse bastante.

Por el lado argentino, a Santiago Liniers se le acusa de todo lo contrario: de haber sido fiel a la causa de Fernando VII en lugar de sumarse a la causa de los revolucionarios que conformaban la *Junta Grande*, aquel primer intento de gobierno independiente.

De lo cual se deduce que Santiago Liniers hizo lo que estaba obligado por su condición de militar y que quien tendría derecho a quejarse sería el propio Liniers, por ingratitud tanto de unos como de otros.

Empezando por la de España:

A mediados de 1809, molesto por las acusaciones de bonapartismo, Santiago de Liniers había presentado su dimisión, creyendo que no iba a ser aceptada. Se equivocó; prevalecieron las sospechas y su cargo de virrey pasó a ocuparlo otro marino: Baltasar Hidalgo de Cisneros. Este Cisneros había combatido junto a los franceses en la batalla de Trafalgar y por compañerismo debió mostrarse solícito con Liniers. Sin embargo, su trato fue frío y distante, como si aceptase las habladurías de afrancesado que corrían entre los españoles.

En 1809, siendo ya virrey Hidalgo de Cisneros, cuando se constituyó la Junta Grande, que propugnaba la desobediencia al poder virreinal. Liniers, siguiendo los consejos de su suegro, había abandonado Buenos Aires y se había comprado una mansión en la provincia de Córdoba, donde vivía, alejado de la política.

Hablando en términos generales, las justificaciones de los revolucionarios de los distintos virreinatos eran a menudo contradictorias. Una de las que gozaba de más capacidad de convocatoria era la que mantenía que las provincias de Ultramar eran de la Corona y sólo de la Corona. Por consiguiente, no había necesidad de obedecer a otras instituciones, y, dado que Fernando VII se había mostrado indigno de seguir siendo rey, las provincias americanas podían elegir otro monarca, en la línea de sucesión. Este nuevo rey, o reina, sería el único lazo de unión con la Metrópoli. Para esta concepción, no muy distinta de la Commonwealth británica, se pensó en una hermana de Fernando VII, la infanta Carlota. Así nació el movimiento *carlotismo* en América, como años después surgiría en España el *carlismo* y tantos otros, que, con la excusa dinástica, escondían luchas de poder y conflictos más profundos.

Cuando se creó la Junta Grande, desde Buenos Aires se cursó invitación a las provincias del Rio de la Plata para que participasen en sus ideas e iniciativas, encaminadas a lograr un gobierno autónomo. Por la provincia de Córdoba fue invitado a acudir el deán de la catedral, don Gregorio de Funes. De ser un profesor “ilustrado” sin aspiraciones políticas, Funes había pasado a defender la causa del “carlotismo” independentista.

En América, aquellas tendencias inconformistas se consideraban ya inevitables y hasta aceptables, mientras no se cruzase la línea que separaba la libertad de opinión del alzamiento en armas contra el poder establecido. Esta línea la cruzó un militar, amigo y antiguo subordinado de Liniers, que había combatido a sus órdenes en la defensa y reconquista de Buenos Aires y también en la persecución del rebelde Martín de Alzaga, antes de que llegase el virrey Cisneros. Este militar era el coronel don Domingo French, había sido elevado al rango de teniente coronel por Santiago de Liniers en 1808 y además era amigo suyo.

Domingo French, consideraba que la Junta no debía estar presidida por el virrey Cisneros, ya que la soberanía residía "en el pueblo". Para presionar al virrey, el 25 de Mayo de 1810, sacó a la calle 500 jinetes de su regimiento que atemorizaron a la población en general, y a los españoles en particular, agitando antorchas y manifestándose ante las puertas de Cabildo.

Fue aquella algarada lo que después se dio en llamar la Revolución de Mayo, una pequeña *Bastilla*, donde el papel de la vieja prisión francesa lo representaría el Cabildo.

El teniente coronel French había puesto en armas un regimiento de milicianos, al que dio el nombre de *Regimiento América,* sometido a la autoridad de destacados revolucionarios, como Castelli, que eran miembros de la Junta Grande, y por tanto *representantes del pueblo.*

Sin embargo, los acontecimientos de Buenos Aires no habrían sido suficientes para rejuvenecer los ánimos patrióticos de Santiago Liniers, si el virrey Cisneros, cinco días después del susto, no hubiese enviado a un joven mensajero a Córdoba, conminando al general Juan Gutiérrez de la Cocha a que no obedeciese las órdenes de la Junta. Concha reunió a los principales dignatarios de la ciudad para que prestasen juramento a la causa realista. El general Concha había sido nombrado gobernador de Córdoba por Santiago Liniers, quien, dadas las circunstancias, tampoco podía faltar a aquella reunión. Lo desafortunado fue que también invitaron al rector de la Universidad y deán de la catedral, el ya mencionado padre Gregorio Funes.

Dos años antes, el general Gutiérrez de la Concha había creado un cuerpo de milicianos, al mando de un joven teniente llamado José Javier Díaz. Consideraba Liniers que, para hacer frente a la situación, no bastaba con aquella milicia, sino que era preciso contar con el apoyo del virrey del Perú, don José Abascal, y con refuerzos

provenientes de Paraguay, a los que habría que añadir la escuadra de Montevideo. Salieron correos a todos estos destinos para que se movilizasen las tropas necesarias, pero al mismo tiempo salían de Córdoba otros correos por orden de Gregorio Funes, alertando de todo lo anterior a los miembros de la Junta Grande y a los militares simpatizantes.

Enterados los revolucionarios, decidieron enviar a Córdoba un destacamento de 1.500 infantes, mandados por otro amigo y antiguo subordinado de Liniers: el coronel Francisco Ortiz Ocampo.

Ortiz de Ocampo se había hecho miembro de la Junta Grande, y en reconocimiento había sido ascendido a general. La rapidez con que el *brazo armado* de la Junta consiguió hacer llegar sus tropas a Córdoba desbarató cualquier plan que Liniers o Concha tuvieran pensado. Tampoco ayudó la parsimonia de Abascal y del propio Cisneros en enviar refuerzos. Para mayor desgracia las milicias de Gutiérrez de la Concha, con su jefe José Javier Díaz, se pasaron al enemigo. Ocampo consiguió capturar a Liniers, Concha y otros dos ex gobernadores de Córdoba: Allende y Moreno. Sus tropas también hicieron preso al obispo de la ciudad: Rodrigo de Orellana.

Desde Buenos Aires, la Junta dictó sentencia de muerte contra todos ellos. No hubo juicio. Desbordado por la gravedad de lo que había propiciado, el deán cordobés, como miembro que era de la Junta, pidió clemencia para los reos. No fue concedida y se dieron órdenes a Ortiz de Ocampo de fusilarlos. Ocampo no quiso hacerlo, alegando que entre ellos había un obispo, aforado de la justicia secular. Los de la Junta destituyeron a Ocampo y en su lugar nombraron a Antonio Balcarce y enviaron a Guillermo French y al propio Castelli para asegurarse que se cumplía la orden.

Cerca de la villa de Surgentes hay un monte conocido como el de *Los Papagayos*. Allí fueron conducidos Liniers y Concha para oír la sentencia y ser fusilados por los arcabuceros de Guillermo French, en presencia del propio French y de Juan José Castelli. Sus restos fueron a parar a una fosa común, pero Ocampo los desenterró y dio sepultura aparte. Se dice que una tablilla sobre la tierra movida recordaba las iniciales de los cuatro enterrados: CLAMOR (Córdoba, Liniers, Allende, y Moreno).

Hemos empezado esta semblanza por el final con el fin de demostrar cuán equivocados estaban en España quienes acusaron a Santiago Liniers de no ser leal a la causa de Fernando VII. Y también cuán torpe fue la decisión de sustituirlo por Baltasar Hidalgo de Cisneros.

De haber seguido Liniers como virrey, otro hubiera sido el curso de los acontecimientos en 1809 en Buenos Aires. Tendrían que pasar muchos, muchos, años, hasta que en 1900 la reina María Cristina, a modo de desagravio, concediese a sus descendientes españoles el título de marqueses de Liniers y a la rama francesa el de condes de Buenos Aires.

Los argentinos, por su parte, consideraron que, en última instancia, Liniers era un héroe español y exhumaron sus restos para ser enviados a Cádiz, donde descansan en el panteón de marinos ilustres. Hasta la leyenda que orla la sepultura gaditana resulta curiosamente ambigua:

> *Las víctimas de la patria vieja son los héroes de la patria nueva*

Para los hispanoamericanos *la patria vieja* no concita la idea de España; significa el tiempo que va desde los primeros intentos de emancipación de *su* patria hasta que se logra la independencia. La "patria nueva" es lo que vino inmediatamente después.

Llamar a Liniers *héroe de la patria nueva* no deja de ser engañoso. Hacerlo en Cádiz demuestra que los españoles ignoramos muchos detalles de nuestra Historia en América. Sabemos mucho de la batalla de Trafalgar en 1805 y poco o nada de la derrota y retirada de los ingleses de Buenos Aires en 1806.

El número de prisioneros ingleses que hizo Liniers en la reconquista de la ciudad superaba los 2.000 combatientes. Sólo unos meses antes, las tropas británicas, entusiasmadas con la victoria de Trafalgar, se habían hecho dueños de Buenos Aires y habían comprobado la escasa combatividad de sus vecinos, quienes parecían dispuestos a aceptar el cambio de Metrópoli sin muchos aspavientos.

A Santiago Liniers debe mucho de su independencia la nación argentina, si se tiene como referente la posición inglesa con respecto al dominio de las Islas Malvinas. Como no se ha dejado de observar, su estrategia de armar al pueblo frente al invasor fue el aldabonazo que hizo pensar a muchos que aquella fórmula valía también para expulsar a los españoles tan escasos ya en número, en comparación con los americanos.

Pese a ser el héroe de la Reconquista de Buenos Aires, apenas unos meses después de lograda, Santiago de Liniers fue fusilado sin ser juzgado.

Para los argentinos detractores de Liniers, su muerte estuvo justificada como un episodio más en la lucha contra los españoles. Arguyen que, si Liniers se hubiese quedado en su casa de Alta Gracia, o se hubiese unido a la *Junta Grande*, como se le propuso, nada le hubiera ocurrido.

Pasados doscientos años, juzgue el lector a tenor de la correspondencia del protagonista en sus cartas a su familia, recientemente publicadas por sus descendientes.[23]:

Santiago de Liniers había servido dos años en Paraguay "le plus beau et plus riche pays de l'univers", según sus palabras. Ya dijimos que en el viaje de retorno naufragó la nave en que viajaban, pereciendo su mujer, Martina de Sarratea, y uno de sus hijos.

El virrey marqués de Sobremonte, lo nombró entonces gobernador de Buenos Aires. Pero Liniers en lugar de quedarse en la ciudad y tomar el mando efectivo, decidió establecerse en un lugar cerca de Montevideo, situado en la *Ensenada de Barragán.* Tal vez en este alejamiento influyese su estado de ánimo, al quedarse viudo y haber perdido aquel hijo. Cuando se presentó una escuadra inglesa en el Rio de la Plata, pasaron los navíos delante de su residencia y se dirigieron al puerto de Buenos Aires sin que Liniers pudiera hacer otra cosa que lamentarse.

Las fuerzas de asalto iban al mando del general inglés William Carr Beresford, y se adueñaron de la ciudad sin un solo tiro. Aquella rendición inicial tuvo lugar el día 2 de Julio de 1805, cuatro meses antes de la batalla de Trafalgar. Semejante desastre debió dejar en Santiago Liniers un hondo sentimiento de culpabilidad y de ridículo.

Tratando de dar la cara como fuera, se presentó en Montevideo donde el gobernador Pascual Ruiz Huidobro, enterado de la caída de Buenos Aires, ya tenía preparado un ejército de 1.500 hombres para reconquistar la ciudad. Liniers fue ninguneado, con razón. Entonces solicitó una oportunidad de reparar su falta. Sólo pedía que le facilitasen una escuadra ligera, de seis goletas más las chalupas cañoneras que había aparejado el corsario Mordeille, todo ello acompañado por unos 500 infantes, y el mando de la expedición. Aseguraba ser capaz de recuperar la ciudad en pocos días.

El consejo de guerra consideró poco sensata la propuesta de Liniers y se decantó por continuar con el plan trazado por Ruiz Huidobro. Mas al poco de tomarse esta decisión se supo que las fuerzas inglesas habían aumentado de ocho a dieciséis navíos y gran cantidad de barcos de transporte y que todos ellos se disponían a

atacar ahora Montevideo, como preludio de una conquista en toda regla del Virreinato y en definitiva de todas las posesiones españolas en el cono Sur. Ante esta nueva amenaza, no parecía prudente prescindir en Montevideo de 1.500 hombres, y como mal menor se autorizó la expedición de Liniers en la forma que él había propuesto.

Existen versiones muy variadas de lo que ocurrió en la Reconquista de Buenos Aires. Nosotros vamos a dar la del protagonista de los hechos, que puede consultarse en un libro revelador publicado por sus herederos[23], donde se recogen las cartas de Liniers a sus familiares y que será la única fuente que utilizaremos en el resto de esta semblanza biográfica. Son muchas las fuentes alternativas disponibles, pero la memoria de Santiago Liniers merece que su versión de los hechos sea primordial.

En carta dirigida a una hermana suya, entresacamos algunos párrafos en que Liniers describe los hechos así:

> *El diez de Agosto alcancé el extrarradio de la ciudad y envié a uno de mis ayudas de campo llevando una intimidación al general inglés cuya respuesta tardó cuatro horas en llegarme.*
>
> *Tan pronto como me llegó, decidí atacar un puesto avanzado que se llama El Retiro, que es donde están los almacenes de la Artillería.*
>
> *Al día siguiente concedí descanso a las tropas y me dediqué a reclutar ciudadanos mal armados pero llenos de entusiasmo.*
>
> *Partí a las diez de la mañana desde el Retiro a la Gran Plaza donde el enemigo había situado 18 cañones y cuatro obuses apuntando a las calles que llegan.*
>
> *El general cuya ayuda de campo, el capitán George William, había muerto a su lado tras perder 400 hombres, ordenó la retirada al fuerte.*
>
> *Me dispuse a entrar sable en mano en dicho fuerte, cuando los ingleses izaron bandera blanca, pero las tropas no lo vieron, lo que obligó al general a izar la bandera española y salir del fuerte, rindiéndose a discreción.*
>
> *Yo le concedí honores de guerra y mil doscientos hombres nos rindieron sus armas y banderas. Nosotros no sufrimos*

más que 200 bajas entre muertos y heridos.

Aquella victoria no logró tranquilizar a Liniers, pues estaba casi seguro de que los británicos volverían a Buenos Aires, con mayores efectivos de los utilizados en el primer intento. En la larga carta a su hermana, comenta la tarea a la que se dedicó que los once meses siguientes:

> *Este país está compuesto por negociantes, agricultores y ricos propietarios en unas tierras en que la suavidad del clima y las riquezas naturales ablandan el ánimo.*
>
> *Durante los once meses que transcurrieron desde mi victoria hubo que trabajar para convertir un pueblo pacífico en un pueblo guerrero.*

Cuando, como había previsto Liniers, los ingleses volvieron al Rio de la Plata, y de nuevo lograron que Liniers no conociera sus intenciones. En lugar de atacar Buenos Aires, se plantaron ante Montevideo con un ejército de unos 6.000 hombres. La ciudad se defendió valientemente, causando al enemigo unas 2.000 bajas, pero acabó rindiéndose al comodoro Home Riggs Popham.

Una vez ocupada Montevideo, la armada de Crawford, tenía vía libre para dirigirse a Buenos Aires, sin temor de verse atacada por Huidobro. Había pasado casi un año de la *Reconquista* realizada por Liniers y ahora tocaba a este gobernador aprestarse a la defensa de la ciudad. Liniers describe así los acontecimientos en carta a su hermana:

> *En fin, a final de Junio la armada inglesa que se encontraba en Montevideo, compuesta por 6000 hombres, dejando una débil guarnición, envió al general Crawford con cuatro mil hombres de tropas escogidas hacia Buenos Aires y nos ofreció el espectáculo de ochenta velas que según había anunciado el general jefe Whitelock, a su salida, venían a tomar Buenos Aires sin oposición.*
>
> *Partí de la ciudad con todas mis tropas el día 1 de julio y fui a tomar posición más allá de un puente sobre un pequeño río llamado el Riachuelo;*
>
> *la noche del 2 de Julio fue cruel de frío y lluvia; mis tropas la pasaron sobre las armas.*

La jornada del 2 de Julio amaneció sumamente hermosa, un sol radiante secó nuestros uniformes y cada cual se dedicó a poner las armas en buen estado y a las nueve se nos anunció la llegada del enemigo.

Yo recorrí la línea diciendo a mis soldados que la contraseña era "Santiago y a la Victoria," que sería nuestra: todos me respondieron con gritos de "Viva el Rey.

Pero los ingleses, tras comprobar que Liniers les esperaba fuera de la ciudad, decidieron no presentar batalla allí y, en cambio, dirigirse resueltamente a Buenos Aires. Una vez más, Liniers era sorprendido y soslayado por los invasores. Solo que, esta vez, el gobernador reaccionó con rapidez y corrió a instalar, en un lugar de obligado paso para los británicos, siete piezas de artillería tiradas por caballos, unos 500 hombres de tropa, un cuerpo de cazadores con cinco cañones y dos obuses.

Llegado el momento, los soldados ingleses se vieron atacados y sufrieron notables pérdidas, pero las fuerzas de Liniers iban siendo diezmadas sistemáticamente lo que le obligó a retirarlas de aquella posición, después de haber conseguido retardar la llegada del enemigo a la ciudad. Ese retraso resultó ser providencial para la preparación de la defensa, que organizó de la manera siguiente:

Hice guarnecer de tropas las terrazas de las ocho calles o cuadras que rodean la ciudad y las doté con gran cantidad de granadas y municiones.

Se abrieron trincheras en todas las calles dentro de las cuales se instalaron piezas de artillería pesada.

El Fuerte fue guarnecido por el resto de la Artillería.

Yo emplacé en la plaza de toros, donde había un depósito de artillería, un cuerpo de cuatrocientos marinos que provenían de las chalupas cañoneras y otros barcos.

Habiendo dispuesto todo de esta manera y habiendo iluminado cuidadosamente las calles de noche, las tropas ligeras y de voluntarios se repartieron por los barrios retirados.

...con el propósito de hacer guerrilla contra los fusileros ingleses.

El general Whitelock hizo llegar a Liniers una nota, conminándolo a que rindiera la plaza y comprometiéndose a respetar únicamente el libre ejercicio de la religión y la propiedad privada. No hubo respuesta del gobernador y el día 5 de Julio comenzó el segundo ataque inglés a Buenos Aires.

El puerto resistió tres horas antes de rendirse, quedando muchos defensores prisioneros de los ingleses. El grueso del ejército enemigo, al mando del general Crawford avanzó con gran rapidez de Oeste a Este, y, a pesar de la lluvia de granadas que caían de las terrazas, consiguieron llegar al centro de la ciudad.

Allí los detuvo la artillería y tuvieron que buscar refugio en las inmediaciones del convento de Santo Domingo. Rodeados como estaban, esta vez fue Liniers que conminó a Crawford para que se rindiera. Este seguía confiando en que el resto de las fuerzas de ocupación llegarían a ayudarle y rehusó rendirse. Por el contrario, ordenó el ataque a bayoneta a lo que respondió Liniers iniciando el bombardeo del convento donde se encontraban los ingleses. Desesperando de que llegasen los suyos a tiempo, Crawford enarboló bandera blanca y se rindió con todos sus hombres que eran casi mil.

Mientras tanto, las tropas del general Whitelock no habían corrido mejor suerte y a las siete de la tarde de ese mismo día Liniers se encontraba ya con 2.000 prisioneros ingleses en su poder, incluidos ciento cinco oficiales, entre los que había "muchos coroneles y un general".

> *Encontrándose mis tropas en disposición de rubricar la victoria, algo que podría haber hecho sin ningún tipo de vanagloria.*
>
> *Pero considerando que ya se había derramado demasiada sangre y que de otra manera tendría que organizar una nueva expedición para recuperar Montevideo, y que me suponía un problema el contener y alimentar un número tan grande de prisioneros, y temiendo que el pueblo que había tratado hasta el momento con respeto a su agresor no terminara por ensangrentar su victoria en venganza de las atrocidades cometidas por los británicos…*
>
> *…después de haberlo consultado con las Autoridades y jefes de la ciudad, mandé un emisario al general Whitelock por el cual le daba parte de la ventaja que tenía sobre sus tropas y para darle de nuevo una prueba de generosidad españolas,*

> *le ofrecía devolverle los prisioneros si se retiraba y devolvía la ciudad de Montevideo.*

Whitelock contestó proponiendo una tregua de 24 horas a lo que Liniers respondió que abriría fuego en 15 minutos. Cosa que hizo, con el consiguiente derramamiento de más sangre inútil hasta que Whitelock, convencido, aceptó las condiciones de Liniers.

De esta forma brillante, Liniers no sólo defendió Buenos Aires, sino que reconquistó Montevideo sin aparecer por allí, con gran asombro y satisfacción del huidizo virrey Sobremonte y del tranquilo gobernador Huidobro.

La derrota del general Whitelock fue tan humillante para las ambiciones británicas que se le formó consejo de guerra en Chelsea, en 1808. Las acusaciones llovían sobre el militar, aunque todos aceptaban que Whitelock no pudo prever una resistencia tan enconada como la que encontró en la ciudad, sabedor de la resignación que habían adpotado los vecinos la vez anterior.

El general John Whitelock fue declarado culpable e indigno de servir a su Majestad en ningún empleo militar. El cargo más grave que se le imputó fue el de haber entregado Montevideo, cuando esta ciudad hubiera podido resistir perfectamente. Los jueces no valoraron la cantidad de vidas de prisioneros ingleses que se salvaron. Pesaba más en ellos la "pérdida de las esperanzas de abrir nuevos mercados a nuestras manufacturas" en palabras de Richard Ryder, fiscal de la causa contra Whitelock.[23]

Con la lejanía del tiempo y de las pasiones, no se sabe qué alabar más en la conducta del virrey Liniers, si la forma de manejar la sicología de los sitiados de Buenos Aires o el provecho que supo sacar a la victoria a favor de Montevideo.

A riesgo de alargar demasiado este recuerdo del virrey Liniers, vamos a decir algo más de sus principales experiencias de marino, que arrojan luz sobre su confianza en la victoria en la defensa de Buenos Aires.

Según el mismo refiere en sus cartas, después de haber estado en la campaña de Argel, en el sitio de Menorca y en la expedición de Don Pedro de Cevallos contra los portugueses, estaba convencido de que:

> *La llegada de una flota numerosa a aguas y playas poco preparadas sicológicamente para la defensa produce un*

pánico entre la población civil que no se corresponde con la diferencia de fuerzas

La defensa de las ciudadelas se abandona sin haber siquiera calculado bien las probabilidades de superar los asedios y perseguir finalmente a los enemigos exhaustos.

Las fuerzas de un pueblo decidido a impedir la entrada al invasor, cuando son muy numerosas, y se sitúan en puntos estratégicos ben elegidos, hacen muy difícil a los soldados que llegan de un largo viaje por mar tomar las plazas.

Esta experiencia le venía de su participación en la reconquista de las posesiones de Santa Catalina y de Sacramento, que habían sido usurpadas por los portugueses.

El ejército español, formado por 1.000 hombres, estaba a las órdenes de don Pedro de Cevallos, bajo cuyo mando se encontraban tres mariscales: Pedro Carmaño, Victorio de Navia y Pedro Velfi. El relato de aquellas jornadas puede leerse en una carta que Liniers dirigió entonces a su padre:[23]

El 17 de febrero avistamos las costas de Brasil a las 8 de la mañana y a mediodía una escuadra portuguesa compuesta por 4 navíos, 5 fragatas y 3 bergantines, acercándose por barlovento.

El marqués de Casa Tilly opinaba que había que atacar, pero Pedro de Ceballos se opuso y con gran disgusto de nuestra parte nos vimos obligados a acatar órdenes.

En fin, dos de los tres castillos que defendían la isla de Santa Catalina y que habría costado un enorme esfuerzo de asedio, por su ventajosa localización y por su numerosa artillería, fueron desamparadas por las tropas, que ni siquiera esperaron a que nos presentásemos para atacarles.

La tercera hizo un esfuerzo de mayor orgullo y pidió negociar, pero para entonces el General ya había adelantado un navío frente a las murallas, a medio tiro de cañón, y solicitó la rendición sin condiciones.

Hay ejemplos de conquistas más gloriosas, pero es difícil citar alguna más afortunada.

En cuanto a su participación en la toma de Menorca, la gesta de Liniers consistió en entrar de noche en el puerto de Mahón dirigiendo una flotilla de 16 chalupas y cortar las amarras de los barcos de víveres que los ingleses tenían allí, dejando sin acopios de suministros a los sitiados. Menorca se rindió el 5 de febrero de 1782 y Liniers fue ascendido a teniente de navío.

En sentido contrario, Liniers estuvo en la fallida toma de Argel, participando en una fuerza de desembarco al mando del general Alejandro O'Reilly. Santiago Liniers iba a bordo del galeón *San José.*

> *Partimos de Cartagena el 23 de Junio con 6 navíos de 60 cañones, 12 fragatas de 26 cañones, 4 bombardas con dos morteros y ocho cañones cada una, cinco urcas de 40 cañones montados de a 20, 11 jabeques de 26 cañones, 7 galeotes de 3 cañones y 334 buques de transporte. […]*
>
> *El día 8 a las 3 de la madrugada las naves comenzaron a soltar las chalupas, alineadas en dos filas con 8.000 hombres de desembarco.*
>
> *Lo hicieron sin un disparo en la playa de Matifoux, dejando el río Harace a su izquierda, cuyas riberas estaban ocupadas por las tropas del Bey de Contanstina, pueblo aliado de los Argelinos, con 30.000 jinetes.*
>
> *A su derecha había un monte, donde estaban emboscados argelinos en número superior a 60.000, y frente a nosotros una montaña escarpada, poblada de bosques y casas de campo y barrancos, con tropas a discreción.*
>
> *En el momento acordado, O'Reilly ordenó avanzar por la derecha, pero aún no habían dado unos veinte pasos las tropas, cuando los argelinos interpusieron un frente de camellos para parar nuestros primeros disparos y asegurar la eficacia de los suyos.*
>
> *El conde de la Romana fue alcanzado y muerto, Urbina recibió tres tiros en una pierna que le pusieron fuera de combate; el general Ricardou un golpe fuerte en el vientre, que sin embargo no le impidió continuar al frente de sus tropas. […]*
>
> *Este primer fracaso no disminuyó el ardor de nuestras tropas, que continuaron avanzando con el mismo valor y se hubieron hecho masacrar si O'Reilly, reconociendo su error*

de no haber implicado la totalidad de sus tropas y de la artillería, no hubiese ordenado batirse en retirada.

A pesar de los sinsabores de esta campaña, estoy casi seguro que me van a nombrar oficial.

Liniers, efectivamente, fue ascendido por los méritos adquiridos en aquella refriega y no olvidaría la lección. La experiencia de Orán reforzó a Liniers en sus convicciones de que las plazas se rendían demasiado fácilmente ante la perspectiva de una invasión por mar, sin tener en cuenta que los mayores efectivos disponibles desde tierra, si estaban bien decididos a resistir, tenían todas las de ganar.

Tenía Santiago Liniers el don de saber valorar los pequeños acontecimientos que observaba a su alrededor. Apuntamos una de las muchas ocasiones en que se manifiesta sensible a la bondad de personas.

En una carta, días después de morir su primera mujer, cuando su hijo es enviado con unos parientes a España, comenta lo siguiente:

Hace ocho días que acabo de sufrir la separación de mi pequeño Luis que a su partida ha hecho un trato que no puedo evitar reseñarte

Tengo desde hace tiempo a mi servicio un fiel doméstico francés. Jeanne había legado quince piastras a cada uno de nuestros criados y cuando le llegó el turno a Oreil tuve que hacer uso de mi autoridad para obligarle a aceptar su parte, y nada más recibirla se fue a uno de los limosneros para pedirle que se celebrasen misas por el descanso del alma de su señora.

Este digno criado tiene un único defecto de beber de vez en cuando. Mi querido hijo, antes de embarcarse llamó aparte a Oreil y le dijo que él se iba y por tanto no quedaba más que él a mi lado y le pedía que no se emborrachara y que si le daba su palabra le haría un regalo a nuestra vuelta de Cádiz.

La madre de este niño fue la primera esposa del virrey, se llamaba Jeanne de Mainvielle. y era malagueña. Santiago de Liniers la conoció durante unos días de permiso que pasó en Málaga, como teniente de navío, a bordo del *Fincastle*, capturado a Inglaterra.

Allí vivían Jeanne y su madre, que había quedado viuda de un acaudalado comerciante bearnés. A la herencia del padre de Jeanne había que añadir la fortuna del nuevo acompañante de su suegra, el cónsul de Suecia en Málaga, que ya había hecho testamento a favor de la francesita.

Santiago no veía otro problema para asegurar el matrimonio con Jeanne que su pertenencia a la orden de Malta, cuyos caballeros habían de permanecer célibes como curas. Oigámosle tratar de conciliar ambas lealtades:

> *No ignoráis, querido padre, que en este país el comercio no está peleado con los títulos nobiliarios como conde o marqués.*
>
> *No obstante, teniendo el honor de llevar la cruz con la que he sido condecorado, escribo al príncipe Camilo de Rohan, al que pido me haga obtener del Gran Maestre la gracia de seguir llevándola. También hago la misma solicitud a mi tío el Comendador.*

La boda se celebró el 1 de Junio de 1783. Jeanne de Mainvielle falleció en 1790. Poco duró el luto a Santiago Liniers, pues el 3 de Agosto de 1791 se casaba con una joven porteña, hija del representante en Buenos Aires de la Compañía de Filipinas, don Martín Sarratea.

Liniers intentó mejorar su fortuna asociándose a su hermano Luis, que había montado una fábrica de caldo de carne en tabletas, que llamó "Buillion kub" y que exportaba a Europa con total libertad. Esta aventura no le benefició en lo económico y en cambio le atrajo las críticas de algunos comerciantes, quienes le recordaron que los gobernadores tenían prohibido traer a América hermanos, sobrinos y otros parientes que no fuesen su mujer e hijos.

Seis años después de casarse con Martina Serratea, ya en 1797, el gobernador escribe a su hermana Linotte en estos términos:

> *Podéis estar segura, mi querida amiga, que no existe otro país en el universo tan sano, tan templado y en el que pueda vivir más cómodamente que en este, bajo todos los aspectos que se puedan considerar.*

En los años que siguieron a la muerte de su segunda esposa, el virrey conoció a una dama inquietante, que supo apoderarse de su atención de viudo hasta el extremo de convertirse en su amante y e

irse a vivir con él, con no poco escándalo entre la sociedad bonaerense.

Se llamaba Anne Marie y había nacido en la isla de Reunión en 1775, por lo que era 22 años más joven que Liniers. Sus padres, de origen francés, provenían de la región de Pondichery, en la India. Habían llegado a Buenos Aires en 1797, causando sensación por su enorme equipaje y acompañamiento de esclavos.

El padre de Anne Marie ocupaba un cargo importante en la Compañía de Indias. Cuando llegaron al Río de la Plata, Anne Marie ya estaba casada con un irlandés de nombre Thomas Gorman. Para aparentar hidalguía se puso el genitivo O'Gorman como hacían muchos irlandeses, y toda la familia españolizó sus nombres, por lo que Anne Marie, se convirtió en Ana María.

El marido probó fortuna con una plantación de tabaco que no prosperó, hasta el punto de no vacilar en pagar sus deudas con fletes de dudosa legalidad, por no decir de contrabando. Al cabo, Tomás O'Gorman huyó a otras latitudes, dejando en Buenos Aires a su esposa, bajo la protección de la familia Perichon.

Cuando los amores del virrey con Ana María fueron de dominio público, algunos recordaron la semejanza fonética entre el apellido "Perichón" y el mote de la limeña Micaela Villegas, *La Perichola*. De ahí a llamar a Ana María *La Perichona* sólo había que cambiar una letra.

Además de bella, Ana O' Gorman era inteligente, culta y de trato agradable. Su cercanía al virrey interesó a la diplomacia británica y se cree que ella aceptó hacer de confidente. O al menos fue acusada de ello con indicios suficientes para que Liniers se viese obligado a desterrarla a Rio de Janeiro. Con el tiempo, Ana O'Gorman volvería a Buenos Aires, donde llevó una vida bastante tranquila hasta su muerte, 37 años después del fusilamiento del virrey.

La ciudad de Niort, en Francia conserva un monumento en recuerdo del virrey que nació allí en 1753. Las buenas relaciones entre Francia y España, estimuladas por los Borbones, hacían fácil el alistamiento indistinto en los ejércitos de ambos países.

Liniers había iniciado la carrera militar en un regimiento francés de Caballería, pero a los 22 años pensó que podía tener más ocasiones de aventura y gloria en la marina española.

No parece que aquella decisión estuviera mal encaminada, al menos en lo que respecta a aventuras. Lo de la gloria de derrotar a Inglaterra, algo no frecuente en la Historia, ha quedado medianamente expuesto y no queda esperar otra cosa, salvo que aumente con los años.

Baltasar Hidalgo de Cisneros[24]

Río de La Plata 1809-1810

En la biografía del antepenúltimo virrey del Río de la Plata hay luces y sombras, pero más de lo último. Un profesor de Cartagena, don Francisco Henares Díaz, paisano de Cisneros, ha escrito un libro contando su vida y, a pesar de poner algo de su parte, no consigue transmitir la esperada simpatía hacia su personaje.[24]

Entre las luces, la más brillante es su faceta de marino, iniciada bajo los auspicios de su padre, quien a menudo mandaba los barcos en que el hijo servía eficazmente, casi siempre como artillero. Más tarde fue capitán de balandra, luego de jebeque, después de fragata, a continuación de navío y finalmente: de escuadra. Había empezado muy joven, a los doce años, alistándose de guardiamarina en la academia de Cádiz.

Sus padres se llamaban Francisco y Francisca y su familia provenía de León y de Galicia. Cuando él nació, el 5 de Enero de 1758, residían en Cartagena. Podría decirse de él que la mitad de su vida transcurrió en el mar. A los 14 años ya navegaba en el *Rafae*l, que mandaba entonces don Manuel Gastón.

En Cartagena vivió los preparativos ilusionados cuando el ministro Grimaldi dispuso una flota para invadir Argel y terminar con las ofensas que los berberiscos hacían a los demás navegantes en el

Mediterráneo. Aquella expedición, encomendada a Alejandro O'Reilly, (contra la opinión del ministro Aranda, que hubiera preferido a Pedro Cevallos) terminó, como se sabe, muy mal. Pero quienes participaron fueron ascendidos y Cisneros no fue una excepción: el 16 de Marzo pasó a ser alférez de navío. Sirvió en el *Vencedo*r a las órdenes de su padre.

En el mismo navío participó en otra desgraciada operación naval, esta vez dirigida contra Inglaterra: la "Campaña del Canal de la Mancha", impresionante demostración del poderío naval franco-español, de la que se habla poco porque los ingleses apenas se enteraron de ella. El escorbuto, los vientos contrarios y la poca pericia de almirantes como el francés Orvilliers o los españoles Luis de Córdoba y el mismo Miguel Gastón, fueron los responsables de las bajas por muerte o enfermedad de muchos miles de franceses y algunos menos miles de españoles.

Vinieron después unos años en que Baltasar Hidalgo de Cisneros patrullaba las costas del Cantábrico al mando de la balandra *Flecha* y el bergantín *Ardilla*, cumpliendo acertadamente su misión de mantener alejados a los británicos. En aquellas aguas logró presas con patente de corso como la *Nimbre* y el bergantín capturado *Rogney*. También en el estrecho de Gibraltar fueron suyas las capturas del *Collecto*r, el *Second Revolution* y el *Spinwell*. Participó en el asedio infructuoso de 1781 al Peñón.

Transcurren diez años más, con nuevos intentos de amedrentar a los corsarios argelinos y el exitoso de expulsar a los ingleses de Menorca, en 1782. Fue posiblemente en esta ocasión cuando Cisneros conoció a Santiago de Liniers.

En Junio de 1785 Hidalgo de Cisneros ya tenía a su mando la fragata *Loreto*. En 1791 ascendió a capitán de navío, comandando las fragatas *Diana*, *Soledad*, y *Per*la. La Marina le pidió informes sobre el comportamiento en el mar de estos barcos. Cisneros redactó un informe positivo sobre la *Diana*, con sugerencias sobre mejoras a realizar.

La muerte de Luis XVI y María Antonieta, provocó reacciones contra Francia. España mantuvo una guerra en la Provenza, con altibajos, que se resolvieron en la paz de Basilea, donde se intercambiaron las plazas perdidas en Cataluña y el país vasco por Haití y Godoy fue reconocido como *Príncipe de la Paz*.

En medio de este ambiente de autocomplacencia de la Corte madrileña, aparecieron informes críticos sobre la verdadera situación

de nuestra Marina; informes o panfletos que irritaban a Godoy y eran subestimados o ignorados. Fallaban los barcos y fallaban las tripulaciones, captadas en levas de hombres sin experiencia del mar. Y fallaba también el mando desde tierra, poco versado en las particularidades de la guerra naval.

Estas deficiencias se pusieron de manifiesto en un combate naval frente al Cabo San Vicente, en el que la escuadra del almirante Luis de Córdoba fue fácilmente superada por una inglesa. El navío más potente, el Santísima Trinidad sufrió hasta quedar desarbolado. Córdoba llamó a los navíos *Pelayo* y *San Pablo* en ayuda del *Trinidad*, los cuales consiguieron liberarlo. Al mando del *San Pablo* iba Baltasar Hidalgo de Cisneros.

No era explicable para muchos de quienes dependía la guerra, que después de cada derrota, los responsables fueran ascendidos, o que los jefes de los almirantes fueran generales de Tierra.

El desastre final estaba cercano. En Octubre de 1805 Hidalgo de Cisneros servía en el Santísima de Trinidad. Leemos en el primero de los *Episodios Nacionales* de Galdós:

> *El Santísima Trinidad era un navío de cuatro puentes. Los mayores del mundo eran de tres. Aquel coloso, construido en la Habana con las más ricas maderas de Cuba en 1769, contaba treinta y seis años de honrosos servicios...sus poderosas cuadernas eran un verdadero bosque,...En sus costados, verdaderas murallas de madera, se habían construido 116 troneras...me quedé absorto recorriendo las galería de aquel Escorial de los mares...las cámaras situadas a popa eran un pequeño palacio...los balconajes, semejantes a las linternas de un castillo ojival, eran como grandes jaulas abiertas al mar, y desde donde la vista podía recorrer las tres cuartas parte del horizonte.*

Hidalgo de Cisneros es mencionado:

> *En la cámara, mi amo hablaba acaloradamente con el comandante del buque, don Francisco Javier de Uriarte y con el jefe de la escuadra, don Baltasar Hidalgo de Cisneros" "Según lo poco que oí no me quedó duda de que el general francés había dado la orden de salida para el día siguiente.*

Galdós describe la intensa batalla, vivida desde el *Trinidad,* la entrada masiva de agua y la rendición:

> *De todos modos, la idea de ser llevados a Gibraltar como prisioneros era terrible, si no para mí, para los hombres pundonorosos y obstinados como mi amo...Pero estas dolorosas alternativas cesaron por la tarde y a la hora en que fue unánime la idea de que si no transbordábamos pereceríamos todos en el buque, que ya tenía quince pies de agua en la bodega. Uriarte y Cisneros recibieron aquella noticia con calma y serenidad, demostrando que no hallaban gran diferencia entre morir en la casa propia o ser prisioneros en la extraña.*
>
> *El comandante Uriarte y el jefe de escuadra Cisneros embarcaron en los botes de la oficialidad inglesa.*

Después viene el hundimiento casi total del "*Trinidad*", las lanchas en que se salvan algunos y el triste final para los demás.

En 1806 y 1807 ostentan el mando en Cartagena, la de España, dos marinos que habían participado en las recientes ocasiones en que los elementos, la fortuna y otras consideraciones más humanas se mostraron tan desfavorables a la nación española. Residía en la plaza don Francisco de Borja Poyo, que, justo después de la batalla de Trafalgar había sido elevado al cargo de capitán general de la Armada. Con categoría inferior, de teniente general, Baltasar Hidalgo de Cisneros tenía a su mando el *Arsenal.*

En la primavera de 1807 sobrevino el motín de Aranjuez contra el Príncipe de la Paz. Aprovechando el vacío de poder, Napoleón había invadido la Península, pretextando dirigirse contra Portugal y contar con la autorización del gobierno de Madrid.

Después del 2 de Mayo madrileño en 1808, la siguiente ciudad que se rebeló contra los franceses fue precisamente Cartagena. Al igual que en Madrid, allí se produjo una revuelta popular, en la que no participaban las autoridades. Hidalgo de Cisneros, alarmado por el desorden y caos que reinaba en las calles, optó por contemporizar y aceptó la formación de una Junta patriótica, independiente del gobierno de Madrid.

Como la revuelta había sido relativamente inocua, los cabecillas quisieron escenificar la importancia del cambio y dirigieron sus iras contra el gobernador Francisco de Borja.

Se recordaba la visita que los reyes habían hecho a Cartagena en 1802, acompañados de Godoy y las deferencias de Borja Poyo con el *afrancesado* favorito. Se ha escrito que, antes de arrestar al

gobernador, los amotinados pidieron autorización a Cisneros, como capitán general.

Borja Poyo, a punto de perder la vida, hizo donación de toda su fortuna a la ciudad para calmar los ánimos de los amotinados. De nada le valió. El 23 de Mayo de 1808 fue arrastrado por las calles y masacrado por la multitud en una calle frente al *Arsenal*, cuyas puertas no se abrieron para acoger al prisionero.

Lo que sucedió en aquellos días turbulentos ha sido descrito con detalle por Hernández Díaz en la biografía mencionada,[24] quien termina dejando en el aire preguntas sin contestación... preguntas que siguen proyectando sombras sobre la conducta de Cisneros en aquel trance.

Ascendido a Capitán General del departamento en sustitución de Borja Poyo, Cisneros dio muestras de buen gobierno ayudando desde Cartagena a otras ciudades como Valencia y Murcia en sus luchas contra la dominación francesa. Dentro de la ciudad, procuró defender a los comerciantes franceses, que no eran pocos. Para compensar la escasez de productos, alentó el comercio con Inglaterra, lo que se tradujo en ingresos notables en las arcas públicas. A los prisioneros de la guerra que iban llegando de los frentes, los mandaba custodiar en embarcaciones fondeadas dentro del puerto.

Cuando más ensimismado se encontraba Hidalgo de Cisneros en el gobierno de Cartagena, le llegó una orden de la Junta Central para que se embarcase en la fragata "*Proserpina*" y se dirigiera a Cádiz donde recibiría los pliegos en que se le nombraba virrey del Rio de la Plata.

Hidalgo de Cisneros sabía que, antes que él, el marino Antonio de Escaño había recibido el mismo escrito y se había excusado por razones personales. En lugar de hacer lo mismo, Baltasar Cisneros influyó en el Ayuntamiento para que escribiese a la Junta alegando que su presencia en Cartagena era imprescindible. A lo que la Junta contestó que más imprescindible era en América.

De manera que la fragata "*Proserpina*", esta vez mandada por José María Salazar, entró en la bahía de Cádiz procedente de Cartagena, llevando a Hidalgo de Cisneros como futuro virrey.

La polvareda de calumnias y murmuraciones que en ocasiones levanta la envidia pocas veces ha alcanzado una densidad tan sofocante como la producida por las victorias del brigadier Santiago de Liniers sobre los ingleses. Un año después de Trafalgar, la armada británica se veía

obligada a abandonar Buenos Aires y Montevideo, tras una rendición que llevaría a sus responsables a un consejo de guerra en la capital británica.

Lo inesperado y la magnitud de la derrota parece como si hubiese producido tanta consternación en los vencidos como en los vencedores. Los siguientes párrafos de las *instrucciones* que le Junta Central de Cádiz dio a Hidalgo de Cisneros antes de que éste prosiguiera su navegación en la *Proserpina* muestran lo extendido de la murmuración y la lamentable reacción del gobierno español:

> *Tal vez convenga que V.E. lleve a prevención una proclama o manifiesto en que, pintando los graves excesos del virrey, sus intentos e ideas de levantarse con el mando y hacer presente de aquellos dominios al pérfido Napoleón...*
>
> *...actúa contra el parecer y acuerdo de la Real Audiencia y Cabildo y demás autoridades de Buenos Aires; adopta medidas rigurosas con tal de reducir a Montevideo (sin usar otros medios pacíficos); además los preparativos militares con pretexto de sofocar a Montevideo tienen como fin aumentar su fuerza con proyectos criminales; item más, se rodea de franceses (el mismo lo es) precisamente ahora que los de esa nación se presentan como más sospechosos, item más: otorga graduaciones militares a sujetos malvados reconocidos públicamente como tales; item más trata de granjearse la estimación de la gente más soez, item más oprime a los poderosos, alarma al pueblo contra los miembros del Cabildo, aumenta las patrullas y las rondas...*

Esta irresponsable pintura del defensor de la integridad de aquel virreinato coincide con otra que hizo de Liniers el inglés Alexander Gillespie.[54] Este ameno autor era uno de los muchos invasores que fueron agasajados en Buenos Aires durante la presencia de los soldados de Beresford en la capital. Venía a decir que Liniers era percibido en Buenos Aires como un advenedizo, un hombre populachero, cínico y sin principios. Compartida o no, en la opinión de Gillespille hay algo de cierto con sólo sustituir lo de populachero por popular. Liniers fuese el único virrey elegido por aclamación de los ciudadanos.

Baltasar Hidalgo de Cisneros, llamado en España a sustituirlo, recibió instrucciones de no entrar directamente en Buenos Aires, sino de quedarse en Montevideo hasta ver cómo pintaba el asunto. Allí fue

recibido por un general Elío que tampoco sentía entusiasmo por Liniers. Cisneros y Elío se pusieron a organizar la ceremonia de cesión del mando y el nuevo virrey se puso a escribir:

> *Mi amado Santiago,*
> *¿Quién había de decirnos que después de veinticuatro años nos habíamos de ver en estos países...*

Hidalgo de Cisneros sugirió a Liniers reunirse con él en Montevideo. Liniers contestó con otra carta, que empezaba "Mi amado Baltasar" y seguía diciendo que viniera él a Buenos Aires. (ambas cartas se conservan en el Archivo de la Marina de la villa de Bazán). Finalmente, el encuentro tuvo lugar en un punto intermedio: la Colonia de Sacramento.

Ya vimos que Cisneros tenía instrucciones de forzar a Liniers para que volviese a España. Tuvo suerte la Junta de Sevilla en que Santiago Liniers en lugar de adelantar la Revolución de Mayo de 1810 y negarse a ceder el mando (algo que pudo hacer tranquilamente) aceptase retirarse a Córdoba y vivir alejado de "tanta perfidia", según sus propias palabras.[23]

La entrada de Hidalgo de Cisneros como nuevo virrey del Rio de la Plata, después del intento británico de invasión de aquel territorio, fue un acontecimiento tan festivo y popular, que llegó a producir alarma entre los insurgentes. Don Baltasar y doña Inés Gaztambide pasaron a ocupar las habitaciones de *La Fortaleza* donde se redactaron bandos a los ciudadanos, tan bien intencionados como simplistas.

Del breve gobierno de Hidalgo de Cisneros en el virreinato hay que mencionar su habilidad en reponer las exhaustas Cajas Reales, a pesar de que los comerciantes adujeron toda clase de excusas. En esta misión, su experiencia de Cartagena, con los comerciantes franceses fue útil. En lugar de insistir en donativos en tiempos de escasez, pilotó una negociación con el Consulado encaminada a favorecer la entrada de productos no españoles, a precios muy competitivos, a la vez que estimulaba la exportación de cueros cuyo precio subió al encontrar más fácil salida al exterior.

En cuanto al orden público, tuvo que hacer frente a una sublevación de indios en Chuquisaca, que reprimió con dureza excesiva, reavivando un fuego que parecía extinguido. En esto seguía las instrucciones de la Junta de Sevilla, en lugar de los consejos de gente como Elío o Alzaga, que tenían más experiencia americana.

El verdadero enemigo del orden establecido no eran los indios, ni el pueblo argentino en general. Estaba mucho más cerca. Las líneas siguientes son de una carta de Liniers a Cisneros, citada por Henares Díaz y documentada por el profesor argentino Exequiel Ortega.[23]

> *Hay un gran plan formado, y organizado, de insurrección, que no espera más que las primeras noticias desgraciadas de la Península.*
>
> *Cisneros, esto está endiablado. Yo daría un dedo de la mano por tener una conversación contigo.*
>
> *Estás rodeado de pícaros; varios de los que más confías te están engañando; la iniquidad, apoyada por las riquezas, va minando la autoridad...*
>
> *Nadie te ha hablado con tanta verdad ni mejor conocimiento del país y de los hombres que has de gobernar.*
>
> *Tú mismo te has dejado persuadir y preocupar contra mí.*

La señal que Saavedra, Castelli y Belgrano esperaban llegó, por fin. El 13 de Mayo de 1810 una balandra inglesa trajo la noticia de que toda España estaba ya en poder de Napoleón. El trono había quedado vacío. El 18 de Mayo los mismos personajes pidieron al alcalde Lezica que declarase Cabildo abierto y llamase a los vecinos para que eligieran sus representantes. Para contrarrestar, Hidalgo de Cisneros propuso que le parecía más correcto convocar una Junta de Virreyes y decidir la forma de hacer frente a la situación.

Al estilo español (y de Cartagena), se creó en Buenos Aires una Junta de Gobierno, que en principio solo representaba a la ciudad. Alguien advirtió de esta insuficiencia y propuso que se llamase a los alcaldes de las Provincias Interiores. Se contestó que no había tiempo, y que a las provincias se las consultaría después. Para lograr el apoyo del virrey, el día 22 de Mayo los comisionados invitaron a Hidalgo de Cisneros a que formara parte de esa Junta como Presidente.

Por un tiempo Hidalgo de Cisneros pudo felicitarse de haber logrado reconducir la situación. Hubo alegría y copas con brindis en *la Fortaleza*.

Duró poco. Los insurgentes alentaron un tumulto de protesta que se manifestó a las puertas del fuerte. Con tal excusa acudieron las autoridades locales a advertir al virrey que su vida corría peligro. Añadían que se veían obligados a tomar medidas con el fin de proteger su persona y que una de ellas era que renunciase al cargo, saliese de *la*

Fortaleza con su familia y se fueran todos a vivir a una casa particular. Cisneros aceptó, o hizo como que aceptaba.

Demasiado tarde pidió ayuda a Liniers. Éste, que estaba en Córdoba, en lugar de excusarse, se apresuró a organizar el socorro al virrey, junto con el general Concha.

A finales de Junio, Cornelio Saavedra, que se había instalado en *la Fortaleza*, protegido por los mismos Regimientos de la guardia del virrey, llamó a Hidalgo de Cisneros a su presencia, con el pretexto de que se necesitaba su firma para algún asunto. Acudió don Baltasar sólo a la cita y allí se encontró con que era deportado a España en un barco inglés, sin tiempo para despedirse ni siquiera de su esposa e hijos.

Pasando entre filas de *Dragones* del regimiento, Cisneros descendió hasta el muelle donde dos lanchas le llevaron, como en Trafalgar, a un barco también inglés, aunque menos representativo que aquel "*Prince*", puesto que era una balandra mercante, aleccionada por la Junta para que no tocase puerto en Montevideo.

En alta mar, el virrey intentó amedrentar al capitán de la balandra, advirtiéndole de que aquello constituía un insulto a la nación española que habría de pagar, pero la advertencia no hizo mella en el ánimo de su guardián. A la altura de Rio de Janeiro, pensando en aprovechar complicidades dinásticas, volvió a pedir que le dejasen bajar a tierra en aquel puerto, aportando argumentos más líquidos, sin dejar de ser sólidos. Pero, pudo descubrir, con desmayo, que cualquier oferta suya se quedaba muy por debajo de lo ofrecido al armador por sus fletadores.

El 28 de Julio, mientras Cisneros navegaba rumbo a España, la Junta de Buenos Aires ordenó una expedición con el designio de capturar y fusilar a Santiago de Liniers, "sin esperar un minuto", por su apoyo al virrey.

El 4 de Septiembre Cisneros era depositado en la isla de Gran Canaria. Todavía pensaba que su destierro era un accidente subsanable y que el pueblo de Buenos Aires sentía verdadero afecto por él. Exigía una reparación por los insultos recibidos en actos de servicio y se ofrecía a responder ante los cargos que pudieran hacérsele en juicio de residencia.

Se le contestó que en el Ministerio de la Guerra no había constancia de nada que pudiera empañar su conducta política o militar durante su gobierno.

Francisco Elío[26]

Río de La Plata 1811-1811

El general Elío ha pasado a la historia como el militar que apoyó a Fernando VII para que aboliese la Constitución del Cádiz, nada más regresar a España como el rey "Deseado". La comitiva monárquica pasó por Zaragoza en marzo de 1814 y de allí, en lugar de seguir a Madrid, se fueron todos a Valencia, ciudad donde gobernaba Elío. Francisco Javier era un absolutista sin matices, que comulgaba con las ideas del *Manifiesto de los Persas.* Tanto él como el general Eguía notaron la indecisión de Fernando, quien entonces todavía dudaba si debería jurar la Constitución o restaurar el orden anterior a 1808.

Aunque la responsabilidad del pronunciamiento se atribuye enteramente al general Elío es evidente que, sin la complicidad de Madrid, Fernando VII no se hubiera atrevido a firmar el ominoso decreto de 4 de Junio de 1814.

De todos modos. ¿De dónde le venía a Elío tanta animadversión contra los liberales? Es cierto que su formación castrense unida a un carácter altivo e inflexible era propicia al orden por encima de la libertad, pero no lo es menos que su experiencia en el Rio de la Plata fue determinante para considerar traidores a los españoles que, como Riego y Alcalá Galiano, se mostraban partidarios de la

independencia de las provincias de ultramar. Los liberales de la Constitución de Cádiz secundaban la creencia masónica de que España debía de abandonar sus colonias, a fuer de consecuentes con la idea de libertad para todos los pueblos del mundo.

En su libro "Recuerdos de un Anciano"[31] Antonio Alcalá Galiano narra cómo, después de que las tropas destinadas a América fueran retenidas por Riego en Cabezas de San Juan, pensó que aquello no tenía justificación si no se proclamaba al mismo tiempo que el concepto de libertad era tan aplicable en España como en América. En el capítulo V puede leerse:

> *Pero ansiaba distinguirme en mayor teatro y lo era, aunque no de la primera importancia, el vecino pueblo de Cádiz. Formada allí una Sociedad patriótica en el café llamado el Correo, no tardé mucho en presentarme en la tribuna...*
>
> *Por mi desdicha, el asunto de que traté fue el estado de la América antes española, y abogué por el reconocimiento de su independencia, de que, en mi sentir debían resultar a Cádiz misma algunas ventajas, visto que la reconquista de aquellas lejanas tierras era imposible.*
>
> *Fui aplaudido al hablar como cuando más, aunque acalorándome pinté con fuerza el nada favorable aspecto con que eran mirados por los americanos los soldados españoles enviados a sujetarlos. Pero los aplausos dados por los concurrentes no fueron ratificados por la población de Cádiz, ni aún quizá por varios de los mismos que los dieron cuando se les pasó el entusiasmo con que me hubieron oído.*
>
> *Los gaditanos deseaban la reconquista de América, en lo cual tenían razón mirando sólo a su interés; y como la deseaban mucho la creían posible. Habían aprobado el levantamiento del ejército expedicionario en gracia de haber sido hecho para restablecer la Constitución, pero con cierto disgusto de que no hubiese ido a una empresa de que se presumían felices resultas.*

Es revelador el hecho de que a la opinión de Galiano se opusiera públicamente el inquieto coronel Nicolás Santiago Rotalde con tanta vehemencia que ambos aceptaron lavar sus insultos en un duelo de pistolas, duelo que fue impedido por un teniente de rey.

Antes de tener que ocuparse de esa reconquista que Galiano desaconsejaba en el Río de la Plata, el general Elío había tenido una vida típica de militar español en el Mediterráneo y participado en diversas acciones de guerra, recibiendo heridas en dos ocasiones, heridas de las que se sentía orgulloso. He aquí cómo se veía a sí mismo, cuando redactaba su reivindicación, encerrado en un calabozo de la ciudadela de Valencia:[26]

> *Hijo de militar español que vertió abundantemente su sangre en la gloriosa batalla de Campo Santo, nací militar y me crie entre ellos. Cadete a los 16 años, pasé por todos los empleos y no tuve una graduación que no me costase un servicio o acción particular.*
>
> *La suerte me hizo participar de cuantas expediciones militares ocurrieron en España desde el año 83: guarnición y sitio de Orán, el de Ceuta, en el Rosellón y Navarra, Lérida, en ambos ejércitos, en la corta guerra de Portugal, en 1801, en todos me hallé y no temo los informes que todos los generales españoles den de mi conducta militar.*

Consecuencia de esta hoja de servicios fue su nombramiento como Comandante General de Montevideo en 1805. Eran los días de Trafalgar y las aguas gaditanas resultaban muy peligrosas, por lo que le aconsejaron hacer viaje desde Lisboa en un barco portugués. Estando allí con su mujer, desde la Embajada de España le dejaron libertad para no seguir, al saberse que Bereford había ocupado Buenos Aires. Los Elío se disfrazaron de portugueses y así pudieron desembarcar en Montevideo sin que los ingleses (que se habían apoderado de la ciudad en Julio de 1806) sospechasen de ellos. Sigilosamente, los recién llegados se escondieron en la campiña uruguaya, en casa de unos amigos, quedando ella a su cuidado y protección, mientras Elío seguía hasta Buenos Aires. Para llegar hubo de pasar "los Paranás" en una canoa, acompañado de un indio, y así pudo finalmente entrar en la ciudad.

El virrey marqués de Sobremonte se había refugiado en Córdoba y la capital estaba en manos del general Beresford. Mal pintaban las cosas, cuando según se recuerda Elío (en el citado documento carcelario*)* apareció en escena un hombre providencial:

> *Pero hubo un intrépido y valeroso marino, oriundo de Francia, nacido en Niort, en 28 de Julio de 1753, pero*

> *español de corazón, consagrado al servicio de España desde sus primeros años, destinado desde 1788 en el apostadero de Río de la Plata, quien, penetrado del buen espíritu de aquellos naturales, lleno su corazón de espíritu patriótico, se presentó al virrey en Córdoba, ofreciéndole librar la ciudad con sólo seiscientos hombres que le diese y los artilleros y marinos que mandaba.*
>
> *Este denodado marino era don Santiago de Liniers, comandante general de las fuerzas de Montevideo.*

A Liniers se unieron tropas de Gutiérrez de la Concha, y bajo su acertado mando lograron entrar en la ciudad el 12 de Agosto de 1806, "derramando la muerte", en expresión de Elío. El triunfo de Liniers encolerizó a los británicos que enviaron una poderosa flota al mando del almirante Murray. Empezaron los de Murray por poner sitio a Montevideo, y tras algunos meses de asedio, la fortaleza sucumbió en Febrero de 1807. Importaba a los ingleses tanto o más que Montevideo el puerto y ciudad de Buenos Aires.

En el capítulo dedicado al virrey Liniers se describe cómo fue la defensa que organizó Liniers y cómo entre las condiciones impuestas a los vencidos introdujo la de que abandonasen Montevideo en un plazo de cuatro meses. Liniers, ya virrey, encomendó entonces al general Elío el gobierno de Montevideo, cumpliéndose así lo decidido en España: Sigue recordando Elío:

> *Recibí de los ingleses la plaza de Montevideo (las ruinas y paredes sería mejor dicho) y conociendo la importancia de hacer todas las mejoras en aquel punto, tan desgraciado como inútil (¿?), aprovechándome del valor y entusiasmo de aquel heroico pueblo, que en fidelidad ha excedido a todos los de las Américas Españolas, y en sus sacrificios y resistencia no ha cedido a Zaragoza y a Gerona, en sólo el espacio de un año, como por magia, se hicieron obras…pero ¿para qué relatarlas?*

Según añade, los vecinos de Montevideo tenían una gran confianza en "su caudillo" y en que no se repetirían ataques como los sufridos. Sin embargo, tal confianza no era unánime pues que con "tan expuesta y tan complicada obra hube de disgustar a muchos partidos, oponerme a planes fuertes y chocar en personajes de travesura y poder". No se sabe lo que quiere decir, pero si ha quedado documentada su denuncia contra el virrey Liniers por una supuesta

connivencia con el emperador Napoleón. Contrasta esta conducta con su ardiente elogio al marino francés, escrito muchos años después.

La participación en la calumnia contra Liniers pudo deberse a un exceso de autoestima y a envidia de la popularidad del virrey en Buenos Aires. El resultado de las maquinaciones fue la separación espiritual de ambas ciudades, que ya nunca formarían parte de una misma unidad nacional. Liniers en Buenos Aires ansiaba una confraternidad de españoles y criollos. Elío en Montevideo solo se fiaba de los españoles y no de todos. Por culpa de aquella acusación, fueron cesados ambos de sus cargos en 1809, dejando un vacío de poder, vacío que se unía al que se palpaba en la Península y que favorecía la causa de los revolucionarios.

Cuenta Elío que cuando desembarcó en Cádiz a principios de 1810, le preguntaron cómo aparecía por allí y por qué no se había ido a Chile donde le esperaba el cargo de Capitán general. Aludiendo a esta perplejidad comenta en su Manifiesto: que "el pensador saque las consecuencias que yo callo, porque para explicarlas era preciso descubrir demasiado y no es tiempo de ello ni es el propósito de este escrito".

Poco tiempo estuvo en España. Durante dos meses vivió en Murcia a las órdenes del general Blake, y allí recibió la orden "reservadísima" de volver al Río de la Plata como virrey.

Así que a principios de 1811 ya había regresado a Montevideo, donde se reunió con su mujer, Lorenza de Leyzaur, y sus hijos, tres de los cuales habían nacido en América. El destino había hecho que Elío se viese ungido virrey del Rio de la Plata al mismo tiempo que Liniera era fusilado por los rebeldes. En Buenos Aires gobernaba la Junta que había destituido a Hidalgo de Cisneros como virrey, a quien habían secuestrado y obligado a embarcar con rumbo a las islas Canarias. El panorama que esperaba a Elío en el Rio de la Plata era desolador. Hablando de sí mismo al llegar a Montevideo, dice:

> *Solo la vista de su dulce familia y las expresiones de amor de aquel corto pero violento vecindario, pudieron mitigar la pena que debía sentir mi corazón al ver, no sólo el estado del virreinato, sino el de la plaza de Montevideo, la que, nueve meses hacía, había dejado en tan diferente situación.*

La noticia de que Elío regresaba como virrey fue mal recibida en Buenos Aires, al pertenecer Elío a la "Banda Oriental" y conocerse su

predilección por Montevideo. Con una cierta dosis de ingenuidad, Elío dirigió un escrito tras otro a los miembros de la Junta pidiendo reconociesen su autoridad, como representante de la Corona. Pero el caos dinástico proporcionaba suficiente ambigüedad a los insurgentes para presentarse como súbditos de Fernando VII y negar su dependencia a un Bonaparte. Las deserciones en el ejército de Elío se sucedían, señalándose los militares Artigas y Rondeau, los cuales pusieron cerco a Montevideo. En vano se dirigía el virrey con palabras melosas a los miembros de la Junta:

> *Yo les ofrecí del modo más solemne, no solo no hostilizarlos, ni solo dejarles tranquilos en su gobierno, sino sostenerlos y sostenernos mutuamente, y pues se decían españoles y yo lo era, esperásemos amigos de buena fe, y haciendo la dicha de los países que estaban a nuestro cuidado, la suerte de España.*

Aquello fue tomado como una señal de debilidad y dio mayores bríos a los destinatarios de las cartas. Refiriéndose a la revolución de Mayo, dice uno de sus protagonistas, el teniente coronel Cornelio Saavedra:

> *La destitución del virrey (Hidalgo de Cisneros) y creación consiguiente de un nuevo gobierno americano, fue a todas luces el golpe que derribó el dominio que los reyes de España habían ejercido cerca de 300 años en esta parte del mundo por el injusto derecho de conquista.*

Sobre la justicia histórica de aquellas jornadas, en las *Memorias* de Saavedra puede leerse:[90]

> *No pocos de los que el año 10, y sus inmediatos, eran o fríos espectadores o enemigos de aquellas empresas y proyectos de libertad e independencia, cuando vieron que el fiel de la balanza se inclinaba a favor de ellos, principiaron también a manifestarse patriotas y defensores de la causa y por estos medios han conseguido reportar (a sí mismos, se entiende) el fruto de nuestras fatigas, mientras algunos de mis compañeros de aquel tiempo y las familias de los que han muerto, sufren, como yo, no pocas indigencias en la edad menos a propósito, para soportarlas o repararlas con nuestro trabajo personal.*

La debilidad de Elío con la Junta bonaerense tuvo su

contrapartida una vez comprobada la inutilidad de las concesiones. El general declaró formalmente la guerra y se aprestó a atacar la ciudad por mar y a defenderse por tierra. Muchos españoles de la Colonia corrieron a refugiarse en Montevideo, lo que supuso un nuevo problema, por la necesidad de racionar los víveres y las dudas de Elío sobre la lealtad de algunos de ellos. Presa de una cierta paranoia, el virrey realizó expulsiones y destierros, sobre la base de meras sospechas.

La estrategia del virrey funcionó en lo que respecta a aislar a Buenos Aires por mar y proceder a bombardearla. Fueron los marinos Clemente y Rubio, ambos tenientes de fragata los que se impusieron a la flota insurgente (dirigida por el corsario francés Jean Baptiste Azopar) y pudieron controlar el estuario del Plata. No era consciente Elío de la ventaja que suponía el aislamiento real y psicológico de Buenos Aires. La resistencia dentro de Montevideo era todo cuanto le preocupaba. De Lima no llegaban recursos económicos ni logísticos. En esa situación adoptó una decisión peligrosa: solicitar la ayuda de los portugueses, con la disculpa de la fraternidad dinástica entre Fernando y la infanta Carlota. En aprovechar esta idea, imitaba a los propios insurgentes, que habían contemplado esa misma herramienta sin decidirse a usarla, por el miedo que siempre habían inspirado las ansias de expansión de los brasileños.

De pronto todo cambió: la amenaza de una intervención portuguesa se unió a las incomodidades del bloqueo del puerto y, sobre todo, a la derrota de los ejércitos de Belgrano en Waiki (o batalla *del Desaguadero*) por las armas del virrey del Perú, todo lo cual forzó a la Junta revolucionaria a tener que ceder ante Elío y aceptar un humillante tratado de paz sin condiciones. Así describe un prohombre de la independencia argentina, Juan Ignacio Gorritti[57] la situación:

> *Buenos Aires estaba en un estado de violencia que nunca había experimentado; nuestro ejército derrotado (por Abascal) abandonaba el Alto Perú; los españoles de Montevideo, encerrados en sus murallas por parte de tierra, eran dueños del Río, nos interceptaban las provisiones que venían a Buenos Aires de las islas del Paraná y banda Oriental, nos bombardeaban la capital y causaban diferentes alarmas. Los que no pertenecíamos al círculo de Saavedra veíamos la tempestad que se armaba sobre nuestras cabezas.*

No pudo el virrey Elío saborear la libertad y el dominio de la situación por mucho tiempo. Una orden de Madrid le obligaba a volver a España, sin explicaciones. No era Elío de los que se hacen esperar: al punto cedió el mando al gobernador Vigodet y con su familia se embarcó rumbo a la Península.

Aquí podría terminar la reseña de este virreinato, si no nos interesara saber por qué motivo el general Elio fue ejecutado en Valencia, doce años más tarde.

En Cádiz fueron bien recibidos y enseguida dieron al general el mando de la isla del León. En Agosto de ese año de 1812 le encomendaron el mando del segundo y tercer ejército, para sustituir a José O'Donnell después de la derrota de Castalla contra los franceses. Se trataba de recuperar Cataluña y el Levante peninsular, en poder del general Suchet. Elío participó en la campaña de los generales ingleses Murray y Whittingham, quienes consiguieron arrinconar a los invasores en Valencia y finalmente en Murviedro.

Elio y sus tropas entraron triunfalmente en la capital valenciana en Julio de 1813 y poco después lo hacían los generales ingleses. Desde entonces Francisco Elio fue dueño y señor de Valencia, con un solo momento de peligro. Fue al volver de dejar a Fernando VII en su trono madrileño, haciendo el viaje con su segundo ejército de Aranjuez a Requena, cuando un correo enviado secretamente desde Madrid se adelantó a la marcha de los militares y entregó al comandante de la plaza una orden del rey. Aquel papel le ordenaba que detuviera al general Elío y lo fusilase. Era tan raro aquello, que dicho comandante, que se llamaba Fernando Pascual, pasó el documento al teniente general, conde de Cevellón, el cual optó por pedir confirmación a la Corte. Al hacerse público el escrito, el Rey lo negó y se adornó con grandes expresiones de confianza en Elío. Los autores nunca fueron identificados, y por consiguiente todas las conjeturas quedaron en el aire. El resultado fue incrementar el espíritu ya bastante desconfiado y paranoide de Elio, cuyos venablos judiciales se centrarían desde entonces en quienes le parecieran más afines a la causa constitucional.

El gobierno de Elio duró ocho años, y se caracterizó por sus medidas represivas contra los atracadores y ladrones de la campiña valenciana, de una severidad nunca vista y que en general fue apreciada por los valencianos como conducente a la tranquilidad de las haciendas y la bonanza del comercio y la agricultura. También se

ocupó de continuar la reforma urbanística iniciada durante los años de la ocupación francesa, aprovechando el poder absoluto para despejar sin cortapisas el casco urbano y abrir nuevos espacios de recreo y luminosidad. Pero la naturaleza inmisericorde del general Elio afeaba su gobierno y llegó a extremos con ocasión de haberse descubierto una tentativa de terminar con su vida, a manos de una conjura liberal.

Era el inspirador de esta trama un tal Joaquín Vidal, que se reunía con otros caballeros liberales en un local de juegos de billar, de nombre "El Porche". No pasarían de quince y entre ellos había jóvenes distinguidos de la sociedad valenciana, como Félix Beltrán del Lis o el capitán Luis Aviñó. Decidieron dar el golpe eligiendo el día uno de Enero de 1819 y comprando entradas para la ópera junto al palco del general Elío, que era el más cercano al escenario, por la derecha. Allí esperaban hacerlo prisionero y lanzar *vivas* a la Constitución, confiados en el apoyo de los espectadores. Pero aquella noche el general no acudió al teatro de La Valda, por preferir guardar luto por la muerte reciente de la reina Isabel, cuatro días antes.

No solo se frustró la proclama, sino que además un cabo del regimiento de la Reina delató a los conspiradores. La noche siguiente Elío, acompañado de ocho soldados, se presentó en "El Porche" espada en mano y atacó a Vidal hiriéndolo en el pecho. Salieron huyendo algunos (saltando al jardín de los Medinaceli) otro se suicidó allí mismo y los más se entregaron a los soldados.

Entre la ciudadela y el convento del Remedio había una plaza que después de llamó Plaza de la Libertad, donde Elio mandó ahorcar a trece de los conjurados de la ópera. De nada sirvieron las peticiones de clemencia que se hicieron. Ese día 20 de Enero, el general Elío se convirtió a su vez en reo de muerte para la justicia de los liberales, cuya venganza no se hizo esperar.

Con el triunfo de la causa en 1821, Elío fue cesado de su cargo primero y encarcelado después por "abuso de autoridad". La excusa para ejecutarlo se presentó al conocerse un motín de artilleros valencianos en Mayo de 1822. Se dijo que su inspirador era el general Elío, desde su prisión. La casa del general fue investigada y se encontraron objetos incriminatorios, algunos tan inverosímiles como un *Modo de formar una revolución en un reino*, según podía leerse en la prensa diaria. Elío fue condenado a ser degradado y pena de garrote en el mismo lugar donde sufrieron suerte parecida los trece liberales.

Cuando el trienio tocó a su fin, el rey Fernando recordó la deshonra y fin del general Elío y estimó oportuno reivindicar su memoria y otorgar a su viuda el pago de sueldo del marido, de por vida. Recordaría ella las páginas del citado *Manifiesto que escribió en un calabozo el general don Francisco Javier Elío con objeto de vindicar su honor y persona* [26]. Y se detendría en las líneas que dedica al final de su virreinato en el Río de la Plata, recién firmada la capitulación de la Junta Gobernadora de Buenos Aires.

> *Al cabo de una, dos y más amenazas, después que vieron el efecto, logré el resultado más feliz y el fruto más lisonjero de cuantos trabajos y fatigas empleé en mi vida: esto fue el Tratado de Paz que, llevado a cabo hubiese hecho la felicidad de aquel suelo y no poco bien a la Península. Cumplióse por ambas partes lo estipulado, se retiraron las fuerzas que bloqueaban Montevideo, se canjearon los prisioneros, volviendo al seno de sus familias, y empezó a lucir, con el tráfico y la paz, la antorcha preciosa de la felicidad humana. Jamás tuve días más felices…*

Gaspar Vigodet[27]

Río de La Plata 1811-1814

Aunque en muchas reseñas este virrey aparece como nacido en Barcelona (Sarriá), lo más probable es que fuera francés, de los que huyeron cuando la Revolución.[45] Lo que es seguro es que participó en la campaña del general Ricardos a favor de los Borbones y que estuvo en el sitio de Gibraltar.

Los anales militares registran su ascenso al grado de teniente coronel en 1806. Consta su asistencia a las desastrosas batallas que ocurrieron en La Mancha donde los militares españoles intentaron frenar, malamente, el avance de las tropas de Napoleón. A comienzos de 1810 obtuvo el reconocimiento como mariscal de campo y su actividad se centró en la organización y mando de acciones puntuales y aisladas contra el invasor.

Con José Bonaparte en el trono español, Gaspar Vigodet fue nombrado gobernador de Montevideo, quedando su antecesor, don Javier de Elío, en aquella ciudad como virrey del Rio de la Plata. Buenos Aires se encontraba entonces bajo el control de la Junta revolucionaria desde el 25 de Mayo. El puerto de la capital estaba bloqueado por la escuadra española, que impedía la entrada de productos y de personas provenientes de Europa.

Esta situación incomodaba a los barcos ingleses que se encontraban en el estuario del Plata. Los insurgentes de Buenos Aires habían tratado de influir en el comandante de la flota británica para que protestase ante Vigodet. Sin embargo, el comodoro creyó mejor no pronunciarse, teniendo en cuenta lo complicado de la política europea de entonces y las noticias de que España resistía a Napoleón en el Sur de la Península.

Por aquellas fechas, los patriotas argentinos fusilaron a Santiago Liniers, tratando de anular el recuerdo favorable que el pueblo de Buenos Aires guardaba de aquel virrey. La firme actitud de Abascal en la frontera Norte de Argentina había hecho mella en el espíritu de los protagonistas de la revolución de Mayo, apareciendo fisuras y deslealtades, amplificadas por la pasividad británica.

En España, la Regencia se hacía cargo de la política ultramarina tratando de lograr adhesiones al rey cautivo, que los constitucionalistas creían compatible con un aumento del autogobierno en las colonias de América. El general Elío no gozaba de simpatías. Era acusado, con razón, de antiliberal, por lo que fue reclamado desde Cádiz. Para sustituirle en calidad de virrey, se nombró a Vigodet. La entrega de poderes tuvo lugar en Montevideo el 18 de Noviembre de 1811.

Durante los dos años y medio que se prolongó la presencia española en el Rio de la Plata, Vigodet tuvo como principales antagonistas a tres personajes muy diferentes. Fueron éstos: el irlandés William Brown, el uruguayo José Artigas y el argentino José Rondeau. Dado que son héroes nacionales en sus Repúblicas de origen, merecen un breve comentario biográfico.

José Artigas era descendiente de abuelos aragoneses y canarios. Sus padres tenían tierras en la frontera con Brasil. José Gervasio era el tercero de seis hermanos. Hizo el bachillerato en un colegio de franciscanos y poco después se fugó de casa. Pasó gran parte de su adolescencia mezclado con indios de la nación *chorrúa*, llegando a formar una pequeña familia. Se ganaba la vida comerciando con ganado, no siempre dentro de la ley.

Pasada esa primera etapa de su vida, que podríamos llamar “germinal”, vienen unos años “románticos” en los que su rebeldía natural le acerca a una mujer casada, con la que crea una segunda familia natural, y se aleja definitivamente de la sociedad *comme il fault*.

La fase siguiente de la vida de Artigas, que podríamos llamar "militar", empieza ya tarde, a los 33 años, en tiempos del virrey Olaguer Feliú. Este virrey, con el fin de defender mejor la frontera con Portugal, dictó una disposición por la cual todos los que tuvieran algún problema con la ley (siempre que no hubiera sangre por medio) quedaban exonerados si se alistaban aportando seis monturas de caballería. Los caballos se precisaban para un Regimiento, creado por el virrey Melo de Portugal, cuya misión era patrullar precisamente la zona que mejor conocía Artigas. Aquella unidad de reinsertados recibía el apelativo castrense de "Blandengues", no por *blandos* sino por cómo *blandían* sus armas.

Artigas hizo sus primeros servicios de militar blandengue en tiempos del virrey Avilés, protegiendo la expedición del científico Félix de Azara, en la fundación de la colonia de *Batavi*, episodio narrado al hablar de dicho virrey. Posiblemente, la primera vez que Vigodet oyó hablar de Artigas fuera cuando, siendo gobernador de Montevideo Elío y estando él al mando de la colonia de Sacramento, se enteró de que Artigas (y otro oficial Rafael Ortiguera) habían desertado y aparecido en Buenos Aires, ofreciéndose a la Junta.

La Junta nombró a Artigas teniente coronel y le proporcionó tropa con la condición de volver a la banda oriental de La Plata y propagar la revolución. El año 1811 fue crucial en la vida de Artigas. Logró reunir un ejército suficiente como para preocupar a Elío, que ordenó al brigadier Posadas dar una batida para descomponer el peligro.

El encuentro en Piedras Blancas terminó con la rendición de Posadas, gracias un hermano de Artigas, llamado Manuel, que cortó la retirada a las tropas del virrey cuando éstas perseguían confiadamente a las insurgentes que ya huían. Miguel murió a consecuencia de una herida y el mérito de la acción recayó indirectamente en José. Su ejército obtuvo un rico botín en armas y pertrechos. Vigodet tuvo que abandonar Sacramento.

A continuación, Artigas puso cerco a Montevideo. En Buenos Aires el prestigio del caudillo uruguayo, por no ser argentino, empezó a preocupar. Decidieron enviar a José Rondeau para ayudarle y, de paso, controlar mejor su conducta y movimientos.

José Rondeau había entrado a formar parte del *Regimiento de Blandengues* en 1793, de manera que cuando Artigas se incorporó como soldado, él ya era capitán. Después, Rondeau se pasó a la causa independentista. Siguiendo las instrucciones de la Junta, el 1 de Junio

de 1811 Artigas y Rondeau unieron sus fuerzas para asaltar Montevideo.

En esas circunstancias, el virrey Elío pidió apoyo a los portugueses, bloqueó Buenos Aires y amenazó a la Junta con una invasión concertada de más de 8.000 hombres. Los argentinos claudicaron y firmaron un armisticio deshonroso. Artigas y Rondeau se retiraron de Uruguay. Artigas inició entonces un éxodo masivo de colonos de la banda oriental que huían de la represión hacia tierras de misiones argentinas y paraguayas. Es entonces cuando se forja en el antiguo contrabandista de ganado la figura del conductor de pueblos. La rivalidad con Rondeau quedó reflejada en su negativa a compartir un régimen que le haría dependiente de Buenos Aires.

Cuando Vigodet reemplazó a Elío como virrey, lo primero que hizo fue exigir a la Junta de Buenos Aires que impidiese a Artigas la actividad bélica que venía haciendo sin respetar el armisticio. Los argentinos no hicieron caso de su petición y en consecuencia el armisticio quedó sin efecto en Enero de 1812.

En 1812, Artigas y sus tropas vuelven a sitiar Montevideo y se encuentran de nuevo emparejadas con las de Rondeau. Según instrucciones de la Junta, ambos ejércitos debían estar coordinados por Manuel Sarratea, pero Artigas no quiso aceptar esa disciplina. Aprovechando la discordia, una parte importante de las tropas de Artigas se pasaron a las de Rondeau. Aquellas rencillas ayudaron a Gaspar Vigodet, quien obtuvo refuerzos importantes de España para mantener a Montevideo frente al asedio que venía sufriendo por tierra.

Ese año hubo cambios de protagonistas en la Junta y Sarratea fue requerido en Buenos Aires, liberando a Artigas momentáneamente de un rival difícil.

En 1813 tuvo lugar en Buenos Aires una reunión donde se trataría de definir la forma de gobierno de las provincias del Rio de la Plata, a espaldas del poder del virrey, aunque se solicitaría la aprobación de Madrid. Artigas mandó representantes de la Banda oriental con instrucciones de que lograsen un texto federal que equiparase Montevideo de Buenos Aires. Pero Rondeau logró que no se tuviesen en cuenta las opiniones de los delegados de Artigas. Irritado en extremo por la humillación infligida a sus emisarios, Artigas ordenó a sus tropas levantar el asedio de Montevideo, dejando vulnerables a las de Rondeau.

Este golpe de fortuna para los sitiados no fue bien aprovechado por Gaspar Vigodet, tal vez porque no quería que se repitiera el

desastre de la rendición de Posada en Piedras Blancas.

No fueron ni Rondeau ni Artigas quienes lograron rendir Montevideo. Fue un irlandés cuyo nombre, evoca en nosotros lecturas de la infancia. En efecto, algo de la capacidad de sorpresa del travieso Guillermo y sus proscritos amigos cabría encontrar en el comodoro William Brown, tercer y definitivo personaje en el drama del gobierno de Vigodet.

Quien fuera este marino, de donde venía y porqué estaba en Buenos Aires, es materia que carece de testimonios fiables, por lo que hay cinco versiones distintas de su infancia, padres, viajes…etc. La más reciente proviene de Michael Geraghty, publicada en Buenos Aires en 2004.[27] Según la sorprendente tesis de Geraghty, Brown era el apellido de la madre y el padre pudo ser un pastor protestante llamado Michael Gannon, que fue quien entregó al rigor de la justicia a la desdichada Camila O'Gormann, a su amante eclesiástico y al hijo de ambos.

Afirma también el ingeniero historiador que Brown empezó su carrera no como comerciante, sino como marino dedicado al corso en aguas del Atlántico. Esta biografía tiene similitudes con la de Thomas Cochrane, pero se diferencia en que Cochrane era un agente del Almirantazgo mientras que Brown actuaba por su cuenta, vendiendo armas tanto a los españoles como a los independentistas.

También cree Geraghty que la labor de Brown como creador de la primera armada argentina obedecía a un plan diseñado a muchas millas de distancia por los industriales británicos. Como síntoma de ello, menciona una frase de Brown diciendo a propósito de quien debía ocupar el lugar de honor del barco en una visita que le hizo Rosas: "en tierra mandará el general Rosas, pero en el mar no cedo el puesto de mando a nadie".

La improvisada armada argentina era mercenaria, compuesta de barcos comprados en distintos lugares del planeta y mandados por marinos europeos. Brown escogió una fragata construida en Rusia como buque insignia y la rebautizó como *Hércules*. El Directorio que sustituyó a La Junta de Buenos Aires pagó por el *Hércules* 25.000 pesos. Para atacar Montevideo, además de la almiranta, William Brown contaba con siete barcos: *Juliet*, *Nancy*, *Céfiro, Fortuna*, *Carmen* y, *San Luis*.

El primer intento ocurrió el 10 de Marzo de 1814, teniendo como objetivo el islote de Martín García, que está cercano al puerto. Las

fuerzas de tierra consiguieron detener a los asaltantes. Una mala práctica del comandante del *Hércules* hizo que la fragata de Brown quedase varada a tiro de las baterías de tierra, que la cañonearon durante horas. El marino español Romarate se impuso en esta ocasión. En el recuento de bajas casi todos los nombres son ingleses y hay algunos franceses.

Horas más tarde, cuando subió la marea, los tripulantes del *Hércules* notaron que aún flotaba y pudieron sacarla de allí con un trinquete de fortuna y regresar a Buenos Aires. Habían muerto el comandante de la escuadra, Elías Smith, y el jefe francés de las tropas de tierra, Martin de Jaume.

La pericia de William Brown le inspiró repetir al ataque cinco días después, tomando desprevenido a Jacinto Romarate en la isla de Martín García, donde la escuadra española fue sorprendida y quedó dividida: una parte subió aguas adentro por la costa occidental, sin que se sepa por qué, y la otra permaneció en el puerto de Montevideo.

Viendo notablemente mermadas las fuerzas que mantenían las comunicaciones de la ciudad por mar, Brown dispuso un ataque sobre el puerto, que se inició el 17 de Abril y terminó el 23 de Junio, día en que Vigodet consideró que no podía resistir más. El virrey aceptó una rendición que respetaba la soberanía española y accedía a que la bandera siguiera ondeando en Montevideo. Mas aquel documento fue un papel literalmente mojado.

Es de notar que, al abrirse las puertas de la ciudad, quienes entraron no fueron las tropas de Artigas, ni las de Rondeau, sino un coronel llamado Carlos Alvear. El Directorio de Buenos Aires, patrocinador de la operación, prefirió enviar a un oficial nuevo en aquella guerra, restando así protagonismo a los militares que habían protagonizado el asedio. Lo firmado con Vigodet era que Alvear tomase la ciudad en nombre de Fernando VII hasta que Madrid ratificase las condiciones del armisticio.

Una vez dentro de Montevideo, Alvear hizo prisioneros a Vigodet y a todos los oficiales. En el fuerte se arrió la bandera española y todos los soldados pasaron a formar parte del ejército de las Provincias Unidas. De esa manera Carlos Alvear, el argentino, eclipsaba a Artigas, el uruguayo, al menos momentáneamente.

Vigodet fue conducido a la cámara de popa del *Hércules*, donde le esperaba un Guillermo Brown bastante circunspecto. Permaneció embarcado como prisionero durante dos semanas, hasta que fue puesto

en libertad con la condición de que retornase a España.

Así terminó el drama de la caída de Montevideo. Cada uno de los personajes principales tenía un objetivo distinto que cumplir. Artigas perseguía expulsar el poder español sin caer en el de la Junta de Buenos Aires. Solo se cumplió a medias. Rondeau trataba de derrocar al virrey gobernador y ser el artífice de la incorporación de Montevideo a las Provincias Unidas bajo el control del Directorio. Casi pudo decir que lo consiguió, pero el título de libertador de Montevideo le fue escamoteado en el último momento.

Guillermo Brown pretendía dar un impulso a la causa de la libertad de comercio, tan necesaria para la industria británica, y enriquecerse en el proceso. Cumplió ambos objetivos.

Gaspar Vigodet hubiera querido no pasar a la historia como el último gobernador de la Corona española en el virreinato del Rio de la Plata. Pero no pudo evitarlo.

La figura histórica de Javier Artigas domina el pasaje urbano de Montevideo con plazas y monumentos. Para los uruguayos, ni Brown, ni Rondeau, ni Alvear son sus héroes. No se ven allí calles ni avenidas con sus nombres. Si acaso, un centro de estudios recuerda la persona del irlandés errante.

Vigodet, que compartió los sacrificios de una ciudad asediada dos veces, sí cuenta con una calle que se lleva el nombre de “Gobernador Vigodet”.

Más significativo es que en Madrid exista un monumento a Artigas. Ello se debe a que la herencia española no desapareció definitivamente el 24 de Junio de 1814. El sillón de los gobernadores españoles había quedado vacío y para ocuparlo se prepararon inmediatamente los portugueses y otros gobiernos europeos, como el de Francia.

La estatua de Artigas en Madrid puede interpretarse como un reconocimiento a los esfuerzos de la nación uruguaya por no tener que cambiar de idioma.

Bibliografía

∞

Bibliografía

1. Biografías

1. **Pedrosa, Antonio de la;**
   Nueva Granada (1717-1719)
   - ✓ *N*o nos *consta ninguna edición de biografía monográfica*
2. **Villalonga, Jorge de;** conde de La Cueva
   Nueva Granada (1719-1724)
   - ✓ *Algo más sobre el virrey de Nueva Granada don Jorge de Villalonga, conde de la Cueva,* por Juan Llabrés Bernal (Palma de Mallorca, 1973)
   - ✓ *Jorge De Villalonga's Entourage: Political Networking and Administrative Reform in Santa Fe (1717–1723)* por Ainara Vázquez Varela en *Early Bourbons Spanish América* (Leiden, 2013)
3. **Eslava, Sebastián de;**
   Nueva Granada (1739-1749)
   - ✓ *Sebastián de Eslava, virrey de Nueva Granada,* por Eulogio Zudaire Huarte (Navarra, 1977)
   - ✓ *Diario de todo lo ocurrido en la expugnación de los fuertes de Bocachica y sitio de la ciudad de Cartagena de las Indias...*por Sebastián de Eslava (Cartagena de I, 1741)
   - ✓ *Diario del sitio de Cartagena de Indias,* por Blas de Lezo (AHN, Madrid)
4. **Pizarro, José Alfonso;** marqués del Villar
   Nueva Granada (1749-1753)
   - ✓ *N*o *nos consta ninguna edición de biografía monográfica*
5. **Solís, José;**
   Nueva Granada (1753-1761)
   - ✓ *El virrey Solís: quién fue el virrey frayle,* por Arturo Calle (Bogotá, 1953)
   - ✓ *El secreto del virrey fraile*, por Alberto Miramón (Bogotá, 1944)
   - ✓ *Amores de Solís* por Raimundo Rivas (Bogotá, 1925)
   - ✓ *La autodefensa del Virrey Fraile (Memorial del ex-virrey José Solís) p*or Luis Carlos Mantilla (Bogotá, 1990)

6. **Mesía de la Cerda, Pedro;** marqués de la Vega de Armijo
   Nueva Granada (1761-1773)
   - ✓ *Estado del Virreinato de Santa Fé, Nuevo Reino de Granada y relación de su gobierno y mando de don Pedro Mesía de la Cerda, marqués de la Vega de Armijo, Virrey,* por Francisco Moreno Escandón (BNE, 1772)
7. **Guirior, Manuel;** marqués de Guirior
   Nueva Granada (1773-1776)
   - ✓ *Manuel de Guirior, virrey de Santa Fe y de Lima,* por Eulogio Zudaire Huarte (Pamplona, 1972)
8. **Cevallos (ó Ceballos), Pedro de;**
   Río de la Plata (1777-1778)
   - ✓ *La última llamarada, Cevallos, primer virrey del Río de la Plata,* por Ricardo Lesse (Buenos Aires, 2005)
   - ✓ *El virrey Cevallos*, por Hialmar Edmundo Gammalsson (Buenos Aires, 1976)
   - ✓ *Diario de la acaecido en la expedición española destinada al reino de Buenos Aires mandada por don Pedro de Cevallos en el año 1778* (BNE, 1776)
   - ✓ *Don Pedro de Cevallos, gobernador de Buenos Aires y virrey del Rio de la Plata,* por Enrique M. Barba (La Plata, 1937)
   - ✓ *La expedición de Don Pedro de Cevallos a Buenos Aires y la fundación del virreinato del Rio de la Plata,* por Filemón Arribas Arranz (Valladolid, 1930)
9. **Flórez, Manuel;**
   Nueva Granada (1776-1782)
   - ✓ *Manuel Antonio Flórez, en Los Virreyes de Nueva España en el reinado de Carlos IV,* por María Luisa Rodríguez Baena (Sevilla. 1972)
10. **Vértiz, Juan José;**
    Río de la Plata (1778- 1784)
    - ✓ *Juan José Vértiz y Salcedo, Gobernador y Virrey de Buenos Aires,* por José Torre Revello (Buenos Aires, 1932)
    - ✓ *Memoria dirigida al Sr, Marqués de Loreto* por Francisco de Viedma (Buenos Aires,1836)
11. **Torrezar, Juan de**;
    Nueva Granada, 1/4/1782-11/6/1782
    - ✓ *Un virrey apopléjico: Diario de la subida por el río Magdalena del Excmo. virrey don Juan Díaz Pimienta y lo ocurrido hasta su fallecimiento* por Anónimo
12. **Caballero y Góngora, Antonio;**
    Nueva Granada (1782-1789)
    - ✓ *Antonio Caballero y Góngora, Virrey y Arzobispo de Santa Fe,* por José Manuel Pérez Ayala (Bogotá, 1951)
    - ✓ *Relación de mando de don Antonio Caballero y Góngora*
    - ✓ *Vida y obra de don Antonio Caballero y Góngora* por Tomás Gómez y Gómez (s.n.,1989)

- ✓ *El obispo Caballero, un prieguense en América p*or Manuel Peláez del Rosal (s.n.1989)

13. **Loreto, marqués de;** Cristóbal del Campo
Río de la Plata (1784-1789)
- ✓ *Diario de gastos del virrey del Rio de la Plata marqués de Loreto,* por Andrés de Torres (Bilbao, 1977)
- ✓ *Nicolás del Campo, Marqués de Loreto, Memorias* (Buenos Aires, 1945)

14. **Arredondo, Nicolás;**
Río de la Plata, (1789-1795)
- ✓ *Memorias de los Virreyes del Río de la Plata* por Sigfrido Radaelli (Buenos Aires, 1955)

15. **Ezpeleta, José Manuel;**
Nueva Granada (1789-1797)
- ✓ *Ezpeleta y Galdeano, virrey a tres bandas,* por Eulogio Zudaire Huarte (Pamplona,1978)
- ✓ *José de Ezpeleta, Gobernador de la Mobila 1780-1781*, por Borja Medina Rojas (Sevilla, 1980)
- ✓ *Cuba en la época de Ezpeleta* por Juan Bosco Amores (Navarra, 2000)
- ✓ *Relación de su gobierno en Memorias de la Sociedad Patriótica de la Habana* Vol,5 (Habana, 1838)
- ✓ *José de Ezpeleta,* por Eric Beerman (Madrid, 1977)

16. **Melo de Portugal, Pedro;**
Río de la Plata (1795-1797)
- ✓ *Memoria de Don Félix de Azara sobre la necesidad de defender la frontera del Sur contra los portugueses de Brasil (Buenos Aires, 1801)*

17. **Mendinueta, Pedro de;**
Nueva Granada (1797-1803)
- ✓ *Memoria sobre el Nuevo reino de Granada, 1803*, por Pedro Mendinueta y Múzquiz, (Lewiston USA, 2003)

18. **Olaguer Feliú, Antonio;**
Río de la Plata (1797-1799)
- ✓ *Anita de Azcuénaga la primera virreina criolla* por Walter D'Aloia (Buenos Aires 2003)

19. **Avilés, Gabriel de;**
Río de la Plata (1799-1801)
- ✓ *El virrei Avilás i la segona conquesta d'America,* por Vicenc Pascual i Rodríguez (Barcelona, 2014)
- ✓ *El virreinato del Río de la Plata en la época del marqués de Avilés,* por José M. Mariluz Urquijo (Buenos Aires, 1987)
- ✓ *Memoria de gobierno de Don Gabriel de Avilés y del Fierro* (Buenos Aires, 1801)

20. **Pino, Joaquín del;**
Río de la Plata (1780-1784)
- ✓ *El virrey del Pino, Baena y América*, por Manuel Horcas Gálvez (Baena, 2003)
- ✓ *Cartas familiares de don Joaquín del Pino y Rozas*, por José María Martínez Vivot (Madrid, 2001)

21. **Amar, Antonio;**
Nueva Granada (1803-1810)
- ✓ *Don Antonio Amar y Borbón, último virrey del Nuevo Reino de Granada,* por Carmen Pumar Martínez (Zaragoza, 1991)
- ✓ *El virrey Don Antonio Amar y Borbón: la crisis del régimen colonial en Nueva Granada*, por Mario Herrán Baquero (Bogotá, 1988)
- ✓ *El virrey Amar y su esposa* por José Manuel Restrepo (Bogotá, Boletín de Historia, vol. 9; 1974)
- ✓ *El virrey Don Antonio Amar y Borbón y la crisis del régimen colonial en el Nuevo Reino de Granada* por Mario Herrán Baquero (Sevilla, 1985)

22. **Sobremonte, Rafael de;**
Río de la Plata (1804-1807)
- ✓ *El virrey que huyó con el tesoro,* por Susana Dilon (s,n,,2000)
- ✓ *El marqués de Sobremonte. Gobernador intendente de Córdoba y virrey del Río de la Plata,* por José Torre Revello (Buenos Aires, 1946)
- ✓ *Sobremonte, el padre de la Patria*, por Ignacio Apolo, (comedia, Buenos Aires, 2001)

23. **Liniers, Santiago de;**
Río de la Plata, (1807)
- ✓ *Santiago de Liniers,* por Horacio Vázquez Rial (2012)
- ✓ S*antiago de Liniers: virrey del Rio de la Plata a través de su correspondencia familiar,* por Louis de Roure (Cádiz, 2010)
- ✓ *Madame Perrichon; amante del virrey Liniers,* por Horacio Salduna (Viedma, 199?)
- ✓ *Santiago de Liniers, conde de Buenos Aires,* por Paul Grousac (Buenos Aires, 1907)
- ✓ *Santiago de Liniers,* por Gisela Aguirre (Buenos Aires, 2000)
- ✓ *Santiago de Liniers, primera víctima de la violencia política en Argentina,* por Mario Corcuera Ibáñez (Buenos Aires, 2006)
- ✓ *Liniers, una vida frente a la gloria y a la adversidad* por Exequiel Ortega (Buenos Aires, 1944)
- ✓ *El conde que le ganó al inglés* por Agustín Pieroni (Buenos Aires, 2015)

24. **Hidalgo de Cisneros, Baltasar;**
Río de la Plata (1809-1810)
- ✓ *Baltasar Hidalgo de Cisneros, virrey (un cartagenero en el Río de la Plata),* por Francisco Henares (Cartagena, 1996)

25. **Pérez, Benito;**
Nueva Granada (1810-1813)
- ✓ *N*o nos *consta ninguna edición de biografía monográfica*

26. **Elío, Francisco Javier;**
Río de la Plata (1810-1811)
- ✓ *El general Elío,* por José Rico de Estassen (Valladolid, 1940)
- ✓ *El general Elío y su tiempo,* por Luis María Minguet Albors
- ✓ *Prisión, enjuiciamiento y muerte del general Elío,* por Juan García González. (Valencia 1983)
- ✓ *Manifiesto que escribió en su prisión de Valencia encerrado en oscuro calabozo* (Valencia, 1823)

27. **Vigodet, Gaspar de;**
Río de la Plata (1811-1814)
- ✓ *Papeles sobre el bloqueo de Montevideo por los insurrectos en 1814,* por Gaspar de Vigodet (manuscrito BNE, 1814)
- ✓ *Was admiral Wiiliam Brown someone else?* por Michael Geraghty (conferencia en al B.E.A. de Buenos Aires, 2004)

28. **Montalvo, Francisco;**
Nueva Granada (1813-1818)
- ✓ *Los últimos virreyes de Nueva Granada, Relación de mando del virrey Francisco de Montalvo y Noticia* por Francisco Montalvo y Ambulodi (Madrid, 19--)

29. **Sámano, Juan;**
Nueva Granada (1818-1819)
- ✓ *Los últimos virreyes de Nueva Granada, noticias del Virrey Sámano sobre la pérdida del Reino,* por Francisco Montalvo y Ambulodi (Madrid, 19--)

30. **Cruz Mourgeon, Juan;**
Nueva Granada (1821)
- ✓ *Cinco capitanes generales andaluces,* por Enrique de la Vega Viguera (Sevilla)

2. Obras de historia virreinal citadas

31. **Alcalá Galiano, Antonio ;**
   - ✓ *Recuerdos de un anciano* (Madrid, 1878)

32. **Aristizábal García, Diana ;**
   - ✓ *Poder y distinción colonial, las fiestas del Virrey presente y el Rey ausente, Nueva Granada 1770 a 1800,* (Bogotá, 2011)

33. **Arciniegas, Germán ;**
   - ✓ *Los Comuneros* (Santiago de Chile, 1970)

34. **Azara, Félix de ;**
   - ✓ *Descripción e historia del Paraguay y del Río de la Plata,* (Madrid, 1847)
   - ✓ *Viajes por la América Meridional* (Paris, s,f)

34. **Badrán, Pedro ;**
   - ✓ *La pasión de Policarpa* (s,n, 2012)

35. **Bougainville, Louis Antoine ;**
   - ✓ *Voyage autour du monde* (Paris, 2001)

36. **Bermudez de Castro, Tomás ;**
   - ✓ *Bobes o el león de los Llanos* (Madrid, 1934)

37. **Bulnes, Gonzalo ;**
   - ✓ *Últimas campañas de la Independencia de Perú 1822-1826 (Santiago, 1897)*

38. **Busto Duthurburu, José Antonio ;**
   - ✓ *Historia Cronológica de Perú,* (Lima, 2006)
   Historia General del Perú, 9 volúmenes; (Lima, 1993)

39. **Caballero, José María ;**
   - ✓ *Particularidades de Santafé; un Diario* (Bogotá, 1946)

40. **Carlyle, Thomas ;**
   - ✓ *History of Friedrich III (the War of Jenkins's Ear* (Londres, 1858)

41. **Céspedes del Castillo, Guillermo,**
   - ✓ *América Hispánica: 1492-1898* (Barcelona. 1983)

42. **Colamar, Juan ;**
   - ✓ *Cronicón Mayoricense* (Palma de Mallorca, 1881)

43. **Contreras, Joseph ;**
   - ✓ *Tomo primero de las Ordenanzas del Perú,* (Lima 1685)

44. **Demaría, Gonzalo & Molina, Diego ;**

Bibliografía

- ✓ *Historia genealógica de los virreyes del Rio de la Plata* (Buenos Aires, 2001)

45. **Diccionario Biográfico Español ;**
   - ✓ *De la Real Academia de la Historia;* 50 volúmenes (Madrid, 2009-2013)
46. **Diccionario de Historia de España;**
   - ✓ *Por Germán Bleiberg,* 3 volúmenes (Madrid, 1968)
47. **Durán y Díaz, Joaquín;**
   - ✓ *Estado general de todo el virreinato de Santafé en el año 1794* (Bogotá, 2012)
47. **Earle, Rebecca E ;**
   - ✓ *España y la Independencia de Colombia (1810-1825)* (Bogotá, 2014)
48. **Funes, Gregorio y Ambrosio;**
   - ✓ *Ensayo de la Historia Civil de Paraguay, Buenos Aires y Tucumán* (Buenos Aires, 1856))
49. **Favelukes, Graciela ;**
   - ✓ *Orden y Policía de la ciudad; reformas borbónicas y gobierno urbano* (Buenos
   - ✓ Aires, 2007)
50. **García de la Guardia, Antonio;**
   - ✓ *Kalendario Manual y Guía de forasteros en Santafé de Bogotá para el año 1806, compuesto de orden superior del gobierno* (Bogotá, 1988)
51. **Garzón, Ignacio ;**
   Crónica de Córdoba (Córdoba,1898)
52. **García y García, José Antonio;**
   - ✓ *Relaciones de los virreyes del Nuevo Reino de Granada, ahora Estados Unidos de Venezuela, Estados Unidos de Colombia y Ecuador.* (Nueva York ,1869)
53. **Gay, Claudio ;**
   - ✓ *Historia de la independencia chilena,* (Santiago, 1856)
54. **Gillespie, Alexander;**
   Gleanings and Remarks collected during months of residence at Buenos Ayres (Leeds, 1819)
55. **Godoy, Manuel ;**
   - ✓ *Memorias de Don Manuel Godoy (*Paris, 1839)
56. **González Suárez, Federico ;**
   - ✓ *Historia General de la República del Ecuador* (Quito, 1894)
57. **Gorritti, Juan Ignacio;**
   - ✓ *Reflexiones sobre las causas morales de las convulsiones interiores de los Nuevos Estados Americanos* (Valparaíso, 1836)
58. **Gredilla, Federico Apolinar;**
   - ✓ *Biografía de José Celestino Mutis* (Madrid, 1911)
59. **Groot, Jose Manuel ;**
   - ✓ *Historia Eclesiástica y Civil de nueva Granada,* 5 volúmenes (Bogotá, 1889)
60. **Gumilla, José;** (1666-1705)
   - ✓ *El Orinoco ilustrado y defendido* (ANH, 1963)

61. **Hernández, José;**
- ✓ *El Gaucho Martín Fierro* (Buenos Aires, 1872)

62. **Ibáñez, Pedro María;**
- ✓ *Crónicas de Bogotá* 4 volúmenes. (Bogotá, 1913)

63. **Humboltd, Alexander von;**
- ✓ *Viaje a las regiones equinocciales del Nuevo Continente hecho en 1799 hasta 1804* (París, 1826)

64. **Instituto Histórico de la Marina;**
- ✓ *Colección de diarios y relaciones para la historia de los viajes y descubrimientos.* 6 volúmenes a cura de Luis Cebreiro Blanco (Madrid, 1943-1945)

65. **Jomini, Antoine;**
- ✓ *Atlas pour l'histoire critique et militaire des guerres de Revolution* (París, 1820)

66. **Jorge Juan y Antonio de Ulloa;**
- ✓ *Noticias secretas de América,* (Londres, 1826)

67. **Las Casas, Bartolomé ;**
- ✓ *Breve resumen del descubrimiento y destrucción de Indias.* (Madrid, 1981)

68. **Levene, Ricardo ;**
- ✓ *Investigaciones acerca de la historia económica del virreinato del Plata* 2 volúmenes (s.n. 1952)

69. **López de Caravantes, Francisco ;**
- ✓ *Noticia general de las provincias del Pirú, Tierra Firme y Chile,* 6 volúmenes (Madrid 1985-89)

70. **Marley F. David ;**
- ✓ *Armed conflict in the New World, A Chronology from 1942 to the Present,* (Santa Bárbara, California, 1998)

71. **Marroquín, Jose Manuel ;**
- ✓ *Una historia que debería escribirse, en Obras Escogidas* (Bogotá, 1875)

72. **Melo, Jorge Orlando ;**
- ✓ *Gran Enciclopedia de Colombia* (Bogotá 1991)

73. **Mendiburu, Manuel ;**
- ✓ *Diccionario Histórico, Biográfico del Perú* 11 volúmenes, (Lima, 1931-1934)

74. **Miller, John ;**
- ✓ *Memorias del General Miller,* (Madrid, 2009)

75. **Mitre, Bartolomé ;**
- ✓ *Historia de Belgrano* (Buenos Aires, 1859)

76. **Montoro, José ;**
- ✓ *Relación de virreinatos y biografías de los reyes españoles en América,* (Barcelona,s.f.)

77. **Morales Padrón, Francisco ;**
- ✓ *Jamaica española* (Sevilla, 1952)

78. **Moreyra y Paz Soldán, Manuel,**
- ✓ *Estudios Históricos* (Lima, 1994)

Bibliografía

79. **Morón, Guillermo ;**
   - ✓ *Historia de Venezuela* 5 volúmenes (s.n.1958)
80. **Palma, Ricardo ;**
   - ✓ *Tradiciones Peruanas completas* (Madrid, 1968)
81. **Penrose, Thomas**
   - ✓ *Elegy on leaving the River Plate, after the Unsuccessful Attack at Nova Colonia* (Londres, 1795)
82. **Phelan, John Leddy ;**
   - ✓ *The People and the King, The Comunero Revolution in Colombia* (Wisconsin. 2011)
83. **Plaza, José Antonio de ;**
   - ✓ *Compendio de la Historia de la Nueva Granada: desde su descubrimiento hasta el 17de Noviembre 1831,* (Bogotá. 1850)
84. **Radaelli, Sigfrido ;**
   - ✓ *Memorias de los virreyes del Río de la Plata* (Buenos Aires, 1945)
84. **Restrepo Sáenz, José María;**
   - ✓ *Biografías de los mandatarios y los ministros de la Real Audiencia* (Bogotá,1952),
85. **Restrepo Tirado, Ernesto ;**
   - ✓ *Gobernantes del Nuevo Reino de Granada durante el siglo XVIII* (Buenos Aires, 1934)
86. **Riva-Agüero, José de la;**
   - ✓ *Estudios de historia peruana: la conquista y el virreinato,* (Lima, 1968)
87. **Rivas-Groot, Raimundo;**
   - ✓ *Los fundadores de Bogotá* (Bogotá, 1923)
88. **Sánchez Bella, Ismael ;**
   - ✓ *EL gobierno del Perú 1556-1564,* (Sevilla, 1958)
89. **Rodger, Nicholas;**
   - ✓ *The command of the Ocean: a Naval History of Britain* (s,n, 2004)
90. **Saavedra, Cornelio ;**
   - ✓ *Memoria Autógrafa* (Buenos Aires, 2009)
91. **Saignes,Thierry ;**
   - ✓ *Historia del pueblo chiriguano* (La Paz, 2007)
92. **Sánchez Bella, Ismael ;**
   - ✓ *EL gobierno del Perú 1556-1564,* (Sevilla, 1958)
93. **Schafer, Ernst ;**
   - ✓ *EL Consejo Real y Supremo de Indias,* (Sevilla, 1935)
94. **Segovia, Rodolfo ;**
   - ✓ *Las fortificaciones de Cartagena de Indias* (Bogotá, 2009)
95. **Siguenza y Góngora, Carlos ;**
   - ✓ *Seis obras* (Caracas, 1985)

96. **Swiderski, Graciela ;**
- ✓ *Bandos de los virreyes y gobernadores del Rio de La Plata 1741-1809.* (Buenos Aires, 1997)

97. **Unanue, Hipólito ;**
- ✓ *Guía política, militar y eclesiástica del Perú* (Lima,1792-93)

98. **Vale, Brian ;**
- ✓ *Chocrane in the Pacific, fortune and freedom in Spanish America* (Londres, 2008)

99. **Vargas Ugarte, Ruben ;**
- ✓ *Historia general del Perú,* 6 volúmenes

100. **Varios autores** ;
- ✓ *Relaciones de mando de los virreyes de Nueva Granada* (Bogotá, 1954)

101. **Victoria, Pablo ;**
- ✓ *Grandes mitos de la Historia de Colombia,* (Bogotá, 2009)

102. **Vauban marqués de ;**
- ✓ *De la defense des places* (Paris, 1829)

103. **Viedma, Francisco de ;**
- ✓ *Descripción geográfica y estadística de la provincia de Santa Cruz de la Sierra* (Cochabamba, 1969)
- ✓ *Memoria dirigida al Sr. Marqués de Loreto*

104. **Walpole, Robert ;**
- ✓ *Memoirs of the Life and Administration of sir Robert Walpole* (Londres, 1816)

Índice Onomástico

∞

INDICE ONOMÁSTICO

A

Abascal, José ; 130,274,306,310,
Abercrombie, Ralph ; 121,
Aconquipa, Ignacio ; 181,
Agüero familia ; 216,
Álavarez, María Joaquina ; 63,
Albemarle, conde de ; 142,
Alcalá Galiano, Antonio; ,300,
Allende, Santiago ; 259, 260,263,274,
Almeida, familia ; 160,162,
Alós, Joaquín de ; 234,
Álvarez, Bárbara ; 63,65,
Álvarez, familia de Bogotá; 61
Álvarez, Manuel Bernardo ; 62,
Álvarez. Joaquina ; 63,
Alvear, Carlos ; 314,315,
Alzaga, Martín de ; 215,216,259,262,273,296,
Alzate, familia ; 105,
Amador, Juan de Dios ; 153,
Amar, Antonio ; 113,114,121,125-134,136,
Amar, Joseph ; 126,
Amaru, Tupac ; 64,196,220,
Amat, Felipe Manuel; 39,,
Ambulody y Arriola, María Teresa, 142,
Ambulody, familia ; 141,
Amores, Juan Bautista ; 103,
Anchorena, Juan Esteban ; 215-217,
Andoanegui, José ; 180,
Anson, George; 33, 56,
Ansorena, familia ; 224,
Antoñanzas, Eusebio ; 145,147,
Anzoátegui, José Antonio ; 165,167,168,
Apodaca, Sebastián de ; 121,
Arachanes, indios ; 220,
Aragón, Agustina de ; 67,
Aranda, conde de ; 292,
Arango y Parreño, Francisco ; 142,
Araucanos, indios ; 249,
Araúz, Javier ; 41,
Arce, Antonio ; 283,
Arcila, Ciriaco ; 70,
Ardila, Mateo ; 95,
Arellano, José ; 107,
Arévalo, Antonio de ; 34,103,
Arias Montiel, Melchora ; 242,
Arismendi, Juan Bautista ; 151,159,
Aristizábal, Diana ; 76,
Aróstegui, Joaquín de ; 53,
Arquila, Gregorio ;70,
Arredondo, Nicolás ; 195,202,207,
209-218,223
Arriaga, Julián de; 28,36,40-42,57,59,
Artigas, José Gervasio ; 233,304,310-315,
Artigas, Manuel ; 311,
Arze, Pedro de ; 264,
Arziniegas, Germán ; 74,
Atila ; 148,
Auchmuty, Samuel ; 264,
Augusto II de Polonia ; 45,
Augusto III de Polonia ; 45,
Avilés, Gabriel de ; 222,229-238,245,249,
250,251,311
Aviñó, Luis ; 307,
Ayala, familia de Bogotá ; 61,
Aymerich, Melchor ; 163,166,173,
Azara, Félix de ; 212,221-222,232-234,311,
Azcuénaga y Basavilbaso, Ana ; 224,
Azcuénaga, Flora ; 215,
Azín, Antonio ; 160-161,
Azopar, Jean Baptiste ; 305,
Azutaré, Hermenegildo ; 235,236,

B

Badillo, Gerónimo de ; 7,
Balcarce, Antonio ; 274,
Baldrán, Pedro ; 163,
Balmis, Francisco Javier ; 128,
Barreiro, José María ; 164-168,
Barrera, Juan ; 166,
Basabilbaso, Manuel ; 207,
Belgrano, Domingo ; 205,
Belgrano, Manuel ; 175,215,216,255261,
297,306,
Beltrán de Lís, Félix ; 307,
Beltrán, Manuela ; 67,
Ben Yusef, Mustafá ; 239,
Berbeo, Juan Francisco ; 64-69,94-99,
Berenguer Marquina, Félix ; 49,

Beresford, William Carr ; 254-257,260,
276,301,302,
Bermón, Andrés ; 84,86,
Bermúdez, José Francisco ; 153,
Betancourt, Marcos ; 14,
Bey de Constantina ; 283,
Bisbal, conde de la ; 171,
Blake,y Joyes , Joaquín ; 303,
Boisrond Tonerre, Louis ; 145,
Bolívar, Simón ; 143-152,155-158,
163-168,173,174,
Bonaparte, José; 111,271,309,
Bonaparte, Napoleón; 113,134,145,148,159,
226,265,271,292,297,303-306,309,310,
Borbón, dinastía ; 216,288,309,
Borbón, Ignacia de ; 126,
Borbón, infanta Carlota de : 272,305,
Borja Poyo, Francisco de ; 292,293,
Botet, Pierre ; 230,
Bougainville, Louis Antoine ; 185,186,
Boves, José Tomás ; 143,146-152,155-158,
163
Braganza, Bárbara de ; 179,180,
Braganza, duque de ; 219,
Breughel ; 87,
Briceño, Antonio ; 145,
Brown, comodoro William; 21-23,
Brown, William ; 310,314-315,
Bruñón, Ana ; 142,
Bucarelli, Franciso; 186,192,
Buckle, Mathew ; 47,
Buffon, conde de ; 86,221,
Byng, George ; 44;
Byng, John ; 44,

C

Cabal, Francisco ; 160,
Caballero y Góngora, Antonio ; 49,53,61,
68,72,78,81-100,109,117-119,122-124,
Caballero, José ; 127,227,
Caballero, José María ; 131-132,
Cabrera D'Avalos, Gil ; 2-5
Cabrera Enríquez, Joseph ; 204,
Caicedo, José de ;8,
Caicedo, María Clemencia ; 53,54,
Cajigal, Juan Manuel ; 145,148,
Caicedo, familia ; 61,
Cajigal, marqués de ; 191,
Calaimi, Antonio ; 15,16,
Caldas, Francisco José ; 129,132,
Calderón, Francisco ; 160,
Calvo Sotelo, familia ; 252,
Calzada, Sebastián de la ; 165-168,
Campo Elías, Vicente ; 143,145,147,148,
Campo, Nicolás Felipe del ; 199-208,
Campomanes, Manuel Cortés ; 137,138,
Cañas, Francisco de ; 13,
Carbonell, José María; 130-133,
Carlos II; 2,5,10,45,
Carlos III; 42,43,52,99,100,101,142,185-187,
189,190,225
Carlos IV; 100,126,137,150,200,214,218,226,
227,269,270,
Carlyle, Thomas ; 21,
Carmaño, Pedro ; 282,
Carondelet, Barón de ; 126,
Carr Beresford, William ; 254,
Carrillo de Albornoz, José ; 45,
Carvajal y Alencastre, José ; 178,
Casa Tilly, marqués de ; 282,
Casado, Gabriel ; 238,
Casal, Benito ; 61,63,65,
Casamayor, Juan ; 76,
Casano, Juan Luis ; 7,
Castaños, Francisco Javier ; 150,
Castejón, Pedro de ; 283,
Castelli ,Juan José; 261-262,273,274,297,
Castillo, José del ; 138,
Castillo, Manuel del ; 143,145,153-154,
Castro y Cunha de Tavora, José Luis ; 219-222,
Castro, José Fernando de ; 267,
Cerrato, Manuel ; 207,
Cevallos, Pedro ; 143,179-192,212,223,
226,227,282,290,
Cevellón, conde de ; 306,
Chacón, José María ; 121,
Chatillon, Louis Ferdinand ; 139,
Chimilas, indios ; 36,37,
Chiriguanos, indios ; 235-236,

Chivichia, Ignacio ; 222,
Chocrane, Thomas ; 174,175,313,
Cicerón ; 90,
Cistué, José ; 53,
Clavijo, marqués de ; 45,
Clemente, Manuel ; 305,
Clive, Lord ; 183,
Colamar, Juan ; 18,
Compañón, Jaime Bautista ; 106,108,
Concha, Manuel de la ; 259,297,
Copérnico ; 82,
Córdoba, Luis de ;290,291,
Crawford, Robert, general ; 278-281,
Crookshanks, John ; 46,
Cruz, Juan ; 169-174,
Cueva, conde de la ; 9-18,

D

Darien, indios de ;115,
De Gaulle, Charles ; 253,
Descartes ; 109,
Díaz, José Javier ; 274,
Diguja, José ; 53,
Downie, John ; 171-172,
Dupont, Pierre ; 170,
Duré, Joseph ; 230,
Duro, familia ; 61,

E

Earle, Rebecca ; 158,168,
Egmont, conde de : 126,
Eguía; Francisco de ; 299,
Elhuyar, Juan José ; 117,
Elío, Francisco Javier ; 295,296,299-312,
Enrile, Gerónimo ; 102,104,
Enrile, María Paz ; 102,104,110,
Enrile, Pascual ; 35,102,105,150-154,
Ensenada, marqués de la ; 35,37,38,180,
Escalada, Francisco ; 225,
Escaño, Antonio ; 294,
Eslava, Sebastían ; 19-33,
Espejo, Manuel ; 134,
Espinosa de los Monteros, Antonio ;70,72-73,
Esquiaqui, Domingo ; 110,
Estévez, José Antonio ; 66,67,
Ezpeleta, José Manuel ; 49,101-112,135,
Ezpelta y Dicastillo, Joaquín; 101,

F

Fábrega, José ; 174,
Fajardo, Faustino ; 7,
Farnesio, Isabel de ;45,
Favelukes, Graciela :217-218,
Felipe II; 219,
Felipe V ;5,10,19,24,30,32,43,250,
Fernándes Alpoin, Vasco ; 183,
Fernández de Arredondo, Manuel ; 230,
Fernando VI; 34,41,43,179,183,195,
Fernando VII; 113,131,164,162,195,227,228.
271,272,275,299,304-308,314,
Figaredo, Ignacio ; 147,
Fleury, Claude ; 86,
Flórez, Manuel Antonio; 50,60-72,74,75,
88,92,93,
Fonseca da Silva, Vicente ; 183,
Forves, milord; 29,
Franklin, Benjamin ; 69,
Freire, Gomes ; 182,183,184,
French, Domingo; 261,273,274,
Funes, Ambrosio de ; 261,265,266,268,
Funes, Gregorio de; 234,265,269,272,274,

G

Conzález Lorente, José ;131,134,
Gaínza, Blas de ; 230,
Gainza, José ; 230,
Galán,, José Antonio ; 68-71,96-100,147,
Galdeano, Ignacia ; 101,
Galdós, Benito Pérez ; 291,
Gálvez Bernardo; 102,233,
Galvez José; 62,72,83,91,93-96,99,185-189,192,
194,199,
Gannon, Michael ; 313,
García de Quesada, Silvestre; 25,
García de Toledo, José María ; 153,
García Jove, Joaquín ; 146,

Garcia Jove, Lorenzo ; 146,
García Olano, Manuel ;63,64,
García, Andrés ; 250,251,
García, Manuela ; 133,
Garibay, Pedro ; 223,
Garland, Juan ; 246,
Garzón, Ignacio ; 269,
Gascón, Blas ; 188,
Gastón, Manuel ; 127,290,
Gaztambide, Inés ; 296,
Gaztañeta, Antonio ; 44,
Gengis Kahn ; 148,
Geraghty, Michael ; 313,
Gil de Taboada, Francisco ; 49, 99, 123,227,
Gillespie, Alexander ; 257-263,295,
Goajiros de los Llanos, indios ; 115,
Godoy, Antonia; 126,
Godoy, Manuel;100,108,201,226,227,228,
264,290,291,292,
Gómez, viuda de Manuel de los ; 76,
Gonzalez Llorente, Francisco ; 134
González Suárez, Federico ; 51,52,
González, Juan Vicente ; 149,150,
González, Bernardo ; 233,
Gorritti, Juan Ignacio ; 306,
Gradis, Samuel ; 14,
Grants, brigadier; 29,
Gredilla, Apolinar ; 48,
Grimaldi, Jerónimo; 289,
Groot, José Manuel ;7,15,29,65,66,69,111,
Guajiros, indios ; 36,
Guaraníes, indios ; 233,234,
Güemes, Juan Vicente; 135,
Guerrero, Ángela ; 1,
Guillén, Sebastián ; 60,
Guirior, Antonio ; 57
Guirior, Juan Carlos ; 55,
Guirior, María Ventura de ; 57,
Guiror, Marqués de ; 49,54,55-60,62,82,
Gumilla, José ; 16,
Gutierre de Piñeres, Vicente Celedonio ; 70,
Gutiérrez de la Concha, Juan ; 273,274,302,
Gutierrez de Piñeres, familia ; 153,
Gutierrez de Piñeres, Francisco ; 61-70-73,
90,93-100,
Gutiérrez de Piñeres, Gabriel ; 153,
Gutiérrez de Piñeres, Germán ; 153,
Gutierrez, Joaquín ; 109,
Guzmán, el Bueno ; 242,

H

Habsburgo, dinastía ; 216,
Harvey, Henry ; 121,
Heinecke, Johann ; 86,
Henares Díaz, Francisco ; 289,293,296,
Heredia Domecq, María Josefa ; 225,
Heredia, Juan Francisco ; 155,
Heredia, Tomás de ; 230,
Herrán Baquero, Mario ; 125,
Herrera, Juan Toribio de ; 18,
Hidalgo de Cisneros, Baltasar; 231,270,
271-275,281,289-298,303,304,
Hidalgo de Cisneros, Francisco; 289,
Home Riggs Popham ; 278,
Horcas Gálvez, Manuel ; 250-252,
Hore, Alejandro ; 168,
Hoyos, Inés ; 74,
Humboldt, Alexander von ; 73,77,159,

I

Ibáñez, Pedro María ; 79,
Iglesia, Manuela de la ; 146,
Isabel la Catolica ; 139,
Iturbide, Agustín ; 174,

J

Jaime el Conquistador; 10,
Jaume, Martin de ; 314,
Jáuregui, Agustín; 196,
Jenkins, Robert; 21,30,
Jenner, Edward; 117,
Jiménez Leary, Manuel ; 127,
Jimeno. Sancho ; 3,
Jobe, Pablo ; 235,
Jomini, Antoine ; 201,
Jorge II, rey de Inglaterra; 21,26,
Jorge III, rey de Inglaterra ; 255,264,

K

Kindelán, familia ; 252,

L

Labatut, Pierre García ; 138-139,144-146,
Ladrón de Guevara, Diego ; 11,
Larraigada, Benito ; 173,
Larrazábal Quintana, Juana María ; 270,
Larrazabal, Marcos José ; 270,
Lastarría, Miguel ; 229,
Layseca, Pedro ; 7,8,
León, Isidro ; 173,174,
Letamendi Orueta, Francisco ; 230,
Levene, Ricardo ;189,
Leyva, Jose de ; 127,
Leyzaur, Lorenza ; 303,
Lezica, Juan Antonio ; 215,297
Lezo, Blas de;21,23-25,28-32,
Liniers, Linotte ; 277,284,286,
Liniers, Luis de ; 285,287,
Liniers, Santiago de ; 39,215,216,226,
259-270,275,280,290,294-298,302-303,310,
Llabrés, Bernal ; 17,
Llano y Valdéz, Félix ; 53,
Llorente, Francisco González ; 131,134,
Locke, John ; 86,
López del Valle, Ramona : 215,
López, José Hilario ; 160,161,
Loreto, marqués de ; 199-208,216,223,
Lozano de Peralta, familia; 61,
Lozano de Peralta, Jorge Miguel ; 62,64,70,
Lozano de Peralta, Josefa; 62,
Lucas Jordán ;87,
Lugarda Ospina, María ; 40-42,
Luis XIV; 3,4,5,19,
Luis XV ; 186,
Luis XVI ; 111,253,290,

M

MacEvan, Bautista ; 34,36,
MacGregor, George ; 168,
MacNámara, John ; 183,184,
Macurigues, condes de ; 142,
Madariaga, Andrés de ; 25,
Mainvielle, Jeanne de ; 285,286,
Malasaña, Manuela ; 67,
Marcó del Pont, Ventura ; 216,
Mari, Stefano ; 44,
María Antonieta, reina de Francia ;111, 290,
María Cristina, reina de España ; 275,
Maria Luisa, reina de España ; 100,
María Teresa, reina de Francia; 3,
Marilúz Urquijo, José María ; 230,231,235,
Márquez de la Plata, José ; 264,
Marroquín Ricuarte, José Manuel : 40,
Marroquín, Lorenzo ; 134,
Martí, José ; 215,
Martínez Aparicio, Manuel ; 166,
Martínez Compañón, Jaime Bautista; 106,108,
Maruama, cacique ; 236,
Medina, Francisco de ; 204,205,
Medina, Manuel de ; 18,
Melo de Portugal, Pedro ; 219-225,311,
Melo, Cipriano de ; 205,
Melo, Jorge ; 70,
Mendinueta, familia ; 113,
Mendinueta, Pedro de ; 49,58,102,109,
113-124,
Mendiola, Tomás de ; 17,
Meneses, Francisco ; 5,6,
Merlo, José ; 2,
Mesía de la Cerda, Fernando ; 43,
Mesía de la Cerda, Francisco ; 43,
Mesía de la Cerda, Luis ; 43,
Mesía de la Cerda, Pedro ; 40,43-56,58-60,
Micaeli, Joseph ; 104,
Millán, María Teresa ; 270,
Miranda, Francisco de; 145,
Miró, Esteban ; 102,
Mon y Velarde, Juan Antonio ; 79,
Moncín, Luis ; 190,
Monforte, Joseph ; 85-87,
Monsalvé, José Antonio ; 65,66,94-99,
Monsalve, Pedro de : 160,
Montalvo Ambulody, María Francisca ; 142,
Montalvo Ambulody; Ignacio ; 142,
Montalvo, Francisco de ;137,139,141-156,158,

Montalvo, José ; 142,
Montalvo, Lorenzo de ; 142,143,
Montalvo, María Ignacia ; 142,
Montalvo, María Jesús ; 142,
Montellano, duques de ; 39,
Montes, Toribio ; 159-161,
Montesquieu, barón de ; 86,
Monteverde, Domingo ; 145-146,
Montoro, José ; 212,
Montúfar, Carlos ; 159-161,164,
Montúfar, Juan Pío ; 130,
Morales, Francisco Tomás ; 132,134,147,151-153, 158-160,
Moratín ; 190,
Mordielle, Hypolite ; 276,
Morena, José Tomás ; 18,
Moreno Escandón, Francisco ; 51-54,63,65, 70-74,82,
Moreno, Joaquín ; 274,
Morgan, Henry; 22,
Morillo, Pablo ; 35, 150-158,161-164,166,168,
Mosquera, Joaquín : 202,
Mosquera, Marcelino : 160,161,
Mosquitos,indios ; 91,
Motilones, indios ; 36,
Moxó, Salvador ; 154-156,
Murillo ; 87,
Murive, Gaspar de ; 181
Murray, George ; 302,306,
Mutis, Celestino ; 47-49,50,51,62,82,83,106,117, 129
Mutis, Sinforoso ; 129,132,

N

Nadal, Luis ; 230,231,
Nariño, Antonio ; 104,107-109,160-162,
Nariño, Juan ; 107,
Nariño, Vicente; 62,
Navarro, Vicente ;126,
Navia, Victorio ; 191,282,
Neenguirú, Nicolás ; 181,182,
Nelson, Horacio ; 22,
Nessa, Joaquín ; 181,
Newton, Isaac ; 86,109,
Neyra, familia ; 216
Nieva, conde de; 39,
Nollet, Jean Antoine ; 86,
Núñez, Antonio ; 138,139,

O

O'Donnel, Enrique ; 171,
O'Donnell, José ; 306,
O'Donnell, Leopoldo ; 150,
O'Donohou, Juan ; 150,172,174,
O'Farrill, Gonzalo ; 228,
Ogle, sir Challoner; 23,26,27,29,
O'Gorman, Anne Marie ; 287,288,
O'Gorman, Camila ; 226,313,
O'Gorman, Manuel ; 226,
O'Gorman, Thomas; 287,
O'Higgins Bernardo ; 231,
O'Higgins, Ambrosio ; 190,231,238, 245,246,248,
Olaguer Feliú, Antonio ; 222-228, 230-232,311
Olaguer Feliú, familia ; 225,
Olaguer Feliú, María Pilar ; 225,
Olavarriaga, Pedro de ; 14,
O'Reilly, Alejandro; 101,102,187,223, 283,284,290,
Orellana, Rodrigo de ; 274,
Ortega Magdalena ; 108,
Ortega Monroy, Francisco ; 205,
Ortega, Exequiel ; 296,
Ortega, Tadea ; 190,
Ortiguera, Rafael ; 311,
Ortiz de Ocampo, Francisco; 273,274,
Orvieto, marqués de; 32,
Orvilliers,compte d' ; 290,
O'Shea, familia ; 252,

P

Padilla, María de ; 67,
Palafox, José de ; 150,
Pallarés, Domingo ; 203,
Palomeque, Tomás Ignacio ; 244,
Pardo Osorio, José ; 67-69,

Pascual, Fernando ; 307,
Patiño y Rosales, José ; 45,
Pedrel, Julián ; 205,
Pedrosa, Andrés de la ; 1,
Pedrosa, Antonio de la ; 1-16,
Pedrosa, Manuel de la ; 1,2,
Penrose,Thomas ; 184,
Perdomo, Asencio ; 52,53,
Pérez de Brito, Benito ; 135-140,143,
Pérez de Brito, María Dolores ; 135,
Perichon, Anne Marie ; 287,288,
Perichon, familia ; 287,
Perpignan, peluquero ; 126,
Phelan, John Leddy ; 64-66,69,
Pilar, Francisco del ; 235,
Pinazo, Manuel ; 206,
Pineda ,Mariana ; 67,
Pino Romero, Francisco del ; 239,
Pino, familia del ; 252,
Pino, Joaquín del ; 127,236,239-254,
Pino, María Josefa del ; 241,
Pinto de Rivero, José ; 190,
Pinto Ortega, Luisa ; 190,
Pissa Urramendi, María ; 2,8,
Pizarro, José Alfonso ; 33-38,56,
Plá y Portal, empresarios ; 146,
Plá, Antonio ; 166,
Plata, Salvador ; 65,66,69,94-99,
Plaza, José Antonio ; 17,65,69,
Plinio ; 90,
Pointis, Barón de ; 3,4,5,
Pombal, marqués de ; 187,
Pont, Marcó del ; 216,
Pontón, Joaquín Eduardo ; 133,
Popham, Home Riggs ; 258,278,
Portal de Huarte, María ; 55,
Portales, Diego ; 14,
Portocarrero, cardenal ; 4,
Posadas, brigadier José ;311,313,
Poyo, Francisco de Borja ; 292,293,
Puigdorfila, Gaspar de ; 18,
Pumar, Carmen ; 125,
Puyrredón, Juan Martín ; 259,

Q

Quevedo *;* 90,
Quinta, Jose Ignacio de la ; 254-257,
Quintana y Acevedo, José ; 15,
Quintana y Bravo, Andrea ; 134,
Quintana, Josefa de la ; 270,

R

Ramírez, Joseph Thomas ; 110,
Rammery, María Ignacia ; 240,
Reanult, Casimiro ; 127,
Rebustillo, Antonio ; 138,139,
Reding, Teodoro ; 170,
Reggio, Andrea ; 45,
Requena, José ; 267,
Restrepo , Jose María ; 8,125,
Restrepo Tirado, Ernesto ;7,8,66,
Revilla, Antonio ; 62,
Revilla, familia de Bogotá ; 61,
Revilla, Manuel ; 63,
Revillagigedo, conde de ; 135,
Ricardo III, rey inglés ; 84,
Ricardos, Antonio ; 309,
Ricardou, Pierre ; 284,
Ricuarte, Antonio ; 108,
Riego, Rafael del ; 168,171,300,
Rieux, Louis ; 109,
Rincón, obispo ; 12,15,
Rioja, José de ; 72,
Ríos y de la Cerda, Ana de los ; 43,
Ríos, Diego de los ; 3,4,
Riquelme, familia ; 189,
Risco y Ciudad, Mercedes ; 229,238,
Rivas, Raimundo ; 40,
Roberts, William ; 183,184,
Rocha, Domingo de ; 85,
Rocke, almirante; 31,
Rodas, Fidel de ; 60,
Rodriguez Boves, Manuel ; 146,
Rodríguez de la Vela, Manuel ; 214,
Rodriguez del Socorro, Manuel ; 104,129,

Rodriguez Torices, Manuel ; 137,139,
Rodríguez, Ignacio José ; 160-162,
Rohan, Camile de ; 284,
Romana, conde de la ; 284,
Romarate; Jacinto ; 313,314,
Romero, familia ; 216.
Romero, Thomas ;230,238,241,250,251,
Rondeau, José ; 304,310-315,
Rosas, Juan Manuel de ; 313,
Rosillo, Francisco ; 65,66,
Rotalde, Nicolás Santiago ; 301,
Rousseau, Jean Jacques ; 16,
Rozalejo, marquesa de ; 74,
Rubbens ; 87,
Rubio, José ; 305,
Ruiz de Apodaca, Juan ; 172,
Ruiz de Huidobro, Pascual ; 259,260,263,
264,276-278,
Ruiz Porras, Pedro ; 173,
Ryder, Richard ; 281,

S

Saavedra, Cornelio ; 222,261,297,297,304,305
Saavedra, familia ; 230,
Saboya, duque de ; 32,
Sacuarau, caudillo indio ; 236,
Sada, Miguel de ; 45,
Saignes, Thierry ; 237,
Saint Jean, Jean Bernard; 3,
Saint Maxent, Gilbert Antoine ; 102,
Saint Maxent, Marie Felicité; 102,
Sala, Félix ; 74,
Sala, Ignacio ; 34-36,
Salazar, José María ; 294,
Salvany y Lleopart, José ; 128,
Salvatierra, Policarpa ; 159-164,
Sámano, Juan de ; 131,156-166,172,
San Jorge, marqués de ; 64,
San Martín ; José Francisco; 17,170,174,
Sánchez de Rossas, María ; 239,
Sánchez, Joaquín ; 63,
Santa Coloma, familia ; 216,224,230,
Santa Coloma, Gaspar ; 215,
Santa Gertrudis, Juan de ; 78,
Santander, Francisco ; 165-168,
Santiago, marqueses de ; 8,
Santisteban, Miguel de ; 40-42,
Sanz de Santamaría, Manuela ; 105,106,
Sanz, Francisco de Paula ; 197,216-217,
Sarratea, familia ; 230,
Sarratea, Juan Martín ; 109,216,286,
Sarratea, Manuel ; 312,
Sarratea, Martina de; 216,276,286,
Sarriá, Carlos ; 183,
Scrope-Colquitt, John ; 171,
Selva Alegre, marqués de ; 130,159,
Seoane, Antonio ; 236,
Smith, Elías ; 314,
Sobremonte, marqués de; 252,
253-270,278,281,302,
Solís, coronel José ; 160,162,
Solís, José ; 38,39-42,49,109,
Solís, Lorenzo de ; 36,
Soria, Blas de ; 267,
Sostoa, Alfonso de ; 200,
Suchet, Louis Gabriel ; 306,

T

Tambora, María ; 235,236,
Tarayú, Sepe ; 181,
Tenorio, Tomás ; 132,
Tienda, Bartolomé ; 7,
Tilly, Everardo ; ,282,
Tiradentes ; 220,
Tiziano ; 87,
Tolrá, Juan José ; 165,
Torre Miranda, Antonio de la ; 74,
Torre, Miiguel de la ; 172,
Torres Revelló, José ; 196,266,
Torres, Andrés de ; 201-203,
Torres, Camilo ; 132,
Torrezar, Catalina de ; 75-76,
Torrezar, Juan de ; 73-80,98-100,
Torrezar, Luisa de ; 74,
Torrezar, Ramón de ; 74,
Toynbee, Arnold; 31,

U

Ugalde, Diego de ; 84,
Urbina, Antonio de ; 284
Urdaneta, Rafael ; 143,
Uriarte, Francisco Javier ; 291,292,
Urramendi, María ; 2,8,
Urreta, Josefa de ; 8

V

Valdelirios, marqués de ; 180-182,
Valle, José del ; 196,
Vargas, Manuel de : 233,
Vargas, Micaela ; 41,287,
Vauban, marqués de : 34,35,
Vega de Armijo, marqués de la; 43--56
Vega Veguera, Enrique de la ; 169,175,
Vega, Francisco Javier de la; 23,
Velázquez ; 87,
Vélez, familia ; 61,
Velfi, Pedro ; 282,
Vera Arias, Rafaela ; 242-246,252,
Vergara y Caicedo, Juan ; 62,
Vergara, familia ; 61,69,
Vergara, Francisco ; 64,
Vergara, Juan ; 64,
Vernon, Edward; 21-23,26,34,151,
Vértiz, Hontañón, José ; 192,
Vértiz, José ; 187,191-198,202,204,216,225,
Victoria, Pablo ; 161,
Vidal, Joaquín ; 307,308,
Viedma, Antonio de ; 205,
Viedma, Francisco de ; 235,235,
Vigodet, Gaspar ; 306,,309-316,
Villa Urrutia, Antonio ; 245,246,
Villalonga y Fortuny, Francisco ; 10,
Villalonga, Jorge de : 9-18,
Villalta, Valeriano ; 236,
Villanova, Francica ; 126,127,131-134,136,
Villanueva, familia ; 216,
Villar, Dionisio del ; 110,
Villena, Antonio Manuel de ; 57,
Vives Salcedo, María Violante ; 192,
Voltaire ; 86,

W

Walckenaer, Charles ; 221,
Wall, Edward ; 181,182,
Walpole,Robert; 21,30,
Ward, Bernardo ; 195,
Washington, Jorge ; 31,
Wellington, duque de ; 150,
Wentworth, John; 26,27,28,
Whitelock, John ; 278-279,
Whittingham, Samuel Ford ; 306,
William, George ; 277.
Wimpfen, Emmanel ; 150,
Wright, Carlos ; 238,

X

Ximénez de Mesa, Francisco ; 205,

Y

Yousef, Mustafá ben ; 239,

Z

Zarrasqueta, Guillermo ; 149,
Zarrasqueta, Isabel; 149,
Zejudo, Anastasio ; 129,
Zelaya, Juan Antonio ; 52,53,
Zermeño, Juan Martín ; 239,240,
Zondadari, Marco Antonio ; 55,

Los Virreyes de América del Sur II

Luis de Orueta